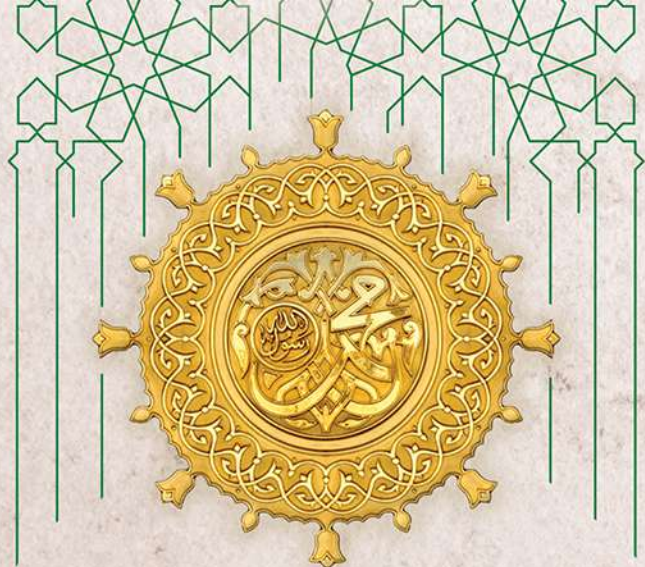




EL ÚLTIMO DE LOS PROFETAS

PRESENTA EL MENSAJE DE DIOS A LA HUMANIDAD



ABDUL WAHAB AL-TURAIRI

*El Último de los
Profetas*

El Último de los Profetas

Presenta el mensaje de Dios a la humanidad

Abdul Wahab Al-Turairi

Introducción

Nos encontramos ante la extraordinaria figura de un gran profeta. Si bien la humanidad puede discrepar sobre su condición profética, existe unanimidad sobre la grandeza de su carácter.

Se trata del más excelso entre los grandes de la historia. Michael Hart no vaciló en situarlo en la cima de su obra “**Las 100 personas más influyentes de la historia**”, señalando que es el único individuo que ha alcanzado el más alto grado de éxito tanto en la esfera espiritual como en la social.

Su grandeza queda ilustrada en las palabras de uno de sus propios adversarios quien, tras fracasar en su intento de asesinarlo, quedó a su merced esperando una severa represalia. No obstante, recibió el perdón y la libertad. Al regresar con los suyos, proclamó: “Vengo de estar con el mejor de los hombres”. Si así se expresaba quien había intentado darle muerte, ¿qué dirían aquellos que creyeron en él y lo amaron?

Este profeta encarnó la vida más noble y extraordinaria que ser humano alguno haya experimentado: una existencia que armonizó la virtud con la grandeza moral, los logros excepcionales con un legado imperecedero.



Llegó a la humanidad para emancipar y dinamizar el intelecto cuando las sombras de la ignorancia habían eclipsado la luz de la razón. El Corán interpela a toda la humanidad: **“¿Es que no razonan?”** [2:44], **“¿Es que no reflexionan?”** [6:50], **“Diles: Solo les exhorto a una cosa: que se presenten ante Allah de dos en dos o individualmente, y reflexionen”** [34:46].

Instituyó una religión que estimula el intelecto en lugar de relegarlo, que no reprime el pensamiento ni el diálogo, sino que los confronta con evidencias, proclamando: **“¿Puede existir otra divinidad junto a Allah? Di: ‘Presenten sus pruebas’”** [27:64].

Este profeta transmitió el mensaje divino a la humanidad y, desde el inicio de su prédica, su mensaje no ha cesado de expandirse y fortalecerse.

El poder de atracción, la autenticidad y la nitidez de esta fe continúan captando nuevos adeptos, constituyéndose en la religión de más veloz propagación, cuyos seguidores manifiestan las convicciones más profundas y la fe más inquebrantable.

Cuanto más se profundiza en su religión, más firme se torna la convicción en ella.

Por ello, nuestro método para presentar la biografía del último de los profetas se fundamenta en activar el entendimiento, ejercitar el pensamiento y renovar el mismo discurso con que el Corán interpeló inicialmente a la humanidad: **“¿Acaso no reflexionan? Su compañero no es un demente, sino un claro amonestador”** [7:184].

Meditemos sobre su advertencia y su claridad, pues fue él quien nos reveló el valor del intelecto y el conocimiento, quien nos trazó la senda de la fe, la excelencia y la justicia.

Esta biografía que tienes ante ti te brindará una luz que intensificará tu fe y una sabiduría que iluminará tu camino.

Un valle sin vegetación

En las tierras de Palestina moraba el profeta Abraham cuando recibió la revelación divina: debía llevar a su hijo lactante Ismael y a su madre Hagar hacia un valle desolado en el corazón de la Península Arábiga, en La Meca, a más de mil kilómetros al sur del Levante.

Acatando el mandato divino, Abraham emprendió el viaje con el lactante y su madre hacia el destino señalado por su Señor, hasta alcanzar el valle de La Meca. El contraste era sobrecogedor: las tierras del Levante rebosaban de manantiales, cultivos y aldeas palpitantes de vida, mientras que este nuevo paraje se presentaba árido y yermo, desprovisto de agua, vegetación y presencia humana.

Tras dejarlos allí, Abraham عليه السلام se dispuso a regresar al Levante. Hagar, embargada por la soledad, lo siguió suplicante: “¿Cómo puedes abandonarnos en esta desolación, donde no hay vida, agua ni ser humano alguno?” Ante su silencio, inquirió: “¿Es esto un mandato divino?” Al recibir su afirmación, regresó serena y confiada, diciendo: “Si es una orden de Allah, no va a desampararnos”. Ella sabía que Abraham, como profeta receptor de la revelación divina, jamás desobedecería un mandato del Altísimo, y si esta era Su voluntad, Allah no los abandonaría.

Prontamente las provisiones de agua de Hagar se agotaron. La sed atormentaba tanto a la madre como al pequeño, quien se retorció como si agonizara. Angustiada e impotente ante el sufrimiento de su hijo, Hagar lo dejó momentáneamente para ascender a las cimas cercanas, esperando divisar algún socorro. Corrió incansablemente entre los montes de Safa y Marwa hasta el agotamiento, sin encontrar auxilio alguno. En medio de su desesperación, un sonido captó su atención. Al regresar junto a su hijo, descubrió que un ángel había hecho brotar una fuente de agua de la tierra. Bebió, amamantó a su hijo, y escuchó las palabras tranquilizadoras del ángel: allí se erigiría la Casa de Allah, su hijo crecería para construirla junto a su padre, y aquel lugar prosperaría bajo la protección divina.

El surgimiento del agua transformó el valle desolado en un oasis de vida. Las caravanas comenzaron a frecuentar el manantial, tribus árabes nómadas se asentaron en sus alrededores, y gradualmente se consolidó una próspera comunidad. En este entorno creció el niño, visitado periódicamente por Abraham, hasta que Ismael alcanzó la madurez y formó una familia con una mujer de las tribus locales.

Años después, Abraham recibió la orden divina de edificar la Casa Sagrada en La Meca, destinada a ser la casa de Allah y meta de los peregrinos. Padre e hijo unieron sus esfuerzos en la construcción, elevando sus súplicas al Altísimo por las generaciones venideras. El Corán inmortaliza este momento: **“Cuando Abraham e Ismael levantaban los cimientos de La Casa, dijeron: ‘¡Oh, Señor! Acepta nuestra obra, Tú todo lo oyes, todo lo sabes’. ¡Señor nuestro! Haz que nos sometamos a Ti, y que de nuestra descendencia surja una comunidad sometida a Ti. Enséñanos nuestros ritos de adoración y acepta nuestro arrepentimiento, Tú eres el**



Indulgente, el Misericordioso. ¡Señor nuestro! Haz surgir de entre ellos un Mensajero que les recite Tus palabras, les enseñe el Libro y la sabiduría, y los purifique. Tú eres el Poderoso, el Sabio” [2:127-129].

Ambos nobles profetas construían la Casa mientras contemplaban el futuro lejano y las sucesivas generaciones venideras, suplicando a Allah que enviara a esta ciudad un Mensajero que recibiera Su revelación, transmitiera Su mensaje, les enseñara Su religión y purificara sus acciones y su moral, para que pudieran seguir el camino y la guía de Allah.

Cuando Abraham عليه السلام se disponía a regresar al Levante, se volvió hacia la Casa y elevó esta súplica: **“¡Señor! He establecido parte de mi descendencia en un valle estéril cercano a Tu Casa Sagrada, ¡Señor!, para que cumplan con la oración. Infunde en los corazones de la gente amor por ellos, y susténtalos con frutos para que sean agradecidos” [14:37].** Desde que Abraham construyó la Casa Sagrada, todos los que la rodean la veneran y peregrinan a ella. La Casa que él construyó permanece erigida hasta hoy, el manantial que el ángel hizo brotar sigue fluyendo, y el valle que una vez estuvo desolado se ha convertido desde entonces en una ciudad próspera y segura, a la que llegan frutos y bienes de todas partes, tal como dice Allah en el Corán: **“¿Acaso no les he dado [a los habitantes de La Meca] un santuario seguro, al que llegan frutos de todas partes como sustento de Mi parte?” [28:57].**

Las tinieblas del paganismo

En Siria y Egipto, se multiplicó la descendencia de Abraham a través de su hijo Isaac, y se sucedieron los profetas de los hijos de Israel, siendo el último de ellos el profeta Jesús, hijo de María.

En La Meca, se multiplicó la descendencia de Abraham a través de su hijo Ismael, y se sucedieron las generaciones en La Meca adorando y unificando a Allah según la religión de su padre, el profeta Ismael, a quien Allah describió diciendo: **“Y menciona en el Libro a Ismael. Él fue fiel a su promesa, fue Mensajero y Profeta. Exhortaba a su familia a realizar la oración prescrita y pagar el zakat, y fue complaciente ante su Señor”** [19:54-55]. La Casa Sagrada permaneció como símbolo de la unicidad y adoración de Allah, un lugar para la oración y la circunvalación en veneración y adoración a Él, como dijo el Altísimo en su descripción: **“Establecí la Casa [la Kaaba] para que sea un lugar de reunión y seguridad para la gente. Tomen el sitio de Abraham como oratorio [para rezar]. Le ordené a Abraham e Ismael: ‘Purifiquen Mi Casa para quienes la circunvalen, hagan retiro, se inclinen y se prosternen [en oración]’”** [2:125]. La adoración allí es solo para Allah sin asociados, se adora a Allah en la Casa pero no se adora a la Casa, como dijo Allah عز وجل: **“Que adoren al Señor de esta Casa”** [106:3].



A lo largo de los siglos, La Meca experimentó un notable crecimiento poblacional mientras mantenía vínculos comerciales con regiones como Siria y Yemen, convirtiéndose en un punto de confluencia para productos de diversos países. Sus habitantes preservaron su prestigio gracias a su cercanía y administración de la Kaaba, centro de peregrinación. Aunque no surgieron nuevas profecías después de Ismael, el pueblo de La Meca conservó la religión de sus antepasados, Ismael y Abraham, durante más de dos milenios. Sin embargo, al no contar con textos escritos más allá de la tradición oral heredada, las generaciones posteriores fueron olvidando gradualmente las enseñanzas monoteístas de Abraham e Ismael. La transformación religiosa comenzó cuando uno de sus líderes, Amr ibn Luhay, quedó cautivado por el culto a los ídolos durante un viaje a Siria. Al importar estas prácticas a La Meca, estableció nuevas deidades que serían adoradas junto a Allah, marcando así el inicio del paganismo en la región. De los antiguos rituales, solo sobrevivieron aquellos vinculados a la Kaaba y su peregrinación. Esta infiltración pagana, que comenzó aproximadamente en el año 300 d.C., más de tres siglos antes del nacimiento del Profeta Muhámmad ﷺ, se arraigó profundamente en la sociedad hasta convertirse en la práctica religiosa predominante.

El paganismo árabe se caracterizaba por su sencillez, centrándose en la adoración de piedras y árboles. Dada la dificultad para esculpir estatuas en el entorno árabe, seleccionaban árboles imponentes y piedras de formas distintivas como objetos de culto. La práctica llegaba al punto de que una simple piedra, que podría servir como base de una pared o peldaño de escalera, era venerada junto al Creador supremo.

Esta situación provocó el escepticismo de algunos intelectuales, quienes cuestionaban la lógica de sacrificar animales a ídolos que no habían participado en su creación ni sustento. Paralelamente, proliferaron diversas supersticiones y cultos relacionados con genios, adivinos y hechiceros. La sociedad adoptó una visión materialista, rechazando la idea de la resurrección y la vida después de la muerte, como refleja su cuestionamiento: “¿Quién dará vida a los huesos cuando ya sean polvo?”. La peregrinación, originalmente un ritual monoteísta, se transformó en una práctica contaminada por el politeísmo y la idolatría. Esta situación persistió hasta que los principios de la verdad quedaron ocultos y las enseñanzas de los profetas se diluyeron en el tiempo.

Esta degradación espiritual también alcanzó al judaísmo y al cristianismo, cuyas escrituras sufrieron alteraciones y cuyas doctrinas se fragmentaron en múltiples sectas y corrientes. La tierra quedó desprovista de una religión auténtica para adorar a Allah, y la condición moral de la humanidad llegó a un punto que mereció la desaprobación divina, como lo describió el Profeta ﷺ: “Allah miró a la gente de la tierra y los aborreció, tanto a los árabes como a los no árabes, excepto a algunos remanentes de la Gente del Libro”⁽¹⁾. La magnitud de esta corrupción superaba la capacidad de reforma de maestros y reformadores individuales. Se requería una limpieza profunda que eliminara los vestigios de ignorancia acumulados durante siglos, los cuales habían sepultado las enseñanzas proféticas y sus mensajes divinos. La humanidad necesitaba una estructura fundamental y comprehensiva, capaz de abarcar el mundo entero y acoger a todas las naciones. Era necesario forjar un ser humano renovado, como renacido, que despertara de la muerte

(1) Sahih Muslim (2865).



espiritual y recuperara la visión tras la ceguera. Se precisaba rescatar a una humanidad que se precipitaba hacia su propia destrucción, tanto en esta vida como en la otra, guiándola hacia el camino de la adoración y complacencia de Allah, y hacia la felicidad y el éxito en ambos mundos. El momento exigía una revolución integral, un renacimiento espiritual, y un mensajero divino que trajera la guía y la religión verdadera para que prevaleciera sobre todas las demás⁽¹⁾. Fue en este momento crucial de la historia, en el año 571 d.C., cuando nació en La Meca el Profeta Muhámmad ibn Abdullah ibn Abdul-Muttalib ﷺ, destinado a portar este mensaje y cumplir esta trascendental misión.

(1) Artículos sobre la biografía profética de Abu Al-Hasan Al-Nadawi.

El nacimiento del huérfano

Al este de La Meca se extendía un valle, donde residía el clan de Banu Hashim, pues las familias de Quraish habitaban los distintos valles que rodeaban la Kaaba.

En este valle moraba Abdul Muttalib ibn Hashim, líder de La Meca, junto a sus hijos. Allí se alzaban las casas de Abdullah y Abu Talib ibn Abdul Muttalib con sus hermanos.

En este lugar nació Muhámmad ibn Abdullah ibn Abdul Muttalib, como cualquier otro mortal, sin prodigios ni milagros que lo circundaran, más allá de lo que el velo del destino le deparaba.

Su padre Abdullah, el menor de diez hermanos, había desposado a una noble dama de Banu Zuhra: Amina bint Wahb, quien lo amó profundamente. Poco después de la boda, Abdul Muttalib lo envió a Medina por dátiles. Abdullah partió dejando a su joven esposa embarazada de Muhámmad ﷺ. En Medina se hospedó con los Banu Adi ibn al-Nayyar, tíos maternos de su padre. La ciudad padecía una epidemia de esquistosomiasis, y al llegar enfermó. Fue atendido en la casa de Dar al-Nabigha, propiedad de uno de los tíos de Abdul Muttalib, donde exhaló su último aliento.



El niño llegó al mundo siendo ya huérfano. Su abuelo Abdul Muttalib lo acogió con amor entrañable, como si viera en él a su hijo perdido. Celebró su nacimiento con un banquete y lo llamó Muhámmad, nombre inusual entre los árabes. Abdul Muttalib eligió este hermoso nombre que presagia abundantes virtudes dignas de alabanza, pues Muhámmad significa “el muy alabado”. Cuando le preguntaron por qué escogió tal nombre, respondió: “Deseé que lo alabara Allah en el cielo y Sus criaturas en la tierra”.⁽¹⁾

El pequeño floreció como capullo que se abre al sol, cobijado por el amor maternal y el cuidado de su abuelo. Su infancia transcurrió plácida y feliz, en una vida colmada de nobleza y serenidad.

(1) Las evidencias de la profecía de Al-Baihaqi (113/1).

El Profeta ﷺ y su madre

Al desposar a Abdullah ibn Abdul Muttalib, Amina manifestó un amor que trascendería su temprana viudez. Contraria a las costumbres árabes, nunca volvió a casarse tras perder a su esposo en el primer año de matrimonio, cuando aún llevaba en su vientre al futuro Profeta. Seis años después, impulsada por ese amor inquebrantable, emprendió viaje a Medina con su pequeño hijo para visitar la tumba de su amado.

La acompañaban su hijo y su fiel sirvienta abisinia, Umm Ayman. Permaneció un mes en la casa de Al-Nabigha, donde reposaban los restos de Abdullah. Durante el regreso, la fiebre la consumió. En Al-Abwa, entre Medina y La Meca, la muerte la alcanzó. Imaginen esa escena desgarradora: una madre en el vasto desierto, junto a su pequeño y la sirvienta, librando su última batalla. Su angustia no era por la vida que se le escapaba, sino por el hijo que dejaría en la inmensidad del desierto.

El destino tejió nuevamente el manto de la orfandad sobre él. Partió a Medina sin padre y regresó sin madre. Era el designio divino: que ninguna autoridad terrenal, ni siquiera la paternal, influyera sobre él. Su espíritu debía elevarse libre hacia las más altas esferas, bajo la única tutela de Allah, como reza el versículo: “**¿Acaso no te encontró huérfano y te dio amparo?**” [Corán 93:6].



Los ojos del niño grabaron indeleblemente el lugar donde Amina fue sepultada en Al-Abwa. Umm Ayman lo condujo de vuelta a La Meca. Medio siglo después, durante la peregrinación de Al-Hudaibiia, el Profeta ﷺ volvió a aquel paraje. Los recuerdos brotaron como un manantial: aquí, cincuenta años atrás, era solo un niño que gozaba del calor maternal antes de perderlo para siempre. Sus compañeros lo observaron erguirse y caminar entre las tumbas con paso decidido, como quien conoce su destino. Al encontrar la sepultura materna, se sentó junto a ella. Lo contemplaron desde lejos, absorto en lo que parecía un diálogo silencioso. Cuando el tiempo se prolongó, se acercaron para hallarlo en íntima comunión junto a la tumba de su madre. Lo encontraron derramando lágrimas mientras decía: **“Pedí permiso a mi Señor para visitar la tumba de mi madre y me lo concedió. Visiten las tumbas, pues ellas recuerdan el Más Allá”.**⁽¹⁾

¡Por Allah! Si tal era el dolor del Profeta ﷺ por una madre que apenas conoció, ¿cómo habría sido si hubiera saboreado más tiempo su ternura? ¿Si ella hubiera presenciado su juventud, su profecía, su gobierno? ¿Qué sublime ejemplo de amor filial habría legado a la humanidad?

Ese amor maternal lo encontró en Umm Ayman, la abisinia que pasó de ser esclava de su padre a ser su nodriza tras la muerte de Amina. El Profeta ﷺ le concedió la libertad y ella permaneció a su lado hasta su muerte. La trataba con la deferencia debida a una madre, llamándola “madre mía”, y ella se permitía la confianza de una madre con su hijo.

Una vez, al visitarla, ella le ofreció alimento. Él no comió, ya fuera por ayuno o falta de apetito, y ella lo reprendió con

(1) Sahih Muslim (976).

la autoridad que solo una madre posee⁽¹⁾. Él, rozando ya los sesenta años, acogía sus reproches con filial dulzura.

Sus enseñanzas elevaron eternamente la posición materna. Cuando le preguntaron: “¿Quién merece el mejor trato?”, respondió: “Tu madre”. “¿Y después?”. “Tu madre”. “¿Y después?”. “Tu madre”. “¿Y después?”. “Tu padre”.⁽²⁾

A alguien solicitó acompañarlo a una batalla, le preguntó: “¿Vive tu madre?”. Al oír que sí, le dijo: **“Regresa con ella y hónrala, permanece a sus pies, pues allí está el Paraíso”**⁽³⁾. De esta enseñanza nació la sabiduría: “El Paraíso yace bajo los pies de la madre”.

Bienaventurado quien aún saborea la dulzura de la infancia bajo el manto maternal, y dichoso quien todavía puede deleitarse honrando a su madre.

(1) Sahih Muslim (2453).

(2) Sahih Al-Bujari (5971) y Sahih Muslim (2548).

(3) Sunan Ibn Mayah (2781).



El Profeta ﷺ y su tío



Tras perder a Amina, Muhámmad encontró cobijo en Abdul Muttalib, el venerable señor de La Meca. Como custodio del agua sagrada y líder respetado, Abdul Muttalib sentía especial predilección por su nieto, quizás viendo en él el reflejo de su hijo Abdullah, arrebatado en plena juventud. Solo ellos dos tenían el privilegio de compartir su alfombra junto a la Kaaba, mientras los nobles tenían que sentarse a su alrededor.

El pequeño recibió el amor paternal de su abuelo con esa dulzura única que solo los abuelos pueden ofrecer: un afecto doble, destilado en pura ternura. Mas esta dicha fue efímera: Abdul Muttalib partió cuando Muhámmad apenas contaba con ocho años, tejiendo por tercera vez el manto de la orfandad sobre sus hombros.

Abu Talib, hermano de sangre de Abdullah, asumió entonces su tutela por voluntad del abuelo. Lo acogió entre sus hijos, distinguiéndolo con especial dedicación. El joven Muhámmad se convirtió en su sombra inseparable. Al preparar Abu Talib su viaje comercial a Siria, tradicional entre los Quraish, el niño de doce años le imploró: “Tío, ¿con quién me dejarás?”. Esta súplica cristaliza el vínculo paternal entre ambos. Conmovido, Abu Talib respondió: “Por Allah, no te abandonaré”, llevándolo consigo.



Este viaje prematuro fue designio divino. Lo elevó sobre su edad natural, sumergiéndolo en el mundo de los hombres sabios y curtidos, en lugar del universo infantil de sus amigos. Durante la travesía de dos lunas, más su estancia en Siria, absorbió la sabiduría de mercaderes y eruditos.

La ruta, serpenteando por Tabuk, Busra y las urbes sirias, ensanchó sus horizontes más allá del microcosmos de La Meca. Estas ciudades, de esencia distinta a su tierra natal, nutrieron su perspectiva, sembrando experiencias que florecerían en su conciencia futura.

Aquel primer viaje a Siria forjó el camino para su segunda expedición, doce años más tarde, cuando a sus veinticuatro años emprendería su propia travesía comercial. Las lecciones aprendidas junto a los mercaderes, sus estrategias de negociación y sabiduría viajera, cultivaron la destreza que florecería en sus futuros emprendimientos.

El lazo inquebrantable con Abu Talib perduró hasta su último aliento, cuando el Profeta ﷺ alcanzaba los cincuenta años, una década después de recibir la revelación. Así como lo cobijó en su infancia, Abu Talib permaneció como su guardián y refugio en la madurez, defendiéndolo tras el inicio de su misión profética.

El Profeta ﷺ y el pastoreo de ovejas

Al dejar atrás la niñez y convertirse en un joven capaz de actuar con buen juicio, el Profeta ﷺ comenzó a trabajar y valerse por sí mismo. Se dedicó a pastorear ovejas para los habitantes de La Meca a cambio de una paga, ocupación que desempeñó durante su temprana juventud, antes de alcanzar la madurez y estar preparado para labores propias de la edad adulta.

El pastoreo era una tradición común entre los profetas que lo precedieron. El Profeta ﷺ afirmó: **“Allah no envió profeta alguno que no hubiera sido pastor”**. Cuando sus compañeros le preguntaron si él también lo había sido, respondió: **“Sí, pastoreaba ovejas por unas monedas para la gente de La Meca”**.⁽¹⁾

Sus palabras “Allah no envió profeta alguno que no hubiera sido pastor” encierran profundos significados al confirmar que todos los profetas fueron pastores.

La sabiduría detrás de esto reside en que el pastoreo conlleva la responsabilidad de cuidar animales conocidos por su tendencia a dispersarse, requiriendo gentileza en su

(1) Sahih Al-Bujari (2262).

manejo y cuidado. El pastor debe cultivar la paciencia y la delicadeza en su trato con el rebaño. Esta experiencia sirve como preparación para posteriormente guiar a la comunidad con similar dedicación y tacto. El pastoreo juvenil constituye así un entrenamiento para la futura guía del pueblo durante la época profética.

El pastoreo, al realizarse en el desierto lejos de la civilización, también propicia la expansión de horizontes y la contemplación de la creación divina. Este alejamiento permite a los profetas distanciarse de las influencias culturales dominantes, ampliando su perspectiva para contemplar el reino divino. El Profeta ﷺ vivió esta experiencia, llevando su rebaño por los valles de La Meca mientras meditaba sobre el universo y los signos de la creación divina.

Es significativo que el Profeta ﷺ compartiera estas palabras: *“Sí, pastoreaba ovejas por algunas monedas para la gente de La Meca”* después de la conquista de La Meca, cuando ya su autoridad se extendía por toda Arabia. Sin embargo, no dudó en mencionar su pasado como pastor, lo cual refleja la grandeza de su carácter y su profunda humildad ante Allah y la gente. Esto contrasta con quienes, llevados por la soberbia, ocultan sus orígenes modestos por considerarlos incompatibles con su posición actual. Por el contrario, quien posee verdadera nobleza de espíritu reconoce su pasado como muestra de gratitud hacia las bendiciones divinas. Así era nuestro Profeta ﷺ, ejemplo de humildad ante Allah y Sus criaturas.



El matrimonio con Jadiya



Entre las mujeres de Quraish destacaba Jadiya, dama de noble cuna y considerable fortuna, cuya integridad le valió el sobrenombre de “la Pura”. Su aguda visión para los negocios la llevó a multiplicar su patrimonio mediante caravanas comerciales que confiaba a hombres selectos, compartiendo con ellos las ganancias. Aunque era pretendida por muchos tras enviudar dos veces, su prudencia la mantuvo selectiva hasta encontrar al joven Muhámmad ﷺ.

El destino los unió cuando ella le encomendó administrar una caravana comercial a Siria, siguiendo las rutas tradicionales de Quraish. Los éxitos previos de Muhámmad ﷺ respaldaban su elección, y envió con él a su sirviente Maisara como auxiliar. El viaje resultó extraordinariamente fructífero.

A través de sus interacciones comerciales y los testimonios de Maisara, Jadiya reconoció en Muhámmad una nobleza excepcional y una integridad inquebrantable. Cautivada por su carácter ejemplar, fue ella quien propuso matrimonio. Se desposaron cuando él contaba con veinticinco años y ella veintiocho.

Esta unión, designio divino, proporcionó a Muhámmad ﷺ una compañera de incomparable valía durante los años



venideros. Como esposa devota y primera creyente del Islam, Jadiya alcanzó una distinción sin precedentes en la historia de la fe.

Su madurez y sabiduría fueron pilares fundamentales para la misión profética. Durante su vida compartida, que abarcó quince años antes de la revelación y diez después, fue su única esposa. De su unión nacieron dos hijos y cuatro hijas, siendo ella su más íntima confidente y consejera.

El amor de Muhámmad ﷺ por Jadiya trascendió su muerte. La recordaba con profunda veneración y honraba su memoria manteniendo vínculos estrechos con sus allegados, testimonio de una devoción inquebrantable.



El Profeta ﷺ construye la Kaaba



En el trigésimo quinto año de vida de Muhámmad ﷺ, se renovó su vínculo con la casa edificada por sus ancestros Ismael y Abraham. Quraish decidió reconstruirla, pues la estructura, que databa de aproximadamente dos mil quinientos años, estaba severamente deteriorada. Las grietas causadas por un incendio en sus cortinas se habían agravado por una inundación que rodeó la Kaaba. Al ver que los muros amenazaban con derrumbarse, Quraish resolvió demolerlos y reconstruirlos.

Tras el naufragio de un barco romano en el puerto de Shuaiba, cercano a La Meca, los romanos vendieron su madera a Quraish. Con ellos venía un carpintero llamado Baqum, a quien retuvieron para asistir en la construcción. Muhámmad ﷺ participó en esta labor junto a su tío Al-Abbas, trasladando piedras desde las canteras del monte Ayiad hasta la Kaaba.

Como lo hicieron Abraham e Ismael antes que él, Muhámmad ﷺ cargó piedras sobre sus hombros para la reconstrucción, estableciendo así otro vínculo en la línea profética.

Al alcanzar el nivel de la Piedra Negra —la sagrada reliquia en la esquina sureste que besan los peregrinos durante la circunvalación— surgió una disputa entre las tribus de Quraish sobre quién tendría el honor de colocarla en su lugar. La tensión

escaló hasta casi desencadenar un conflicto armado. Intervino entonces Abu Umaia bin Al-Mughira, respetado líder de Quraish, quien propuso: “Dejemos que decida el primero que entre por la puerta de Bani Shaiba”. Esta entrada oriental, frente a la Kaaba, era el acceso habitual de los Bani Hashim. Todos aceptaron la propuesta.

Mientras aguardaban, apareció el radiante rostro de Muhámmad ﷺ. Al verlo, exclamaron jubilosos: “¡Ha llegado Al-Amin! ¡Aceptamos al Confiable!”. Conocido por su veracidad e integridad, todos aceptaron acatar su juicio. Entonces él solicitó una tela, colocó la piedra sobre ella y pidió a cada tribu un representante. Les indicó sostener las esquinas de la tela y elevarla. Al alcanzar la altura apropiada, Muhámmad ﷺ tomó la piedra y la situó en su lugar. Las tribus se dispersaron satisfechas, sintiendo que habían compartido equitativamente el honor.

Este acontecimiento tuvo lugar cinco años antes del inicio de su misión profética.

La alegría de Quraish al verlo y su aclamación “¡Ha llegado Al-Amin!” evidencian que Muhámmad ﷺ era una figura querida y carismática, ajeno a rivalidades y enemistades, respetado universalmente por sus virtudes.



Cuarenta años



La vida de Muhámmad ﷺ transcurrió con serenidad hasta alcanzar la edad de la plenitud y madurez. Al cumplir los cuarenta años, se encontraba preparado para asumir la misión y transmitir el mensaje que le sería encomendado. Al examinar esta extensa etapa de su vida, se distinguen características fundamentales que describen su existencia, delinean los rasgos de su personalidad y retratan las facetas de su vida antes de la profecía.

Entre estas características destacan:

Primero: Durante los cuarenta años previos a la profecía, su vida se caracterizó por una serenidad, placidez y estabilidad notables, exenta de turbulencias, traumas, adversidades o aflicciones. A diferencia de otros profetas, como José y Moisés, quienes enfrentaron diversas pruebas en su juventud, el Profeta ﷺ gozó de una existencia tranquila y estable. Esta serenidad parece haber sido dispuesta para que las raíces de sus relaciones interpersonales se profundizaran y su vida se abriera a todos, pues su historia previa a la profecía está libre de disputas, conflictos, rencillas o enemistades.

Segundo: La extraordinaria pureza moral que lo caracterizó se manifestó en una conducta de intachable nitidez antes de su

misión profética. La evidencia más contundente de esto radica en que los Quraish, incluso cuando se obstinaron en rechazarlo después de que recibiera la profecía, no pudieron encontrar en su pasado ni una sola falta que reprocharle. Si hubieran descubierto el más mínimo desliz o error en la historia del Profeta ﷺ, lo habrían identificado, magnificado y divulgado, diciendo: “Es aquel que hizo tal cosa o dijo tal otra”. Sin embargo, la transparencia y pureza de su conducta hizo que no tuviera qué reprocharle.

Tercero: Al examinar la historia del Profeta ﷺ antes de su misión profética, los testimonios más valiosos provienen de quienes más cerca estuvieron de él, particularmente de su esposa, quien compartió su vida durante quince años antes de la profecía. Ella describió su carácter con estas palabras: “¡No, por Allah! Dios jamás te humillaría. Tú fortaleces los vínculos familiares, sostienes al necesitado, auxilias al desposeído, brindas hospitalidad al huésped, acudes en auxilio ante las adversidades, mantienes tu palabra y honras la confianza depositada en ti”.⁽¹⁾ Estas cualidades morales — fortalecer los lazos familiares, ser generoso y hospitalario, socorrer al necesitado, asumir las cargas que otros no pueden sostener, ayudar a las personas en las adversidades, mantener la veracidad y honrar la confianza— estas siete virtudes que Jadiya enumeró constituyen la esencia de la nobleza moral. Cinco de ellas son manifestaciones activas de generosidad y entrega, mientras que dos descartan toda sombra de mal en su carácter, al negar tanto la falsedad como el incumplimiento de la confianza.

Los profetas de Allah no solo son recordados por su pureza moral e integridad irreprochable, sino también por su sentido

(1) Sahih Al-Bujari (3) y Sahih Muslim (160).

del honor, sus nobles virtudes y su espíritu de entrega y generosidad. Esto se ilustra en el episodio del profeta Moisés عَلَيْهِ السَّلَام quien, al llegar al abrevadero de Madián y observar a dos mujeres que apartaban su rebaño mientras otros abrevaban los suyos, se acercó solícito y les preguntó: “¿Qué les ocurre?”. **Ellas respondieron: “No podemos dar de beber a nuestro rebaño hasta que los pastores se retiren, y nuestro padre es un anciano de edad avanzada”** [28:24]. Su reacción fue inmediata y directa, como si la iniciativa hacia las nobles acciones fuera una cualidad innata en él: **“Y dio de beber [a los rebaños] de ellas”** [28:24]. Así era también Muhámmad ﷺ.

Cuarto: Si bien el Profeta ﷺ personificaba todas las virtudes morales —siendo reconocido por su generosidad, su auxilio al afligido y su apoyo ante las adversidades—, dos cualidades destacaban particularmente: la veracidad y la honradez. Estas virtudes resultarían esenciales al presentar su mensaje y transmitir la revelación de su Señor, previniendo así cualquier cuestionamiento sobre su sinceridad e integridad. Estas mismas cualidades fueron objeto de indagación por Heraclio, quien preguntó a Abu Sufián, quien por entonces aún era politeísta: “¿Lo acusaban de mentir antes de que proclamara su mensaje?”. Abu Sufián respondió: “No”. Y cuando preguntó: “¿Traiciona?”, Abu Sufián respondió: “No”. Si, entonces, era veraz y honrado, sin falsedad ni traición en su vida. De modo que cuando transmitió el mensaje divino, quien lo comunicaba era ese mismo hombre íntegro y confiable ﷺ. Por ello, el emperador bizantino expresó a Abu Sufián: “He comprendido que quien no miente a los hombres no mentiría sobre Dios”.⁽¹⁾

(1) Sahih Al-Bujari (2940).

Quinto: Durante los cuarenta años anteriores a la profecía, jamás se registró que el Profeta ﷺ participara en las prácticas idólatras de los Quraish. No existe evidencia de que adorara ídolos, les rindiera culto o realizara rituales paganos. Los Quraish eran conscientes de esto y, sin embargo, no lo hostilizaron ni objetaron: “Muhámmad no comparte nuestra idolatría ni venera a nuestros ídolos”. No obstante, cuando comenzó a predicar que solo se debía adorar a Allah y enseñó que los ídolos eran meras piedras incapaces de beneficiar o perjudicar, informándoles sobre la resurrección, el juicio y la retribución después de la muerte, fue entonces cuando surgió el conflicto y la confrontación. La hostilidad hacia él se intensificó, a pesar de haber sido el veraz y confiable que tanto estimaban. Porque no es el virtuoso quien sufre persecución, sino el predicador capaz de transformar a la sociedad. Cuando el Profeta ﷺ asumió la responsabilidad de la prédica, cargó con el peso del mensaje y la misión reformadora, distinguiendo la verdad de la falsedad, entonces le declararon la enemistad.

Sexto: El Profeta ﷺ habitó en una sociedad tribal que competía por el liderazgo y el poder. Es significativo que nunca se le conociera por disputar posiciones de liderazgo ni frecuentar Dar al-Nadwa, el centro del poder en La Meca. Esto mismo observó Heraclio cuando preguntó: “¿Hubo reyes entre sus antepasados?”. Respondieron: “No”. Dijo: “Si hubiera habido reyes entre sus antepasados, habría concluido que era un hombre que reclamaba el reino de sus ancestros”. Su desinterés por competir por el liderazgo le permitió cultivar relaciones armoniosas con todos, ganándose la confianza y el aprecio general. Si hubiera participado en la competencia por el poder, habría obtenido el apoyo de algunos y la enemistad de otros, pues rivalizar por el liderazgo inevitablemente genera adversarios, ya que competir por ambiciones mundanas



engendra hostilidad. Fue parte de la sabiduría divina que el Profeta ﷺ permaneciera ajeno a las disputas por el liderazgo durante cuarenta años, evitando así enemistades antes de la profecía. Por ello, cuando recibió la misión profética ﷺ, gozaba del aprecio unánime de su comunidad.

Y puesto que se mantuvo desapegado del poder antes de la profecía, resulta imposible sostener que buscara alcanzarlo a través de ella.

Los preludios de la profecía

Al cumplir cuarenta años, comenzaron a manifestarse en el Profeta los signos precursores de la profecía, preparándolo para recibir la revelación divina. La recepción de la palabra celestial por un ser humano que vivía entre sus semejantes requería una preparación meticulosa y gradual, especialmente en un entorno donde los mensajes proféticos se habían vuelto lejanos y la sucesión de mensajeros se había interrumpido. Estos preludios constituyeron la preparación esencial para el primer encuentro con el ángel enviado por Allah.

Entre estos signos precursores destacaba la veracidad de sus sueños: cada sueño se materializaba en la vigilia con la nitidez del amanecer. Este fenómeno era extraordinario, pues los sueños suelen manifestarse de manera simbólica o alegórica. El hecho de que se realizaran en la realidad exactamente como las había contemplado en sus sueños constituía una señal prodigiosa, más aún cuando esto ocurría invariablemente con cada visión, como si fuera un mensaje silencioso: “Eres un ser excepcional y ante ti se despliega un mensaje divino; prepárate para recibirlo”.

Otro preludio significativo fue su creciente inclinación hacia la soledad, alejándose de las zonas pobladas para



entregarse a la adoración en completo aislamiento. Se retiraba a una montaña en las afueras de La Meca, el monte Hira, donde ascendía hasta su elevada cima para adorar a Allah en una cueva, permaneciendo allí durante días antes de regresar brevemente a su hogar para aprovisionarse y retornar a su retiro espiritual.

Esta tendencia contrastaba marcadamente con su naturaleza habitual, pues el ser humano busca instintivamente la compañía y cercanía de sus semejantes. El hecho de que encontrara sosiego en la soledad, dedicándose a la adoración divina en parajes remotos, constituía otra forma de preparación, como un mensaje tácito que resonaba en su corazón: “Prepárate para lo que está por venir”.

Al contemplar estos preludios proféticos, su temporalidad y espacialidad, descubrimos aspectos milagrosos en la elección divina del momento histórico, el lugar geográfico, el mensajero y su comunidad, así como en la disposición de los acontecimientos que convergieron en este evento trascendental, lo circundaron y posteriormente emanaron de él. Entre los aspectos más notables encontramos:

Primero: La madurez de la humanidad

La humanidad atravesó en su desarrollo etapas equiparables a la infancia, juventud y madurez. Durante su infancia, Allah عز وجل intervenía directamente en los asuntos humanos: enviaba un mensajero a cada pueblo y, si lo desmentían, los destruía con un castigo divino. Así aniquiló al pueblo de Noé con el diluvio, a los ‘Ad con el viento devastador, a los Zamud con el estruendo demoledor, a la gente de Madián con la nube tenebrosa y al pueblo del Faraón ahogándolos en el mar.

Era Allah quien resolvía directamente el conflicto entre los mensajeros y sus pueblos. Como señaló acertadamente un estudioso: “El árbol de la humanidad fue podado durante su crecimiento, eliminando las ramas secas mediante la destrucción de las naciones corruptas”. Cuando el conocimiento humano se acumuló y las experiencias generacionales maduraron, la humanidad alcanzó su plenitud. Esta fue precisamente la época en que el Profeta ﷺ fue enviado, cuando la conciencia humana había evolucionado y estaba preparada para recibir un mensaje universal y eterno, destinado a toda la humanidad y perdurable a través de los tiempos.

Segundo: El milagro histórico

El análisis del período histórico del Profeta ﷺ revela que la época comprendida entre su nacimiento y su muerte coincidió con un conflicto mundial sin precedentes. El mundo de entonces estaba dominado por dos titanes imperiales: Persia y Roma, enzarzados en una contienda devastadora. Inicialmente, los persas lograron una victoria contundente sobre los romanos, expandiendo su dominio por Siria, el norte de Iraq y Asia Central. Su avance fue tan arrollador que llegaron hasta las murallas de Constantinopla, la capital imperial, sometiéndola a un riguroso asedio.

Sin embargo, el equilibrio de poder experimentó un vuelco dramático en la segunda fase del conflicto: los romanos, recuperando su antiguo poderío, no solo reconquistaron sus territorios, sino que infligieron una derrota aplastante a los persas en Nínive, llegando incluso a amenazar su capital en Iraq.

En este contexto de agotamiento mutuo entre las superpotencias surgió la misión profética. El mensaje se propagó y el estado musulmán se consolidó mientras estos



imperios estaban absortos en su confrontación. Es notable que, si hubieran estado en armonía o si uno hubiera ejercido una hegemonía clara sobre el otro, difícilmente habrían permitido el florecimiento del mensaje, desencadenando probablemente una confrontación inmediata. Al momento del fallecimiento del Profeta ﷺ, ambos imperios se encontraban exhaustos y debilitados, preparando involuntariamente el terreno para el surgimiento de una nueva nación que los reemplazaría.

Tercero: El milagro del espacio

La Meca, cuna de la revelación, poseía características extraordinarias que la distinguían como escenario ideal para el surgimiento del mensaje profético. Su legado espiritual era incomparable: albergaba la Kaaba, erigida por Abraham, y había sido el hogar de Ismael. Este linaje profético estaba profundamente arraigado en su identidad, y la impronta de estos nobles mensajeros perdura hasta nuestros días.

Su posición geográfica era excepcionalmente privilegiada: ubicada estratégicamente en la franja occidental de Arabia, mantenía una independencia singular a pesar de su importancia comercial. No estaba sometida a ninguna de las potencias dominantes: ni persas, ni romanos, ni yemeníes ejercían control sobre ella. Las rutas comerciales de invierno y verano la conectaban con los grandes imperios y reinos de la época, pero su peculiar ubicación la mantenía fuera del alcance del control imperial directo. Era, en esencia, un lugar divinamente seleccionado para estar conectado con el mundo mientras preservaba su autonomía, permitiendo así la transmisión del mensaje sin interferencias hegemónicas.⁽¹⁾

(1) Los precursores de la luz de Al-Aqqad.

La estructura social de La Meca presentaba otra ventaja significativa: era una ciudad regida por un sistema tribal equilibrado, donde el poder no se concentraba en un único gobernante, sino que se distribuía entre los diversos clanes. Las decisiones se tomaban de manera consultiva, y esta descentralización del poder permitió que los Banu Hashim, el clan del Profeta ﷺ, pudiera protegerlo durante los trece cruciales años de su predicación inicial.

A diferencia de otros profetas, que enfrentaron a gobernantes autoritarios centralizados como Nimrod, el Faraón o Pilatos, el Profeta ﷺ desarrolló su misión en un entorno político más flexible y pluralista.

Cuarto: La elección divina de la nación

La selección de los árabes como receptores iniciales del mensaje no fue casual. Así como Allah escogió meticulosamente a Su Profeta ﷺ, también eligió a la nación que recibiría primero su mensaje. Los árabes poseían características singulares que los hacían especialmente aptos para esta responsabilidad histórica, como señala el Altísimo: **“Allah sabe mejor [dónde] pone Su mensaje”** [6:124]. Los árabes poseían cualidades morales distintivas, siendo una de las más notables su profunda aversión a la mentira —sus líderes se caracterizaban por su inquebrantable veracidad. Otra característica singular era su condición de pueblo iletrado, carente de un legado cultural o intelectual estructurado. No poseían escrituras sagradas ni una tradición filosófica establecida, sino principalmente costumbres y tradiciones tribales. Sus mentes conservaban una naturalidad primigenia, libres del peso de complejas capas de conocimiento acumulado, lo que hacía que su forma de pensar fuera directa y sin artificios.



No estaban influenciados por la filosofía griega, ni por la cultura romana, ni por la mitología persa. Su paganismo era elemental y superficial, sin la complejidad doctrinal que caracterizaba a otras religiones: carecía de textos sagrados y de una clase sacerdotal establecida, asemejándose más a un conjunto de costumbres tribales. Esta simplicidad facilitó su desmantelamiento intelectual y su erradicación espiritual, sin que se produjera posteriormente un retorno a estas creencias. Es significativo que en la historia árabe no se conozca libro alguno anterior al Corán, siendo este el primer texto escrito en la historia de la nación árabe.

Todo esto fue parte de la sabiduría divina en Su decreto y planificación para Su Profeta elegido y el mensaje que le encomendó.

La cueva de Hira

Cada vez que contemplo el monte Hira entre las montañas de La Meca, percibo como si Allah lo hubiera creado específicamente para este acontecimiento trascendental, pues posee características únicas que lo distinguen de todas las montañas circundantes. Mientras las montañas de La Meca se extienden horizontalmente, como recostadas, el monte Hira se yergue entre ellas majestuosamente, como si su cima se elevara hacia el cielo. En su cumbre se encuentra la cueva de Hira, desde donde se divisa la Kaaba directamente y se extiende la vista sobre un vasto horizonte de montañas imponentes y amplios valles. Es un lugar que invita a la contemplación: durante el día, permite admirar la grandeza de la creación divina en las majestuosas montañas y los profundos valles; durante la noche, revela la magnificencia del reino celestial bajo la inmensa bóveda estrellada, donde los astros parecen entrelazarse en el horizonte lejano como si dialogaran silenciosamente con el observador.

En este lugar sagrado, el Profeta ﷺ se dedicaba a la adoración durante noches consecutivas, provisto de lo necesario para su estancia. La ubicación elevada, el aspecto imponente y el emplazamiento singular hacían de este lugar el escenario ideal para la reflexión profunda, la meditación



sobre la creación de los cielos y la tierra, y la orientación hacia Allah tras contemplar la grandeza de Su reino, como dice el Corán: **“En la creación de los cielos y la Tierra, y en la sucesión del día y la noche, hay signos para los dotados de intelecto, aquellos que invocan a Allah de pie, sentados y recostados, y reflexionan en la creación de los cielos y la Tierra, [diciendo:] ‘¡Señor nuestro! No has creado todo esto en vano. ¡Glorificado seas! Presérvanos del castigo del Fuego!’”** [3:190-191].

En una noche serena, mientras el universo descansaba en silencio y el Profeta ﷺ se encontraba sumido en su meditación y adoración, protegido por la cueva en la cima más alta de la montaña, su quietud y reflexión fueron interrumpidas por el descenso del ángel, sorprendiéndolo con la verdad de su Señor.

¡Qué momento para el Mensajero de Allah ﷺ en la cueva, rodeado de completa serenidad y silencio, sin sonido ni movimiento alguno, lejos de caminos transitados y lugares habitados! La quietud de la noche fue súbitamente interrumpida por la revelación de la verdad y el descenso del ángel, algo totalmente inesperado, pues no aguardaba mensaje alguno ni revelación, como Allah dice en el Corán: **“No esperabas que te fuera revelado el Libro, pero te fue concedido como una misericordia de tu Señor. No seas de los que apoyan a los que niegan la verdad”** [28:86].

¡Qué sobrecogimiento debió experimentar en ese momento, por más templado y sereno que fuera! La aparición del ángel fue sorprendente, pero su orden fue aún más impactante cuando le dijo: “Lee”. Se dirigía a alguien iletrado que jamás había leído ni escrito, como dice el Altísimo: **“Tú no sabías leer ningún tipo de escritura antes de esta, ni tampoco la**

escribías con tu diestra; porque de haber sido así hubieran podido dudar los que niegan la verdad” [29:48].

Por eso respondió de la única manera posible: **“No sé leer”**. Es decir, no soy de los que leen. Entonces el ángel lo abrazó con tal fuerza que llegó al límite de lo que podía soportar, y lo presionó intensamente. Luego lo soltó y repitió la orden: “Lee”. Y él respondió lo mismo: **“No sé leer”**. No sé cómo leer. Y nuevamente lo abrazó con gran fuerza hasta llevarlo al límite... hasta el agotamiento total. Lo soltó y por tercera vez le ordenó: **“Lee”**. Respondió de la misma manera, pues seguía siendo verdad lo que dijo la primera vez y su condición no había cambiado: **“No sé leer”**. Entonces proclamó: **“¡Lee en el nombre de tu Señor que creó! Creó al ser humano de un coágulo. ¡Lee! Que tu Señor es el más Generoso, Quien enseñó por medio de la escritura, enseñó al ser humano lo que no sabía” [96:1-5].**

Esta presión reiterada parecía preparar al Profeta ﷺ para recibir la palabra divina, disponiendo su corazón y haciéndole experimentar el encuentro con el ángel en toda su intensidad sensorial y espiritual. No podría así confundirlo con una ilusión o un sueño, sino que fue una experiencia vívida que experimentó, sintió y asimiló plenamente. Por ello, cuando concluyó el encuentro y el ángel partió, las aleyas —tanto su recitación como su significado— quedaron grabadas en el corazón del Mensajero de Allah ﷺ.

Regresó presuroso a su hogar, con el corazón palpitante, y al encontrar a su esposa Jadiya رَضِيَ اللَّهُ عَنْهَا exclamó: **“¡cúbreme, cúbreme!”** Lo cubrió, pues necesitaba descanso tras el esfuerzo y contención tras la conmoción. Cuando se calmó su sobresalto, descansó de su fatiga y se sosegó su temor, compartió con Jadiya lo sucedido, lo que había visto, oído



y comprendido. Ella era la esposa amada, sensata y sabia en quien confiaba por su amor, consejo y juicio. Le confió sus sentimientos diciendo: **“Temí por mí mismo”**.

Jadiya رضي الله عنها respondió con palabras firmes y luminosas, respaldadas por un juramento categórico: “¡Alégrate! Por Allah, jamás te humillará Allah. Tú mantienes los lazos familiares, ayudas al necesitado, asistes al desposeído, honras al huésped, auxilias en las calamidades, eres veraz en tu palabra y cumples con lo que se te confía”.⁽¹⁾

La postura de Jadiya representa la más noble actitud jamás mostrada por mujer alguna, antes o después. Lo tranquilizó en su inquietud, lo confortó en su fatiga y le recordó sus virtudes, asegurándole que los virtuosos como él jamás son abandonados, y que cuando Allah dota a alguien de nobles cualidades y generosidad, es para hacerlo merecedor de Su honra y favor.⁽²⁾

Casi se puede escuchar al universo entero, con sus ángeles, esferas y grandiosas criaturas, haciendo eco de las palabras de Jadiya, intentando hacer oír a Muhámmad lo que su esposa le había dicho: “¡No, por Allah! No te ha enviado Allah Su revelación, ni te ha escogido de entre toda esta humanidad extraviada y confusa para humillarte o entristecerte, sino para honrarte y honrar a través de ti, elevarte y elevar mediante ti, ennoblecerte y ennoblecer por medio de ti, expandir tu pecho y exaltar tu mención. No temas por ti mismo, ¡no, por Allah! Jamás te humillará Allah”.⁽³⁾

(1) Sahih Al-Bujari (3) y Sahih Muslim (160).

(2) Fiqh as-Sirah de Muhámmad Al-Ghazali (93).

(3) Sahih Al-Bujari (6982 ,4953 ,3) y Sahih Muslim (160).

Cuando se serenó, ella sugirió: “Vayamos a ver a mi primo Waraqa ibn Nawfal, un anciano experimentado que ha buscado la verdad y es un erudito versado en las escrituras; quizá encuentre conocimiento en él”.

Waraqa había viajado a Siria y se había reunido con eruditos de la gente del Libro, convirtiéndose al cristianismo. Leía y escribía el Evangelio, dominaba el hebreo y lo traducía al árabe.

El Profeta ﷺ aceptó la sugerencia y partió con su esposa. Al llegar ante Waraqa, Jadiya dijo: “Primo, escucha lo que tu sobrino tiene que decir”. Cuando el Profeta le contó lo sucedido, Waraqa respondió: “Este es el mismo confidente [ángel] que Allah envió a Moisés. ¡Ojalá fuera yo joven! Ojalá estuviera vivo cuando tu pueblo te expulse”. El Profeta ﷺ se sobresaltó al oír esto y preguntó: “**¿Me expulsarán?**” “Sí”, respondió Waraqa, “jamás ha venido alguien con lo que tú traes sin ser perseguido. Si vivo para ver ese día, te apoyaré con todas mis fuerzas”.⁽¹⁾

Parece que las historias de la misión profética y la migración estaban mencionadas en los libros de la gente del Libro, y Waraqa tenía conocimiento de ello. Por eso vivía esperando la llegada de este Profeta, y cuando el Profeta ﷺ le describió su experiencia, supo que era el Profeta esperado.

El Profeta ﷺ regresó con Jadiya, y poco después Waraqa falleció. La revelación se interrumpió temporalmente para que el Profeta ﷺ asimilara esta experiencia, se serenara su alma, se disipara su temor y se preparara para lo que vendría.

(1) Sahih Al-Bujari (3), Sahih Muslim (160) y Las evidencias de la profecía de Al-Baihaqi (139/2).



Datos importantes:

1. La inmensa generosidad, favor y nobleza de Allah —el más Generoso— quien se dirigió a la humanidad revelándole Su mensaje. Escogió de entre ellos a un ser humano —el más virtuoso y de corazón más puro— para que su corazón recibiera las palabras de Allah y fuera Su mensajero. Les traería la guía para que no se extraviaran, les mostraría el camino recto para que no se desviarán, les informaría sobre su propósito en la vida y su destino final, conectando su vida mundana con la del más allá. Así conocerían su lugar en este mundo y verían su final en el más allá. De este modo se sucedieron los mensajes, y los profetas acompañaron a las generaciones, recibiendo la revelación divina y guiando con ella a sus comunidades, hasta que fue enviado este Profeta para confirmar a los profetas anteriores y sellar sus mensajes.

Este es un favor y una gracia de Allah otorgados sin que la humanidad lo mereciera ni lo pidiera. Allah ﷻ por Su favor y misericordia, inicia Sus bendiciones y continúa Sus dones. La mente no habría podido comprender ni alcanzar estos conocimientos sin la misericordia de Allah al enviar mensajeros para guiarlos y responder a las preguntas existenciales.

¿Has sentido en tu corazón que tu Señor, el Magnífico y Supremo, cuyo vasto universo es solo parte de Su creación y reino, se dirige con Su grandeza, majestad y magnificencia a la humanidad, que vive en esta tierra que no es más que una partícula flotante en Su extenso universo, y revela Sus palabras para mostrarle su religión y guiarla en su camino?

¡Cuán grandioso es el don y el favor de Allah, y cuán noble es el ser humano por recibir esta gracia y favor!

Así se manifestó la bendición y el favor de Allah sobre la humanidad, al enviarles un mensajero de entre ellos con Su guía: **“Allah ha agraciado a los creyentes al enviarles un Mensajero de entre ellos mismos que les recita Sus versículos, los purifica y les enseña el Libro y la sabiduría. Antes se encontraban en un extravío evidente”** [3:164].

Y se respondió la súplica de los nobles profetas Abraham e Ismael cuando rogaron por su descendencia: **“¡Señor nuestro! Envía a su descendencia un Mensajero que les recite Tus versículos y les enseñe el Libro y la sabiduría, y los purifique. Tú eres el Poderoso, el Sabio”** [2:129].

2. Cada palabra en estas aleyas tiene su significado, y es una gran sabiduría que el Corán descienda con estas...

La apertura: **“¡Lee!”** El mensaje comenzó con una orden de lectura y una exaltación de la escritura y el conocimiento, descendiendo sobre un profeta iletrado que jamás había leído un libro ni escrito con su diestra. Si este iletrado hubiera inventado la revelación —lo cual es imposible—, no habría comenzado proclamando algo de lo que carecía, quedando así este versículo como evidencia de su profecía y del origen divino de la revelación, confirmando que Muhámmad ﷺ era un profeta que transmitía fielmente lo que le era revelado por su Señor.

Este Profeta, cuya revelación divina exaltó el conocimiento y la escritura, inspiró a miles de eruditos y miles de libros que estudian su conocimiento, su ley y la revelación divina que recibió, a pesar de que él mismo era iletrado. Los eruditos aprenden lo que otros escribieron, pero el Mensajero de Allah, siendo iletrado, enseñó a la humanidad qué escribir.



3. Si Muhámmad ﷺ hubiera fingido ser profeta habría descendido de la cueva de Hira feliz y proclamando: “¡Oh Quraish! La revelación ha descendido sobre mí y Gabriel ha venido a mí; soy su profeta”. En cambio, regresó atemorizado diciendo: “Temí por mí mismo”, sin saber siquiera con quién se había encontrado hasta que Waraqa le informó: “Este es el mismo que Allah envió a Moisés”. Esto confirma la palabra de Allah: **“No esperabas que te fuera revelado el Libro”** [28:86]. Muhámmad no esperaba ni anhelaba ser profeta.

Esto es una señal de la veracidad del Profeta ﷺ y demuestra que no estaba fingiendo ni inventando lo que decía.

4. Las palabras de Jadiya: “¡No! ¡Alégrate! Por Allah que Allah jamás te humillaría”.⁽¹⁾ Jadiya llegó a esta certeza por su experiencia vivida junto a Muhámmad durante quince años antes de la misión profética, conociendo de él lo que solo una esposa puede conocer de su esposo. Todo lo que había observado en él le indicaba que era imposible que fuera un estafador, pues había conocido de él la nobleza, las virtudes morales, la solidaridad con el necesitado y el amor por el bien común. Por su comprensión de la historia y las leyes divinas en la creación, sabía que alguien con estas cualidades jamás sería humillado por Allah, pues es imposible que Allah utilice a alguien para beneficiar a la gente y hacer el bien, y luego haga que su final sea un fracaso.

Esto nos muestra que Allah ﷻ escoge como mensajeros a personas bondadosas con la creación, nobles y misericordiosas con los siervos de Allah. El amor por beneficiar a la gente es el denominador común entre todos los mensajeros de Allah antes de recibir sus misiones, por lo que cuando les llegan los

(1) Sahih Al-Bujari (4953).

mensajes divinos para transmitirlos, encuentran en sus almas una disposición natural para salvar a la humanidad y hacer el bien.

5. Existe un paralelismo en la primera revelación entre Moisés y Muhámmad, la paz sea con ambos. A Moisés le llegó la revelación en el desierto junto al árbol y regresó a su esposa que lo esperaba. A Muhámmad ﷺ le llegó en el desierto en la cueva y regresó presuroso a su esposa en La Meca. El desierto fue el lugar de la primera revelación para ambos, y la esposa fue la primera en recibir el mensaje, creer en él y apoyarlo.

¡Levántate y advierte!

La sabiduría divina dispuso que la revelación se interrumpiera después del primer encuentro para que el Profeta ﷺ asimilara la experiencia. La revelación no continuó inmediatamente después del encuentro en la cueva de Hira, sino que se detuvo por un período. El Profeta ﷺ, que inicialmente se había asustado ante el encuentro, comenzó a anhelarlo tras comprender que se trataba de un ángel y del mensaje divino.

Durante este período de interrupción, el Profeta ﷺ continuaba visitando la cueva de Hira, esperando otro encuentro. Narró ﷺ: **“Me había retirado en Hira, y al terminar mi retiro, mientras descendía, escuché una voz del cielo. Alcé mi mirada y vi al ángel que me había visitado en Hira, sentado sobre un trono entre el cielo y la tierra”**. Lo vio en su forma angelical completa, su majestuosa creación cubriendo el horizonte.

Dijo ﷺ: **“Me sobrecogió un intenso temblor. Fui a Jadiya y dije: ‘Cúbreme’. Me cubrió y me vertieron agua. Entonces Allah reveló: ‘¡Oh, tú que te envuelves [en un manto]! ¡Levántate y advierte! A tu Señor engrandece, tu vestimenta purifica, la impureza abandona, no des esperando recibir más a cambio, y por tu Señor ten paciencia’ [74:1-7]”**.⁽¹⁾

(1) Sahih Muslim (161-257).

Después de esto, la revelación se intensificó y los versículos comenzaron a descender continuamente, con frecuentes encuentros entre el ángel y el Profeta.

La sabiduría detrás de que el Profeta ﷺ viera a Gabriel en su forma original, tal como Allah lo creó, probablemente fuera para aumentar su conocimiento sobre el mundo angélico, sus atributos y su verdadera naturaleza luminosa. Los ángeles son los intermediarios entre Allah y Sus mensajeros en la transmisión de la revelación divina, y Gabriel es quien descende con la revelación a los mensajeros, como dice el Altísimo: **“Lo ha descendido el Espíritu Fiel [el ángel Gabriel] sobre tu corazón [¡oh, Muhámmad!] para que seas uno de los advertidores en lengua árabe clara”** [26:193-195]. Era reconfortante para el Profeta ﷺ ver al ángel con quien tendría una larga relación y quien continuaría descendiendo con la revelación.

Además, cuando el Profeta ﷺ veía al ángel que le traía el mensaje de Allah en esta forma majestuosa e imponente cubriendo el horizonte —de modo que no podía mirar ninguna parte del cielo sin que Gabriel عَلَيْهِ السَّلَام la ocupara— ¿qué significaban entonces los enemigos de su religión que lo enfrentarían con hostilidad comparados con el poder de Gabriel? Esto servía para fortalecer su determinación y su corazón. El Profeta ﷺ presenciaba así uno de los grandes signos de Allah en la creación de Sus ángeles. Por ello, ver a Gabriel en su verdadera forma traía serenidad a su corazón, aumentaba su certeza y fortalecía su determinación, preparándolo para enfrentar con firmeza las cargas y dificultades de llevar el mensaje que vendrían después.

Muhámmad, el Mensajero

Tras el segundo encuentro entre Gabriel y Muhámmad ﷺ, descendió la revelación divina: **“¡Oh, tú que te envuelves [en un manto]!; Levántate y advierte! A tu Señor engrandece, tu vestimenta purifica, la impureza abandona, no des esperando recibir más a cambio, y por tu Señor ten paciencia”** [74:1-7]. Estos versículos establecieron formalmente la misión profética: el Profeta ﷺ comprendió que estaba recibiendo la revelación divina y que se le encomendaba la tarea de advertir. Asumió entonces esta responsabilidad con plena consciencia, respondiendo a esta orden divina categórica que presagiaba las dificultades, el rechazo y la resistencia que enfrentaría, para lo cual necesitaría armarse de paciencia — una paciencia por amor su Señor, como indica el versículo: **“y por tu Señor ten paciencia”**.

Una mañana, el Profeta ﷺ ascendió al monte Safa, una elevación que domina el recinto sagrado desde donde la voz alcanza todas las reuniones y hogares de La Meca. Desde su cima, proclamó: **“¡Oh, gente de la mañana! ¡Oh, gente de la mañana!”** Los Quraish acudieron presurosos preguntando: “¿Qué sucede?”. El Mensajero de Allah ﷺ les respondió: **“Si les informara que un ejército enemigo los atacará al amanecer o al anochecer, ¿me creerían?”** Respondieron: “Sí, pues

jamás hemos conocido de ti sino la verdad”. Entonces declaró: **“Les advierto sobre un severo castigo inminente”**⁽¹⁾. Con estas palabras, dirigía su atención hacia la retribución del más allá, la vida futura y la resurrección —conceptos ajenos a sus creencias. Luego les ordenó el principio fundamental: **“Den testimonio de que no hay divinidad excepto Allah”**.⁽²⁾

Este mensaje sacudió los cimientos de sus creencias idólatras heredadas. El más enérgico en su rechazo fue su tío Abu Lahab ibn Abdul-Muttalib, quien lo enfrentó exclamando: “¡Que perezcas por el resto del día! ¿Para esto nos has convocado?”. En respuesta descendió la revelación: **“¡Que perezcan las manos de Abu Lahab y que perezca él! De nada le servirá su riqueza ni todo lo que haya ganado...”**⁽³⁾

La expresión “¡Oh, gente de la mañana!” constituía entre los árabes un llamado de máxima urgencia, reservado para anunciar acontecimientos graves como invasiones inminentes o amenazas mayores. Era la señal de alarma para convocarlos.

Muhámmad era creíble, si él informaba de algo, incluso tan improbable como un ataque enemigo en tiempos de paz absoluta, su palabra era garantía suficiente de verdad.

Sobre esta base de credibilidad establecida, proclamó su misión y transmitió su mensaje: la unicidad absoluta de Allah ﷻ y el abandono de toda idolatría, pues la creación no tiene más divinidad digna de adoración que su Creador único.

Aunque este mensaje confrontaba las creencias ancestrales de todo su pueblo, resulta significativo que el primer opositor fuera su propio tío. Este hecho demostraba inequívocamente

(1) Sahih Al-Bujari (4770) y Sahih Muslim (208).

(2) Musnad Ahmad (16023).

(3) Sahih Al-Bujari (1394) y Sahih Muslim (208).



que su llamado no era una estrategia tribal para obtener privilegios, pues su familiar más cercano encabezaba la oposición, evidenciando así el carácter universal de un mensaje cuyo origen era la revelación divina de Allah. Muhámmad no consultó este asunto con sus parientes ni su familia, sino que recibió la orden directamente de Allah y la proclamó abiertamente, transmitiendo su mensaje: “**¡Levántate y advierte!**” [74:2].

Los fundamentos de la divulgación en La Meca

El Mensajero de Allah ﷺ proclamó su mensaje con nitidez, claridad y contundencia. Al examinar los versículos revelados en La Meca y los hadices proféticos del inicio de la dawah, encontramos que los temas más recurrentes fueron:

Primero: La exclusividad de Allah en la adoración, como fue el mensaje de todos los mensajeros a sus pueblos: **“Adoren solamente a Allah, pues no existe otra divinidad salvo Él”** [7:59]. Este es el significado esencial del testimonio de fe: **“No hay divinidad excepto Allah”**. La más grandiosa y evidente de las verdades es la unicidad de Allah, Majestuoso y Sublime, Su exclusividad en la creación y la administración del universo, y Su derecho único a ser adorado sin asociados. La unicidad divina es una verdad eterna y absoluta, como lo es la dependencia total de toda la creación hacia Él. Por ello, los versículos coránicos establecen esta verdad, la demuestran y refutan la idolatría.

A pesar de la magnificencia y claridad de esta verdad, la humanidad frecuentemente se ha desviado de ella, adoptando otras divinidades junto a Allah y dirigiendo su adoración



a estatuas, ídolos, astros y múltiples deidades en diversas culturas y naciones.

Los mensajes de los profetas se sucedieron para corregir esta desviación y guiar a la humanidad hacia su Creador, el único merecedor de adoración.

El mayor desatino en que ha incurrido la humanidad ha sido dirigir la adoración a otros que Allah, asociando a las criaturas en un derecho exclusivo del Creador. ¿Cómo puede elevarse a un ser creado al nivel del Creador? ¿Cómo puede equipararse lo creado con quien le dio existencia?

Uno de los mayores honores concedidos al ser humano es que Allah lo dignificó estableciendo que su adoración fuera exclusivamente para Él, liberándolo así de toda servidumbre hacia otros. La devoción exclusiva a Allah es la liberación del ser humano de toda otra forma de sometimiento devocional.

Asimismo, la mayor injusticia es desviar el derecho exclusivo de Allah hacia quien no lo merece ni le corresponde, asociando en Su derecho a un débil ser creado. **“La idolatría es una enorme injusticia”** [31:13].

Debido a la magnitud e importancia de esta cuestión, y a la frecuente desviación humana de ella, numerosos versículos, con diversos enfoques, vinieron a confirmar esta verdad suprema de la unicidad divina y Su exclusividad en la adoración.⁽¹⁾

Entre ellos está Su palabra: **“¿Acaso adoran lo que no puede crear nada, sino que son ellos los creados, y no pueden auxiliarlos ni auxiliarse a sí mismos? Si los invitan a la guía no los siguen. Es lo mismo que los inviten o que**

(1) Véase: Los cinco ejes del Sagrado Corán de Muhámmad Al-Ghazali (30-21).

permanezcan callados. Aquellos que invocan en lugar de Allah son siervos como ustedes. ¡Invóquenlos, pues! Que les respondan si dicen la verdad. ¿Acaso tienen pies con los que caminan, manos con las que toman, ojos con los que ven, u oídos con los que oyen? Di: ‘¡Invoquen a esos que consideran socios [de Allah]! Pongan en práctica sus intrigas y no me den respiro. Mi protector es Allah, Quien reveló el Libro, y Él protege a los justos. Pero aquellos que invocan en vez de Él no pueden auxiliarlos ni pueden auxiliarse a sí mismos. Y si los invitas a la guía no escuchan. Los ves mirándote, pero no ven’ [7:191-198].

Y dijo el Altísimo: “Allah no ha tenido un hijo ni existe otra divinidad junto con Él. [Si así fuera] cada divinidad acapararía su creación, y unas dominarían sobre otras. ¡Glorificado sea Allah por encima de lo que Le atribuyen!” [23:91].

Segundo: La creencia en la resurrección después de la muerte fue una de las cuestiones más importantes que el Corán se ocupó de establecer, especialmente porque los primeros destinatarios del mensaje la negaban, diciendo: “Solo existe nuestra vida mundanal, morimos y vivimos, y solo el tiempo nos hace perecer” [45:24], y “¿Acaso cuando seamos huesos y polvo seremos resucitados como una nueva creación?” [17:49]. Enfrentaban la mención de la resurrección con negación y burla, hasta que un idólatra se presentó ante el Profeta ﷺ con un hueso deteriorado, lo pulverizó entre sus manos y sopló las partículas diciendo: “Oh Muhámmad, ¿afirmas que Allah resucitará esto después de haberse desintegrado?”. El Profeta ﷺ respondió: “Sí, eso afirmo”. Allah reveló la respuesta en el Corán para todos los que negaban como él: “Me propone ejemplos olvidando



su propia creación. Dice: ‘¿Quién dará vida a los huesos cuando estén ya carcomidos?’ Di: ‘Les dará vida Quien los creó por primera vez, pues Él tiene conocimiento de todo lo creado. Él es Quien hace que puedan encender fuego del árbol verde, ¿Acaso Quien creó los cielos y la Tierra no podrá crear otros [seres humanos] igual a ellos? ¡Claro que sí! Él es el Creador, el que todo lo sabe. Cuando decide decretar algo, Le basta decir: ‘¡Sé!’, y es. ¡Glorificado sea Aquel en Cuyas manos está la soberanía de todas las cosas! Y ante Él comparecerán” [36:78-83].⁽¹⁾

Los versículos coránicos establecieron la fe en la resurrección, la hicieron comprensible, proporcionaron ejemplos y respondieron a quienes la negaban con diversos tipos de evidencias, demostrando que después de la muerte hay resurrección, vida, recompensa y castigo, y que existe una transición de la vida mundana a la otra vida, de una existencia breve y pasajera a una vida eterna y permanente.

La unicidad de Allah y la fe en el más allá fueron las dos cuestiones más importantes con las que el Corán se dirigió a sus primeros destinatarios, pues asociaban otros con Allah y no creían en una vida después de la mundana, enfrentando con extremo rechazo a quien los invitaba a creer en ella: **“Los que se niegan a creer dicen: ‘¿Quieren que les mostremos a un hombre que les predice que cuando sean completamente desintegrados serán resucitados como una nueva creación? ¿Acaso habrá inventado una mentira sobre Allah o estará loco?’ ¡No! Sino que los que no creen en la otra vida sufrirán un castigo y están en un profundo extravío” [34:7-8].**

(1) La biografía del Profeta por Ibn Hisham (399/1).

La creencia en el Día del Juicio dirige la atención y los corazones de la humanidad hacia otro mundo después del terrenal, liberándolos de la ansiedad por obtener toda la recompensa de sus esfuerzos en su breve y limitada vida terrenal. Así, el trabajo se realiza por la causa de Allah y la espera de la recompensa se deja a Su determinación, sea en la tierra o en la otra vida, con esperanza en Allah, confianza en el bien, perseverancia en la verdad, y con amplitud, tolerancia y certeza.

La vida humana no puede equilibrarse con el elevado sentido divino sin que esta visión integral se establezca en la conciencia humana, sin que sus corazones se tranquilicen sabiendo que su vida terrenal no es su destino final, y sin que el individuo de vida limitada confíe en que tiene otra vida que merece que luche por ella y se sacrifique por la victoria de la verdad y el bien, confiando en la compensación que encontrará junto a Dios.

Los creyentes en el más allá y quienes lo niegan no pueden equipararse en sentimientos, carácter, conducta ni obras. Son dos tipos distintos de seres, dos naturalezas diferenciadas que no coinciden ni en sus acciones terrenales ni en su recompensa final. Esta es la bifurcación decisiva del camino. ⁽¹⁾

El Corán abunda en referencias al más allá, su minucioso ajuste de cuentas, su dicha perpetua y su doloroso castigo. Enfatiza a la humanidad que su vida terrenal es breve y que la muerte es un reposo temporal entre dos etapas de la existencia: la primera para sembrar y la última para cosechar. Los hijos de Adán, después de su travesía por el mundo y su sucesión generacional, retornarán a Allah: **“Así como iniciamos**

(1) A la sombra del Corán de Sayyid Qutb (25-24/1).



la primera creación, la repetiremos. Esta es una promesa que habremos de cumplir” [21:104].

El Corán respondió a quienes negaban la resurrección con diversos tipos de pruebas: **“Entre Sus signos está que ves la tierra árida, pero cuando hace descender el agua sobre ella, se remueve y reverdece. Quien le da vida es Quien dará vida a los muertos, pues Él tiene poder sobre todas las cosas” [41:39].** Y dijo el Altísimo: **“Diles: ‘Aunque fuesen piedras o hierro, o cualquier otra creación que les parezca imposible [de resucitar]’. Preguntarán: ‘¿Quién nos dará la vida [nuevamente]?’ Diles: ‘Quien los creó por primera vez’. Moverán sus cabezas con incredulidad y preguntarán: ‘¿Cuándo sucederá?’ Diles: ‘Tal vez sea pronto, el día que los convoque y respondan con Su alabanza, y crean que no permanecieron [en las tumbas] sino poco tiempo’” [17:50-52].**

Tercero: La purificación del alma mediante la adoración a Allah ﷻ. La adoración es obedecer a Allah cumpliendo lo que nos ha prescrito con entrega, veneración y amor hacia Él.

Allah explicó en el Corán que creó al ser humano para que Lo adore: **“No he creado a los yinnes y a los seres humanos sino para que Me adoren. No pretendo de ellos sustento alguno ni quiero que Me alimenten, pues Allah es el Sustentador, el Dueño del poder, el Fuerte” [51:56-58].**

Todo en este universo glorifica a Allah y Lo adora. Los cielos, la tierra y cuanto hay en ellos están sometidos a Allah y Lo glorifican en Su grandeza: **“Los siete cielos, la Tierra y todo cuanto hay en ellos Lo glorifican. No existe nada que no Lo glorifique con alabanzas, aunque no puedan percibir sus glorificaciones. Él es Benévolo, Perdonador” [17:44].**

La glorificación del universo es por sometimiento, mientras que la servidumbre de los yinn y los humanos hacia Allah es por elección, pues Allah les concedió el libre albedrío. Su adoración es por su propia elección, por eso Allah magnifica la recompensa de los obedientes y advierte del castigo a los desobedientes.

El mandato divino de adoración se repite en el Corán: **“¡Oh, humanos! Adoren a su Señor Quien los creó a ustedes y a quienes los precedieron, para que así alcancen la piedad”** [2:21].

Cuarto: Las buenas conductas en las relaciones humanas, basadas en la justicia, la virtud y la benevolencia. Desde las primeras revelaciones del Corán se enfatizaron estos significados: **“¿Has visto a quien desmiente el Día del Juicio? Es quien rechaza al huérfano y no exhorta a alimentar al pobre. ¡Ay de los orantes que son negligentes en sus oraciones!”** [107:1-5].

En estos versículos se enfatiza la retribución en el Día del Juicio, la compasión hacia el huérfano, la benevolencia hacia el necesitado y la advertencia contra descuidar la oración.

Entre las primeras revelaciones se mencionó la causa del castigo de los pecadores en el Fuego: **“¿Qué los llevó al Fuego del Infierno? Dirán: ‘No nos contábamos entre los orantes, no alimentábamos al pobre, nos entreteníamos con las banalidades y negábamos el Día del Juicio’”** [74:42-46]. No oraban a Allah, no ayudaban a los débiles y pobres, y no creían en la resurrección ni en la retribución del más allá, por lo que merecieron este doloroso castigo.

El Corán reitera en numerosos versículos la invitación a las nobles virtudes, la benevolencia hacia la gente y la práctica



del bien, indicando que estas acciones son tanto una forma de relación con Allah como de bondad hacia las personas. Dijo el Altísimo: **“Allah ordena la justicia, la benevolencia y la generosidad con los parientes, y prohíbe la obscenidad, lo censurable y la opresión. Así los exhorta para que reflexionen”** [16:90]. Y dijo: **“No hay bien en muchas de sus conversaciones secretas, excepto en quien exhorta a dar caridad, realizar una buena obra o reconciliar entre las personas. A quien haga esto anhelando complacer a Allah, le daremos una recompensa grandiosa”** [4:114]. Y dijo: **“No se equipara la obra buena con la mala. Responde [al mal] con una obra mejor, y verás que aquel con quien tenías enemistad se convertirá en un amigo ferviente”** [41:34]. Y dijo: **“Aquellos que hacen caridad tanto en la prosperidad como en la adversidad, reprimen la ira, perdonan a la gente, y Allah ama a los benefactores”** [3:134].

Los versículos sobre moral y relaciones humanas constituyen casi un cuarto del Sagrado Corán.

Estas cuestiones fundamentales que el Profeta ﷺ proclamó al inicio de la dawah en La Meca, en tiempos de adversidad, continuó enfatizándolas durante el período prospero de Medina, renovando sus recomendaciones hasta el final de su vida en todos sus consejos.

Muhámmad ﷺ no llamó a la gente hacia una ganancia inmediata o un beneficio material cercano, sino que con su mensaje removió el velo de los ojos para que vieran la verdad que les había sido ocultada, y limpió el óxido de los corazones para que reconocieran la certeza sobre la que fueron creados. Conectó a la humanidad con su Señor, vinculándola a su causa más firme, después de haber estado perdida y desorientada. Presentó a la gente la elección entre la eternidad y la extinción,



y eligieron la morada eterna sobre la transitoria. Les dio a elegir entre ídolos —deidades imaginarias e insignificantes— y un Dios Magnífico, Misericordioso, Poderoso y Supremo, y el rechazo de las falsas deidades fabricadas para volverse hacia Quien creó los cielos y la tierra, Aquel a quien pertenece la creación y el mandato, Poderoso, Majestuoso y Santísimo. ⁽¹⁾

El mensaje del Profeta ﷺ fue claro y simple. Si se preguntara a cualquiera sobre él, fuera creyente o no: “¿A qué llamaba Muhámmad ﷺ?”, todos coincidirían en la respuesta, por la claridad de este mensaje, su fácil comprensión y su consonancia con la naturaleza primordial del ser humano.

(1) Fiqh as-Sirah de Muhámmad Al-Ghazali (113).



Las razones por las que Quraish rechazó el mensaje



La postura colectiva de los notables de Quraish frente a este mensaje fue de incredulidad, rechazo y persecución de los creyentes. Mientras los creyentes se unían al Islam individualmente —Abu Bakr, Ali ibn Abi Talib, Zaid ibn Hariza, Al-Zubair ibn Al-Awwam, Talha ibn Ubaidullah, Saad ibn Abi Waqqas, Abdurrahman ibn Awf, Said ibn Zaid, etc. los politeístas se enfrentaban al mensaje como grupos organizados. Esta oposición hostil tenía sus razones, entre las más importantes:

Primero: La veneración de los ancestros. Encontramos que todos los pueblos se opusieron a los profetas argumentando que seguían las creencias heredadas de sus antepasados: **“Encontramos a nuestros padres siguiendo una religión, y seguimos sus pasos”** [43:23], **“Nunca oímos algo así de nuestros primeros ancestros”** [23:24]. Consideraban el legado religioso de sus padres como sagrado y lo seguían ciegamente sin reflexión. Por ello, el Corán les ordenó reflexionar sobre las creencias heredadas, pues podían estar equivocadas. Dijo el Altísimo: **“Cuando se les dice: ‘Vengan a lo que Allah reveló y al Mensajero’, responden: ‘Nos basta con lo que**

heredamos de nuestros padres’. ¿Y si sus padres no sabían nada ni estaban bien guiados?” [5:104].

Segundo: La inclinación humana hacia lo tangible. Encontramos un elemento común en todas las religiones politeístas: la presencia de ídolos, pues Satanás aprovecha esta tendencia humana hacia lo tangible para introducir el politeísmo. Vemos cómo los Hijos de Israel, después de cruzar el mar con Moisés y presenciar la destrucción del Faraón, dijeron como relata Allah: **“Cuando cruzaron el mar, se encontraron con un pueblo que adoraba ídolos. Dijeron: ‘¡Oh, Moisés! Haznos un Allah como los dioses que ellos tienen’. Dijo: ‘Son gente ignorante’” [7:138].** Creían en la divinidad de Allah ﷻ pero querían deidades visibles y tangibles. Luego, cuando Moisés acudió a la cita con su Señor, el Samaritano les fabricó **“un becerro que emitía un sonido, y dijeron: ‘Este es su Allah y el Allah de Moisés, pero [Moisés] lo olvidó’” [20:88].** Lo adoraron, y cuando Aarón les dijo: **“¡Oh, pueblo mío! Solo están siendo puestos a prueba con él. Su verdadero Señor es el Misericordioso, síganme y obedezcan mi orden’. Respondieron: ‘No dejaremos de adorarlo hasta que Moisés regrese’” [20:90-91].**

Tercero: La lejanía temporal de Quraish respecto a los profetas. Mientras que entre los Hijos de Israel los profetas se sucedían con intervalos cortos, la última profecía entre los árabes había sido la de Ismael, anterior a Moisés y Jesús, aproximadamente 2.500 años antes. Esta lejanía en el tiempo los llevó a ver con extrañeza el mensaje profético y la revelación divina, y a oponerse a ellos.

Cuarto: La rivalidad tribal dentro de Quraish. Quraish estaba compuesta por clanes, y cada clan buscaba el prestigio exclusivo. Cuando el Profeta ﷺ de los Banu Abd Manaf ibn



Qusaii dijo ser profeta, los otros clanes lo envidiaron. Esto lo confirma el relato de Al-Mughira ibn Shu'ba رضي الله عنه un Zaqafi de Taif que visitó a su amigo Abu Yahl Amr ibn Hisham, el más acérrimo enemigo del mensaje profético. Al-Mughira narró: "Caminaba con Abu Yahl por una de las calles de La Meca cuando nos encontramos con el Mensajero de Allah ﷺ y dijo: **'Oh, Abu Al-Hakam, ven a Allah عز وجل y a Su Mensajero. Te invito a adorar solo a Allah'**. Abu Al-Hakam (Abu Yahl) respondió: 'Incluso si supiera que lo que dices es verdad, no te seguiría''. El Mensajero de Allah ﷺ se marchó y continué caminando con Abu Yahl. Me volví hacia él y le pregunté: '¿Cómo puedes decir que si supieras que lo que dice es verdad no lo seguirías?'" En ese momento, Abu Yahl pudo desahogarse y expresar la verdad, pues hablaba con un hombre de Zaqif, no de Quraish. Dijo: "Sé que lo que dice es verdad, pero hemos competido con los Banu Abd Manaf por el liderazgo. Dijeron: 'Tenemos el cargo de dar de beber a los peregrinos', y dijimos: 'Sí'. Dijeron: 'Tenemos la custodia de la Kaaba', y dijimos: 'Sí'. Dijeron: 'Tenemos el cargo de alimentar a los peregrinos', y dijimos: 'Sí'. Dijeron: 'Tenemos el estandarte', y dijimos: 'Sí'. Luego ellos alimentaron y nosotros alimentamos, dieron y dimos, hasta que estuvimos como dos caballos en una carrera, hombro con hombro en la pista del liderazgo, y ahora dicen: 'De nosotros hay un profeta que recibe revelación del cielo'. ¿De dónde podríamos conseguir algo así? ¡No! Por Allah, nunca creeremos en él ni lo seguiremos".⁽¹⁾

Así, Abu Yahl, Al-Walid ibn Al-Mughira y los ancianos de Banu Majzum se ahogaron en la envidia y los celos debido a la rivalidad tribal.

(1) Las evidencias de la profecía de Al-Baihaqi (207/2).



Estas razones llevaron a los notables de Quraish a adoptar una postura colectiva contra el mensaje. No significa que todas estas razones estuvieran presentes en cada uno de ellos, pero cada uno tenía motivos que lo impulsaban a esta oposición. Así, la postura colectiva se convirtió en rechazo al mensaje, mientras que los seguidores de esta religión se unían individualmente, uno por uno.

Lo extraordinario es que estos primeros musulmanes, los pioneros, serán recordados como tal hasta el Día del Juicio, pues se mantuvieron firmes en la religión cuando la gente la rechazaba y se apartaba de ella.

Las pruebas del Corán

Allah no envió profeta alguno sin dotarlo de una señal que demostrara la veracidad de su profecía, algo que los seres humanos no pudieran replicar. Así dotó a Su profeta Moisés عليه السلام del bastón que se convertía en una serpiente viva al arrojarlo, que al golpear el mar abría un camino, y que al golpear la roca hacía brotar fuentes de agua.

A Jesús عليه السلام le otorgó la capacidad de resucitar a los muertos y curar al ciego y al leproso.

Estas señales físicas eran apropiadas para las naciones anteriores. En cambio, como el mensaje del Profeta Muhámmad ﷺ era trascendente al tiempo, la prueba de su profecía debía ser eterna, renovándose para cada generación y cada nación: el Corán que Allah le reveló, evidencia manifiesta y contundente de su profecía.

Dijo el Profeta ﷺ: “No hubo profeta al que no se le concedieran signos en los que la gente creyera. Lo que se me ha concedido es una revelación que Allah me ha inspirado, y espero ser quien tenga más seguidores el Día de la Resurrección”.⁽¹⁾

(1) Sahih Al-Bujari (4981) y Sahih Muslim (152).

El Corán es la palabra de Allah ﷻ revelada a Su Mensajero, quien la transmitió tal como Allah la pronunció. La gente escuchó de este Mensajero palabras sin precedentes, ¿y cómo no habría de distinguirse la palabra divina del lenguaje humano, tanto en forma como en contenido?

El Corán llegó con una elocuencia distintiva, diferente de la poesía de los poetas, la oratoria de los oradores y la sabiduría de los sabios. Posee una composición única y una estructuración sin precedentes en sus suras y versículos, un sistema que no existe en ningún otro discurso anterior ni posterior.

Su construcción es precisa, sin la rigidez de la poesía ni la fluidez de la prosa. Sus versículos se caracterizan por una asombrosa consistencia, expresando grandes conceptos con pocas palabras, algo que normalmente requeriría extensas explicaciones.

Su discurso es cautivador, combinando argumentación lógica y apelación emocional, uniendo la persuasión del intelecto con los sentimientos. Ejerce autoridad sobre todo quien lo escucha, obligando a la atención y provocando un impacto. Yubair ibn Mut'im —quien visitó Medina antes de convertirse al Islam y entró en la mezquita mientras el Profeta ﷺ realizaba la oración del ocaso— relata: “Cuando lo escuché recitar: **‘¿Acaso surgieron de la nada o son ellos sus propios creadores? ¿O crearon los cielos y la Tierra? No tienen certeza. ¿O poseen los tesoros de tu Señor? ¿O son ellos quienes tienen el control?’** [52:35-37], mi corazón casi se detiene”⁽¹⁾. Es decir, experimentó una conmoción emocional por el intenso impacto de estos versículos en su alma.

(1) Véase: Sahih Al-Bujari (4854) y Sunan Abu Dawud (811).



Además, su discurso cautivador abarca a las personas en todos sus niveles: no desciende por debajo de la inteligencia de los intelectuales ni se eleva más allá de la comprensión de la gente común. Cada uno lo entiende según su capacidad y extrae significados según la amplitud de su recipiente. Es el libro tanto de la élite como de las masas: ningún intelecto lo abarca por completo, pero ninguna comprensión queda excluida de él.⁽¹⁾

Todo discurso cansa con la repetición excepto el Corán: cuanto más se repite, más admiración y anhelo despierta. Todo texto revela sus defectos al releerlo excepto el Corán, que con cada repetición descubre nuevas virtudes.

En esta palabra se encuentra una fuerza abrumadora que influye sin ser influenciada, que describe las verdades, tanto el bien como el mal, con la dignidad de quien no se beneficia del bien y el poder de quien no es perjudicado por el mal.

Todo esto constituye una prueba evidente y contundente de que no es palabra humana, y demuestra que quien la transmite es un profeta enviado por Allah ﷻ.

Cuando el Profeta ﷺ presentó este Corán a la gente, lo hizo con absoluta certeza, diciéndoles con total serenidad y confianza: **“Este es el Libro, no hay duda sobre él”** [2:2]. Luego llamó su atención sobre su grandeza, desafiándolos a producir una sola sura similar en estructura y significado, informándoles del resultado si lo intentaran: que no podrían lograrlo aunque buscaran toda ayuda posible y por mucho que transcurriera el tiempo. Dijo: **“Si tienen dudas sobre lo que hemos revelado a Nuestro siervo, traigan una sura similar y llamen a sus testigos en vez de Allah, si son veraces. Si**

(1) Los discernimientos y los tesoros de Abu Hayyan Al-Tawhidi (46/7).

no lo hacen, y nunca podrán hacerlo...” [2:23-24]. Y dijo: “Di: ‘Si los humanos y los yinn se unieran para producir algo similar a este Corán, no podrían lograrlo, aunque se ayudaran mutuamente’” [17:88]. Este desafío no se limitaba a los árabes contemporáneos del Profeta, sino que se extendía a toda la humanidad, con sus diferentes lenguas y razas, e incluso a los yinn.

El severo desafío que el Corán planteó a los incrédulos, declarando que nunca podrían producir algo similar a sus suras, descarta la posibilidad de que el Mensajero —conocido por su sensatez y sabiduría— se arriesgara a entrar en este desafío abierto contra los maestros de la elocuencia, si no fuera porque la fuente del desafío era la revelación divina y no una elección personal.

Los politeístas quedaron atónitos ante este desafío. Como expertos en la elocuencia y conocedores de los niveles del discurso, quedaron perplejos y enmudecidos, reconociendo que era un nivel inalcanzable del habla, que nadie se atrevería a intentar igualar.

Desde el día en que el Corán fue revelado y este desafío fue proclamado hasta hoy, no ha habido ningún intento serio de producir algo similar. Por ello, los enemigos del Profeta  y quienes negaban su mensaje se encontraron confundidos sobre cómo denominar su incapacidad. Se reunieron antes de la temporada de peregrinación para acordar una opinión unificada, acudiendo a su líder, Al-Walid ibn Al-Mughira. Le preguntaron: “¿Qué dices, Abu Abd Shams? Establece una opinión que podamos adoptar”. Respondió: “Mejor hablen ustedes y yo escucho”. Dijeron: “Diremos que es un adivino”. Contestó: “No, por Allah, no es un adivino. Hemos visto adivinos y esto no se parece a sus murmullos ni a sus rimas”.



Sugirieron: “Entonces diremos que está loco”. Respondió: “No está loco. Hemos visto la locura y la conocemos, y esto no muestra sus síntomas ni sus desvaríos”. Propusieron: “Diremos que es un poeta”. Contestó: “No es un poeta. Conocemos toda la poesía: sus métricas, sus ritmos, sus formas libres y estructuradas, y esto no es poesía”. Sugirieron: “Diremos que es un hechicero”. Respondió: “No es un hechicero. Hemos visto hechiceros y sus hechizos, y esto no se parece a sus conjuros ni a sus nudos”. Preguntaron: “¿Entonces qué diremos, Abu Abd Shams?”. Respondió: “Cualquier cosa que digan de esto se sabrá que es falsa. Lo más cercano sería decir que es un hechicero que ha traído palabras que son magia, que separan al hombre de su padre, al hombre de su hermano, entre el hombre y su esposa, entre el hombre y su clan”. Se dispersaron con esta idea y se sentaron en los caminos durante la temporada de peregrinación, advirtiéndolo a cada persona que pasaba sobre el profeta y su mensaje.⁽¹⁾

Sin embargo, ninguna de estas falsas acusaciones tuvo éxito. Por ello, recurrieron al alboroto y el ruido durante la recitación del Corán para impedir que la gente lo escuchara, diciendo: **“No presten atención a este Corán y hagan ruido cuando se recite, quizás así consigan impedir que sea escuchado”** [41:26].

El Corán mantiene hasta hoy su impacto y su capacidad de asombrar. La mayoría de los intelectuales que abrazan el Islam en la actualidad lo hacen tras leer el Corán y ser influenciados por sus significados, incluso al leerlo traducido. Al examinar a quienes han sido impactados por el Corán, no encontramos que sea un solo versículo el que los haya conmovido, ni una sola cuestión la que los haya influido a todos por igual.

(1) Las evidencias de la profecía de Al-Baihaqi (199/2).

Por el contrario, cada uno tiene su propia experiencia con el Corán, diferente a la de los demás, con versículos que le impactaron como si hubieran sido revelados específicamente para él, sintiendo que se dirigían a su situación particular. Otro se conmueve con versículos que siente que lo describen personalmente y reflejan su estado. Cada uno es influenciado desde un ángulo específico, porque cada persona encuentra en él lo que busca, la solución a sus problemas y la respuesta a sus inquietudes.

El hecho de que el Corán haya influido constantemente en mentes diferentes, y que todos hayan encontrado en él lo que sus almas anhelan en términos de creencia y conducta, además de soluciones para las grandes cuestiones que les preocupan, indica necesariamente que su fuente es Quien creó estas almas y conoce sus sutilezas y caminos, sus puntos de emoción e influencia, sus cuestionamientos y perplejidades. **“¿Acaso no lo va a saber Quien todo lo creó? Él es el Sutil, el que está bien informado”** [67:14].⁽¹⁾

(1) Véase “La gran noticia” del Sheikh Muhámmad Abdullah Draz, y El Corán milagroso del Dr. Gary Miller.



El origen del Corán



Cuando Quraish se vio ante el desafío del Corán de producir algo similar y no lo intentaron, reconociendo su incapacidad, recurrieron a cuestionar su origen. A veces decían: **“Son leyendas de los antiguos que ha copiado, y le son dictadas mañana y tarde”** [25:5]. Otras veces afirmaban que alguien se lo enseñaba: **“Solo le enseña un ser humano”** [16:103]. Y en ocasiones alegaban que era una invención: **“Los que se niegan a creer dicen: ‘Esto no es más que una mentira que él ha inventado’”** [25:4]. Esta inconsistencia en sus declaraciones evidencia su perplejidad y su incapacidad para enfrentar el verdadero desafío. Por ello, les respondió reiterando el desafío: **“Dicen: [Muhámmad] lo ha inventado”. Diles: “Entonces produzcan un capítulo similar [a un capítulo del Corán]. Recurran para ello a quienes quieran fuera de Allah, si es que dicen la verdad”** [10:38].

Todas estas acusaciones eran una negación obstinada de la verdad que se les había manifestado. Muhámmad ﷺ había vivido entre ellos cuarenta años sin pronunciar palabras similares ni remotamente parecidas. El Corán señala esto: **“¡Di [¡Oh, Muhámmad!]: “Si Allah no hubiera querido, yo no les habría recitado [el Corán] y no lo hubieran conocido**

jamás. Viví toda mi vida entre ustedes antes de la revelación. ¿Acaso no van a reflexionar?” [10:16].

Muhámmad fue un hombre iletrado que creció entre gente iletrada, participando en su vida cotidiana sin conexión con eruditos o conocimiento formal. Pasó más de cuarenta años sin que se le conociera composición poética, improvisación oratoria ni dichos memorables como los de los elocuentes. Repentinamente, comenzó a hablar a la gente con un discurso sin precedentes en su vida anterior, sin haber pronunciado una sola palabra similar antes, revelándoles noticias de las primeras generaciones, mensajes anteriores, contenidos de las predicaciones de los mensajeros y noticias del más allá y del génesis. ¿Qué lógica podría justificar que esta nueva fase de conocimiento fuera resultado natural de aquella vida anterior iletrada? La razón exige que este salto cualitativo tenga otra explicación que debe buscarse fuera de los límites del ser y del círculo de conocimientos previos.

Además, las historias de los profetas José, Moisés, David, Salomón, Job y Jesús, la paz sea con ellos, y sus predecesores, no formaban parte de la tradición árabe. Su conocimiento se limitaba a sus padres Abraham e Ismael. Estas historias aparecieron detalladas en el Corán: **“ni tú ni tu pueblo las conocían. Ten paciencia, que el éxito final será para los que tienen temor de Allah.” [11:49].** ¿De dónde las obtuvo Muhámmad ﷺ?

Así como trajo noticias del pasado que ni él ni su pueblo conocían, también trajo promesas sin indicio aparente cuando las pronunció.

Entre ellas está lo mencionado en el Corán sobre que esta religión tiene decretada por Allah su permanencia y eternidad, y que este Corán tiene garantizada por Allah su preservación:



“Él es Quien envió a Su Mensajero con la guía y la religión verdadera para hacerla prevalecer sobre todas las religiones, aunque les pese a los idólatras” [61:9]. “Yo he revelado el Corán y Yo soy su custodio” [15:9].

Son versículos en los que Muhámmad ﷺ abordó lo que estaba más allá de sus sentidos y su intelecto, sobre noticias del pasado, del futuro y del presente. Cuando nos habla del pasado, los testimonios históricos lo confirman, y cuando nos habla del futuro, las noches y los días lo confirman, y cuando nos habla de Allah, Sus ángeles y los asuntos del mundo invisible, los profetas y los libros sagrados lo corroboran.

Entre las pruebas de su veracidad está que el Corán es el primer libro de la nación árabe, sin precedentes de obras escritas compiladas antes que él. Esto demuestra que el Profeta ﷺ no siguió un modelo previo, sino que este Profeta iletrado trajo a una nación iletrada un libro cuando no conocían los libros.

Además, es conocido que su vida atravesó circunstancias difíciles. Todos sus hijos e hijas fallecieron en vida suya excepto Fátima. Tenía una esposa de gran importancia en su corazón y vida, Jadiyah رضي الله عنها quien murió en las circunstancias más difíciles de su vida. Sin embargo, el Sagrado Corán no menciona estos acontecimientos —ni la muerte de sus hijos ni la de su esposa— aunque estos sucesos le causaron dolor y ocuparon gran parte de sus emociones. Si el Corán hubiera sido producto personal suyo, sus emociones se habrían reflejado en sus textos.

El lector del Corán se sorprenderá al descubrir que no menciona el nombre de la madre del Profeta ﷺ, ni el de su amada esposa, ni el de ninguna de sus hijas, ni el de sus

compañeros más cercanos como su amigo Abu Bakr, su primo Ali o su tío Hamza.

Los nombres que se repiten en el Corán son los de los profetas: Abraham, Moisés, Jesús y otros.

La única mujer mencionada por su nombre en el Corán, cuya mención se repite y que tiene una sura completa nombrada en su honor, es María, madre de Jesús, la paz sea con ambos: **“Y cuando los ángeles dijeron: ‘¡Oh, María! Allah te ha elegido y purificado. Te ha elegido sobre todas las mujeres del mundo’”** [3:42].

Asimismo, el Corán contiene severas advertencias dirigidas al Profeta ﷺ que nadie elegiría para sí mismo, como dice el Altísimo: **“Si él hubiera inventado algunas declaraciones falsas sobre Nosotros, lo habríamos tomado por la diestra, y luego le habríamos cortado la arteria vital, y ninguno de ustedes habría podido impedirlo”** [69:44-47], **“Si llegas a atribuirme copartícipes se malograrán todas tus obras”** [39:65], **“¡Oh, Profeta! Teme a Allah y no obedezcas a los que se niegan a creer ni a los hipócritas. Allah todo lo sabe, es Sabio”** [33:1].

Todo esto demuestra que Muhámmad ﷺ no elegía lo que se le revelaba, sino que lo recibía y lo transmitía tal como le llegaba.⁽¹⁾

No queda, por tanto, más que una posibilidad: que este Corán es una revelación que Allah inspiró a Muhámmad ﷺ como inspiró a los profetas anteriores, y Muhámmad solo lo recibió y lo transmitió a la gente. **“Este Corán no puede ser obra sino de Allah. Es una confirmación de las revelaciones**

(1) El Corán milagroso del Dr. Gary Miller.



anteriores y una explicación detallada del Libro, no hay duda de que proviene del Señor del universo” [10:37].

El Corán no emanó de él, sino que le fue revelado, no fluyó de su corazón, sino que fue derramado sobre él.

Las pruebas de esto brillan hasta el deslumbramiento. El Corán no tiene fuente humana, ni en el alma de quien lo transmitió ni en ningún otro ser humano. Su origen y surgimiento no son de esta tierra, sino que su amanecer y descenso fueron desde el horizonte del cielo⁽¹⁾ **“Y ciertamente es una revelación del Señor del universo, que ha descendido con él el Espíritu Fiel [el ángel Gabriel] sobre tu corazón [¡oh, Muhámmad!] para que seas uno de los advertidores” [26:192-194].**

(1) Véase “La gran noticia” del Sheij Muhámmad Abdullah Draz.

La promesa de Allah se cumple

Los versículos del Corán descendían sobre el Mensajero de manera categórica en sus noticias y sus promesas, con una certeza que solo podía provenir del Todopoderoso, en cuyas manos está todo asunto.

Entre estos casos está lo ocurrido en el séptimo año de la misión profética, cuando se libró la batalla entre persas y bizantinos. Los persas infligieron una derrota aplastante a los bizantinos, conquistando la región de Siria, tomando Jerusalén y arrebatando la cruz sagrada de los cristianos.

Los musulmanes simpatizaban con los bizantinos y deseaban su victoria por compartir la creencia en las profecías y en la otra vida.

Los politeístas, por su parte, simpatizaban con los persas por ser idólatras como ellos, adoradores del fuego que no creían en la resurrección. En medio del júbilo de los politeístas por la victoria persa y la aflicción de los creyentes por la derrota bizantina, descendieron versículos claros y definitivos anunciando la futura victoria bizantina, especificando el plazo para este triunfo. Dijo el Altísimo: **“Alif, Lam, Mim. Los bizantinos han sido vencidos en la tierra más cercana. Pero tras su derrota vencerán dentro de algunos años. El**



decreto es de Allah, antes y después, y ese día los creyentes se regocijarán por el auxilio de Allah. Él auxilia a quien quiere, y Él es el Poderoso, el Misericordioso. Es la promesa de Allah, y Allah no falta a Su promesa, pero la mayoría de la gente no lo sabe” [30:1-6].

La victoria bizantina tras aquella derrota parecía extremadamente improbable, pues la derrota había sido tan devastadora que los persas llegaron a asediar Constantinopla, la capital del imperio. ¿Qué esperanza de victoria quedaba para un estado cuya capital estaba sitiada?

Sin embargo, el anuncio coránico predijo una victoria tras la derrota, especificando que el plazo no excedería los nueve años.

Ninguna persona sensata se arriesgaría a hacer una profecía tan específica a menos que quien se la comunicara fuera el Sutil, el Conocedor del oculto. Los musulmanes se regocijaron tanto con esta buena nueva que Abu Bakr llegó a apostar con algunos politeístas sobre su cumplimiento.⁽¹⁾

Pasaron los días, surgieron disturbios en el imperio persa, los bizantinos recuperaron sus fuerzas y se sucedieron las batallas con los persas. Después de siete años, los persas sufrieron una derrota aplastante, los bizantinos invadieron Persia y se cumplió la promesa coránica que solo los creyentes esperaban ver realizada. **“Es la promesa de Allah, y Allah no falta a Su promesa, pero la mayoría de la gente no lo sabe” [30:6].**

Similar a esto son los versículos que descendieron cuando los musulmanes estaban en su momento de mayor debilidad en La Meca y los politeístas en la cúspide de su poder y

(1) Sunan Al-Tirmidhi (3194).

arrogancia. Aisha relató: “Descendió sobre el Mensajero de Allah ﷺ cuando yo era una niña jugando en La Meca: **‘La multitud será derrotada y huirán dando la espalda. Pero la Hora será su cita, y la Hora será más terrible y más amarga’**” [54:45-46].⁽¹⁾

Aproximadamente cinco años después, ocurrió la batalla de Badr donde el ejército de Quraish sufrió una derrota humillante y huyó dando la espalda. ¿Cómo pudieron los versículos describir la escena con tal precisión y hacer una promesa tan categórica sino por ser una revelación divina? Quien hizo prevalecer esta religión es Quien la reveló, y Quien dio la victoria al Mensajero ﷺ es Quien lo envió. Allah prevalece en Sus asuntos, aunque la mayoría de la gente no lo sabe.

Entre estas promesas coránicas brillantes y definitivas está la preservación del Corán. Dijo el Altísimo: **“Yo he revelado el Corán y Yo soy su custodio”** [15:9]. Este versículo descendió antes de completarse la revelación del Corán y antes de ser compilado en un libro, cuando estaba expuesto a la pérdida de lo escrito y el olvido de lo memorizado. Sin embargo, la promesa coránica fue categórica y certera de que sería preservado por la protección de Allah que lo reveló.

Hoy, mirando a través de los siglos la verdadera promesa de Allah de preservar este Mensaje, vemos en ella el milagro que atestigua el origen divino de este Libro. Las circunstancias, condiciones y factores que han afectado a este Libro a lo largo de los siglos no podrían haberlo dejado intacto y preservado, sin alteración de una palabra ni modificación de una frase, si no fuera por un poder más allá de la voluntad humana, superior a todas las circunstancias y factores, que lo protege del cambio y la alteración, y lo preserva de la manipulación y la distorsión.

(1) Sahih Al-Bujari (4876).



Los musulmanes han atravesado períodos de debilidad y dominación por sus enemigos, quienes han intentado socavar el Islam y a los musulmanes por todos los medios, pero no han podido alterar ni distorsionar los textos del Corán, y no por falta de intentos. Han sido los más deseosos de alcanzar este objetivo si fuera alcanzable, y de lograr este anhelo si fuera logable, pero no han podido, con todo su poder, hacer cambio alguno en este Libro preservado. Esto demuestra el origen divino del Corán, y este deslumbrante milagro atestigua que es una revelación del Poderoso, el Sabio.

Esta promesa en tiempos del Mensajero de Allah ﷺ era solo una promesa, pero hoy, después de todos esos enormes acontecimientos y largos siglos, es el milagro que atestigua el origen divino de este Libro, y solo lo disputa el obstinado.

Y la verdad confirmó las palabras del Majestuoso: **“Yo he revelado el Corán y Yo soy su custodio”** [15:9].⁽¹⁾

Hoy vemos cientos de miles de manuscritos coránicos, distantes en tiempo de escritura y lugar de copia, sin diferencia entre ellos ni en una sola palabra. Encontramos millones de memorizadores del Corán dispersos por todos los países del mundo, sin que la memorización de uno difiera de otro. Los musulmanes continúan recitando el Corán hoy en sus mezquitas tal como se recitaba en la mezquita del Mensajero de Allah ﷺ cuando le fue revelado.

Si se encontrara un error en una copia, miles de copias lo corregirían, y si un recitador se equivocara, millones de memorizadores lo rectificarían.

(1) A la sombra del Corán.



Mientras tanto, las bibliotecas están repletas de miles de manuscritos de la Biblia, pero no existen dos copias idénticas. Y cada vez que se descubren nuevos manuscritos, aumenta el número de diferencias. ⁽¹⁾

(1) Las pruebas de la profecía Dr. Samer Al-Ameri (94). Bart Ehrman *The Orthodox Corruption of Scripture: The Effect of Early Christological Controversies on the Text of the New Testament* (Oxford: Oxford University Press 1996) p.27.



La situación de los creyentes en La Meca



El mensaje del Profeta ﷺ comenzó su curso y respondió la primera vanguardia de compañeros, los primeros en creer: su esposa Jadiya, su amigo Abu Bakr y su primo Ali ibn Abi Talib. El hecho de que los primeros creyentes fueran las personas más cercanas a él y quienes mejor lo conocían es prueba de su veracidad, pues lo siguieron basándose en conocimiento, convivencia y experiencia previa. No eran ignorantes de su condición como para ser engañados, sino que lo conocían profundamente, lo que les confirmó su veracidad. Creyeron en él con conocimiento y certeza, y lo siguieron con fe y serenidad.

Después de ellos siguieron los primeros precursores como Talha ibn Ubaidullah, Uzman ibn Affan, Al-Zubair ibn Al-Awwam y otros. Este grupo pionero de creyentes era una célula en crecimiento, y la verdad que portaban se difundía y expandía, hasta que se propagó entre los Quraish la noticia de que algunos de ellos seguían el mensaje que el Profeta ﷺ había proclamado. Estos seguidores aumentaban y no disminuían, y ninguno abandonaba su religión después de abrazarla.

Fue por designio divino que el mensaje brillara en una sociedad tribal donde el poder estaba distribuido entre los clanes y no concentrado en un gobernante único. Por ello,

la mayoría de los que abrazaron el Islam eran de los clanes de Quraish e hijos de nobles, protegidos por sus familias y clanes de agresiones, aunque algunos sufrieron persecución de sus propios parientes mediante encarcelamiento o golpizas. Cuando veían su firmeza y determinación, desistían. Esto llevó a muchos a ocultar inicialmente su conversión, manteniendo su relación con el Profeta ﷺ en secreto, reuniéndose clandestinamente en la casa de uno de los jóvenes llamado Dar Al-Arqam hasta que aumentaron en número y el asunto del Islam y los musulmanes se hizo conocido, entonces declararon abiertamente su fe.

También se convirtieron algunos esclavos como Bilal ibn Rabah, Yasir y su esposa Sumaiia, su hijo Ammar, Jabbab ibn Al-Arat y Suhaib Al-Rumi. Los esclavos eran considerados en la cultura de la época como mercancía que sus dueños podían tratar a voluntad. Por ello, cuando estos esclavos se convirtieron al Islam, contradiciendo a sus amos, fueron sometidos a las formas más severas de tortura.

Les hacían vestir armaduras de hierro y los exponían al ardiente sol de La Meca, o los arrastraban sobre las ardientes arenas en el calor más intenso. Algunos murieron bajo tortura, como Yasir, el padre de Ammar; otros, como Bilal ibn Rabah, soportaron con paciencia la severidad del tormento; y otros, como Ammar ibn Yasir, fingieron conformidad para salvarse del tormento mientras ocultaban su fe.

Un día, estos oprimidos acudieron al Profeta ﷺ, habiendo sufrido intensamente la persecución de los politeístas, y dijeron: “Oh Mensajero de Allah, ¿no pedirás la victoria para nosotros? ¿No suplicarás por nosotros?”. Les respondió: **“Entre quienes los precedieron, había hombres a los que cavaban un hoyo en la tierra y los metían en él, luego traían una sierra, la**



ponían sobre sus cabezas y los partían en dos, y esto no los apartaba de su religión. Les desgarraban la carne de los huesos y nervios con peines de hierro, y esto no los apartaba de su religión. Por Allah, esta causa se completará hasta que un jinete pueda viajar desde Saná hasta Hadramaut sin temer más que a Allah y al lobo por sus ovejas, pero ustedes son impacientes”.⁽¹⁾

El Profeta aquí les recuerda la paciencia de los creyentes anteriores con sus profetas, su resistencia ante las torturas más severas por su fe, y luego extiende su visión hacia las promesas del futuro: la prevalencia de esta religión, su expansión y el establecimiento de la seguridad en las tierras más distantes.

Es asombroso observar la certeza del Profeta ﷺ y sus compañeros en la promesa divina. Mientras sus seguidores no estaban seguros en La Meca, les anunciaba que la religión y la seguridad se establecerían hasta en los rincones más remotos de Arabia, entre Saná y Hadramaut. Esta predicción se cumplió rápidamente y todos ellos la presenciaron: en menos de veinte años, toda la península arábiga se convirtió en tierra de seguridad e Islam, no solo de Saná a Hadramaut, sino desde Saná hasta Siria e Iraq. **“Es la promesa de Allah, y Allah no falta a Su promesa, pero la mayoría de la gente no lo sabe”** [30:6].

Es notable que los primeros creyentes provinieran de diversos orígenes: el árabe como Abu Bakr, el africano etíope como Bilal, el persa como Salim (esclavo liberto por Abu Hudhaifa), y el bizantino como Suhaib Al-Rumi. Esta diversidad en los inicios de la dawah definía la dirección del mensaje de Muhámmad como universal, dirigido a toda la

(1) Sahih Al-Bujari (3612).



humanidad en su diversidad racial y geográfica, no limitado a una nación o etnia, sino como misericordia para todos los mundos.

Esto evidencia la veracidad de su profecía: dirigió su mensaje desde el principio a toda la humanidad, no solo a su tribu Quraish o a los árabes. Los versículos coránicos descendían dirigiéndose a toda la gente: **“¡Oh, humanidad!”**, **“¡Oh, ser humano!”**. El Corán le dice: **“No te he enviado sino como misericordia para todos los mundos”** [21:107]. Sí, para todos los mundos, con todas sus etnias y países.

Cabe reflexionar: ¿podría la imaginación de un ser humano que vivía en este rincón remoto de la tierra aspirar a que su mensaje fuera universal, considerando las dificultades de transporte y comunicación de aquel entonces? Sin embargo, presentó su mensaje categóricamente como dirigido a toda la humanidad, en toda tierra y bajo todo cielo, a través de las generaciones y los tiempos, afirmando con certeza que su religión prevalecería y se extendería: **“para hacerla prevalecer sobre todas las religiones”** [61:9].

El pensamiento racional y la consideración de la naturaleza de las cosas y el mundo de las causas y posibilidades no permitirían tal aspiración ni imaginación, a menos que esta dirección viniera con un mensaje de Allah, quien controla todos los asuntos y conoce lo oculto.

Cuántas veces he viajado a países lejanos en África y Sudamérica y visitado mezquitas, reflexionando sobre la dawah del Mensajero ﷺ cuando comenzó en La Meca, y me pregunto: ¿Podrían aquellos que lo desmentían y se le oponían imaginar que su mensaje y religión perdurarían hasta esta época y llegarían a estos lugares? ¿Dónde están para ver lo que veo y escuchar lo que escucho? Para que sepan que aún



se proclama en todos los rincones de la tierra, después de más de mil cuatrocientos años: “Atestiguo que Muhámmad es el Mensajero de Allah”.

¿Había algo en las dificultades de la primera época que presagiara o indicara esto, si no fuera por la revelación de Allah, Su decreto y Su mensaje?

El camino de la dawah

El Profeta ﷺ continuó invitando a su pueblo a adorar únicamente a Allah, esforzándose especialmente en llamar a los líderes y dirigentes, pues si ellos respondían, sus seguidores responderían, y si la tribu de Quraish se convertía al Islam, las tribus circundantes la seguirían.

Por ello, se esforzaba en invitarlos y convencerlos con extraordinaria paciencia y perseverancia constante. En una ocasión, mientras se dirigía a algunos de sus nobles y percibía cierta atención de su parte, preguntándoles si tenían alguna objeción a sus palabras, se le acercó un musulmán ciego y le dijo: “Oh Mensajero de Allah, enséñame de lo que Allah te ha enseñado”. El Profeta ﷺ, ocupado en llamar a estos líderes, se apartó de él esperando convencer a estos dirigentes, y le desagradó la insistencia del ciego en ese momento que estaba ocupado. Entonces Allah reveló versículos en el Corán describiendo la escena y amonestando al Profeta ﷺ por atender a quienes rechazaban su mensaje mientras se apartaba de quien lo buscaba, aunque fuera débil y discapacitado. Descendieron estos versículos eternos: **“Frunció el ceño y se apartó porque se le acercó el ciego. ¿Y qué te hace saber? Quizás él quiera purificarse, o recibir el Mensaje y beneficiarse del recuerdo. En cuanto al que se considera autosuficiente, a él le dedicas**



tu atención, cuando no es asunto tuyo si no se purifica. Pero a quien viene a ti con afán [de aprender] y con temor [de Allah], de él te desentiendes” [80:1-10].

El Profeta ﷺ recitó estos versículos y sus compañeros los memorizaron. Continúan escribiéndose en los ejemplares del Corán y recitándose en las mezquitas musulmanas. Si este Profeta hubiera elegido lo que se le revelaba, ¿se habría reprendido a sí mismo tan severamente mientras enfrentaba a los adversarios de su mensaje y enemigos de su misión?

¿No es sorprendente la descripción del ceño fruncido y el apartarse cuando aquel por quien el Profeta ﷺ fue amonestado era ciego y no podía ver el gesto ni sentir el rechazo?

Esto demuestra que este Profeta era un transmisor fiel de lo que Allah le revelaba.

Los versículos establecieron desde el inicio los derechos de los débiles y discapacitados y la importancia de tratarlos con amabilidad y atención. Por ello, después de esto, cuando este hombre ciego se le acercaba, el Profeta ﷺ lo recibía con calidez y lo honraba⁽¹⁾, pues era aquel por quien su Señor lo había amonestado.

Estos líderes de Quraish, queriendo mantener su distinción de clase, no aceptaban que el Profeta ﷺ se sentara con ellos o que ellos se sentaran con él mientras estuviera rodeado de creyentes débiles, considerándolos de menor rango y condición. Le dijeron: “Expulsa a esos, pues no es apropiado que nos sentemos juntos y se atrevan a igualarse con nosotros”. Antes de que el Profeta ﷺ respondiera, descendió la revelación del cielo con versículos que todo lector del Corán lee hoy:

(1) Musnad Abu Ya'la (3123).



“No rechaces a quienes invocan a su Señor por la mañana y por la tarde anhelando Su rostro. Tú no debes rendir cuentas por ellos ni ellos deben rendir cuentas por ti. Si los rechazaras serías de los injustos” [6:52].⁽¹⁾

Así vinieron las aleyas de manera decisiva rechazando la discriminación de clases y la discriminación racial, y que esta religión no puede establecerse en corazones llenos de arrogancia y desprecio hacia los demás, cuando estos tienen menos riqueza, posición o poder.

Los valores supremos se establecían en los primeros pasos de la predicación, pues este es el mensaje de Allah y aquellos son Sus criaturas y siervos.

(1) Sahih Muslim (2413).



La propagación del mensaje



A pesar de la fuerte oposición de los notables de Quraish y sus líderes, y su defensa desesperada de sus ídolos y paganismo, los seguidores del Profeta ﷺ aumentaban gradualmente. Quienes abrazaban esta religión no la abandonaban sin importar las tentaciones. Como La Meca era un destino religioso para las tribus, la noticia del mensaje y la religión se difundió entre las tribus conectadas, y personas de estas tribus comenzaron a llegar preguntando por este Mensajero y su religión. Quraish tomó precauciones, advirtiendo a los visitantes que no escucharan al Profeta ﷺ y realizando propaganda negativa contra su mensaje.

Entre quienes vinieron estaba Abu Dharr Al-Ghifari, de una tribu al norte de La Meca. Abu Dharr relató su viaje al Profeta ﷺ, mencionando que ya rechazaba el paganismo de la ignorancia antes de conocer el Islam y solo adoraba a Allah. Al oír sobre el mensaje del Profeta ﷺ en La Meca, viajó para encontrarse con él y le dijo: “Preséntame el Islam”. Cuando se lo presentó, dijo: “Me convertí en ese momento”. El Profeta ﷺ le ordenó mantener esto en secreto para evitar el maltrato de Quraish, regresar a su pueblo y transmitirles el mensaje,

diciéndole: **“Cuando te llegue la noticia de nuestro triunfo, ven a nosotros”**.⁽¹⁾

Similar fue el caso de Amr ibn Abasah, de la tribu Aslam al norte de La Meca, quien relató su encuentro con el Profeta ﷺ diciendo: “Durante la época de la ignorancia, veía que la gente estaba extraviada y no seguían nada verdadero, adorando ídolos. Oí sobre un hombre en La Meca que traía un mensaje y fui a verlo. Era el Mensajero de Allah ﷺ, y su pueblo lo había agredido. Me las ingení para encontrarlo en La Meca y le pregunté: ‘¿Qué eres tú?’. Respondió: ‘Soy un profeta’. Pregunté: ‘¿Qué es un profeta?’. Dijo: ‘Allah me ha enviado’. Pregunté: ‘¿Con qué te ha enviado?’. Respondió: ‘Me ha enviado para mantener los lazos familiares, evitar el derramamiento de sangre, asegurar los caminos, destruir los ídolos y adorar únicamente a Allah sin asociarle nada’. Dije: ‘Excelente es aquello con lo que has sido enviado. Atestiguo ante ti que creo en ti y te confirmo. ¿Puedo quedarme contigo?’. Dijo: ‘No puedes ahora. ¿No ves mi situación y la de la gente? Regresa con tu familia y cuando oigas que he triunfado, ven a mí’”.⁽²⁾

También vino Al-Tufail ibn Amr Al-Dawsi, de una tribu al sur de La Meca en el camino a Yemen. Se convirtió y regresó a su pueblo invitándolos a lo que el Mensajero de Allah ﷺ le había invitado.⁽³⁾

Aquí observamos la certeza de este Profeta, a pesar de las dificultades que enfrentaba, de que prevalecería y que la luz

(1) Sahih Al-Bujari (47/5) y Sahih Muslim (2474).

(2) Musnad Ahmad (17016) y Sahih Muslim (832).

(3) Sahih Al-Bujari (4392), Sahih Muslim (2524) y La biografía del Profeta por Ibn Hisham (382/1).



de su mensaje iluminaría el mundo. Tal era su certeza que establecía citas futuras con personas de lugares distantes de La Meca. Y así sucedió: todos ellos se reunieron con él en Medina cuando emigró y estableció allí su estado, viendo el cumplimiento de su promesa.

También notamos la existencia de personas que ya habían rechazado la idolatría y la adoración de piedras y árboles junto a Allah ﷻ y por ello anhelaban una religión verdadera. Tan pronto como oyeron sobre el Mensajero de Allah ﷺ, lo buscaron, creyeron en él y lo siguieron.

La Emigración a Abisinia

El Islam se propagaba en La Meca y sus seguidores aumentaban día a día. Los más vulnerables y esclavos padecían torturas físicas, mientras que los miembros de clanes y tribus enfrentaban una forma más sutil de persecución: el ostracismo social. Sus propios familiares los repudiaban, enfrentándose solo a reproches y censura. Este dolor, aunque intangible, resultaba devastador. Si bien hoy, en las grandes urbes, tal aislamiento puede parecer trivial, en comunidades pequeñas el rechazo social resulta asfixiante, haciendo que hasta los espacios más amplios se tornen claustrofóbicos.

La burla y el escarnio constituían las formas más crueles de tormento psicológico. Los politeístas se mofaban de los creyentes, convirtiéndolos en objeto de sus viles chanzas, intercambiando miradas y gestos despectivos que revelaban su vileza. Como describe el Corán: **“Los que están hundidos en el pecado se reían de los creyentes. Cuando pasaban junto a ellos se guiñaban con sarcasmo. Y cuando regresaban a sus familias lo hacían burlescos. Cuando los veían decían: ‘Esos están extraviados’”** [83:29-32].

En este ambiente hostil, los musulmanes necesitaban un refugio. El Profeta ﷺ les sugirió emigrar a Abisinia, un país



donde pudieran practicar su fe sin hostigamiento hasta que Allah les brindara una salida. Esta emigración no se concibió como permanente, sino como un respiro temporal hasta que se cumpliera la promesa del Profeta ﷺ sobre su eventual triunfo y traslado a otra tierra.

Los emigrantes eran principalmente miembros de familias nobles que podían costear el viaje. Entre ellos se destacaban Uzman ibn Affan con Ruqaiia, la hija del Profeta ﷺ, Uzman ibn Madh'un y Abu Hudhaifa ibn Utba ibn Rabi'a, entre otros distinguidos miembros de la sociedad de La Meca.

Su partida fue pública, desde el puerto de Shu'aiba, manifestando una protesta silenciosa contra la opresión de su pueblo.

La elección de Abisinia no fue casual:

1. Representaba un destino familiar para Quraish debido a sus arraigadas relaciones comerciales durante las caravanas invernales hacia Yemen.

2. Abisinia estaba gobernada por un rey justo, donde nadie sufría opresión, factor que el Profeta ﷺ enfatizó al recomendarla como destino.

3. Los abisinios, siendo cristianos y gente del Libro, mostraban mayor afinidad hacia los creyentes, como dice el Corán: **“Encontrarás que los más cercanos en afecto a los creyentes son los que dicen: ‘Somos cristianos’. Esto es porque entre ellos hay sacerdotes y monjes, y no son soberbios”** [5:82]. Las demás tribus árabes, siendo politeístas, compartían la hostilidad de Quraish hacia la nueva fe.

Al establecerse los emigrantes con el Negus, rey de Abisinia, sus familias en La Meca enviaron una delegación

diplomática encabezada por Amr ibn Al-As para solicitar su repatriación. Llevaron regalos exquisitos de La Meca, pero el Negus, indignado, respondió: “¡Por Dios! No entregaré a quienes buscaron refugio en mi tierra y me eligieron sobre otros sin antes escucharlos.”

Convocó a los refugiados, y Yafar ibn Abi Talib habló en su nombre: “¡Oh rey! Éramos un pueblo ignorante que adoraba ídolos, comía carroña, cometía obscenidades, rompía lazos familiares y abusaba del débil. Entonces Allah nos envió un Mensajero, de noble linaje, reconocido por su veracidad, honestidad y rectitud. Nos llamó a adorar al Único Allah, abandonar la idolatría, ser veraces, honrar los lazos familiares, ser buenos vecinos, abstenernos de lo prohibido y la violencia. Nos prohibió la inmoralidad, el falso testimonio, usurpar los bienes del huérfano y calumniar a las mujeres castas. Lo seguimos y creímos en él, pero nuestro pueblo nos torturó para hacernos volver a la idolatría. Cuando la opresión se volvió insoportable, buscamos refugio en tu reino, esperando encontrar justicia.”

El Negus preguntó: “¿Tienes algo de lo que te fue revelado por Dios?” Yafar respondió afirmativamente y recitó pasajes de la sura Mariam, que menciona a María y el nacimiento de Jesús: **“Y narra en el Libro la historia de María, cuando se apartó de su familia retirándose a un lugar al este. Y puso un velo para apartarse de la vista de ellos. Entonces le envié Mi espíritu, quien se le presentó con forma humana. Ella dijo: ‘Me refugio en el Misericordioso de ti, si es que tienes temor de Allah’. Le dijo: ‘Soy solo un mensajero de tu Señor para agradarte con un hijo puro’. Ella dijo: ‘¿Cómo he de tener un hijo si no me ha tocado ningún hombre ni he sido indecente? Dijo: ‘Así será, pues tu Señor dice: Es fácil**

para Mí. He de hacer de él un signo para los hombres y como misericordia Nuestra. Es un asunto decidido” [19:16-21]. Y las palabras de Jesús en la cuna a los Hijos de Israel: “Dijo: ‘Soy un siervo de Allah. Él me ha dado el Libro y me ha hecho Profeta. Me ha bendecido dondequiera que me encuentre, y me ha encomendado la oración y la caridad mientras viva. Me ha hecho bondadoso con mi madre, y no me ha hecho soberbio ni rebelde. La paz fue conmigo el día que nací, será conmigo el día que muera y el día que sea resucitado” [19:30-33].

El Negus lloró hasta humedecer su barba y exclamó: “Sin duda, esto y lo que trajo Jesús provienen de la misma fuente. ¡Váyanse! Por Dios, jamás los entregaré”.⁽¹⁾

La misión diplomática de Quraish había fracasado. Los emigrantes permanecieron en Abisinia, regresando en diferentes momentos: algunos mientras el Profeta ﷺ aún estaba en La Meca, otros después de su emigración a Medina.

Su estancia tuvo consecuencias significativas: el Negus se convirtió secretamente al Islam, junto con algunos abisinios, propagándose así la fe en África Oriental incluso antes de la emigración del Profeta ﷺ a Medina.

Cuando el Negus falleció, hacia el final de la vida del Profeta ﷺ, este dirigió una oración fúnebre con sus compañeros, diciendo: “Hoy ha muerto un hombre virtuoso”.⁽²⁾

(1) Musnad Ahmad (1740).

(2) Sahih Al-Bujari (1320) y Sahih Muslim (952).

El Asedio

El Islam continuaba expandiéndose en La Meca y los musulmanes aumentaban, causando alarma entre los líderes de Quraish. Observaban que el movimiento crecía sin cesar, con seguidores llegando incluso de otras tribus, y que los creyentes habían encontrado refugio con el Negus en Abisinia.

En este contexto, Utbah ibn Rabi'ah, uno de sus nobles, propuso negociar con el Profeta ﷺ. Se acercó a él con diplomacia: “Sobrino mío, conoces tu posición distinguida entre nosotros. Has traído algo que ha dividido a nuestra gente, ridiculizado sus creencias, criticado sus dioses y tachado de incrédulos a nuestros antepasados. Escucha mis propuestas.”

El Profeta ﷺ respondió: “Habla, Abu Al-Walid, te escucho.”

Utbah ofreció: “Si buscas riqueza, te haremos el más rico. Si deseas liderazgo, te haremos nuestro líder. Si buscas poder, te coronaremos rey. Si estás poseído, buscaremos un exorcista, sin escatimar en gastos.”

Cuando terminó, el Profeta ﷺ preguntó: “¿Has terminado, Abu Al-Walid?” Al recibir una respuesta afirmativa, recitó: **“Ha’. Mim. Esta es una revelación descendida por el Compasivo, el Misericordioso, un Libro en que los signos**



son explicados detalladamente. Expresado en idioma árabe para gente que comprende. Albricia, pero también advierte. La mayoría le da la espalda y no quieren oír. Dicen: “Nuestros corazones son insensibles a lo que nos invitas, nuestros oídos son sordos, y entre tú y nosotros hay un velo. Haz lo que quieras, que nosotros haremos lo que queramos”. Diles [¡Oh, Muhámmad!]: “Soy un hombre igual que ustedes, pero me fue revelado que su divinidad es una sola. Sigán el camino recto que Él ha establecido y pidan Su perdón”. ¡Ay de los idólatras!” [41:1-6].

Continuó la recitación mientras Utbah escuchaba atentamente, apoyando sus manos tras la espalda, profundamente conmovido. Cuando el Profeta ﷺ llegó a: “Pero si se apartan, díles: “Les advierto que podrían caer fulminados como ‘Ad y Zamud” [41:13], Utbah, aterrado, puso su mano sobre la boca del Profeta ﷺ, suplicándole por los lazos familiares que se detuviera.

Regresó a Quraish visiblemente afectado. Cuando le preguntaron, respondió: “He escuchado palabras extraordinarias, que no son poesía ni hechicería.” Sus compañeros replicaron: “Te ha embrujado con sus palabras.”⁽¹⁾

Utbah, a pesar de su conmoción inicial, terminó cediendo ante la presión social para mantener su estatus y prestigio entre su gente.

Para el Profeta ﷺ y sus seguidores, estas tentaciones materiales, incluyendo el liderazgo absoluto, resultaban insignificantes frente a su noble misión. Las rechazó con dignidad, persistiendo en su mensaje divino. ¿Acaso Utbah y sus compañeros comprendían el valor efímero de lo mundano

(1) La biografía del Profeta por Ibn Hisham (294/1).

comparado con la eternidad? Como dice el Corán: **“Quienes no creen en la otra vida tienen sus corazones negadores y están llenos de soberbia” [16:22].**

Ante el fracaso de las tentaciones, Quraish recurrió a Abu Talib, protector del Profeta ﷺ. Los Banu Hashim, musulmanes y no musulmanes, defendían al Profeta ﷺ de cualquier maltrato. Abu Yahl y otros líderes le pidieron a Abu Talib que contuviera las críticas de su sobrino hacia sus dioses. La respuesta del Profeta ﷺ fue memorable: **“Por Allah, tío, aunque pusieran el sol en mi mano derecha y la luna en la izquierda para que abandonara esta causa, no la abandonaría.”⁽¹⁾**

¿Qué valor tenían las palabras de Abu Yahl o Utbah frente a quien recibía la revelación divina? Abu Talib, impresionado por su firmeza, prometió protegerlo mientras viviera.

Quraish entonces adoptó una nueva estrategia: el boicot total. Redactaron un documento comprometiéndose a no casarse con los Banu Hashim, ni comerciar con ellos hasta que entregaran a Muhámmad ﷺ. Abu Talib reunió a su clan en el valle de los Banu Hashim para protección mutua.

Comenzó así un severo bloqueo económico. En La Meca, ciudad árida sin agricultura, donde la subsistencia dependía del comercio, la situación se tornó extremadamente difícil...

Como mercaderes que dependían del comercio, cuando alguien intentaba comprar alimentos, nadie le vendía; cuando intentaba vender mercancías, nadie le compraba. Atravesaron períodos críticos donde la escasez de alimentos era tal que se oían los llantos de hambre de los niños. Más doloroso aún para el Profeta ﷺ era ver los rostros demacrados de quienes soportaban estas penurias por su causa.

(1) La biografía del Profeta por Ibn Hisham (266/1).



Tal situación habría doblegado incluso a los más fuertes, pero el Profeta ﷺ la enfrentó con la paciencia de los más resueltos mensajeros y con absoluta certeza en la promesa divina. Él y sus parientes más cercanos soportaron este asedio indefinido, sin saber cuándo o cómo terminaría.⁽¹⁾

Sin embargo, el bloqueo no era hermético. Algunos mecenos honorables enviaban camellos cargados de provisiones al valle, soltándolos para que entraran por su cuenta. Además, las tribus aliadas de los Banu Hashim no participaban en el boicot, y las temporadas comerciales ofrecían oportunidades para mitigar sus efectos. Estos factores ayudaron a los Banu Hashim a resistir durante tres años.

El asedio también afectaba el prestigio de Quraish. Los visitantes comentaban: “Quraish ha boicoteado a los Banu Hashim”, lo cual era vergonzoso en una sociedad que valoraba la generosidad. ¿Cómo podían los Banu Hashim, conocidos por alimentar a los peregrinos, estar pasando hambre en La Meca?

Finalmente, algunos nobles de Quraish, incómodos con la situación, acordaron anular el documento del boicot. Otros los siguieron, poniendo fin a tres años de injusta persecución. Los creyentes emergieron de esta prueba más fortalecidos y determinados.

(1) La biografía del Profeta por Ibn Hisham (5/2).

Las Aflicciones del Profeta ﷺ

Tras el fin del asedio, el Profeta y los creyentes enfrentaron nuevas pruebas con el fallecimiento, en un lapso de tres días, de su tío Abu Talib y su esposa Jadiya. Con Abu Talib perdió su protección externa contra Quraish, y con Jadiya, su refugio emocional. Sin embargo, el Profeta ﷺ enfrentó estas pérdidas con la firmeza propia de los mensajeros más resolutos.

Mantuvo viva la memoria de Abu Talib, diciendo: **“Quraish no pudo hacerme daño alguno mientras vivió Abu Talib”⁽¹⁾**. Y preservó con especial devoción el recuerdo de Jadiya, declarando: **“He sido bendecido con su amor. Ella fue... ella fue... y me dio hijos.”⁽²⁾**

La memoria de Jadiya permaneció viva en su corazón. Aisha relata que el Profeta ﷺ sacrificaba ovejas y enviaba porciones a las amigas de Jadiya, diciendo: **“Llévenle esto a fulana, pues era amiga de Jadiya”⁽³⁾**. Frecuentemente recordaba sus virtudes: **“Creyó en mí cuando otros no creyeron, me apoyó con sus bienes cuando otros me privaron, y Allah**

(1) Las evidencias de la profecía de Al-Baihaqi (350/2).

(2) Sahih Al-Bujari (3818) y Sahih Muslim (2435).

(3) Sahih Al-Bujari (3818).



me bendijo con hijos de ella cuando no los tuve de otras mujeres. Verdaderamente, fui bendecido con su amor.”⁽¹⁾

Su lealtad era tal que se emocionaba con todo lo que la recordaba. Cuando Hala, hermana de Jadiya, pidió permiso para entrar, al oír su voz similar a la de Jadiya, exclamó conmovido: **“¡Oh Allah, es Hala bint Juwaylid!”⁽²⁾**

Una anciana visitó al Profeta ﷺ, quien la recibió con calidez, extendiendo su manto para ella -práctica común de hospitalidad entre los árabes cuando no disponían de alfombras. Le preguntó con afecto: “¿Cómo están? ¿Cómo les ha ido? ¿Cómo han estado desde que nos fuimos?” Su nombre era Yuzama, pero él gentilmente la llamó Hassana (la bondadosa).

Cuando la anciana partió, Aisha preguntó: “¿Por qué tanta atención a esta anciana?” El Profeta ﷺ respondió: “Ella solía visitarnos en tiempos de Jadiya, y mantener los lazos antiguos es parte de la fe.”⁽³⁾

¡Cuán extraordinaria era su lealtad! Si se emocionaba tanto al oír la voz de la hermana de Jadiya y mostraba tal afecto por una antigua conocida, ¡imaginen su reacción si hubiera visto a la propia Jadiya! Tal era la nobleza profética y su fidelidad al recuerdo de una compañía virtuosa y honorable.

(1) Musnad Ahmad (24864) y Sahih Muslim (2435).

(2) Sahih Al-Bujari (3821) y Sahih Muslim (2437).

(3) Al-Mustadrak de Al-Hakim (40).

El Viaje a Taif

Tras la muerte de Abu Talib, Quraish se atrevió a agredir al Profeta ﷺ como nunca antes. Abdullah ibn Masud relata un incidente doloroso: mientras el Profeta ﷺ oraba cerca de la Kaaba, Abu Yahl, rodeado de los líderes de Quraish, incitó a que le arrojaran los intestinos de camello durante su postración.

Uqbah ibn Abi Mu'ayt aceptó el reto. Esperó a que el Profeta ﷺ se postrara y arrojó las inmundicias sobre su espalda. Los presentes estallaron en risas mientras el Profeta ﷺ permanecía postrado. Ibn Masud, impotente por carecer de protección tribal, observaba la escena. Alguien alertó a Fátima, quien, aún siendo una niña, corrió a limpiar a su padre y enfrentó a los agresores con reproches.

Imaginen el dolor del Profeta ﷺ, sumido en oración, sintiendo los desperdicios en su espalda mientras escuchaba las burlas. El sufrimiento de ver a su pequeña hija defendiéndolo, cuando toda hija desea ver a su padre respetado y honrado. Ver su angustia debió multiplicar su propia aflicción.⁽¹⁾

(1) Sahih Al-Bujari (240).



Sin embargo, nada de esto lo desvió de su misión. Este incidente ilustra la vulnerabilidad del Profeta ﷺ tras perder la protección tribal con la muerte de Abu Talib.

El Profeta ﷺ buscó nuevo terreno para su mensaje fuera de La Meca. Taif, la ciudad importante más cercana, estaba a 100 kilómetros. Emprendió el viaje a pie con Zayd ibn Hariza, llegando en verano cuando los nobles de Quraish veraneaban en sus jardines.

Durante diez días predicó en Taif. Jalid al-Adwani recuerda haberlo visto recitar la sura At-Tariq, pero los Quraishíes advirtieron a la gente contra él: “Somos su pueblo y lo conocemos mejor”.⁽¹⁾

Regresó sin lograr su objetivo, afligido no solo por el rechazo sino por la perspectiva de volver a La Meca, donde su situación empeoraría al conocerse su fracaso. En el camino de retorno, abrumado, elevó esta súplica conmovedora:

“¡Oh, Allah! A Ti me quejo de mi debilidad, de mi incapacidad y del desprecio de la gente. ¡Oh el más Misericordioso! Tú eres el Señor de los débiles, y Tú eres mi Señor. ¿A quién me confías? ¿A un extraño que me maltratará? ¿O a un enemigo al que has dado poder sobre mí? Si no estás enojado conmigo, no me importa nada más. Tu protección es más importante para mí. Me refugio en la luz de Tu rostro, por la cual las tinieblas se iluminan y se corrigen los asuntos de esta vida y la otra, para que no hagas descender sobre mí Tu ira ni me alcance Tu enojo. Para Ti es la satisfacción hasta que estés complacido. No hay poder ni fuerza sino en Ti.”⁽²⁾

(1) Musnad Ahmad (18958) y Sahih Ibn Juzayma (1778).

(2) La biografía del Profeta por Ibn Hisham (420/1).

En Qarn al-Za'alib, a 46 kilómetros de distancia, sumido en su aflicción, fue visitado por Gabriel, quien le informó que Allah había escuchado las palabras de su pueblo y le enviaba al Ángel de las Montañas, quien le ofreció aplastar La Meca entre sus dos montañas, como había sucedido con Sodoma.

El Profeta ﷺ respondió: **“No, espero que Allah haga surgir de su descendencia a quienes lo adoren sin asociarle nada”⁽¹⁾** Su esperanza estaba puesta en las generaciones futuras.

Al llegar a las afueras de La Meca, en lugar de entrar directamente, buscó protección. El nieto de los líderes de La Meca ahora necesitaba salvoconducto para entrar en su propia ciudad. Tras varios rechazos, Mut'im ibn Adi le ofreció protección, saliendo con sus hijos armados hacia la Kaaba, declarando: “¡Oh Quraish! He dado protección a Muhámmad, que nadie lo moleste”⁽²⁾. Quraish aceptó y el Profeta ﷺ mantuvo siempre gratitud hacia Mut'im por este gesto.⁽³⁾

Este episodio revela que la misericordia en su corazón superaba el deseo de venganza. Su objetivo era guiar a la gente y salvarlos de la oscuridad del politeísmo, no reaccionar con ira ante el rechazo.

La esperanza del Profeta ﷺ se cumplió en menos de diez años: los hijos de sus más acérrimos enemigos abrazaron el Islam, incluyendo a Ikrima (hijo de Abu Yahl), Safwan (hijo de Umaia ibn Jalaf), y Abu Hudhaifa (hijo de Utba ibn Rabi'a). Se convirtieron en divulgadores y soldados de la fe, cumpliendo así su anhelo.

(1) Sahih Al-Bujari (3231).

(2) At-Tabaqat de Ibn Sa'd (1/212).

(3) Sahih Al-Bujari (4024).



El Viaje Nocturno y la Ascensión a los Cielos



Tras experimentar la más severa angustia de su vida durante su viaje a Taif y su regreso, el Profeta ﷺ recibió un honor sin precedentes: el viaje nocturno desde La Meca hasta Jerusalén, seguido de su ascensión a los cielos más elevados. Este acontecimiento extraordinario trascendió las leyes terrenales, anulando las limitaciones del tiempo y el espacio, mientras el Profeta ﷺ se elevaba desde el mundo terrenal hacia los reinos celestiales.

En este evento milagroso, las preguntas sobre física terrestre —gravedad, oxígeno, distancia o tiempo— pierden relevancia, pues las leyes naturales cedieron ante la voluntad y el poder supremo de Allah. Al igual que Moisés dividió el mar y extrajo agua de la roca, o como Jesús devolvió la vista a los ciegos y la vida a los muertos antes de su ascensión al cielo, estos acontecimientos trascienden las causas naturales por decreto divino. Pues Allah, el Creador, está por encima de las leyes que Él mismo estableció, y cuando desea algo, solo dice: “Sé”, y es.

Este viaje no fue una experiencia meramente espiritual o simbólica, sino una travesía física y espiritual que, por el poder

del Creador de todas las causas, superó las leyes del universo. Allah transportó a Su Profeta hasta Jerusalén y luego lo elevó al cielo para mostrarle los grandes signos que fortalecerían su corazón y elevarían su posición.

Las narraciones relatan que Gabriel se presentó ante él con Al-Buraq, una criatura similar a un caballo pero que viajaba a la velocidad de la luz, cuya zancada alcanzaba el horizonte. Montado en Al-Buraq y guiado por Gabriel, el Profeta ﷺ llegó a Jerusalén, donde oró en la mezquita. Después, Gabriel lo condujo a través de los siete cielos, donde encontró a los profetas en sus moradas celestiales: Adán, Juan, Jesús, José, Enoc, Aarón, Moisés y Abraham. Se reconocieron mutuamente y lo recibieron con palabras de bienvenida: “Bienvenido sea el hermano y el profeta virtuosos”. Sus antecesores Adán y Abraham lo saludaron diciendo: “Bienvenido sea el profeta y el hijo virtuoso”.

Finalmente, ascendió al horizonte más elevado, donde contempló el velo de la luz divina y su Señor le habló⁽¹⁾. Allah le concedió al Profeta ﷺ una fortaleza extraordinaria para soportar la visión del velo de luz divina. Cuando le preguntaron “¿Viste a tu Señor?”, respondió: “Hay luz, ¿cómo podría verlo?”⁽²⁾. “Su velo es la luz; si lo descubriera, las glorias de Su rostro consumirían todo lo que Su vista alcanza de Su creación”⁽³⁾.

Durante este encuentro divino, el Profeta ﷺ recibió un honor sin precedentes al escuchar directamente la palabra de su Señor en la asamblea más elevada, distinción que ningún

(1) Sahih Al-Bujari (3887) y Sahih Muslim (162).

(2) Sahih Muslim (178).

(3) Sahih Muslim (179).



otro ser humano había recibido ni recibiría después. En este viaje también se establecieron las cinco oraciones diarias que los musulmanes realizan, magnificando así su importancia al ser prescrita en el horizonte más elevado.

Al descender a Jerusalén al final de la noche, próximo al alba, el Profeta ﷺ dirigió la oración de los profetas cuyas figuras espirituales había contemplado en el cielo. Su reunión en tierra fue tanto un honor y exaltación como una despedida tras su encuentro celestial, pues él, siendo el último de ellos, actuó como su imam. Posteriormente, montó Al-Buraq y retornó a La Meca esa misma noche.

Este viaje celestial fortaleció al Profeta ﷺ. ¿Cómo podría impresionarle el poder de los líderes de Quraish después de haber contemplado a Gabriel en su majestuosa forma angelical en la asamblea más elevada? ¿Qué valor tendría la oferta de Quraish de hacerlo rey cuando ya había contemplado los jardines elevados y el Árbol del Límite, y su Señor le había hablado, acercándolo a Su presencia? Su ascensión al cielo fue, por tanto, una confirmación para su corazón y una elevación de su rango.

El encuentro y saludo con los profetas anteriores estableció una conexión profunda con sus mensajes y misiones. Este intercambio de saludos reforzó el vínculo entre las profecías sucesivas, donde cada una confirma y prepara el camino para la siguiente. Esta conexión entre los profetas constituye uno de los pilares fundamentales del mensaje del Profeta ﷺ: **“El Mensajero cree en lo que le fue revelado por su Señor, y los creyentes creen en Allah, en Sus ángeles, en Sus libros y en Sus mensajeros. No hacemos distinción entre ninguno de Sus mensajeros. Y dicen: Oímos y obedecemos. ¡Perdónanos, Señor nuestro! Hacia Ti es el retorno” [2:285].**

Allah dispuso este viaje celestial como una bendición y exaltación para Su Profeta, brindándole tranquilidad y la certeza de Su protección mientras proclamaba la unicidad divina e invitaba a la gente a Su adoración. Al permitirle observar el reino más elevado y las manifestaciones de Su poder y grandeza, fortaleció su confianza para enfrentar las fuerzas de la incredulidad.

El Viaje Nocturno y la Ascensión, ocurridos aproximadamente a mitad del período profético de veintitrés años, sirvieron como bálsamo para las dificultades pasadas y presagio de éxitos futuros⁽¹⁾. Cuando el Profeta ﷺ relató estos acontecimientos al amanecer, lo hizo con absoluta certeza y confianza, aunque los incrédulos intensificaron su negación y burla, argumentando: “Nosotros viajamos a Jerusalén durante un mes de ida y un mes de vuelta, y él nos dice que fue y regresó en una noche”.

En su obstinación, comenzaron a interrogar al Profeta ﷺ sobre detalles específicos de Jerusalén que ellos conocían bien. El Profeta ﷺ, que había llegado y partido de noche, absorbió en la compañía angelical y el encuentro con las figuras de los profetas, no se había detenido a observar elementos arquitectónicos como puertas, columnas o muros. Al no haber anticipado tales preguntas, experimentó una profunda angustia, consciente de que cualquier imprecisión en sus respuestas sería utilizada para desacreditarlo. En ese momento crítico, Allah hizo aparecer ante él una visión clara de Jerusalén⁽²⁾, permitiéndole responder con precisión a cada pregunta sobre sus características. A pesar de esta evidencia de la veracidad de su relato, los escépticos persistieron en su negación,

(1) *Fiqh as-Sirah* de Muhámmad Al-Ghazali (142).

(2) *Sahih Al-Bujari* (4710) y *Sahih Muslim* (170).



pues sus preguntas no buscaban la verdad sino confirmar su incredulidad.

Los creyentes, por su parte, encontraron en este acontecimiento un motivo para fortalecer su fe y certeza, sabiendo que nada en los cielos ni en la tierra está fuera del poder de Allah, y reconocieron en ello un honor y milagro concedido a Su noble Profeta. Cuando los incrédulos acudieron a Abu Bakr, esperando que él también rechazara esta noticia extraordinaria, este respondió: “Si él lo ha dicho, entonces es verdad. Yo le creo en algo más asombroso que este viaje: le creo en las noticias del cielo que le llegan por la mañana o por la tarde”.⁽¹⁾

(1) Al-Mustadrak de Al-Hakim (4407).

La Primera Alianza de Aqaba

A pesar de las adversidades -el asedio, la muerte de Abu Talib, la agresión de Quraish y el rechazo en Taif- el Profeta ﷺ persistió en su misión. En las temporadas de peregrinación, buscaba tribus receptivas, diciendo: “¿Hay alguien que me lleve a su gente? Quraish me impide transmitir el mensaje de mi Señor.”⁽¹⁾

Abu Lahab lo seguía, advirtiéndolo a las tribus: “Este quiere que abandonen la religión de sus padres”.⁽²⁾ Rabi’a ibn ‘Ibad describe la escena: un joven Profeta ﷺ presentándose ante las tribus, seguido por un hombre bizco (Abu Lahab) que lo desacreditaba.

Rabi’ah ibn ‘Ibad Ad-Dili, quien presencié estos acontecimientos en su juventud, relató la siguiente escena: “Siendo yo un joven, estaba con mi padre observando al Mensajero de Allah ﷺ mientras seguía a las tribus. Detrás de él había un hombre bizco, de rostro radiante y con cabello abundante. El Mensajero de Allah ﷺ se detenía ante la tribu y decía: **‘Oh hijos de fulano, soy el Mensajero de Allah**

(1) Musnad Ahmad (15192), Al-Mustadrak ‘ala Al-Sahihayn (4220) y Sunan Al-Darimi (3397).

(2) Musnad Ahmad (16027).



enviado a ustedes. Les ordeno que adoren a Allah y no asocien nada con Él, que me crean y me protejan hasta que pueda cumplir aquello con lo que Allah me ha enviado.'

Cuando el Mensajero de Allah ﷺ terminaba su discurso, el otro hombre decía desde atrás: 'Oh hijos de fulano, este quiere que abandonen a sus dioses, no lo escuchen ni lo sigan.' Le pregunté a mi padre: '¿Quién es este?' Respondió: 'Su tío Abu Lahab'”(1).

A pesar del rechazo y la resistencia que encontraba, incluso de su propio tío y su pueblo, el Profeta ﷺ perseveró en su misión de invitar a la gente al Islam y transmitir el mensaje de Allah a las tribus. Ni el rechazo ni la desmentida lo detenían; continuaba su llamado con paciencia y perseverancia, seguro de que su religión prevalecería sobre todas las demás y se extendería hasta los confines alcanzados por la noche y el día.

En el undécimo año de la misión profética, se encontró en Al-'Aqabah con un grupo de Jazrach provenientes de Medina (Yazrib). Al reunirse con ellos, los invitó al Islam y les recitó el Corán, ante lo cual creyeron y aceptaron su mensaje.

Su disposición para aceptar el Islam había sido favorecida por su convivencia con los judíos en su tierra, quienes poseían escrituras y conocimiento. Durante sus conflictos con los judíos, estos solían advertirles: “Se acerca el tiempo de un profeta que será enviado, lo seguiremos y los mataremos junto con él como fueron muertos ‘Ad e Iram’”(2). Estas palabras

(1) Musnad Ahmad (16025).

(2) “Historia de At-Tabari” (354/2). Su dicho “como fueron muertos ‘Ad e Iram’” significa: los exterminaremos colectivamente como sucedió con la tribu de ‘Ad e Iram a quienes Allah destruyó por completo.

habían mantenido a la gente de Medina expectante ante la llegada de un profeta, tal como los judíos habían anunciado.

Otro factor que predispuso a la gente de Medina hacia el Islam fueron las guerras internas que habían sufrido. La intensa rivalidad entre Aws y Jazrach frecuentemente desembocaba en conflictos armados. La última batalla, ocurrida apenas cinco años antes, había visto a Jazrach dominar inicialmente, pero Aws acabó obteniendo la victoria. Aunque el combate había terminado, la animosidad entre ambas tribus persistía.

Así, con el conocimiento del mensaje profetizado, como la gente del Libro, estaban preparados para unirse bajo un nuevo liderazgo. Cuando el Mensajero de Allah ﷺ los invitó, se miraron unos a otros y dijeron: “Por Allah, saben que él es el profeta con el que los judíos los amenazaban, así que no dejen que se le adelanten a él”⁽¹⁾. Respondieron afirmativamente a su invitación al Islam y dijeron: “Hemos dejado a nuestra gente, y no hay pueblo que tenga tanta enemistad y mal entre ellos como el nuestro. Quizás Allah los una a través de ti. Volveremos a ellos, los invitaremos a tu causa y les presentaremos esta religión a la que hemos respondido. Si Allah los une a ti, no habrá hombre más honorable que tú”. Luego se marcharon y le prometieron encontrarse en la siguiente temporada. Este grupo fue la vanguardia de la exitosa propagación y llamada al Islam en Yazrib, y su invitación dio frutos y su número aumentó.

En la siguiente temporada, en el año duodécimo de la misión profética, vinieron a la peregrinación doce hombres musulmanes de Medina, algunos de los cuales habían conocido al Profeta ﷺ en la temporada anterior y habían creído en él. Se encontraron con el Mensajero de Allah ﷺ y le juraron lealtad.

(1) “Las evidencias de la profecía” por Abu Nu’aym (81).



‘Ubadah ibn As-Samit narró este juramento de lealtad, que el Mensajero de Allah ﷺ les dijo: “Vengan y júrenme lealtad en que no asociarán nada con Allah, no robarán, no cometerán adulterio, no matarán a sus hijos, no vendrán con calumnias que inventen, y no me desobedecerán en lo que es correcto. Quien de ustedes cumpla, su recompensa estará con Allah, pero quien cometa algo de esto y sea castigado por ello en esta vida, eso será su expiación, y quien cometa algo de esto y Allah lo oculte, su asunto quedará con Allah: si quiere lo castigará y si quiere lo perdonará.” Dijo: “Así que le juramos lealtad sobre esa base”⁽¹⁾.

El Profeta ﷺ envió a Mus’ab ibn Umayr para enseñarles el Corán y el Islam. El mensaje se extendió rápidamente en Medina, hasta que cada hogar tenía musulmanes. Los conversos, preocupados por la persecución que sufría el Profeta ﷺ en La Meca, lo invitaron a emigrar.

En el decimotercer año, un grupo numeroso de musulmanes de Medina, liderados por Al-Bara ibn Ma’rur, llegó para la Peregrinación. Ka’b ibn Malik describe cómo setenta y tres hombres se deslizaron secretamente como aves en la noche hacia Aqaba.

Los setenta y tres hombres y dos mujeres se reunieron secretamente en el valle, donde el Profeta ﷺ llegó acompañado por su tío Al-Abbas. Aunque Al-Abbas no era musulmán, quería proteger los intereses de su sobrino. Advirtió a los de Medina sobre la seriedad del compromiso, preguntando si realmente podrían proteger al Profeta ﷺ.

El Profeta ﷺ recitó el Corán y presentó el Islam. Cuando preguntaron sobre los términos del pacto, respondió: **“Me juran**

(1) Sahih Al-Bujari (3892).

escuchar y obedecer en la facilidad y la dificultad, gastar en la prosperidad y la adversidad, ordenar el bien y prohibir el mal, hablar por la causa de Allah sin temer la crítica, y protegerme como protegen a sus familias. A cambio, tendrán el Paraíso.”⁽¹⁾

Al-Bara ibn Ma'rur tomó su mano y juró protegerlo como se protegían a sí mismos. Todos siguieron su ejemplo.⁽²⁾

Aspectos destacables:

1. Los Ansar se guiaron por el conocimiento que tenían de los judíos, mientras que los judíos, por envidia al ver un profeta no israelita, lo rechazaron. Esta guía divina llega a quienes la buscan sinceramente, como dice el Corán **“Alejaré de Mis signos a quienes actúen con soberbia en la Tierra sin razón. Aunque vean todos los milagros no creerán. Si ven el sendero de la guía no lo seguirán y, por el contrario, cuando vean el sendero del desvío se extraviarán. Esto es por haber desmentido Mis signos y haber sido negligentes”**. [7:146].

2. El Profeta ﷺ solo prometió el Paraíso como recompensa, a pesar de los evidentes peligros que enfrentarían.

3. Este pacto histórico cambió el curso de la humanidad, sentando las bases para eventos posteriores como Badr, Uhud y la conquista de La Meca.

4. La influencia del primer predicador Mus'ab ibn Umayr en la propagación del Islam en Medina fue notable, armado únicamente con el Corán que había aprendido del Profeta ﷺ. El Corán fue la llave que abrió los corazones. Medina fue la primera ciudad conquistada para el Islam, y fue una conquista lograda a través del Corán, no de la espada.

(1) Musnad Ahmad (14453).

(2) Musnad Ahmad (14456).

La Emigración a Medina

Tras el pacto con la gente de Medina, el Profeta ﷺ dirigió a sus compañeros hacia allá, diciéndoles: **“Allah les ha concedido hermanos y un hogar seguro⁽¹⁾.”** Anteriormente había visto en sueños una tierra con palmeras, que resultó ser Medina.⁽²⁾

Los musulmanes partieron individual o grupalmente, abandonando hogares, familias y posesiones por su fe. Medina era desconocida para ellos, sin garantías más allá de su creencia. La Meca quedó casi vacía de creyentes, excepto por algunos retenidos por sus familias.

El Profeta ﷺ y Abu Bakr permanecieron, lo que inicialmente tranquilizó a Quraish, que consideró esta emigración similar a la de Abisinia. Abu Bakr pidió permiso para emigrar, pero el Profeta ﷺ le pidió esperar, sugiriendo que serían compañeros de viaje.⁽³⁾

Como un capitán honorable, el Profeta ﷺ permaneció hasta que sus seguidores estuvieron a salvo.⁽⁴⁾

(1) La biografía del Profeta por Ibn Hisham (468/1).

(2) Sahih Al-Bujari (3905) y Sahih Muslim (2473).

(3) Sahih Al-Bujari (3905) y Al-Mu'yam Al-Kabir de Al-Tabarani (462).

(4) Del artículo El señor de los hombres de la historia del Sheikh Ali Al-

En tres meses, La Meca quedó prácticamente vacía de musulmanes. Los líderes de Quraish, viendo las casas abandonadas, culparon al Profeta ﷺ de dividir a la comunidad. Irónicamente, fueron ellos quienes forzaron el éxodo con su persecución. Además, se apoderaron de las propiedades abandonadas de los emigrantes, incluyendo las del Profeta ﷺ.

Esta emigración marcó un punto de inflexión histórico. Los pasos de los emigrantes hacia Medina iniciaron un movimiento expansivo que llevaría el mensaje del Islam hasta los confines más remotos del mundo, desafiando la injusticia y la ignorancia. No quedó rincón de la tierra sin recibir un rayo de su luz y guía.

La Hégira cerró la etapa de vulnerabilidad y persecución, inaugurando una era de fortaleza y construcción. Representó la línea divisoria entre dos épocas: la de la debilidad y el sufrimiento en La Meca, y la del establecimiento y crecimiento en Medina.⁽¹⁾

Tantawi.

(1) Fiqh as-Sirah de Muhámmad Al-Ghazali.



La Emigración del Profeta ﷺ



Los compañeros del Profeta ﷺ emigraron a Medina y no quedó nadie capaz de emigrar excepto el Profeta y su compañero Abu Bakr, a quien mantuvo consigo para que fuera su acompañante en su emigración, y su primo Ali ibn Abi Talib, a quien mantuvo para devolver a la gente de La Meca sus encargos y depósitos que tenían con él, pues la gente de La Meca depositaba sus bienes con él por lo que conocían de su honestidad y veracidad.

El Profeta ﷺ permaneció esperando el permiso de Allah, y mientras Abu Bakr estaba en su casa al mediodía cuando el calor era más intenso, el Profeta ﷺ llegó cubierto. Cuando Abu Bakr lo vio llegar al mediodía dijo: “El Mensajero de Allah ﷺ no ha venido a esta hora sino por algo importante que ha sucedido”.

Pues era costumbre del Profeta ﷺ visitarlos por la mañana o por la tarde, pero al mediodía nadie salía en La Meca de su casa por el intenso calor, y quien salía lo hacía por necesidad o algún asunto urgente.

Entró el Mensajero de Allah ﷺ y con Abu Bakr estaban sus dos hijas Aisha y Asma. El Mensajero de Allah ﷺ le dijo a Abu Bakr: **“Se me ha permitido emigrar hacia Medina”.**

Abu Bakr dijo: “¿Te acompaño, oh Mensajero de Allah?”. Dijo ﷺ: **“Sí, me acompañarás”**. Aisha -quien observaba la escena- dijo: “Vi a Abu Bakr llorar de alegría, y no sabía que alguien pudiera llorar de alegría hasta que vi el llanto de Abu Bakr”.

Abu Bakr dijo: “Oh Mensajero de Allah, tengo dos camellas que he preparado para la salida, usa una de ellas”. El Mensajero de Allah ﷺ dijo: **“La usaré, pero luego de comprártela”**.⁽¹⁾

Luego prepararon rápidamente las provisiones necesarias para el viaje, y salieron por una puerta trasera en la casa de Abu Bakr, y se dirigieron a una montaña al sur de La Meca llamada monte Zaur. Eligieron la dirección sur, opuesta a la dirección hacia Medina que era al norte, pues si los Quraish los seguían, seguramente se dirigirían hacia el norte, por eso se dirigieron al sur y se ocultaron en una cueva en lo alto de la montaña durante tres días, que era el tiempo que los Quraish emplearían en movilizar a sus hombres para buscar al Profeta y su compañero.

Durante este tiempo, Abdullah ibn Abu Bakr, que era un joven astuto, los visitaba cada noche al caer la oscuridad para informarles lo que había escuchado sobre los planes que los incrédulos de Quraish tramaban contra ellos.

Durante estos tres días, cuando los Quraish perdieron al Profeta ﷺ y supieron que había emigrado, sintieron el peligro de que el Profeta y sus compañeros emigraran y tuvieran un lugar seguro para reunirse y un punto de partida, protección y apoyo para su mensaje. Entonces enviaron rastreadores para seguir al Profeta y buscarlo para alcanzarlo y matarlo, o apresarlos.

(1) Sahih Al-Bujari (5807, 3905).



Lo sorprendente es que uno de los grupos de búsqueda siguió las huellas y se dirigió a la montaña, subiendo hasta la cueva, tanto que Abu Bakr podía ver sus pies desde dentro de la cueva y le dijo al Profeta: “Oh Mensajero de Allah, si alguno de ellos mirara bajo sus pies nos vería”. El Profeta le dijo con tranquilidad y certeza: **“No te entristezcas, ciertamente Allah está con nosotros. ¿Qué piensas de dos personas que tienen a Allah como su tercero?”**⁽¹⁾. Y efectivamente, Allah alejó de sus mentes la idea de que el Profeta ﷺ y su compañero pudieran estar en este lugar, y se marcharon sin mirar en la cueva ni sospechar que hubiera alguien en ella, y todo esto fue parte de la protección de Allah a Su Profeta para que completara su misión y transmitiera su mensaje.

Abu Bakr había contratado a un hombre para que fuera su guía en el camino hacia Medina. Era un experto en las rutas y senderos del desierto y, aunque profesaba la religión de los incrédulos de Quraish, era una persona honesta y noble. Se hizo cargo de las dos camellas de Abu Bakr y luego fue donde ellos según lo acordado después de tres días en la cueva. Salieron con él para que los guiara hacia Medina por caminos poco transitados, pues los Quraish habían puesto vigilantes en el camino habitual esperando su paso. También habían ofrecido una gran recompensa para quien los capturara o los matara: doscientos camellos, una recompensa generosa que hacía agua la boca de los beduinos del desierto. Por eso, los beduinos buscaban a estos dos viajeros, codiciando la valiosa recompensa.

Cuando pasaron por el camino cercano a la tribu de Bani Mudliy, uno de los hombres de la tribu los vio a lo lejos e informó a su gente. Uno de los jinetes de la tribu, llamado Suraqah ibn

(1) Sahih Al-Bujari (5807 ,3905).

Malik, los persiguió galopando en su caballo con su lanza en alto, anhelando la recompensa de Quraish, ilusionándose con la proximidad de la riqueza y la abundancia. Cuando se acercó a ellos, vio que Abu Bakr miraba frecuentemente hacia atrás, mientras que el Profeta ﷺ no miraba atrás, sino que recitaba el Corán. Se acercó tanto que pudo oír la recitación del Profeta ﷺ, y cuando estaba a punto de alcanzarlos, las patas del caballo se hundieron en la tierra y él cayó. Intentó sacar las patas del caballo de la tierra y cuando lo logró después de un gran esfuerzo, se elevó del lugar donde estaban las patas del caballo un polvo como humo ascendiendo hacia el cielo.

Suraqah se sorprendió por lo que había visto y tuvo miedo, a pesar de ser un jinete valiente. Supo que esto le había ocurrido por una súplica del Profeta ﷺ y que no podría alcanzarlos, y que esto que le había ocurrido era una prohibición divina contra la que no tenía poder. Los llamó cuando ya se habían alejado de él y les ofreció seguridad, entonces se detuvieron. Montó su caballo y se dirigió hacia ellos, y se convenció que el Profeta triunfaría y que Allah, quien lo había protegido, lo ayudaría y lo haría prevalecer. Cuando llegó a ellos, les informó sobre los posibles peligros en su camino y les ofreció provisiones y ayuda, pero no aceptaron nada de él. Sin embargo, le dijeron: “Mantén oculta nuestra ubicación para que nadie nos siga”. Él se los prometió, luego le pidió al Profeta que le escribiera una carta de salvación, la petición más extraña que podría hacer este jinete. ¿Cómo podía pedirle al Profeta, en estas circunstancias, que le escribiera una carta garantizándole seguridad contra el castigo por sus acciones?

¿Cómo podía el perseguido dar seguridad al perseguidor?



Le escribió una carta en un trozo de cuero, y Suraqah la tomó y la guardó consigo.⁽¹⁾

Este beduino se dio cuenta de que un profeta que viajaba bajo la protección de Allah eventualmente triunfaría sobre todos sus enemigos, y temió que cuando venciera lo castigara por lo que había intentado hacerles. Por eso pidió la carta de seguridad y la guardó. Luego el Profeta y sus compañeros continuaron su camino y Suraqah regresó a su gente diciendo a todo el que preguntara por ellos: “Dejen este camino y no lo sigan, pues yo lo he recorrido y lo he rastreado”. Así, al principio del día había sido su perseguidor, y al final se convirtió en su defensor.

Cabe recordar que Suraqah, quien tomó la carta de seguridad, vino con ella al Profeta ocho años después, cuando las circunstancias habían cambiado. Había llegado la victoria de Allah y la conquista, La Meca había entrado al Islam y la gente entraba en la religión de Allah en multitudes. Toda la península arábiga se había convertido en terreno para la religión de este Profeta, y se cumplió lo que Suraqah había anticipado que este Profeta prevalecería y triunfaría. Cuando se presentó ante el Profeta ﷺ con la carta de seguridad, el Profeta lo recibió diciendo: **“Hoy es un día para cumplir la palabra y ser bondadosos”**.⁽²⁾

Sin embargo, Suraqah descubrió que no necesitaba esta carta, pues este Profeta había perdonado a todos los que lo habían perseguido y combatido, y había declarado una amnistía general para todos ellos, porque él no guardaba rencores ni

(1) Al-Isti'ab de Ibn Abd Al-Barr (148/2).

(2) Al-Mu'yam Al-Kabir de Al-Tabarani (6602) y Las evidencias de la profecía de Al-Baihaqi (487/1).



buscaba venganza. El sentimiento que llenaba su corazón era la misericordia para toda la gente.

“No te he enviado [¡oh, Muhámmad!] sino como misericordia para todos los mundos”. [21:107]

Su objetivo, por el cual se esforzaba y trabajaba para lograr, era rescatar a la humanidad de la ignorancia pagana y guiarla hacia el camino correcto y la senda recta que la conduce hacia Allah, y que le asegura la felicidad en esta vida y la dicha en la otra.



Con el Profeta ﷺ en La Meca



Al examinar la situación general del Profeta ﷺ en La Meca, encontramos reflexiones importantes sobre ese período, entre las más relevantes:

1. La abstención del combate, la orden de tener paciencia y la fortaleza en la resistencia cuando fuera posible, entendiendo que el enfrentamiento por la fuerza no era la primera opción ni la mejor en toda circunstancia.

2. La distinción entre los opositores y el trato con ellos según su condición, pues no todos los opositores eran enemigos, ni todos los enemigos eran iguales. Mut'im ibn Adi no era como Abu Yahl, aunque ambos fueran politeístas. Los cristianos eran más cercanos en afecto a los creyentes que los politeístas, aunque ninguno fuera musulmán. Por ello, uno de los aspectos del período de La Meca fue identificar y clasificar las hostilidades.

3. Los sentimientos humanistas, la caballerosidad y la virtud se encontraban en algunos opositores que, aunque no creyeron, poseían nobleza y bondad. Esto se les reconocía y se les tenía en cuenta, como sucedió con Mut'im ibn Adi, quien dio protección al Profeta ﷺ cuando regresó a La Meca desde Taif.

4. La generación joven era la más capaz de cambiar y aceptar el mensaje, por eso la mayoría de los compañeros en ese período eran jóvenes.

5. La claridad del objetivo y su precedencia sobre otros objetivos. El objetivo del Profeta ﷺ era claro: guiar a la gente y salvarlos. Por eso alejó de ellos el castigo diciendo: **“Por el contrario, seré paciente con ellos, quizás Allah haga surgir de su descendencia a quienes Lo adoren sin asociarle nada”**.⁽¹⁾

6. Aunque al Profeta ﷺ se le había prometido la victoria y el triunfo, no vivía en un estado de espera pasiva, sino que continuaba esforzándose y buscando terreno fértil para su mensaje. Por eso viajó a Taif y se presentó ante las tribus, hasta que encontró a los Ansar y ellos lo encontraron a él.

7. También observamos que el Profeta fue objeto durante este período de diversos tipos de maltrato y se enfrentó a las formas más severas de oposición y rechazo. Soportó y tuvo paciencia ante un maltrato que habría sido suficiente para hacer tambalear a quien no tuviera una convicción absoluta en su mensaje y un sacrificio completo por él.

Si hubiera sido un impostor, parte de lo que enfrentó habría sido suficiente para que abandonara sus ideas y disfrutara el resto de su vida en paz y tranquilidad.

También se le ofrecieron diversos tipos de tentaciones, incluyendo el liderazgo absoluto sobre su pueblo a cambio de abandonar su mensaje, pero lo rechazó con dignidad,

(1) Musnad Ahmad (2333), Sahih Al-Bujari (3231) y Sahih Muslim (1795).



considerándolo, tanto él como los creyentes, una oferta insignificante frente a una misión noble y grandiosa.

8. La dawah no se expande sino mediante la integración, la convivencia y la interacción con la gente y el buen trato. Por eso, el Profeta ﷺ no se apartó de su pueblo, ni retornó a la Cueva de Hira, ni propuso el aislamiento a sus compañeros, sino que ordenaba a quienes venían a él que se unieran a su pueblo y vivieran entre ellos, invitándolos al Islam.

9. El período de La Meca no fueron años perdidos, sino una etapa de extensión de las raíces y consolidación del fundamento, de educación de los seguidores y de transmisión de la religión. Por eso, el Islam se difundió en La Meca y llegó a las tribus, convirtiéndose muchas de ellas. Y cuando emigró a Medina, este hecho fue escuchado por los árabes, y se unieron a él en Medina quienes habían creído.

10. El Profeta ﷺ legisló para su comunidad, desde el inicio de su llamada, la jurisprudencia de la capacidad, y que Allah no carga a ninguna alma sino con lo que puede soportar. Y no exponía a lo que el ser humano no puede tolerar. Pues los politeístas capturaron a ‘Ammar ibn Yasir y no dejaron de torturarlo hasta que insultó al Profeta ﷺ y mencionó con bondad a sus divinidades. Cuando fue al Mensajero de Allah, éste le preguntó: “¿Qué hay detrás de ti?”. Dijo: “Un mal, oh Mensajero de Allah, pues no dejaron de torturarme hasta que te insultara y mencionara con bondad a sus divinidades”. Dijo [el Profeta]: “¿Cómo encuentras tu corazón?”. Dijo: “Tranquilo con la fe”. Dijo [el Profeta]: “Si vuelven, vuelve a repetir lo que quieren oír”⁽¹⁾. Y por eso dijo el Corán: **“Excepto aquel**

(1) Mustadrak Al-Hakim (3362).

que fue coaccionado, mientras su corazón permanece firme en la fe” [16:106].

11. Los compañeros del Profeta ﷺ recibían la religión, la aprendían, pero recibían también la responsabilidad de llamar a ella. Por eso encontramos que muchos se convirtieron al Islam a través de Abu Bakr, Abu Dhar y At-Tufayl ibn ‘Amr Ad-Dawsi, a pesar de que éstos se convirtieron al principio de la misión del Profeta ﷺ. Pero en cuanto se convirtieron, se convirtieron en predicadores de aquello en lo que habían creído, y muchos entraron al Islam por medio de ellos.

12. La paciencia del Profeta es la paciencia de los firmes de resolución entre los Mensajeros, su firmeza, su fortaleza y su falta de debilitamiento ante las calamidades. Como la actitud del Profeta durante el asedio del Pueblo de Banu Hashim y ante la muerte de su tío Abu Talib y de su esposa Jadiya, o cuando regresó de At-Ta’if.

13. La emigración de los compañeros (Sahaba) de su tierra natal, de sus familias y de sus bienes, a un país donde no tenían bienes ni parientes, sin que se les prometiera nada de los bienes de este mundo, sino que emigraron por la causa de Allah, habiendo asentado en sí mismos la capacidad de soportar lo más difícil y severo. Eso no puede provenir sino de una fe profunda y una certeza sincera en la promesa de Allah como Allah عزوجل los describe: **“Para los pobres emigrantes que fueron expulsados de sus hogares y de sus bienes, buscando el favor de Allah y Su complacencia, y ayudando a Allah y a Su Mensajero. Esos son los veraces” [59:8].**

La Etapa de Medina



El Mensajero de Allah ﷺ y Medina

La relación del Profeta ﷺ con Medina se entrelaza en el lejano mundo de lo invisible, pues Allah lo había anunciado tanto a él como a la ciudad en las revelaciones de los profetas anteriores. Su descripción ya existía entre las naciones precedentes, razón por la cual los judíos emigraron desde el Levante hacia la península arábiga, siguiendo la descripción de una tierra de calor y palmeras datileras⁽¹⁾. Se asentaron en diversas regiones que coincidían con esta descripción, y algunos eligieron Medina al reconocer en ella las características mencionadas en sus escrituras.

Más tarde, las tribus de Aws y Jazray emigraron desde Yemen tras el colapso de la represa de Ma'rib, junto con los habitantes de Ma'rib y sus alrededores, dispersándose por distintas partes de la península arábiga. Por designio divino, se establecieron en la tierra de Medina, entonces conocida como "Yazrib". Probablemente la eligieron por su similitud en terreno y clima con su tierra natal, Ma'rib, pues era una región de oasis que combinaba llanuras y montañas, una tierra fértil y cultivable, tal como la tierra de la que provenían. Si bien los judíos ya se habían establecido allí antes, estas tribus

(1) Musnad Ahmad (23737).



los superaron en número hasta dominar la región, obligando a los judíos a establecer alianzas con ellos. Con este crecimiento poblacional, la tierra prosperó, aumentó su población y se multiplicaron sus riquezas, transformándose en una ciudad próspera que era destino de aprovisionamiento y punto de abastecimiento para las caravanas.⁽¹⁾

El conocimiento de los judíos se difundió entre Aws y Jazray, quienes adoptaron algunas de sus costumbres sin abandonar sus creencias paganas, manteniendo sus ídolos y prácticas idólatras.

Los judíos frecuentemente les hablaban sobre la llegada de un profeta, asegurando que lo seguirían y lucharían junto a él. Esta información provenía de los judíos, quienes se jactaban de ella y advertían sobre su inminente cumplimiento, esperando que fuera un judío de entre ellos.

Por designio divino para Su Profeta, el abuelo de este, Hashim ibn Abd Manaf, pasó por Medina durante su viaje al Levante y contrajo matrimonio allí con Salma bint Amr ibn Zaid, de la tribu Nayyariah de los Jazray. Ella le dio un hijo al que llamó Shaiba y una hija llamada Ruqaiah. Posteriormente, Hashim partió hacia Gaza, donde falleció siendo joven.⁽²⁾

Shaiba ibn Hashim creció con sus tíos maternos en Medina hasta cerca de la adolescencia, cuando su tío Al-Muttalib fue por él y lo llevó a La Meca. Al verlo con él, la gente pensó que era un esclavo que había comprado, por lo que lo llamaron Abdul-Muttalib (el siervo de Al-Muttalib), nombre que conservó el resto de su vida.

(1) Al-Kamil fi Al-Tarij de Ibn Al-Azir (584/1) y Al-Bidaya wa Al-Nihaya de Ibn Kazir (161/2).

(2) Véase: Al-Bidaya wa Al-Nihaya (253/2).

Más tarde, Abdul-Muttalib tuvo sus hijos en La Meca, entre ellos los hermanos Abdullah y Abu Talib. Abdullah se casó con Amina bint Wahb, y luego su padre Abdul-Muttalib lo envió a Medina, donde enfermó, falleció y fue sepultado.

Así se evidencia que en Medina nació el abuelo del Mensajero de Allah ﷺ, Abdul-Muttalib, y allí falleció su padre Abdullah.

Cuando el Profeta ﷺ tenía seis años, su madre lo llevó a Medina para visitar la tumba de su esposo Abdullah. El Profeta ﷺ ya había desarrollado discernimiento y consciencia, por lo que su memoria preservó los recuerdos de esta visita, diciendo: **“Solía jugar con Unaisa, una niña de los Ansar, en esta fortaleza, y estaba con unos muchachos de mis tíos maternos mientras hacíamos volar pájaros que se posaban sobre ella”**. Y al mirar la casa donde había vivido, dijo: **“Aquí se hospedó mi madre conmigo, y en esta casa fue sepultado mi padre Abdullah ibn Abdul-Muttalib”**.⁽¹⁾

Esta temprana visita durante su niñez parecía ser una preparación para la gran migración profética que ocurriría en su madurez.

Luego, cuando recibió la revelación en la cueva de Hira y fue con su esposa a ver a Waraqa ibn Nawfal, el Profeta ﷺ le contó lo que había visto. Waraqa respondió: “¡Ojalá estuviera vivo cuando tu pueblo te expulse!” El Mensajero de Allah ﷺ preguntó: **“¿Me expulsarán?”** Waraqa contestó: “Sí, pues jamás ha venido alguien con lo que tú traes sin que haya sido tratado con hostilidad”.⁽²⁾

(1) Véase: At-Tabaqat de Ibn Sa'd (1/116).

(2) Sahih Al-Bujari (3) y Sahih Muslim (160).



Es extraordinario cómo el descenso de la revelación vino acompañado del anuncio de la emigración, y cómo la preparación psicológica para ella comenzó con los primeros indicios de la revelación en lo que Waraqa le informó al Mensajero de Allah ﷺ.

Después, Allah le reveló que emigraría, sería auxiliado y obtendría la victoria. Por eso, cuando alguien se convertía al Islam en La Meca, le ordenaba regresar con su gente hasta que oyera que él había triunfado y entonces podría unírsele, como hizo con Amr ibn Abasah Al-Sulami⁽¹⁾ y Abu Dharr Al-Ghifari⁽²⁾.

Luego, Allah le mostró el lugar de su emigración mientras estaba en La Meca. Vio su tierra y sus palmeras, pero no reconoció el lugar, pensando que podría ser Yamama o Hayar⁽³⁾ por ser famosas por sus palmeras datileras. Dijo: **“Vi en un sueño que emigraba de La Meca a una tierra con palmeras. Mi pensamiento se dirigió a que sería Yamama o Hayar, pero resultó ser Medina, Yazrib”.**⁽⁴⁾

Por designio divino, existía entre Aws y Jazray una serie de disputas y guerras permanentes, siendo la última la batalla de Bu'az⁽⁵⁾, cinco años antes de la Hiyra. Fue una batalla donde los Jazray vencieron al principio, pero la victoria final fue

(1) Sahih Muslim (832).

(2) Sahih Al-Bujari (3522).

(3) Al-Yamama está en el centro de la península arábiga, y es la ciudad de Riad, capital del Reino de Arabia Saudita y sus alrededores, y Hayar son los oasis de Al-Ahsa, que ahora están en la región oriental del Reino de Arabia Saudita.

(4) Sahih Al-Bujari (3622) y Sahih Muslim (2272).

(5) Es un lugar conocido en Medina, ahora llamado Al-Mab'uz, donde tuvo lugar esta batalla y fue nombrada por él.

para los Aws, que eran menos numerosos. En ella murieron los líderes de ambas tribus y muchos de sus nobles, incluyendo a los jefes de Jazray y Aws, y varios de sus notables que probablemente se habrían mostrado orgullosos y renuentes a aceptar el Islam para no someterse al gobierno de otro. Entre los nobles sobrevivientes estaba Abdullah ibn Ubaii ibn Salul.

Después de esta batalla quedaron enemistados: los Aws no aceptaban el liderazgo de los Jazray por haberlos vencido en esta batalla, y los Jazray no aceptaban el de los Aws por ser más numerosos. Por ello, la unión bajo un hombre ajeno a ambos grupos era algo que ambas partes podían aceptar.

Por esto, Aisha رَضِيَ اللَّهُ عَنْهَا dijo: “La batalla de Bu’az fue un día que Allah dispuso para Su Mensajero ﷺ. Cuando el Mensajero de Allah ﷺ llegó, sus nobles estaban divididos y sus líderes habían muerto. Allah lo dispuso así para Su Mensajero ﷺ para facilitar su entrada al Islam”.⁽¹⁾

Cuando el Profeta ﷺ presentó su mensaje a algunos hombres de Aws y Jazray durante la temporada de peregrinación en La Meca, lo aceptaron de buen grado y regresaron a Medina con su Islam.⁽²⁾

Así, las luces del mensaje iluminaron Medina y el Islam se difundió en ella. Luego, Medina recibió al Mensajero de Allah ﷺ como emigrante.

Observa la sutileza de Allah en Su decreto y Su disposición, y cómo dirigió el curso de los acontecimientos en lo oculto, preparando el camino para Su Mensajero ﷺ, para que estableciera Medina como su lugar de migración y residencia,

(1) Sahih Al-Bujari (3777).

(2) Musnad Ahmad (14456) y Mustadrak Al-Hakim (4251).



como morada y refugio. **“En verdad, mi Señor es Sutil en lo que dispone. Ciertamente, Él es el Omnisciente, el Sabio”.** [12:100]

Medina difería de La Meca en su entorno geográfico y social. La Meca tenía desfiladeros estrechos entre altas y escarpadas montañas, y era una tierra escasa en agua y cultivo, por lo que su actividad principal era el comercio, ya que no era una tierra de producción agrícola. Por el contrario, Medina era una tierra de amplios oasis, con montañas distanciadas, un suelo fértil y abundante agua, por lo que sus habitantes cultivaron su tierra y se convirtió en una tierra de producción agrícola que exportaba su producción a los lugares circundantes.

Asimismo, Medina se diferenciaba de La Meca en el aspecto social, pues en La Meca residía una sola tribu, la de Quraish, con sus clanes y casas, y profesaban una sola religión, el paganismo, con algunos vestigios heredados de la religión de Abraham. En cambio, Medina era más diversa en tribus y religiones, pues allí estaban las dos tribus árabes de Aws y Jazraj, y las tribus judías, siendo las más conocidas Banu Qainuqa', Banu An-Nadir y Banu Quraida, cada una de las cuales tenía un aliado entre las tribus árabes, pues Banu Qainuqa' y Banu An-Nadir eran aliados de Jazray, mientras que Banu Quraida eran aliados de Aws. La religión de los árabes era el paganismo, y la de los israelitas era el judaísmo, por lo que en Medina había una diversidad tribal y religiosa.

Además, los barrios de Medina no estaban conectados entre sí como en las ciudades, sino que eran barrios tribales dispersos, donde cada tribu residía en un lugar con sus viviendas y cultivos, y estos barrios próximos se conocían con el nombre de “Yazrib”, que luego se convirtió en “Al-Madina” (la Ciudad).

La llegada a Medina

Los Ansar (los habitantes de Medina) se enteraron de la salida del Profeta ﷺ de La Meca. Cuando esperaban su llegada, salían a recibirlo fuera de Quba', que era un suburbio al sur de Medina, el primer lugar que encontraba quien llegaba desde La Meca. Salían desde la mañana hasta que el día avanzaba y el calor del sol se intensificaba, lo que los obligaba a regresar a sus casas, pues era costumbre de los viajeros entrar a las ciudades por la mañana o al amanecer.

Los Ansar salían con ansiedad y anhelo, y esperaban bajo el ardiente sol sobre aquellas calientes colinas la llegada del Mensajero de Allah ﷺ.

El lunes salieron como solían hacerlo cada día, pero cuando el día avanzó y perdieron la esperanza de que llegara el Mensajero de Allah en ese momento, regresaron a sus casas. Entonces, aparecieron las figuras en el sur de Medina, apenas visibles en la distancia, desapareciendo y reapareciendo entre los espejismos. No había nadie de los que esperaban en las colinas, sino un judío en uno de sus fuertes por algún asunto suyo. Él había vivido el evento con los Ansar, viendo cómo salían, esperaban y aguardaban. Cuando vio las figuras asomando entre los espejismos, gritó desde lo alto del fuerte



con su máxima voz: “¡Oh árabes! ¡Este es el líder que están esperando”⁽¹⁾. El llamado resonó en Quba’, y se escuchó como un temblor en las casas.

Imagina los corazones anhelantes y las almas emocionadas. Cada uno gritaba en su casa llamando a los suyos: “¡Ha llegado el Mensajero de Allah! ¡Denme mis armas!”, y salieron hacia el Mensajero de Allah. Las casas se vaciaron y las calles se llenaron con la gente de los barrios que salieron hacia la Harrah de Quba’, mientras las figuras se iban acercando cada vez más.

Y como si estuvieras con la caravana profética, que se acercaba por estos desfiladeros y subía hacia Quba’, se desplegó ante su mirada la ciudad con sus colinas y palmeras. Su vista saludó a esa ciudad que se le había mostrado en sueños cuando estaba en La Meca: vio su tierra, sus palmeras y sus colinas, sin saber su ubicación. ¡Qué certeza recibió el corazón del Profeta ﷺ al ver el cumplimiento de la promesa de Allah!

Dado que su llegada fue entre las 10 y las 11 de la mañana, cuando el calor en Medina es más intenso, se refugió bajo la sombra de una palmera junto a un pozo llamado Bi’r ‘Ariq. Allí se sentó él, y Abu Bakr رضي الله عنه se puso de pie a su lado, predicando a la gente. Abu Bakr tenía canas en su barba, mientras que el Profeta ﷺ era mayor que él en edad, pero su rostro irradiaba frescura y belleza, y no tenía canas, pareciendo más joven de lo que era.

Por eso, cuando la gente vino a ver al Mensajero de Allah, que no lo habían visto antes, comenzaron a saludar a Abu Bakr, pensando que él era el Mensajero. Entonces, el Veraz extendió su manto para cubrir y dar sombra al Profeta, y la gente lo reconoció.

(1) Sahih Al-Bujari (3906).

Esto ocurrió el lunes, 12 de Rabi' Al-Awwal, en el primer año de la Hégira, correspondiente al 23 de septiembre del 622 d.C.

Curiosamente, el Profeta ﷺ también nació y falleció en un lunes, 12 de Rabi' Al-Awwal.⁽¹⁾

(1) Véase sobre esto: Wafa' Al-Wafa' (191/1), Historia de los monumentos de Medina (249), Medina entre el pasado y el presente (295) y Monumentos de Medina (166).



En Quba'



El Profeta ﷺ se alojó en Quba' como huésped de Kulzum ibn Al-Hadm, uno de los hombres notables y líderes de Quba'. Sin embargo, solía recibir a la gente en la casa de Sa'd ibn Jaizamah, quien era un joven soltero, por lo que su casa estaba disponible para recibir a los visitantes.

Recibió muchas visitas en Quba' de creyentes ansiosos por verlo, y de quienes querían confirmar y conocer su situación. Entre quienes lo visitaron estuvo el rabino judío 'Abdullah ibn Salam, quien describió la escena diciendo: "Cuando el Mensajero de Allah ﷺ llegó a Medina, la gente se apresuró hacia él y se dijo: 'Ha llegado el Mensajero de Allah'. Así que fui entre la gente para verlo, y cuando distinguí el rostro del Mensajero de Allah, supe que no era el rostro de un mentiroso". Y lo primero que dijo fue: **"¡Oh, gente! Difundan el saludo de paz, den de comer al hambriento, oren mientras la gente duerme, que así entrarán al Paraíso en paz"**.⁽¹⁾

'Abdullah ibn Salam se convenció de la veracidad de la profecía del Profeta y se convirtió al Islam, sorprendiendo a los judíos, quienes lo respetaban, pero cuando se enteraron de su conversión, le dieron los peores calificativos.

(1) Sunan Ibn Mayah (3251) y Sunan Al-Tirmidhi (2485).

Lo visitaron en Quba' Huiaii ibn Ajṭab, el líder de los judíos de Banu An-Naḍīr, y su hermano Abu Yasir, para conocerlo y corroborar su profecía. La hija de Huiaii, la señora Ṣafīa, quien más tarde se convirtió al Islam y se casó con el Profeta, les informó sobre la llegada de su padre y su tío. Ella dijo: “Cuando el Mensajero de Allah llegó a Medina y se alojó en Quba', entre los Banu 'Amr ibn 'Awf, mi padre Huiaii ibn Ajṭab y mi tío Abu Yasir ibn Ajṭab fueron a verlo muy temprano por la mañana, y no regresaron hasta la puesta del sol, llegando decaídos y caminando lentamente. Los saludé como solía hacerlo, pero ninguno de ellos me prestó atención, debido a la pesadumbre que mostraban”.

Ṣafīa dijo que escuchó a su tío decir a su padre: “¿Es él?”. Huiaii respondió: “Sí, por Allah”. Abu Yasir preguntó: “¿Lo reconoces y lo afirmas?”. Huiaii dijo: “Sí, pero su enemistad, ¡por Allah!, no permanecerá”.⁽¹⁾

También lo visitó en Quba' Salmán el Persa, quien era originalmente un zoroastriano de Isfahán. Cuando se convirtió al cristianismo, emigró a los monjes y vivió entre ellos, hasta que uno le dijo: “El tiempo del profeta que será enviado con la religión de Abraham y emigrará a una tierra entre dos colinas con palmeras se ha acercado. Tiene señales que no se ocultan: come regalos, pero no come limosna, y entre sus omóplatos está el sello de la profecía. Si puedes llegar a esas tierras, hazlo”.

(1) Las evidencias de la profecía de Al-Baihaqi (533/2).



Salmán viajó hasta que llegó a Medina antes de la emigración del Profeta. Cuando el Profeta llegó a Quba', Salmán vino para verificar lo que se le había informado y comprobar las señales descritas. Cuando confirmó su profecía, se convirtió al Islam y permaneció con el Profeta hasta su fallecimiento en el año 36 H.

Se repite la observación que hicimos en La Meca: la diversidad de los seguidores del Profeta ﷺ en Medina, al igual que lo fueron en La Meca, pues entre ellos había árabes, judíos, persas, romanos, etíopes y egipcios⁽¹⁾, lo que confirma la universalidad del Mensajero y el mensaje.

(1) El Dr. Muhámmad Efendi Oglu tiene una investigación sobre los compañeros no árabes, mencionando que entre ellos había (45) de Abisinia, (17) de Persia, (8) de los coptos, (7) de los bizantinos y (43) de los israelitas.

La Mezquita de Quba'

Lo primero que hizo el Profeta ﷺ al llegar a Quba' fue construir una Mezquita, pues la tarea y el mensaje de este Profeta es vincular a la creación con el Creador, guiar a la humanidad hacia su Hacedor y exaltar a Allah a través de la postración. Por eso, lo primero que hizo fue construir una mezquita donde se prosternaran a Allah.

Fue una construcción colectiva en la que participaron tanto los emigrantes (muhaÿirūn) como los auxiliares (anṣār), y el Profeta ﷺ dio el ejemplo, sin decir “¡Constrúyanla ustedes!”, sino que cargó piedras y las colocó, y ellos lo siguieron.

El Profeta ﷺ cargó la primera piedra y la colocó en la quibla de la mezquita, luego le dijo a Abu Bakr رضي الله عنه: “Pon una piedra aquí”, y luego le dijo a ‘Umar رضي الله عنه: “Pon una piedra aquí”⁽¹⁾. Observamos que comenzó con los emigrantes, Abu Bakr y ‘Umar, para involucrarlos en el proyecto de construcción, y para que los emigrantes en Medina se convirtieran en una fuerza activa y trabajadora, y no meros invitados acogidos por los auxiliares, sino una fuerza constructiva que se sumaba a los Ansar.

(1) Véase: Ithaf Al-Jiyara Al-Mahara (10/2).



La gente siguió construyendo hasta completar la fachada de la mezquita. La construcción del Profeta ﷺ no fue una construcción completa, sino una construcción fundacional, y luego los Banu ‘Amr ibn ‘Awf la terminaron. Pero recibió el honor de haber sido el iniciador de su construcción, y fue la primera mezquita en la que el Profeta ﷺ oró en congregación de manera pública, y la primera mezquita construida para la comunidad musulmana.

El Profeta ﷺ permaneció en Quba’ durante catorce días, y luego se dirigió al interior de Medina, que era su centro y el punto de reunión de sus tribus.

El recuerdo y el cariño por la Mezquita de Quba’ permanecieron vivos en el corazón del Profeta ﷺ incluso después de su traslado a Medina. Solía ir a la Mezquita de Quba’, montado o a pie, cada sábado, siendo la distancia entre su mezquita en Medina y la de Quba’ de 3,5 kilómetros⁽¹⁾. Así, la mezquita permaneció floreciente con las oraciones del Profeta, como si él, con sus visitas periódicas, quisiera rendir un tributo de lealtad a este lugar y a su gente, recordando su precedencia y su buen recibimiento a quienes emigraron.

(1) “Lugares proféticos” del autor (50).

Hacia Medina

El Profeta ﷺ salió de Quba con rumbo a Medina, y los clanes de los Ansar salieron a recibirlo en el camino, cada clan pidiéndole que se hospedara con ellos, sujetando las riendas de su camella y diciéndole: “¡Quédate con nosotros, oh Mensajero de Allah!”. Él les respondía: “Déjenla, pues ella está guiada”⁽¹⁾. Pues la revelación divina le había indicado que se alojara donde su camella se detuviera.

La camella llevó al Profeta ﷺ hasta el centro de la Ciudad, donde se arrodilló. El Profeta y Abu Bakr permanecieron sobre ella, como si la escena no hubiera terminado aún. De pronto, la camella se levantó, se agitó y se alejó, dando vueltas, y luego regresó al mismo lugar donde antes había estado, como confirmando la elección de Allah.

Cuando se arrodilló esta vez, dejó caer su pecho y golpeó el suelo con su cuello, como señalando que ese era su lugar final. El Profeta ﷺ y quienes le acompañaban comprendieron que ese era el lugar elegido por Allah, y que Él lo había designado como su morada. Entonces el Profeta dijo: **“Este será el lugar, si Allah quiere”**. Descendieron el Profeta y Abu Bakr, y los

(1) Sunan Sa'id ibn Mansur (2978).



Banu An-Naŷŷar, que eran los habitantes de ese barrio donde se había asentado, los rodearon.

Aquí se suscitó una competencia entre ellos por alojar al Profeta ﷺ. Cada uno decía: “¡Oh Mensajero de Allah, alójate en mi casa! ¡Mi hogar está cerca de aquí!”. Entonces el Profeta preguntó: **“¿Cuál de las casas de algún familiar está más próxima?”**. Abu Ayyub, cuyo nombre era Jalid ibn Zayd, un joven de alrededor de treinta años, respondió: “¡Yo, oh Profeta de Allah! Esta es mi casa y esta es mi puerta”. El Profeta le dijo: **“Entonces, anda y prepáranos un lugar de descanso”**.⁽¹⁾

Abu Ayyub partió, y el equipaje del Profeta ﷺ iba delante de él. ¡Qué orgullo más grande que el Mensajero de Allah se hospedara en su hogar! Entró Abu Ayyub a su casa, y puedo imaginar que llamaba a su esposa: “¡Oh madre de Ayyub, luz de nuestros ojos! El Mensajero de Allah se alojará con nosotros, ¡prepárale un lugar de descanso!”.

¡Qué dulce era el amor que irradiaba de aquellos ojos y llenaba aquellos corazones! Todo el barrio estaba en estado de celebración y alegría.⁽²⁾

Al-Bara' ibn 'Azib relata: “No he visto a los habitantes de Medina más alegres por nada que por la llegada del Mensajero de Allah ﷺ, hasta el punto de ver a las niñas y a los niños diciendo: ‘¡Este es el Mensajero de Allah que ha llegado!’”.⁽³⁾

Medina resplandecía con la llegada del Profeta ﷺ, como si la inundaran las luces. Anas lo describía así: “El día en que el Mensajero de Allah ﷺ entró en Medina, todo en ella se iluminó. Eran las luces del amor y la fe, que los Ansar vieron con sus

(1) Sahih Al-Bujari (3911).

(2) Sunan Sa'id ibn Mansur (2978) y Al-Mu'yam Al-Awsat (3544).

(3) Sahih Al-Bujari (4941).

corazones, que lo habían esperado con anhelo, lo recibieron con fervor y lo acogieron con júbilo”.

Ahí está el Mensajero de Allah ﷺ, alojado en el patio de la casa de Abu Ayyub رضي الله عنه. La noticia se ha extendido, y he aquí que las niñas de los Ansar corren por las calles para ver al Mensajero de Allah ﷺ, expresando su alegría a su manera, acercándose a él con panderos, en una celebración de bienvenida al Mensajero de Allah ﷺ, como si viéramos esa escena espontánea, con los panderos resonando.

Y las voces de la niñez entonan: “Somos las jóvenes de los Banu An-Naÿÿar, ¡qué bueno es tener a Muhámmad como vecino!”.

Entonces el Profeta ﷺ se acerca a ellas y escucha sus cantos. Cuando terminan, el Profeta ﷺ les dice: “**¿Me aman?**”. Ellas respondieron: “Sí, oh Mensajero de Allah”. Entonces él les dijo: “**¡Y yo, por Allah, los amo! ¡Y yo, por Allah, los amo! ¡Y yo, por Allah, los amo!**”.⁽¹⁾

¡Qué grandioso es este amor cuando la primera expresión afectiva que se proclama en Medina es: “**¡Y yo, por Allah, los amo!**”.⁽²⁾

(1) Sunan Ibn Mayah (1899) y Las evidencias de la profecía de Al-Baihaqi (508/2).

(2) Lugares proféticos del autor (63).



La Constitución de Medina



Cuando el Mensajero ﷺ se estableció en Medina, que comprendía diversas tribus y religiones - incluyendo tribus árabes y judías, musulmanes, idólatras y judíos -, quiso organizar las relaciones entre los habitantes de Medina en su diversidad. Para ello, escribió un documento conocido como “La Constitución”, al que también se le llama “el Estatuto” o “el Pacto”.

Este documento contenía cláusulas importantes que fomentaban la cooperación, el apoyo y la defensa conjunta. Entre ellas se encontraban:

1. Los creyentes de Quraish y de Yazrib, y quienes les siguieron e hicieron campaña con ellos, constituyen una sola comunidad, aparte de los demás hombres.
2. A los judíos que se unan a nosotros se les proporcionará ayuda y equidad, sin ser oprimidos ni traicionados.
3. Los judíos contribuirán a los gastos junto con los creyentes, mientras dure la guerra.
4. Entre ellos habrá ayuda contra cualquiera que ataque a la gente de este Pacto. Habrá consejo y consulta mutuos, y la ayuda será para el oprimido.

5. Todo asunto o disputa entre la gente de este Pacto que pudiera causar daños, será remitido a Allah y a Muhámmad, el Mensajero de Allah ﷺ.

6. Habrá ayuda recíproca entre ellos, la gente de este Pacto, contra quien ataque a Yazrib.

Este documento constituye la constitución escrita más antigua que regula las relaciones entre los ciudadanos y entre estos y el Estado.

La relación con los judíos, contemplada en este documento, concuerda con el mandato claro del Corán: **“Allah no les prohíbe hacer el bien y tratar con justicia a quienes no los han combatido por causa de la religión ni los han expulsado de sus hogares, porque Allah ama a los que actúan con justicia” [60:8].**

De los artículos de este Pacto se desprende que:

1. La conformación de la nación en términos de creencia y religión abarca a todos los musulmanes, dondequiera que estén.

2. La conformación de la nación en términos de ciudadanía abarca a los musulmanes y a los demás en el Estado.

3. La igualdad en los asuntos públicos.

4. La prohibición de la injusticia y la agresión en bienes, honor y otros aspectos.

5. La contribución a los gastos de defensa del Estado.

6. Que la resolución de cualquier disputa sobre los artículos de este Pacto se remite a la Ley de Allah y al liderazgo del Estado representado por el Profeta Muhámmad ﷺ.



A pesar de esta actitud tolerante hacia los judíos y la buena iniciativa con ellos, no fueron fieles a lo que habían pactado, ni sinceros en lo que prometieron. Siguieron acechando la oportunidad propicia para violar este acuerdo y traicionar el pacto⁽¹⁾. Su actitud hacia el mensaje de Muhámmad ﷺ fue la misma que la de su hermano el Mesías: lo desmentían como habían desmentido a Jesús, lo hostilizaban como habían hostilizado a Jesús, e intentaron matarlo como habían intentado matar a Jesús. Pero Allah frustró sus esfuerzos y anuló sus intrigas, pues la maquinación perversa solo recae sobre quienes la urdieron.

(1) La biografía profética de Muhámmad Mahdi Rizqullah (317).

La Mezquita del Profeta

El Profeta ﷺ no eligió el lugar donde se arrodilló su camella, sino que esperó la elección de Allah, quien le designaría el sitio para construir una mezquita. Así como Allah designó a Abraham el lugar de la Casa [Kaaba]: **“Y cuando asignamos a Abraham el lugar de la Casa” [22:26]**, Allah le asignó a Su Profeta el lugar de su mezquita, donde se arrodilló la camella. El Profeta descendió y dijo: **“Este será el lugar, si Allah quiere”**.

Este lugar elegido por Allah para que fuera la mezquita de Su Profeta resultó ser el centro y el corazón de Medina, rodeado por los barrios y casas de la ciudad. Fue designio de Allah que el lugar de la mezquita fuera el punto de reunión de los barrios de Medina, su centro y el eje de sus alrededores.

Entonces el Profeta ﷺ dijo a los Banu An-Naÿÿar, cuyas tierras ocupaba este lugar: **“¡Oh Banu An-Naÿÿar! Cóbrenme el precio de este lote”**. El lote pertenecía a dos huérfanos que lo habían heredado. Su familia dijo: “¡Oh Mensajero de Allah! No queremos dinero por él; es tuyo, y nosotros compensaremos a los huérfanos”. Pero él insistió: **“¡No! ¡Cóbrenme su valor!”**

Y rehusó hasta que se determinó el precio y se les dio a los huérfanos lo que les correspondía.⁽¹⁾

Así, el inicio de la llegada del Profeta ﷺ fue una declaración de la preservación de los derechos y el cuidado de los huérfanos y los débiles.

La construcción de la Mezquita

Entonces se inició la construcción de la mezquita. El Profeta ﷺ movilizó a los Compañeros, y la mayor movilización fue que él mismo trabajó con ellos, se quitó el manto y se puso a la par de los obreros. Ellos también se quitaron sus mantos y se pusieron manos a la obra con entusiasmo. El Profeta ﷺ cargaba piedras junto a ellos. Cuando Asid ibn Hudayr رضى الله عنه lo vio con una piedra en las manos, le dijo: “¡Oh Mensajero de Allah! Déjame cargarla por ti”. Pero él respondió: “Déjala y toma otra”.⁽²⁾

Esta fue una tarea en la que participaron tanto los emigrados como los auxiliares, lo que supuso una la nueva comunidad. La escena de la construcción era una escena alegre, como si fuera un festival de trabajo colectivo.

Los Compañeros vieron al Profeta ﷺ con el polvo cubriendo sus ropas y su pecho mientras trabajaba con ellos, lo que aumentó su entusiasmo. Empezaron a recitar versos:

“Si nos sentáramos y el Profeta trabajara, aquel sería despreciable de nuestra parte”.

Así se construyó la modesta mezquita, sencilla en su arquitectura, siguiendo el estilo de los edificios de Medina. Sus cimientos eran de piedra, sus muros de barro, sus columnas de

(1) Sahih Al-Bujari (428) y Sahih Muslim (524).

(2) Véase: Wafa' Al-Wafa' (256/1).

troncos de palmera, y su techo de hojas de palma cubiertas con una capa de barro. Su suelo era de tierra y pequeños guijarros del valle.

Tenía una superficie de cincuenta metros de largo por cincuenta de ancho, y contaba con tres puertas siempre abiertas.

En esta mezquita, el Profeta realizaba las oraciones, pronunciaba los sermones del viernes, recitaba el Corán, enseñaba y educaba a sus Compañeros. Era un lugar de culto, de conocimiento, de encuentro de los musulmanes, de recepción de los visitantes y de residencia de los forasteros.

El Mensajero de Allah ﷺ estaba con ellos, guiándolos en los modales del cielo, desde el amanecer hasta la noche.

La mezquita fue el primer proyecto que estableció en Medina, el primer edificio que construyó antes de construir su propia casa donde iba a vivir. Esto es porque la mezquita es el símbolo de lo que el Islam afirma con mayor énfasis: la adoración exclusiva a Allah.

Es el vínculo que une a los siervos con su Señor, un vínculo que se renueva con el tiempo y se repite noche y día. No hay valor para una civilización que se olvida del Dios Único y desconoce el Día Postrero, y confunde lo correcto con lo reprochable.⁽¹⁾

La mujer en la Mezquita del Profeta

En esta mezquita, la mujer tuvo su primera escuela. Las mujeres asistían a las oraciones con el Profeta ﷺ y escuchaban el Corán en su recitación durante las oraciones.

(1) Fiqh as-Sirah de Muhámmad Al-Ghazali (189).



Aisha رضي الله عنها relató: “Las mujeres creyentes asistían con el Mensajero de Allah ﷺ a la oración del alba, envueltas en sus mantos. Luego volvían a sus casas cuando terminaba la oración, sin que nadie las reconociera por la oscuridad”.⁽¹⁾

El Profeta ﷺ consideraba su asistencia a la mezquita, y a veces acortaba la oración si veía que una mujer tenía un niño que lloraba, diciendo: **“Ciertamente, me levanto para la oración con la intención de prolongarla, pero escucho el llanto de un niño y la acorto, para no causar dificultad a su madre”** ⁽²⁾. Le gustaba prolongar la oración, pues era su consuelo y descanso, pero sacrificaba su gran dicha y alegría desbordante para no prolongar la preocupación de la madre y el llanto del lactante. ⁽³⁾

La asistencia de las mujeres a las oraciones en las mezquitas fue un entrenamiento práctico en el establecimiento de los ritos y la preservación del Corán, lo cual era una responsabilidad compartida por hombres y mujeres.

Además de esta asistencia, las mujeres participaban preguntando, indagando y respondiendo a lo que el Mensajero ﷺ les preguntaba.

Gracias a esta asistencia, las mujeres musulmanas preservaron el Corán y la remembranza de Allah, recibieron educación y conocimiento. Esto las motivó a participar en la responsabilidad de trabajar por el Islam.

(1) Sahih Al-Bujari (578) y Sahih Muslim (645).

(2) Sahih Al-Bujari (868).

(3) La Humanidad de Muhámmad de Jalid Muhámmad Jalid.

La Hermandad entre los Muhayirin y los Ansar

Cuando los emigrados llegaron de La Meca a Medina, la mayoría de ellos no tenían nada, pues habían dejado sus bienes. Pero los Ansar los recibieron con hospitalidad y generosidad.

Este acto de los Ansar era muestra de su amor y preferencia por los emigrados. Allah dio testimonio de ello en Su libro: **“Quienes estaban establecidos y aceptaron la fe antes de su llegada, aman a los que emigraron, no sienten envidia alguna en sus corazones por lo que se les ha dado y los prefieren a sí mismos aunque estén en extrema necesidad. Quienes hayan sido preservados de la avaricia serán los triunfadores” [59:9].**

Su preferencia llegó al punto de que le dijeron al Mensajero: “Si lo deseas, toma nuestras casas”. Él les respondió con algo mejor, y construyó para sus Compañeros en tierras que los Ansar le habían donado, y en tierras que no pertenecían a nadie.

Los Ansar le dijeron al Mensajero: “Reparte entre nosotros y ellos las palmeras”. Él les dijo: **“No, ellos se encargarán de los gastos y compartirán con ustedes los frutos”.**



Ellos dijeron: “Oímos y obedecemos” ⁽¹⁾. Así, los emigrados compartían con ellos el trabajo y el cuidado de las granjas, y repartían los frutos.

Pese a esta generosidad, el Mensajero ﷺ quiso establecer una legislación que atendiera la situación económica de los emigrados, para que no se sintieran como una carga para sus hermanos. Así fue como instituyó el sistema de la hermandad en el primer año de la Hégira, emparejando a cada emigrado con un ansar local, con el que compartía su hogar, su trabajo y los frutos de la tierra.

Entre los ejemplos prácticos de esta hermandad está el caso de ‘Abd ar-Rahmán ibn ‘Awf, emigrado, y Sa’d ibn ar-Rabi’, ansarí. Cuando el Profeta ﷺ los hermanó, Sa’d le dijo a ‘Abd ar-Rahmán: “Soy el más adinerado de los Ansar, así que dividiré mi riqueza contigo a la mitad”. Pero ‘Abd ar-Rahmán le respondió: “Que Allah te bendiga en tu familia y tu riqueza, pero solo indícame dónde está el mercado”. Lo guió hasta el mercado de los Banu Qaynuqa’, y ‘Abd ar-Rahmán regresó con comida y mantequilla. Luego iba y venía por el mercado, vendiendo y comprando, hasta que su riqueza lo hizo independizarse de la de su hermano Sa’d. Incluso se casó con una mujer de los Ansar, y el Mensajero ﷺ le pidió que celebrara un banquete nupcial para anunciar el matrimonio y compartir la alegría.” ⁽²⁾

Así como nos maravillamos de la generosidad y la hidalguía de este ansarí, también nos maravillamos de la castidad, el esfuerzo y la buena conducta de este emigrado.

El Mensajero los hizo hermanos para que no extrañaran ni se sintieran solos, para que encontraran consuelo al separarse de sus familias y tribus, y para que se apoyaran mutuamente.

(1) Historia de Medina de Ibn Shabba (488/2).

(2) Sahih Al-Bujari (2048)

La Gente del Refugio

El Refugio (As-Suffa) era una glorieta en la parte posterior de la Mezquita, que acogía a los emigrados forasteros que llegaban después de emigrar. Pues cuando el Profeta se estableció en Medina, aquellos que escuchaban su mensaje y creían en él, emigraban a Medina para aprender de él la religión y estudiar el Corán.

La Gente del Refugio eran emigrados de diversas tribus que llegaron al Mensajero de Allah ﷺ después de que él y sus primeros compañeros emigraran a Medina. Venían a Medina sin familia ni bienes a los que acudir, así que el Profeta los alojó en el Refugio, situado en la parte norte de la Mezquita. Él se encargaba de su sustento, repartiendo entre ellos la comida que tuviera, o bien haciéndoles partícipes de la comida de sus Compañeros. Como lo narró ‘Abd ar-Rahman ibn Abu Bakr: “El Profeta ﷺ dijo en cierta ocasión: **‘Quien tenga comida para dos, que lleve a un tercero, y quien tenga para cuatro, que lleve a un quinto o a un sexto’**”. Y así, Abu Bakr recibió a tres, y el Profeta se llevó a diez.⁽¹⁾

(1) Sahih Al-Bujari (602) y Sahih Muslim (2057).



Observamos que la Gente del Refugio eran forasteros de diversas tribus, sin lazos de parentesco que los unieran, ni vínculos que los cohesionaran. Pero el Profeta ﷺ creó entre ellos el vínculo más poderoso, que no era el de la tribu ni el de la patria, sino el vínculo de la fe y la hermandad en Allah. Estos hombres, en toda su diversidad, se integraron con el Profeta y sus Compañeros, y su relación se fundió en el más noble y sublime vínculo: el amor en Allah y la hermandad en Él.

Estos hombres se acogieron al Refugio y vivieron allí con el Profeta ﷺ, una vida de estrecheces y escasez de medios. Pues el Profeta repartía cada día un puñado⁽¹⁾ de dátiles entre dos de ellos. Hasta que un día, se acercaron a él y le dijeron: “¡Oh Mensajero de Allah! Los dátiles nos queman el estómago”. Entonces, el Profeta ﷺ se puso de pie y les dijo: **“¡Por Allah! Si encontrara pan y carne, se los daría. Pero no encuentro”**. Luego les preguntó: **“¿Cómo será cuando uno de ustedes salga por la mañana vestido con una capa y regrese por la tarde vestido con otra, y se les sirva un plato y se les quite otro, y hayan cubierto sus casas como se cubre la Kaaba?”**. Ellos dijeron: “¿Acaso estaremos firmes en la religión en ese momento?” Él les respondió: **“Ustedes están hoy mejor en la religión de lo que estarán en ese día”**.⁽²⁾

Dijo Abu Huraira رضي الله عنه: “Vi a unos setenta de la Gente del Refugio, y ninguno de ellos tenía manto, sino que se habían atado alrededor del cuello un simple paño, de los cuales unos apenas alcanzaban a cubrir hasta la mitad de las piernas, y otros

(1) El Mudd: es la cantidad que cabe en las dos manos juntas de un hombre de constitución media.

(2) Sunan Al-Tirmidhi (2476), Sahih Ibn Hibban (6684) y Al-Mu'jam Al-Kabir de Al-Tabarani (8160).

hasta los tobillos, sujetándolo con la mano, por temor a que se viera su desnudez”.⁽¹⁾

Soportaron esta dureza y penuria, prefiriendo la compañía del Profeta ﷺ, aun cuando en sus tribus y entre sus familiares vivían con holgura y abundancia. Renunciaron a eso por la emigración junto al Mensajero de Allah ﷺ, y sobrellevaron esta pobreza, escasez de alimentos y vestimenta.

En cuanto a la actitud del Profeta ﷺ con ellos, les recitaba el Corán, les enseñaba el Islam, y pasaba hambre al igual que ellos. Cuando tenía algo, lo compartía con ellos, sin reservarse nada para sí. De hecho, cuando le trajeron un sirviente, su hija Fátima le pidió que le diera uno para que la ayudara en las tareas del hogar, pero él le respondió: **“No te daré un sirviente si eso significa que la gente del refugio pase hambre. Más bien, los venderé y compraré con su valor comida para los del refugio”**⁽²⁾. Incluso la necesidad de su propia hija no tenía prioridad sobre las necesidades de sustento de la Gente del Refugio.

Abu Talha lo vio un día sentado con la Gente del Refugio y le dijo a Anas: “He pasado por el Mensajero de Allah ﷺ mientras les recitaba a la Gente del Refugio la sura de An-Nisa’, y he escuchado su voz débil y exhausta por el hambre. Mira si tu madre tiene algo para el Mensajero de Allah”.⁽³⁾

¡Dios mío! El Profeta ﷺ, a pesar de su agotamiento por el hambre, se sentaba con ellos, les enseñaba y los motivaba a aprender. Uno de ellos dijo: “Un día salió el Mensajero de

(1) Sahih Al-Bujari (442).

(2) Musnad Al-Humaydi (44), Musnad Ahmad (596) y Shu’ab Al-Iman (3205).

(3) Al-Mu’yam Al-Kabir de Al-Tabarani (275).



Allah ﷻ hacia nosotros en el Refugio y nos dijo: ‘¿Quién de ustedes quiere ir cada día al valle de Buthan o al valle de Al-’Aqiq y traer de allí dos camellos cargados sin cometer pecado ni romper los lazos de parentesco?’. Dijimos: ‘Sí, ¡oh Mensajero de Allah, lo deseamos!’.

Entonces dijo: ‘¿No sería mejor que alguno de ustedes fuera a la Mezquita y aprendiera dos versículos del Libro de Allah ﷻ? Eso es mejor que dos camellos, y tres versículos son mejores que tres camellos, y cuatro versículos son mejores que cuatro camellos, y así sucesivamente’.⁽¹⁾

Esto era una forma de solidaridad y motivación, para transformar el Refugio en un círculo de conocimiento y enseñanza.

Es importante notar que aquellos que estaban en el Refugio y a quienes el Profeta ﷺ asistía y les enseñaba, por algún tiempo desaparecieron de la vista, pero luego aparecieron nuevamente y uno de ellos era un líder en Egipto, otro era un imán en un país lejano, otro era un predicador en una tribu, o un erudito en una nación. ¡Los pobres y refugiados se convirtieron en líderes, imames y predicadores! Ellos fueron el resultado de la educación profética, que los elevó más allá de la asistencia a la formación y el desarrollo.

El trato del Profeta ﷺ con la gente de Al-Suffa fue un modelo de cómo tratar a los pobres y los inmigrantes.⁽²⁾

(1) Sahih Muslim (803).

(2) La vida profética del autor (181/1).

El Mercado

Así como el Profeta ﷺ construyó la Mezquita en Medina para la religión y la adoración de los musulmanes, también designó un mercado para su comercio y economía, estableciendo así tanto lo espiritual como lo mundano. Eligió un amplio terreno al oeste de la Mezquita para que fuera un mercado libre para los habitantes de Medina y sus alrededores. El Profeta ﷺ trazó personalmente este mercado, golpeando el suelo con su pie, y dijo: **“Este es su mercado; no será restringido ni se impondrá impuesto sobre él”**.⁽¹⁾ Haciendo referencia a la política económica y comercial, estableciendo el principio de libre mercado sin restricciones ni gravámenes impositivos.

Al observar este mercado, nos sorprende que el Profeta ﷺ lo hiciera tan amplio y espacioso, con una superficie de 1.100 metros, una superficie muy grande para la pequeña ciudad de Medina en aquel entonces.

Esta extensa superficie que el Profeta ﷺ impuso, nos muestra que estaba reurbanizando Medina para convertirla en

(1) Sunan Ibn Mayah (2233) y Al-Mu'yam Al-Kabir de Al-Tabarani (586). Haciendo referencia a la política económica y comercial, estableciendo el principio de libre mercado sin restricciones ni gravámenes impositivos.



un centro económico atractivo, arrebatando así el monopolio económico de manos de los judíos, e involucrando en él tanto a los Ansar como a los emigrados.

Además, cuando el Profeta ﷺ trazó este mercado, transformó a los emigrados en una fuerza activa en Medina, pues eran gente de comercio.

Entre lo más notable en el cuidado del Profeta ﷺ por este mercado, está:

Primero: El fortalecimiento de los valores religiosos y morales en las transacciones comerciales, como, por ejemplo:

1. El Mensajero de Allah ﷺ pasó por el mercado y la gente se encontraba a ambos lados, cuando vio un cabrito muerto, defectuoso con las orejas pequeñas y encogidas, lo tomó por la oreja y lo levantó ante la gente, diciendo: **“¿Quién lo quiere comprar por un dirham?”**.

Era sorprendente que el Profeta ﷺ ofreciera comprar un cabrito muerto, deformado y desvalorizado, que sus dueños habían arrojado en el mercado, sin que nadie le prestara atención. Esta pregunta captó su atención, y respondieron diciendo: “No lo queremos, ¿qué haríamos con él?”.

Él les volvió a preguntar: **“¿Les gustaría que fuera suyo?”**. Dijeron que no. Y les repitió la pregunta por tercera vez: **“¿Les gustaría que fuera suyo?”**. Se extrañaron aún más porque repitió la pregunta, y dijeron: “¡No, por Allah! Incluso si estuviera vivo, tendría un defecto por ser de orejas encogidas, ¡mucho menos ahora que está muerto!”.

Entonces, el Profeta ﷺ confrontó estas almas ávidas por saber y les transmitió el conocimiento que debía asentarse en

sus conciencias, diciendo: **“¡Por Allah, que este mundo es más insignificante para Allah que esto lo es para ustedes!”**.⁽¹⁾

Esta elección del Profeta ﷺ de este asunto, que es la insignificancia del mundo ante Allah, para utilizarlo como amonestación en el mercado, y con este maravilloso método, tiene un significado sutil. Pues el mercado es un lugar que invita al materialismo, lo que podría hacer olvidar la importancia de la otra vida. Quizás el ser humano se atrevería, en su negligencia, a diversos tipos de transacciones prohibidas, como el engaño, la mentira, los juramentos falsos sobre las mercancías, las palabras vanas y las disputas, etc. Siendo que lo que más protege de eso es tener la otra vida presente, y colocar lo material en su verdadera dimensión, equilibrando lo efímero de este mundo con lo eterno, y recordar el destino final.

De este modo, el comercio quedaría regulado por los nobles valores, el temor a Allah en el trato con Sus siervos, y las transacciones comerciales se basarían en la bondad y la veracidad.

2. Se relata que Rifa'a az-Zurqui salió con el Profeta ﷺ al cementerio de Al-Baqi', mientras la gente realizaba transacciones, y él llamó: **“¡Oh comunidad de comerciantes!”**. Ellos respondieron y dirigieron sus miradas hacia él, y dijo: **“En verdad, los comerciantes serán resucitados el Día del Juicio como pecadores, excepto quien tenga temor de Allah, sea recto y veraz”**.⁽²⁾

3. También dijo ﷺ: **“El comprador y el vendedor tienen la opción [de anular el contrato] mientras no se separen. Si**

(1) Sahih Muslim (2957).

(2) Yami' Al-Tirmidhi (1210) y Sahih Ibn Hibban (4910).



han sido veraces y explícitos, será bendecida su transacción. Pero si han mentido y ocultado [defectos], la bendición de su transacción será borrada”.⁽¹⁾

Segundo: Así como tomaba la precaución de educar y amonestar en el mercado, también lo supervisaba. Cierta vez entró al mercado y pasó por una pila de comida, metió su mano y sus dedos tocaron humedad, entonces dijo: “**¡Oh vendedor! ¿Qué es esto?**”. Él respondió: “La lluvia lo ha alcanzado, ¡oh Mensajero de Allah!”. Dijo: “**¿Acaso no lo has puesto visible para que la gente lo vea?**” Luego dijo: “**Quien engaña, no es de los nuestros**”.⁽²⁾

En este mercado, se manifestó la lucidez de los Compañeros, especialmente de los emigrados, y su capacidad comercial. Convirtieron a Medina en un lugar de interacción económica, y los emigrados pasaron de ser pobres a tener riquezas. Así crecieron las fortunas de ‘Abd ar-Rahmán ibn ‘Awf, ‘Uzmán ibn ‘Affán, ‘Umar ibn al-Jattáb y otros ricos emigrados, que llegaron a tener amplias riquezas. Su prosperidad fue prosperidad para los musulmanes, y sus bienes se destinaban a las necesidades de sus hermanos.

El Profeta ﷺ, quien fomentó las habilidades comerciales de sus Compañeros y estableció un próspero mercado para el comercio, no se registra que haya vendido sus propias posesiones en él. Sus transacciones se limitaban a dar obsequios, presentes y obras de caridad. Durante su vida en Medina, ninguna persona pudo decir “adquirí esto del Mensajero de Allah”; en cambio, las palabras comunes eran “el Mensajero de Allah me dió” o “el Mensajero de Allah me

(1) Sahih Al-Bujari (2110) y Sahih Muslim (1532).

(2) Sahih Muslim (102) y Yami’ Al-Tirmidhi (1315).

regaló”. Su generosidad era tal que jamás negaba algo que poseyera a quien se lo solicitara, destacándose como el más noble, generoso y desprendido con sus bienes.⁽¹⁾

(1) Lugares proféticos del autor (121).

La Casa del Profeta

El Profeta ﷺ permaneció como huésped de Abu Ayyub al-Ansárí alrededor de siete meses, hasta que construyó la Mezquita y luego su propia casa, en la que vivió y falleció, que era la casa de su esposa ‘Aisha رَضِيَ اللَّهُ عَنْهَا.

Si nos acercamos a la casa del Profeta ﷺ, la encontraremos adosada a la parte sureste de la Mezquita, con una puerta que da a la Mezquita desde el muro oriental de esta. Fue ubicada en la esquina sureste de la Mezquita. Frente a esta puerta hay una cortina gruesa de lana que cubre la habitación y la casa, apartándola de la Mezquita. Cuando el Profeta ﷺ quería salir, levantaba esta cortina, y su rostro iluminaba la noble Mezquita.

Si levantáramos la cortina y entráramos, encontraríamos la casa de ‘Aisha رَضِيَ اللَّهُ عَنْهَا compuesta de dos unidades contiguas:

La Cámara (al-Huyra), que es el patio descubierto⁽¹⁾. Y la Casa (al-Bayt), que es la habitación techada.

La Cámara es a la que se accede directamente desde la Mezquita, es decir, apenas se descorre la cortina y se traspasa

(1) Véase: la investigación sobre esto en el libro de nuestro profesor Dr. Muhámmad ibn Faris Al-Yumayl, que Allah lo preserve: Las casas del Profeta ﷺ y sus habitaciones.

el umbral, se ingresa en esta Cámara, que para los árabes es un patio cerrado, pero sin techo.

La superficie de esta Cámara descubierta es de aproximadamente tres metros por tres metros.⁽¹⁾

Este patio descubierta recibe los rayos del sol, donde se sientan a disfrutar del calor del sol en invierno y de la sombra en verano. En este patio se cocina, pues no se enciende fuego dentro de la casa, sino en el patio. También está aquí una vasija colgada para enfriar el agua.

Quien se siente en esta Cámara solo está separado del interior de la Mezquita por esta cortina de la puerta. Por eso, quien estuviera cerca de la Cámara en la Mezquita podía escuchar lo que pasaba en ella. Rabi'a ibn Ka'b al-Aslami رضي الله عنه dijo: “Solía pernoctar junto a la Cámara del Profeta ﷺ, y lo escuchaba cuando se levantaba por la noche diciendo: ‘Glorificado sea Allah, el Señor de los mundos’⁽²⁾, y luego decía: ‘Glorificado sea Allah y con Su alabanza’”.⁽³⁾

En cuanto a la habitación de ‘Aisha رضي الله عنها, es la construcción techada, con una puerta que se cierra.

Si preguntamos por su construcción, fue del mismo estilo que la Mezquita: los cimientos de piedra, que es la parte baja de la pared junto al suelo, ya que si los cimientos fueran de barro, los arrastraría la corriente de la lluvia y se derrumbaría. Sobre los cimientos de piedra, construían con adobes de barro.

(1) Véase: Al-Adab Al-Mufrad (451).

(2) Al-Hawi: una parte de la noche. Véase: Al-Fa'iq fi Gharib Al-Hadith (119/4).

(3) Musnad Ahmad (16574), Yami' Al-Tirmidhi (3416), Sunan Ibn Mayah (3879) y Sunan Al-Nasa'i (1618).



En cuanto a la superficie de esta habitación, es de cinco metros por tres metros y medio⁽¹⁾. Y su altura era igual a la de la Mezquita, 2.5 metros, como dice al-Hasan al-Basri: “Entré en las habitaciones de las madres de los creyentes, y al levantar la mano, alcanzaba su techo”.⁽²⁾

El techo de la casa estaba construido con troncos de palmera partidos, cubiertos con hojas de palmera y hierba aromática (idhjir), sobre los que se extendía una gruesa capa de barro. La pared era de poca altura y en el techo había un canalón de madera para drenar el agua de lluvia.

La vivienda contaba con dos puertas: una occidental, ubicada en la esquina noroeste, que daba acceso a la habitación y consistía en una sola hoja⁽³⁾ fabricada con tablones de enebro unidos; y otra septentrional, más pequeña, situada al final de la pared norte cerca de la esquina noreste, que podría considerarse una puerta de servicio y conducía al espacio abierto al este de la ciudad.

Al entrar por la puerta principal, en la esquina suroeste se encontraba la cama del Profeta ﷺ. Las camas no eran comunes en Medina, siendo más bien una costumbre de Quraish, por lo que cuando el Profeta ﷺ llegó, buscaron una y la encontraron

-
- (1) Lo calculó nuestro profesor Dr. Muhámmad ibn Faris Al-Yumayl la estimó en su libro *Las casas del Profeta y sus habitaciones* (p.41) en aproximadamente (17,50m²), diecisiete metros cuadrados y medio.
 - (2) La biografía profética de Ibn Kathir (313/2), *Al-Tabaqat de Ibn Sa'd* (388/1), *Al-Adab Al-Mufrad* (450) y *Al-Marasil de Abu Dawud* (497).
 - (3) *Al-Misra'*: una de las dos hojas de la puerta que se cierran juntas cuando la entrada es ancha, y se llama Darfa, y si es estrecha basta con una hoja. Véase: *Lisan Al-Arab* (199/8).

con As'ad ibn Zurarah⁽¹⁾. Esta cama tenía un colchón de cuero relleno de fibra de palmera y una almohada similar. El Profeta ﷺ solía ofrecer esta almohada a sus visitantes, como ocurrió con 'Adi ibn Hatim, quien relató: “Luego el Mensajero de Allah ﷺ me llevó hasta que cuando entró conmigo a su casa, tomó una almohada de cuero rellena de fibra y me la arrojó diciendo: ‘Siéntate sobre esta.’ Dije: ‘No, siéntate tú sobre ella.’ Él dijo: ‘No, tú.’ Entonces me senté sobre ella, y el Mensajero de Allah ﷺ se sentó en el suelo. Me dije a mí mismo: ‘Por Allah, este no es el comportamiento de un rey.’ Cuando vi lo que hizo, sentí humildad y supe que él no buscaba grandeza en este mundo ni corrupción”.⁽²⁾

La casa carecía de otros muebles para sentarse, por lo que el Profeta ﷺ realizaba sus oraciones nocturnas sobre su propia cama, donde dormía con su esposa. Mientras rezaba, 'A'ishah رضي الله عنها permanecía acostada frente a él, recogiendo sus pies cuando él se postraba y extendiéndolos cuando se levantaba⁽³⁾. Esto no se debía a la estrechez del espacio, sino a las dimensiones del lecho.

El mobiliario era escaso y básico, incluyendo una pequeña estera de hojas de palmera y un estante de madera para almacenar dátiles o cebada. Como relató 'A'ishah رضي الله عنها: “El Mensajero de Allah ﷺ falleció y no había en mi casa nada que pudiera comer un ser vivo, excepto un poco de cebada en mi estante”⁽⁴⁾.

(1) El legado del Profeta (p.105-104) y Ansab Al-Ashraf (525/1).

(2) La biografía del Profeta por Ibn Hisham (580/2) y Las evidencias de la profecía de Al-Baihaqi (343/5).

(3) Sahih Al-Bujari (1209 ,513 ,382) y Sahih Muslim (512).

(4) Sahih Al-Bujari (3097) y Sahih Muslim (2973).



Los utensilios domésticos incluían un plato grande⁽¹⁾, una olla de piedra⁽²⁾, un odre viejo⁽³⁾, una copa y otros objetos similares propios de la época.

La casa del Profeta ﷺ carecía de lámpara para iluminación, pues el aceite, que servía como combustible, era escaso en Medina y se priorizaba su uso como condimento. ‘A’ishah relató: “La familia de Abu Bakr nos envió una pata de oveja por la noche, y el Mensajero de Allah ﷺ la sostuvo mientras yo cortaba, o yo la sostuve mientras él cortaba.” Cuando le preguntaron: “¿Sin lámpara?”, ella respondió: “Si hubiéramos tenido una lámpara, habríamos usado su aceite como condimento para nuestra comida —es decir, lo habrían usado como condimento para la comida—. Pasaba un mes entero sin que la familia de Muhámmad —la paz y las bendiciones de Allah sean con él— horneara pan ni cocinara en una olla”⁽⁴⁾.

Esta modesta vivienda, construida a su llegada a Medina, se caracterizaba por sus paredes cercanas, escaso mobiliario y reducidas dimensiones. A pesar de que posteriormente Allah le concedió victorias, expandió su territorio y aumentó sus recursos, el Profeta ﷺ mantuvo su casa sin modificaciones: ni amplió su superficie ni elevó su construcción. Distribuía generosamente

-
- (1) Al-Sahfa: un plato de madera que satisface a cinco personas o similar. Véase: Lisan Al-Arab (187/9).
 - (2) Al-Burma: la olla hecha de piedra. Véase: Lisan Al-Arab (3/9).
 - (3) Al-Shann: el odre viejo de cuero usado para conservar y enfriar el agua. Véase: Lisan Al-Arab (241/13).
 - (4) Musnad Ahmad (25825).

la riqueza entre sus compañeros y regresaba a su hogar para vivir como siempre lo había hecho. Falleció en la misma cama que había adoptado al llegar a Medina, y fue enterrado en su casa, en el lugar donde dormía. Nadie imaginó, durante su construcción, que aquella casa serviría tanto como morada en vida como lugar de reposo eterno⁽¹⁾.

(1) La tumba sagrada del autor (44).



El Profeta ﷺ como esposo



La casa del Profeta constituía el centro de una vida conyugal serena, cuya narrativa evoca dulzura y familiaridad. Al analizar la relación del Profeta ﷺ con sus esposas, se destacan varios aspectos fundamentales:

Primero: Durante su juventud, contrajo matrimonio con una dama virtuosa, con quien compartió veinticinco años de vida, período que coincidió con la plenitud de su vigor y juventud. Durante todo el tiempo que ella fue su esposa, no tomó otra consorte. Tras su fallecimiento, su memoria permaneció indeleble en él. Sus posteriores matrimonios ocurrieron únicamente durante los últimos diez años de su vida.

Segundo: Las esposas del Profeta ﷺ representaban un mosaico de diversidad: provenían de distintas tribus e incluían tanto mujeres maduras y ancianas, como Jadiya y Sawda, como jóvenes doncellas, entre ellas ‘Aisha, Juwayriya y Safia. Sus personalidades y temperamentos también diferían significativamente: algunas, como Zaynab bint Jahsh, poseían un carácter austero; otras, como Sawda bint Zam’a, se distinguían por su jovialidad y alegría; mientras que algunas, como ‘Aisha, mantenían un espíritu juvenil que disfrutaba de los entretenimientos. La diversidad se extendía también a sus

orígenes familiares: algunas eran hijas de los más cercanos compañeros del Profeta, como ‘Aisha y Hafsa, hijas de Abu Bakr y ‘Umar respectivamente, mientras que otras provenían de sus más acérrimos adversarios, como Umm Habiba, hija de Abu Sufián, quien se opuso al Profeta antes de su conversión al Islam, y Safia, cuyo padre, Huiaii ibn Ajṭab, fue uno de los judíos más hostiles hacia él.

Lo verdaderamente extraordinario radica en que el Profeta ﷺ supo acoger toda esta diversidad, preservando la individualidad y el carácter distintivo de cada una, mientras lograba que todas ellas convivieran armoniosamente en sus hogares, unidas por el amor hacia él.

Tercero: Su vida conyugal con el Profeta ﷺ era simultáneamente ideal y resplandeciente, pero también real y natural, donde surgían ocasionales desavenencias que, lejos de ser perjudiciales, aportaban vitalidad y renovación a la relación. Una vida matrimonial ideal y natural incluye conflictos y problemas transitorios que revitalizan la convivencia sin derivar en crisis conyugales. Así era la vida de las esposas del Profeta: surgían situaciones que generaban cierta agitación y riqueza emocional, sin llegar a provocar rupturas o crisis profundas. Experimentaban los celos naturales entre ellas, y ocasionalmente alguna podía declinar recibir al Mensajero de Allah ﷺ durante un día.

En ocasiones, podría distanciarse momentáneamente de una de ellas o de todas debido a un desacuerdo, pero estas situaciones eran transitorias y, una vez superadas, la vida matrimonial resurgía con mayor brillo y esplendor.

El Profeta ﷺ concedía a sus esposas amplia libertad para expresar sus sentimientos y emociones, incluso cuando estos

podrían contrariarlo o resultarían en un distanciamiento temporal.

Cuarto: Un aspecto notable es que el Profeta ﷺ se relacionaba con ellas primordialmente como esposo, no como líder o comandante. Cuando se le preguntó a ‘Aisha رضي الله عنها sobre el comportamiento del Profeta en el hogar, ella respondió: “Era un ser humano como los demás, dedicado a las tareas familiares”⁽¹⁾. Esta respuesta revela cómo él participaba activamente en las labores domésticas. Aunque las tareas en sus hogares no eran especialmente arduas como para requerir su ayuda, él se integraba naturalmente en la vida conyugal, transmitiendo el mensaje implícito de que el hogar y la vida que compartían pertenecían a todos por igual.

Quinto: El ambiente conyugal en el hogar profético rebosaba de amor, un sentimiento que se entretecía con cada aspecto de la vida cotidiana y se manifestaba abiertamente. Cuando ‘Amr ibn al-‘Ās رضي الله عنه preguntó al Mensajero de Allah: “¿Quién es la persona más amas?”, él respondió sin vacilar: “¡’Aisha!”⁽²⁾. Esta respuesta directa y sincera demuestra que la pureza del amor es una virtud que merece ser mostrada, no un defecto que deba ocultarse.

Al referirse a su esposa Jadiya, él expresaba: **“He sido bendecido con su amor. Ella fue... ella fue... y me dio hijos”**⁽³⁾. Esta elocuente declaración revela cómo consideraba el amor por ella un regalo divino de Allah.

El Profeta ﷺ no solo proclamaba este amor abiertamente, sino que también lo manifestaba a través de gestos delicados y

(1) Musnad Ahmad (26194) y Sahih Al-Bujari (5363).

(2) Sahih Al-Bujari (3662).

(3) Sahih Al-Bujari (3818) y Sahih Muslim (2435).

significativos. ‘Aisha رَضِيَ اللَّهُ عَنْهَا relató: “El Mensajero de Allah ﷺ me ofrecía el recipiente del que yo bebía, luego lo tomaba, lo giraba en su mano y bebía colocando sus labios donde yo había puesto los míos. Y cuando yo mordía algo de carne, él tomaba la carne de mi mano y mordía donde yo lo había hecho”⁽¹⁾. Estos gestos tiernos transmitían profundos mensajes de amor, proporcionando a la mujer la dicha de recibir tales expresiones de afecto.

Al explicar las donaciones, el Profeta mencionó: **“Cuando cumples con tus obligaciones económicas, es como si fuera una caridad, incluso el bocado que colocas en la boca de tu mujer”⁽²⁾**. Esta enseñanza trasciende la simple declaración de que el sustento familiar constituye caridad. Al detallar el acto específico de alimentar, bocado a bocado, elevó este gesto cotidiano a un acto de devoción y caridad, especialmente cuando el esposo ofrece el alimento directamente a su esposa, impartiendo así una lección sublime sobre la delicadeza y la expresión del amor.

Sexto: El diálogo familiar ocupaba un lugar central en su vida. La conversación entre esposos profundiza el vínculo matrimonial y enriquece la vida con afecto, permitiendo que cada cónyuge mantenga una presencia significativa en la vida del otro. Este aspecto se evidencia vívidamente en la vida del Profeta ﷺ a través de numerosos detalles de su interacción familiar.

Ibn ‘Abbās رَضِيَ اللَّهُ عَنْهُ relata una noche que pasó en casa del Profeta ﷺ con su esposa Maymuna, tía de Ibn ‘Abbās: “El Profeta ﷺ durmió con su familia en la longitud de la almohada,

(1) Al-Sunan Al-Kubra de Al-Nasa’i (279).

(2) Sahih Al-Bujari (2742) y Sahih Muslim (1628).

y yo dormí en la anchura. El Profeta ﷺ conversó con su familia durante un rato y luego se durmió...”⁽¹⁾. Esta narración ilustra cómo el Profeta ﷺ dedicaba tiempo antes de dormir a mantener una conversación íntima y afectuosa con su esposa. No llegaba al hogar abrumado por preocupaciones y fatigas, sino que traía consigo alegría y compañía, dejando a su esposa el dulce recuerdo de una charla afectuosa antes del descanso.

Más revelador aún es el testimonio de ‘Aisha رَضِيَ اللَّهُ عَنْهَا: “Cuando el almuédano hacía el llamado al alba, el Profeta ﷺ se levantaba y rezaba dos ciclos de oración cortos. Si yo estaba despierta, conversaba conmigo, y si estaba dormida, se acostaba hasta que Bilal viniera a avisarle para la oración”⁽²⁾. Este relato muestra la consideración del Profeta, quien iniciaba el día conversando con ‘Aisha رَضِيَ اللَّهُ عَنْهَا antes de la oración del alba si ella estaba despierta, respetando su descanso si dormía.

La vida de las esposas del Profeta ﷺ se enmarcaba así entre conversaciones: se dormían con sus palabras y despertaban con ellas. En sus diálogos, él elegía temas que les interesaban y conmovían. Un ejemplo ilustrativo ocurrió cuando, al regresar de un viaje tras casi un mes de ausencia, encontró que ‘Aisha había creado un pequeño “hogar” para sus juguetes en un hueco de la pared, cubriéndolos con una cortina. Al entrar y descubrirlos por el movimiento de la cortina, el Profeta ﷺ mostró interés genuino, preguntándole: “¡Oh ‘Aisha! ¿Qué es esto?”.

A pesar de conocer bien que eran sus juguetes, formuló la pregunta para iniciar una conversación y demostrar interés por sus aficiones. Ella respondió: “Son mis hijas, oh Mensajero

(1) Sahih Al-Bujari (4569) y Sahih Muslim (256).

(2) Sahih Al-Bujari (1161) y Sahih Muslim (743).

de Allah”. Él continuó el diálogo preguntando: “**¿Y qué es esto que hay entre ellas?**”, señalando un caballo de juguete con alas de cuero. Cuando ella contestó: “¡Oh Mensajero de Allah! ¡Este es un caballo!”, él prolongó la conversación con otra pregunta: “**¿Glorificado sea Allah! ¿Un caballo con alas?**” Entonces ella le dijo: “¿Acaso no sabes que el caballo del profeta Salomón tenía alas?”.⁽¹⁾

Resulta extraordinario que ‘Aisha رضي الله عنها, quien solo conocía la historia de Salomón a través de Muhámmad ﷺ, se sintiera con la confianza para dialogar con él como si fuera ella quien le enseñara. Esto se debía a que el Profeta ﷺ había captado su atención y conversaba sobre temas que le interesaban, lo que la motivaba a expresarse con seguridad y entusiasmo.

El diálogo profético con las esposas genera afecto, profundiza los vínculos y aporta alegría y sentido a la vida. Por el contrario, la ausencia de interacción, los silencios prolongados y las expresiones de descontento deterioran el brillo de la relación conyugal.

Aunque las residencias de las esposas del Profeta ﷺ eran modestas en tamaño y enseres, rebosaban de felicidad, alegría y bienestar, colmadas de amor y trato afectuoso. Cuando se consultó a ‘Aisha رضي الله عنها sobre la conducta del Profeta en el hogar y su trato familiar, ella respondió con cordialidad, ofreciendo una descripción magistral de aquella vida profética dichosa: “Cuando el Mensajero de Allah ﷺ estaba en la intimidad de su hogar, era la persona más afable y generosa. Era un hombre como cualquier otro, excepto por su perpetua sonrisa y alegría. Se ocupaba de sí mismo y de su familia, realizando las labores domésticas como cualquiera de vosotros. Al llegar la hora de

(1) Sunan Abu Dawud (4932).



la oración, acudía a ella, y jamás lo vi agredir a una mujer o a un sirviente”.⁽¹⁾

El Profeta ﷺ no solo vivía esta vida conyugal armoniosa, sino que también exhortaba a otros a hacer felices a sus esposas, diciendo: **“Los mejores de ustedes son los mejores con sus familias, y yo soy el mejor con mi familia”**.⁽²⁾

Finalmente: Las esposas del Profeta ﷺ, aun cuando él lideraba toda la Península Arábiga, vivieron una vida de sencillez y modestia. Cuando solicitaron mayor holgura económica y comodidades, él se distanció durante un mes y posteriormente les presentó una elección: **“Si prefieren la vida mundanal y sus placeres transitorios, vengan que les daré la parte de los bienes materiales que les corresponden y acordaremos un divorcio decoroso. Pero si prefieren a Allah y a Su Mensajero, y la morada que les aguarda en la otra vida, Allah tiene una magnífica recompensa para quienes de ustedes hagan el bien”** [33:28-29]. Todas ellas optaron por Allah, Su Mensajero y la Morada Eterna. En consecuencia, Allah restringió a Su Profeta, dictaminando: **“No te es lícito tomar [otras] mujeres después [de éstas], ni que las cambies por otras esposas”** [33:52]. Ellas son sus esposas tanto en este mundo como en el venidero, y son nuestras madres, las madres de los creyentes.⁽³⁾

(1) Musnad Ishaq ibn Rahawayh (1750), Musnad Ahmad (25341), Sahih Al-Bujari (5363 ,676), Yami' Al-Tirmidhi (2489) y otros.

(2) Sunan Ibn Mayah (1977) y Sunan Al-Tirmidhi (3895).

(3) La vida profética del autor (65/1).

El Profeta ﷺ y la Mujer

La presencia femenina ocupa un lugar prominente en la vida profética, manifestándose en sus roles como esposa, hija y compañera que recibe, practica y transmite el mensaje divino. El trato del Profeta hacia la mujer constituyó una revolución social significativa, pues la revelación divina y su guía profética establecieron un paradigma innovador que reconocía su dignidad, potenciaba su papel, salvaguardaba sus derechos y elevaba su posición social.

El Corán proclama explícitamente la igualdad entre mujer y hombre en cuanto a obras y recompensa: **“Su Señor les respondió sus súplicas diciendo: “No dejaré de recompensar ninguna de sus obras, sean hombres o mujeres, descienden el uno del otro” [3:195].** La guía profética refuerza este principio al declarar: **“Las mujeres son las hermanas gemelas de los hombres”.**⁽¹⁾

En su interacción y orientación hacia las mujeres, el Profeta ﷺ materializó activamente estos principios, reafirmando su dignidad y liberándolas de numerosas restricciones heredadas de la Época de la Ignorancia preislámica. Los Quraish en

(1) Sunan Abu Dawud (236).



particular, y los árabes en general, negaban a la mujer voz y participación en las decisiones, sometiéndola al criterio masculino y menospreciando su papel social. El noble comportamiento profético rompió con esta tradición social, elevando su estatus, valorando su opinión y considerando su consejo.

Esta ruptura con las costumbres sociales de su pueblo constituye una evidencia de su profecía ﷺ, pues su guía emanaba de la revelación divina y no de la herencia cultural. Por ello, se apartó de los patrones establecidos en el trato hacia la mujer, relacionándose con ella conforme a su naturaleza y dignidad humana.

Un ejemplo significativo de esta transformación fue su superación del patrón heredado que desestimaba la opinión femenina. El Profeta ﷺ, por el contrario, valoraba y acogía el consejo de las mujeres. Así lo demostró al aceptar la sugerencia de Jadiya رضي الله عنها cuando recibió la primera revelación en la Cueva de Hira', accediendo a su propuesta de consultar a su primo Waraqa ibn Naufal.

De igual manera, consideró el consejo de Umm Salama رضي الله عنها durante el episodio de Al-Hudaibiya, cuando había acordado con los Quraish regresar sin completar la peregrinación menor. Tras ordenar a sus compañeros: **“¡Pónganse de pie, sacrifiquen [sus ofrendas] y rasuren su cabeza!”**, observó su reluctancia, pues ninguno actuó incluso después de repetir la orden tres veces, esperando quizás que reconsiderara su decisión y les permitiera completar la anhelada peregrinación menor.

Cuando observó la inacción de sus compañeros, el Profeta ﷺ acudió a Umm Salama para compartir su preocupación. Ella le aconsejó sabiamente: “¡Oh Profeta de Allah! Si lo deseas,

sal y, sin dirigirte a nadie, sacrifica tus camellos y llama a tu barbero para que te afeite la cabeza”. Siguiendo este consejo, el Profeta ﷺ procedió a realizar estos actos en silencio. Al presenciar sus acciones, sus compañeros comprendieron la irrevocabilidad del acuerdo y la resolución del asunto. Entonces, se apresuraron a cumplir con lo ordenado, sacrificando sus animales y afeitándose la cabeza, casi llegando a lastimarse⁽¹⁾ por la angustia de haber demorado en obedecer la orden del Mensajero de Allah ﷺ.

Este episodio ilustra cómo el Profeta ﷺ compartió su inquietud con Umm Salama, buscando su consejo. La respuesta inmediata de ella y la disposición del Profeta ﷺ para implementar su sugerencia demuestran el profundo impacto que la opinión femenina podía tener en asuntos de gran importancia.

El Profeta ﷺ enfatizaba constantemente la responsabilidad de la mujer y su participación activa en la misión religiosa. Este papel quedó especialmente manifestado en el hecho de que Jadiya رَضِيَ اللَّهُ عَنْهَا, su esposa, fue la primera persona en abrazar la fe y creer en el Mensajero de Allah ﷺ, antes que cualquier otro ser humano. Ella no solo fue la primera en recibir su mensaje, sino también en acogerlo con júbilo, creer en él y brindar su apoyo incondicional tanto al Mensajero como a su misión. Las primeras creyentes siguieron este patrón, abrazando la religión por convicción propia, no por simple imitación. Consecuentemente, asumieron sus responsabilidades con dedicación, contribuyendo con sus recursos y sacrificios, convirtiéndose en emigrantes comprometidas y perseverantes.

(1) Sahih Al-Bujari (2731).

Esta dedicación se evidencia en la historia de Asmaa' bint 'Umays, quien emigró con su esposo Yafar ibn Abi Talib a Abisinia, donde permaneció aproximadamente quince años antes de regresar. Durante una visita a Hafsa, esposa del Profeta ﷺ, 'Umar la encontró y preguntó por su identidad. Al enterarse de que era "la abisinia" (por haber regresado de Abisinia), 'Umar comentó que quienes emigraron primero tenían más derecho sobre el Mensajero de Allah ﷺ. Asmaa', indignada, respondió con firmeza: "¡No, por Allah! Mientras ustedes estaban con el Mensajero de Allah ﷺ atendiendo a sus necesitados y educando a sus ignorantes, nosotros estábamos en Abisinia por la causa de Allah y Su Mensajero ﷺ. ¡Y juro que no tomaré alimento ni bebida hasta informar al Mensajero de Allah ﷺ y consultarle, y por Allah que seré veraz, sin omisiones ni adiciones!" Cuando presentó el asunto al Profeta ﷺ, él declaró: **"No tienen más derecho sobre mí que ustedes, pues él y sus compañeros realizaron una emigración, mientras que ustedes realizaron dos".**⁽¹⁾

La reacción de Asmaa' resulta verdaderamente notable, pues demuestra una profunda consciencia de su responsabilidad y papel en la misión. En lugar de adoptar una postura pasiva, argumentando simplemente que había seguido a su esposo en sus movimientos, enfrentó a 'Umar con la convicción de quien está segura de la trascendencia de sus acciones. Su determinación para llevar el asunto ante el Mensajero de Allah ﷺ evidencia la profunda comprensión de la importancia de su papel junto a su esposo Yafar رَضِيَ اللَّهُ عَنْهُ.

Este episodio ilustra cómo la mujer se constituyó en una verdadera socia activa en la misión profética, actuando desde la convicción y con plena consciencia de su papel. Su

(1) Sahih Al-Bujari (4230).

contribución resultó inmensamente valiosa, algo que no habría sido posible en un contexto de marginación y subordinación preislámico.

El Profeta ﷺ fomentó activamente la expresión de opiniones femeninas, creando espacios de diálogo donde podían expresar sus perspectivas sobre sus enseñanzas. Respondía a sus preguntas e intervenciones públicamente con amabilidad y apertura, lo que animaba a mujeres y jóvenes a dirigirse a él con transparencia y claridad. Abu Huraira رضي الله عنه relató un ejemplo significativo de esto: tras dirigir una oración, el Mensajero de Allah ﷺ pidió a la congregación permanecer en sus lugares, alabó a Allah, y procedió a dirigirse a los presentes.

Primero cuestionó a los hombres sobre su conducta privada, preguntando si alguno, al entrar en su casa, cerraba la puerta, se cubría y, protegido por el velo de Allah, presumía de sus acciones. Cuando ellos admitieron que sí, se dirigió a las mujeres preguntando si alguna hablaba de tales asuntos. Ante el silencio general, una joven se arrodilló, asegurándose de ser vista y oída, y declaró: “¡Oh Mensajero de Allah! Ellos hablan, y ellas también hablan”. El Profeta ﷺ respondió comparando tal conducta con demonios satisfaciendo sus deseos en público.⁽¹⁾

La valentía de esta joven, quien se atrevió a expresar lo que ni hombres ni mujeres habían osado mencionar, y la receptiva acogida del Profeta ﷺ a su intervención, ilustran el ambiente de apertura que él había cultivado. Su confianza para hablar ante el Mensajero de Allah ﷺ y la asamblea de musulmanes se basaba en precedentes observados de mujeres dirigiéndose al Profeta ﷺ y siendo recibidas con respeto y consideración.

(1) Sunan Abu Dawud (2174).



La dedicación del Profeta ﷺ hacia las mujeres se manifestaba incluso en la organización de sesiones específicas para ellas. Abū Sa’īd al-Judrī relata que las mujeres se dirigieron al Profeta ﷺ diciendo: “Los hombres tienen privilegios respecto a tus enseñanzas, así que asigna para nosotras un día específico”. Accediendo a su petición, estableció un día para reunirse con ellas, durante el cual les brindó consejos y orientación. En una de estas sesiones les aseguró: **“No hay mujer entre ustedes que críe a tres de sus hijos sin que eso le sirva como protección contra el Fuego”**. Una mujer preguntó: “¿O incluso dos?”, a lo que él respondió enfáticamente: **“Y dos también”**.⁽¹⁾

La solicitud de estas sesiones especiales no surgía de una exclusión de las mujeres de la presencia del Profeta ﷺ, pues ellas participaban regularmente en la Mezquita, asistían a las oraciones y escuchaban sus sermones. Sin embargo, la presencia masculina predominante limitaba su capacidad para plantear inquietudes específicas y buscar orientación sobre asuntos particulares.

En estas reuniones, el Profeta ﷺ abordaba temas particularmente relevantes para ellas, como el consuelo a las madres que perdían hijos debido a las frecuentes epidemias en Medina, ofreciéndoles apoyo espiritual y emocional.

Su atención a las necesidades femeninas se evidencia en diversos episodios. Durante la visita de ‘Adī ibn Hātim, el Profeta ﷺ se detuvo extensamente⁽²⁾ para atender a una anciana débil, mostrando tal compasión que ‘Adī reflexionó: “¡Por

(1) Sahih Al-Bujari (7310) y Sahih Muslim (2633).

(2) Al-Ahadith Al-Tiwal de Al-Tabarani (1).

Allah! Este no es un rey, y desde ese momento sentí crecer en mi corazón el amor por el Profeta”.⁽¹⁾

Su preocupación por las mujeres pobres y enfermas era particularmente notable. Abū Umāma ibn Sahl ibn Hunaif al-Ansārī relata que el Mensajero de Allah ﷺ visitaba regularmente a los enfermos pobres y débiles, asistiendo a sus funerales y siendo frecuentemente el único en orar por ellos.

Un ejemplo conmovedor es el caso de una mujer enferma de los Awaali. El Profeta ﷺ solía preguntar constantemente por su estado a los vecinos que la cuidaban, instruyéndoles que le informaran de su fallecimiento para poder realizar la oración fúnebre por su alma. Cuando ella falleció durante la noche, los vecinos, encontrando al Profeta ﷺ dormido, procedieron con el entierro sin despertarlo. Al enterarse por la mañana, el Profeta ﷺ, se dirigió inmediatamente a su tumba con los presentes, quienes se alinearon tras él como en una oración fúnebre regular, y realizó la oración por ella.⁽²⁾

La compasión del Profeta ﷺ se extendía a todos los miembros de la comunidad, como lo ilustra el conmovedor episodio de la mujer afro que se ocupaba de la limpieza de la Mezquita. Abū Huraira relata que cuando esta mujer falleció, el Mensajero de Allah ﷺ, al notar su ausencia, preguntó por ella. Al informarle de su fallecimiento, expresó su descontento: **“¿Por qué no me han avisado?”**, percibiendo que algunos habían subestimado la importancia de notificarle. Solicitó entonces que le indicaran la ubicación de su tumba y, una vez allí, realizó la oración por ella, declarando: **“Ciertamente, estas tumbas están llenas**

(1) La biografía del Profeta por Ibn Hisham (580/2).

(2) Al-Sunan Al-Kubra de Al-Baihaqi (7100).



de tinieblas para sus habitantes, pero Allah las iluminará mediante mi oración por ellos”.⁽¹⁾

Este incidente revela aspectos fundamentales del carácter del Profeta ﷺ: su atención constante hacia los miembros más vulnerables de la comunidad, manifestada en su hábito de preguntar por ellos y visitarlos; su reproche a los Compañeros por no informarle de los fallecimientos; y su disposición para acudir a las tumbas y realizar oraciones por los difuntos. Lo que algunos consideraron un asunto menor -la muerte de una esclava negra- tenía gran importancia para él ﷺ. A pesar de ser una mujer forastera en Medina, sin vínculos familiares ni tribales, recibió la misma consideración que cualquier otro miembro de la comunidad, pues el Profeta ﷺ se constituía en refugio para los extranjeros y padre para los débiles. En su visión, nadie era insignificante; todos formaban parte de su comunidad y su rebaño, y los creyentes eran sus seguidores.⁽²⁾

(1) Sahih Muslim (956).

(2) La vida profética del autor (130/1).

El Noble Carácter

Anas رضي الله عنه nos proporciona un testimonio revelador sobre el carácter del Profeta ﷺ: “Era el más virtuoso de los hombres en carácter. Nos visitaba y compartía con nosotros. Yo tenía un hermano pequeño de tres años llamado Abū ‘Umayr, y cuando nos visitaba, bromeaba con él y le sonreía. Un día lo encontró triste y melancólico”. Al notar este cambio, el Profeta preguntó: **“¡Oh Umm Sulaym! ¿Por qué veo a tu hijo Abū ‘Umayr afligido?”** Ella respondió: “¡Oh Mensajero de Allah! El ‘Nughair’ (pajarito) con el que jugaba ha muerto”. El Profeta se acercó entonces al niño y, acariciando su cabeza, le dijo con ternura: “¡Oh Abū ‘Umayr! ¿Qué ha hecho el ‘Nughair’? ¡Oh Abū ‘Umayr! ¿Qué ha hecho el ‘Nughair’?”.⁽¹⁾

Anas destaca la suprema moral del Profeta ﷺ al afirmar que superaba a todos en virtud de carácter. Esta excelencia se manifestaba en aspectos cotidianos como sus visitas a los Compañeros, donde su bondad se extendía a todos los presentes, incluyendo a los más pequeños, con quienes jugaba y bromeaba.

(1) Sahih Al-Bujari (6203 ,6129), Sahih Muslim (2150) y otros.

La sensibilidad del Profeta ﷺ hacia los sentimientos de los niños se evidencia en su capacidad para percibir la tristeza, indagar sobre su causa y ofrecer consuelo de manera apropiada y afectuosa: **“¡Oh Abū ‘Umayr! ¿Qué ha hecho el ‘Nughair’?”**.

Esta excelencia de carácter no era una mera manifestación ocasional, sino una cualidad permanente y profundamente arraigada. Anas lo confirma al relatar su experiencia personal: “Serví al Mensajero de Allah ﷺ durante diez años, y jamás me dirigió una palabra de reproche ni me cuestionó sobre mis acciones u omisiones. El Profeta ﷺ poseía el carácter más noble entre los hombres. Nunca toqué tela más suave que sus palmas, ni percibí fragancia más exquisita que su sudor”.⁽¹⁾

Esta nobleza de carácter se manifestaba ante cada persona, siendo sus primeras señales visibles la serenidad de su semblante y la luminosidad de su sonrisa al encontrarse con cualquier persona.

La calidez del Profeta ﷺ se manifestaba constantemente en sus interacciones. Yar’ir al-Bayli رَضِيَ اللَّهُ عَنْهُ relató: “Cada vez que el Profeta ﷺ me miraba, se sonreía”⁽²⁾. Esta sonrisa radiante y acogedora transmitía tal afecto y atención personal que Yar’ir la consideraba exclusiva para él, cuando en realidad el Profeta ﷺ la ofrecía a todos, como atestiguó otro Compañero: “No he visto a nadie que sonriera más que el Mensajero de Allah ﷺ”.⁽³⁾

Su consideración se extendía a cada gesto: al estrechar la mano, mantenía el contacto hasta que la otra persona lo soltaba, y en las reuniones con sus Compañeros, distribuía su atención

(1) Sunan Al-Tirmidhi (2015).

(2) Sahih Al-Bujari (3035) y Sahih Muslim (2475).

(3) Musnad Ahmad (17713, 17704) y Yami’ Al-Tirmidhi (3641).

y alegría de tal manera que cada uno se sentía especialmente valorado. Esta cualidad se ilustra en el intercambio con ‘Amr ibn al-’Ās, quien, con confianza, preguntó sobre las personas más amadas por el Profeta. A pesar de su tardía conversión al Islam, veinte años después del inicio de la misión profética, ‘Amr albergaba esperanzas de ser mencionado. El Profeta ﷺ, fiel a su veracidad, respondió con justicia: primero **“Aisha”**, luego “su padre” (Abū Bakr) cuando se le preguntó por los hombres, y finalmente **“Umar”** ⁽¹⁾. ‘Amr se abstuvo de preguntar más para evitar un momento incómodo.

La capacidad del Profeta ﷺ para hacer sentir a cada persona importante y valorada era tal que cada individuo se consideraba el más apreciado por él. Esta habilidad singular explica la confianza de ‘Amr para formular tal pregunta y albergar esa esperanza.

Su compasión se manifestaba especialmente hacia los débiles y pobres, quienes encontraban en su presencia un honor sin igual. Su declaración: **“Búsqüenme a sus débiles, pues por ellos reciben sustento y auxilio”** ⁽²⁾ reflejaba esta preocupación constante, que inspiraba confianza entre los más necesitados.

Anas رضي الله عنه relató un testimonio particularmente conmovedor: **“Cualquier sirvienta de Medina podía tomar la mano del Mensajero de Allah ﷺ y llevarlo a donde ella necesitara”** ⁽³⁾. Esta narración ejemplifica la máxima expresión de humildad, destacando específicamente a la mujer sobre el

(1) Sunan Al-Tirmidhi (3890).

(2) Sunan Al-Tirmidhi
(1702).

(3) Sahih Al-Bujari (6072).



hombre y extendiendo su disposición a cualquier lugar, incluso más allá de los límites de Medina.

La magnanimidad del Profeta ﷺ se manifestaba especialmente en su trato con personas de temperamento difícil o comportamiento provocador, a quienes respondía con paciencia y generosidad ejemplares. Su compañero y sirviente Anas relata un incidente particularmente ilustrativo:

El Profeta ﷺ caminaba vistiendo una túnica de Nachrán con bordes gruesos, que llevaba sobre los hombros con el excedente alrededor del cuello. Al aproximarse a su habitación, un beduino se precipitó hacia él y, alcanzándolo, tiró violentamente del extremo de su túnica. La brusquedad del tirón fue tal que el Profeta ﷺ perdió el equilibrio y retrocedió, quedando reclinado contra el pecho del beduino. La túnica se rasgó por la fuerza del jalón, y sus bordes dejaron marcas visibles en su cuello, las cuales Anas رضي الله عنه pudo observar claramente.

En lugar de disculparse por su acción, como habría sido natural, el beduino le dijo simplemente: “Oh, Muhámmad”, omitiendo deliberadamente el respetuoso título “Oh, Mensajero de Allah”. Además, procedió a exigir con rudeza: “Dame de los bienes de Allah que tienes”.

Esta secuencia de provocaciones —el violento tirón físico, el trato irrespetuoso y la exigencia descortés— habría sido suficiente para despertar la ira en cualquier persona. Sin embargo, la reacción del Profeta ﷺ trascendió los límites ordinarios del autocontrol, elevándose hacia un horizonte superior: la grandeza moral.

En lugar de responder con indignación y reproche, el Profeta ﷺ se volvió hacia el beduino con serenidad, le ofreció una sonrisa genuina y respondió con bondad. Anas relata:

“El Mensajero de Allah ﷺ se volvió hacia él, sonrió, y ordenó que le dieran una caridad”.⁽¹⁾

Este incidente ejemplifica vívidamente la descripción divina del carácter profético expresada en el Corán: **“Eres, sin duda, de una naturaleza y moral grandiosas”** [68:4]. La narración merece ser repetida y reflexionada, pues ilustra una dimensión extraordinaria de excelencia moral que trasciende las reacciones humanas ordinarias.

Entre las virtudes más notables del Profeta ﷺ destacaba su extraordinaria sensibilidad hacia los sentimientos del prójimo y su capacidad para hacer sentir valiosa a cada persona. Un episodio particularmente ilustrativo ocurrió durante la ‘Umrah de la Compensación:

Al partir el Profeta ﷺ de La Meca, la hija de su tío Hamza, siendo niña, corrió tras él exclamando: “¡Tío! ¡Tío!”. Ali la tomó de la mano y la confió a Fátima. Esto desencadenó una disputa entre tres nobles compañeros: Ali ibn Abi Talib reclamaba su derecho por ser hija de su tío; Ya’far argumentaba su vínculo familiar y el hecho de que su esposa era la tía materna de la niña; y Zaid ibn Hariza la reclamaba como hija de su hermano. El Profeta ﷺ resolvió la situación con extraordinaria sabiduría, otorgando la custodia a la tía materna y declarando: **“La tía materna tiene el estatus de madre”**. Además, consoló a cada uno de los disputantes con palabras que reconocían su valor único: A Ali le dijo: **“Tú eres de mí y yo soy de ti”**. A Ya’far:

(1) Véase: Musnad Ahmad (12090), Sahih Al-Bujari (,5809 ,3149 6088), Sahih Muslim (1057), Explicación de Al-Nawawi sobre Sahih Muslim (147-146/7) y Fath Al-Bari (506/10).



“Eres el que más se parece a mí en aspecto y carácter”. Y a Zaid: “Tú eres nuestro hermano y nuestro mawla”.⁽¹⁾

Esta resolución ejemplifica su maestría en el manejo de situaciones delicadas: al fundamentar su decisión en el principio general del estatus maternal de la tía, evitó favorecer directamente a cualquiera de los litigantes. Posteriormente, con sus reconocimientos individuales, aseguró que cada uno se sintiera valorado y respetado.

Su delicadeza al tratar asuntos sensibles se manifestaba incluso en su forma de abordar situaciones problemáticas. En lugar de señalar directamente a individuos, empleaba expresiones generales como: **“¿Qué les pasa a algunas personas que dicen esto y aquello?”**⁽²⁾. Nunca confrontaba directamente a nadie cuando algo le desagradaba, aunque su desaprobación podía percibirse en la expresión de su rostro.

El Profeta ﷺ no solo practicaba esta sensibilidad, sino que la promovía activamente en su comunidad. Prohibió comportamientos que pudieran herir sentimientos, como el susurro entre dos personas excluyendo a una tercera. Ibn Mas’ud رضي الله عنه transmitió sus palabras: **“Si son tres, que dos no hablen en secreto excluyendo al tercero hasta que haya más gente, pues eso lo entristecería”.**⁽³⁾

Condenó enfáticamente el menosprecio, declarando: **“El musulmán es hermano del musulmán: no lo oprime, no lo abandona y no lo menosprecia. La piedad está aquí -señalando su pecho tres veces- Es suficiente maldad para una persona menospreciar a su hermano musulmán.**

(1) Sahih Al-Bujari (2699).

(2) Sahih Muslim (1401).

(3) Sahih Al-Bujari (6290) y Sahih Muslim (2484).



Todo lo del musulmán es sagrado para otro musulmán: su sangre, sus bienes y su honor”.⁽¹⁾

También advirtió contra la arrogancia: **“Allah me ha revelado que sean humildes”.**⁽²⁾

Su enseñanza sobre el buen carácter se reforzaba con promesas de recompensa divina: **“La virtud es el buen carácter”**⁽³⁾. **“Los más amados y cercanos a mí en el Día del Juicio serán aquellos de mejor carácter”**⁽⁴⁾. **“Nada pesará más en la balanza del creyente en el Día del Juicio que el buen carácter”.**⁽⁵⁾ **“Allah ha preparado una casa en lo más alto del Paraíso para quien embellezca su carácter”.**⁽⁶⁾

La excelencia moral de sus compañeros fue una consecuencia natural de presenciar la perfección de su carácter, escuchar sus enseñanzas sobre el buen comportamiento y comprender la trascendental importancia que otorgaba a la nobleza de carácter.

(1) Sahih Muslim (2564).

(2) Sahih Muslim (2865).

(3) Sahih Muslim (2553).

(4) Musnad Ahmad (17732).

(5) Sunan Abu Dawud (4799) y Sunan Al-Tirmidhi (2002).

(6) Sunan Abu Dawud (4800).

El Mensajero ﷺ con los que cometían errores

La historia de Abdullah ilustra magistralmente el enfoque del Profeta ﷺ hacia aquellos que cometían errores. Abdullah profesaba un amor profundo por el Mensajero de Allah ﷺ, manifestándolo a través de gestos generosos: cuando algún comerciante beduino traía manjares como mantequilla clarificada o miel a Medina, él los adquiría para obsequiárselos al Profeta ﷺ. Sin embargo, cuando llegaba el momento del pago, llevaba al vendedor ante el Mensajero ﷺ diciendo: “Paga a este hombre”. El Profeta ﷺ respondía con gentil humor: “**¿No me lo habías regalado?**”, a lo que Abdullah confesaba: “Sí, Mensajero de Allah, pero no tengo con qué pagarlo”⁽¹⁾. El Profeta ﷺ, sonriendo comprensivamente, ordenaba el pago al vendedor.

Esta interacción afectuosa evidenciaba el vínculo especial entre ambos. Sin embargo, Abdullah luchaba contra una aflicción recurrente: la bebida. En múltiples ocasiones fue llevado ante el Profeta ﷺ en estado de embriaguez. En una de estas ocasiones, tras aplicársele la sanción correspondiente, un

(1) Musnad Abu Ya'la (127).

compañero exclamó: “¡Oh Allah, maldícelo! ¡Cuántas veces lo traen así!” El Profeta ﷺ, no obstante, reprobó tal condena: **“No lo maldigan, pues por Allah, yo sé que él ama a Allah y a Su Mensajero. No apoyen a Satanás contra su hermano”**.⁽¹⁾

Esta respuesta profética revela principios fundamentales sobre cómo tratar con el error y quien lo comete:

Primero: La relación cercana y afectuosa que mantenía el Profeta ﷺ con Abdullah, a pesar de sus faltas, demuestra que la sociedad profética no se fragmentaba por los errores de sus miembros. En lugar de aislamiento o exclusión, prevalecía un espíritu de integración que acogía a todos, independientemente de su nivel de virtud, desde los más ejemplares hasta aquellos que luchaban contra sus debilidades. Esta atmósfera de aceptación y apoyo mutuo limitaba el impacto negativo de los errores individuales, evitando que se multiplicaran o agravaran. Cuando alguien tropezaba, encontraba el apoyo solidario de sus hermanos, impidiendo que una caída temporal lo alejara permanentemente de la comunidad.

Segundo: El Profeta ﷺ destacó el aspecto fundamental del carácter de Abdullah: su amor por Allah y Su Mensajero. Aunque este amor es inherente a todo creyente y constituye un pilar esencial de la fe, el Profeta ﷺ eligió enfatizar específicamente esta virtud, elogiando a Abdullah por ella. Esta metodología educativa singular promueve el desarrollo del bien en las almas, refuerza su conexión con la virtud y las eleva espiritualmente. Los tropiezos ocasionales no las encadenan ni las condenan a la degradación. Podemos imaginar el impacto transformador que estas palabras del Profeta ﷺ tuvieron en

(1) Sahih Al-Bujari (6780).



Abdullah: seguramente experimentó una elevación espiritual que lo inspiró a superar sus errores.

Esta aproximación constituye uno de los métodos más efectivos para liberarse de las faltas, pues reafirma que estos errores son desvíos temporales y no definen la esencia del individuo. Lo fundamental es el amor por Allah y Su Mensajero, como lo demostró el Profeta ﷺ en el caso de Hatib ibn Abi Balta'a, cuando intentó revelar información militar a la gente de La Meca. Ante la sugerencia de Omar de ejecutarlo por traición, el Profeta ﷺ respondió: **“Él participó en Badr, ¿y qué sabes tú? Quizás Allah miró a la gente de Badr y dijo: ‘Hagan lo que quieran, pues ya los he perdonado’”**⁽¹⁾. Así, recordó sus méritos previos, enfatizando que la amplitud de bien en su alma no podía ser eclipsada por un solo incidente.

Tercero: Aunque el Profeta ﷺ ocasionalmente empleaba firmeza al corregir ciertos errores, este enfoque no era universal. Lo reservaba para faltas graves y para individuos que se beneficiarían de tal corrección sin alejarse por ella. Un ejemplo ilustrativo es su respuesta a Abu Dharr cuando este insultó a un sirviente por el color de piel de su madre, llamándolo “hijo de la negra”. El Profeta ﷺ lo reprendió diciendo: **“¿Lo insultas por su madre? Ciertamente en ti hay algo de ignorancia preislámica”**. Esta severa amonestación, que señalaba la persistencia de actitudes pre-islámicas en alguien tan destacado como Abu Dharr, tuvo un profundo impacto. Conmocionado, Abu Dharr respondió: “¿A esta edad avanzada?”, revelando su consternación por mantener vestigios de la moral de la ignorancia tras tanto tiempo en el Islam. El Profeta ﷺ completó la lección recordándole: **“Sus sirvientes son sus hermanos, Allah los ha puesto bajo su autoridad. Quien tenga a su**

(1) Sahih Al-Bujari (4890) y Sahih Muslim (2494).

hermano bajo su autoridad, que le dé de comer de lo que él come y que lo vista de lo que él viste”. ⁽¹⁾

La corrección del Profeta ﷺ tuvo un impacto duradero en Abu Dharr, quien internalizó profundamente la lección sobre la igualdad y el buen trato hacia los sirvientes. Durante el resto de su vida, cuando adquiría una prenda nueva, procuraba vestir a su sirviente de manera similar, sin establecer distinciones en vestimenta o alimentación.

Cuarto: El Profeta ﷺ adaptaba su método de corrección según la causa del error. Cuando la falta provenía de la ignorancia, empleaba una enseñanza amable y paciente. El caso de Mu’awiya ibn al-Hakam ilustra este enfoque. Durante una oración colectiva con el Profeta ﷺ, desconociendo la prohibición de hablar, respondió a un estornudo diciendo: “Que Allah te tenga misericordia”. Ante las miradas reprobatorias de los presentes, expresó su confusión: “¡Qué pena de mi madre! ¿Por qué me miran así?”. Aunque los demás intentaron silenciarlo mediante gestos, el Profeta ﷺ, al concluir la oración, simplemente explicó: **“Durante la oración no es correcto hablar. Es solo tasbih, takbir y recitación del Corán”.** ⁽²⁾

Similar sabiduría mostró cuando un beduino orinó en la mezquita. Al ver que la gente se apresuraba a reprenderlo, el Mensajero de Allah ﷺ intervino diciendo: **“Déjenlo, y viertan sobre su orina un cubo de agua. Ciertamente fueron enviados para facilitar y no para dificultar”.** ⁽³⁾

Estos incidentes compartían una característica común: el error provenía de la ignorancia, no de motivaciones como

(1) Sahih Al-Bujari (30) y Sahih Muslim (1661).

(2) Sahih Muslim (537).

(3) Sahih Al-Bujari (220).



venganza, ira o codicia. Por ello, el Profeta ﷺ respondía con enseñanza gentil en lugar de reprensión. El impacto de este enfoque se refleja en las palabras de Mu'awiya ibn al-Hakam: “¡Que mi padre y mi madre sean su rescate! Nunca he visto, ni antes ni después de él, un maestro que enseñara mejor que él. Por Allah, no me reprendió, ni me agredió, ni me insultó”.

El beduino expresó similar gratitud: “Se levantó hacia mí - ¡que mi padre y mi madre sean su rescate! - y no me regañó ni me insultó, sino que dijo: **‘Esta mezquita no es para orinar en ella, sino que fue construida para el recuerdo de Allah y para la oración’**”⁽¹⁾. Esta respuesta ilustra cómo la instrucción amable puede lograr una comprensión más profunda y duradera que la reprimenda severa.

(1) Sunan Ibn Mayah (529). Y véase: La vida profética del autor (224/1).

El Mensajero ﷺ y los que diferían con él

La sabiduría divina dispuso que los mensajeros fueran seres humanos integrados en sus sociedades, como afirma Allah: **“No enviamos antes de ti mensajero alguno que no comiera alimentos y caminara en los mercados”** [25:20]. Esta realidad se manifestaba incluso en el ámbito familiar de los profetas, donde la divergencia religiosa existía dentro de sus propios hogares: Noé convivía con una esposa e hijo que diferían de su mensaje, Abraham con un padre que rechazaba su llamado, Lot con una esposa que se oponía a su misión, y nuestro Profeta ﷺ con tíos como Abu Talib y Abu Lahab que no aceptaron su mensaje.

La convivencia social constituye un aspecto fundamental de la naturaleza humana. Desde los albores de la historia, las personas han formado comunidades, impulsadas por una atracción natural hacia la vida colectiva, como señala Allah: **“¡Oh, humanos! Los hemos creado de un hombre y una mujer, y los hemos constituido en naciones y tribus para que se conozcan unos a otros”** [49:13]. Este versículo establece que el conocimiento mutuo y la cooperación, no el conflicto y la discordia, representan el fundamento de la convivencia humana.

El método del Profeta ﷺ en este aspecto encarna el equilibrio perfecto y la excelencia en las relaciones humanas. Allah describió su carácter diciendo: **“Eres, sin duda, de una naturaleza y moral grandiosas”** [68:4], una descripción que abarca su trato tanto con seguidores como con opositores. Las directrices divinas establecen un marco de conducta universal: **“Hablen a la gente con buenos modales”** [2:83], donde “gente” incluye a todos, independientemente de su fe. Específicamente para la interacción con la Gente del Libro, Allah ordena: **“No discutan con la Gente del Libro sino de la mejor manera”** [29:46].

El trato profético con quienes diferían con él se caracterizaba por aspectos distintivos:

Primero: La convivencia social se manifestaba particularmente en la interacción cotidiana, un rasgo fundamental de la sociedad profética. Esta convivencia quedó formalizada en el documento de Medina, que establecía el marco de relaciones entre todos los ciudadanos del estado, musulmanes y no musulmanes, sentando las bases de una coexistencia armoniosa fundamentada en el respeto mutuo y el reconocimiento de derechos y responsabilidades compartidas.

La integración social que promovía el Profeta ﷺ se manifestaba en diversos contextos. En una ocasión significativa, al encontrar una reunión donde convivían musulmanes, politeístas y judíos, no solo no desaprobó esta interacción mixta, sino que se detuvo para participar y conversar con ellos, validando así la importancia del diálogo.⁽¹⁾

Esta apertura se extendía al ámbito doméstico, donde el hogar, siendo el espacio más íntimo y sagrado de una persona,

(1) Sahih Al-Bujari (6254) y Sahih Muslim (1798).

se convertía en punto de encuentro y hospitalidad. Los judíos eran recibidos en la casa del Profeta ﷺ, quien los acogía y dialogaba con ellos, demostrando que la diferencia religiosa no era obstáculo para la cordialidad y el respeto mutuo.

Un ejemplo notable de esta integración es la historia del joven judío que servía al Profeta⁽¹⁾ ﷺ, según relata Anas رضي الله عنه. A pesar del anhelo de sus compañeros musulmanes por servir ellos o sus hijos al Profeta, él eligió a este joven judío para sus asuntos personales, enfatizando así la importancia de la convivencia e integración social por encima de las diferencias religiosas.

Aisha relató un incidente revelador: cuando un grupo de judíos saludó al Profeta ﷺ con palabras que ocultaban un significado hostil (“As-Sam” - la muerte), y ella respondió airadamente, el Profeta ﷺ la corrigió diciendo: **“Tranquila, Aisha. Allah ama la gentileza en todos los asuntos”**. Cuando ella protestó señalando la mala intención de los visitantes, él simplemente respondió: **“Ya les dije: Y sobre ustedes”** ⁽²⁾, demostrando cómo la gentileza puede prevalecer incluso ante la hostilidad.

La reciprocidad en las visitas también caracterizaba estas relaciones: el Profeta ﷺ aceptaba invitaciones a los hogares de no musulmanes, como cuando un judío lo invitó a compartir una modesta comida de pan de cebada y grasa rancia.⁽³⁾

Las relaciones humanas fundamentales - amistad, parentesco, colaboración profesional, sociedades comerciales - se mantenían naturalmente, sin necesidad de consultas constantes

(1) Sahih Al-Bujari (1356).

(2) Sahih Al-Bujari (6024) y Sahih Muslim (2165).

(3) Musnad Ahmad (13201).



sobre su permisibilidad. El caso de Sa'd ibn Mu'adh ilustra esta normalidad: mantuvo su amistad con Umaia ibn Jalaf, un líder politeísta de La Meca, hospedándose mutuamente en sus viajes⁽¹⁾. El Profeta ﷺ no intervino ni cuestionó esta relación, indicando que las interacciones sociales normales se consideraban parte natural de la vida dentro del marco de lo permitido.

El enfoque integrador del Profeta ﷺ se evidencia en su instrucción a Abu Dharr tras su conversión al Islam en los inicios de la misión profética. Le ordenó regresar a su comunidad politeísta sin prescripciones especiales para el trato, confiando en que la convivencia natural prevalecería⁽²⁾. Este patrón se repitió con los primeros musulmanes, tanto emigrantes como auxiliares, quienes mantuvieron relaciones naturales con sus familiares que permanecían en el politeísmo.

El intercambio de regalos constituía una manifestación significativa de esta convivencia armoniosa. Como práctica que fomenta el honor mutuo y fortalece los lazos afectivos, siguiendo el dicho “Intercambien regalos y se amarán”, el Profeta ﷺ participaba activamente en esta costumbre, incluso con quienes diferían de su fe. Ejemplos notables incluyen:

La aceptación del regalo del gobernante de Dumah, como relata Anas: Yuhanna, gobernante de Dumah, envió una túnica de seda al Profeta ﷺ antes de su prohibición. El Profeta ﷺ la vistió durante un sermón, un gesto que demostraba apreciación y cortesía hacia quien se la había obsequiado.⁽³⁾

(1) Sahih Al-Bujari (3950).

(2) Sahih Al-Bujari (3861).

(3) Sunan Al-Tirmidhi (1723).

El intercambio con Al-Muqawqis ilustra la reciprocidad diplomática: tras recibir la carta del Profeta ﷺ a través de Hatib ibn Abi Balta'a, el gobernador de Alejandría respondió con generosos presentes, incluyendo vestimentas, una mula equipada y dos sirvientas.⁽¹⁾

Esta práctica se extendió entre sus seguidores. Abdullah ibn Omar رضي الله عنه relata cómo su padre recibió una vestimenta del Profeta ﷺ y la obsequió a su hermano politeísta en La Meca⁽²⁾. Abdullah ibn Amr practicaba la generosidad vecinal, compartiendo carne sacrificada con sus vecinos judíos, inspirado por las palabras del Profeta ﷺ: **“Gabriel no dejó de encomendarme el buen trato al vecino hasta que pensé que lo haría heredero”**.⁽³⁾

Este comportamiento se fundamenta en la guía divina: **“Allah no les prohíbe ser bondadosos y equitativos con quienes no los han combatido por causa de la religión ni los han expulsado de sus hogares. Allah ama a los que actúan con equidad”** [60:8]. La compasión se extendía incluso a los adversarios capturados, como indica el versículo: **“Y por amor a Él alimentan al pobre, al huérfano y al cautivo”** [76:8]. El Profeta ﷺ enfatizó este principio ordenando: **“Traten bien a los cautivos”**⁽⁴⁾, demostrando que la benevolencia debe prevalecer incluso con antiguos adversarios.

El trato humanitario hacia los no musulmanes se ilustra vívidamente en el relato de Abu Aziz ibn Umayr, cautivo en Badr y hermano de Mus'ab ibn Umayr. Los Ansar lo trataban

(1) Explicación de los hadices problemáticos de Al-Tahawi (2570).

(2) Sahih Al-Bujari (886) y Sahih Muslim (2068).

(3) Sahih Al-Bujari (6015) y Sahih Muslim (2625).

(4) Al-Mu'yam Al-Kabir de Al-Tabarani (977).

con extraordinaria generosidad, ofreciéndole pan, mientras ellos subsistían con dátiles, siguiendo la recomendación del Profeta ﷺ. Su generosidad era tal que incluso cuando él, avergonzado, intentaba devolver el pan, insistían en que lo conservara.⁽¹⁾

La importancia de mantener los lazos familiares, independientemente de las diferencias religiosas, se evidencia en el consejo del Profeta ﷺ a Asma bint Abi Bakr رَضِيَ اللَّهُ عَنْهَا. Cuando ella consultó sobre mantener relación con su madre politeísta, el Profeta ﷺ respondió afirmativamente: **“Sí, honra los lazos con tu madre”**.⁽²⁾

La compasión y el respeto se extendían a momentos cruciales de la vida: la enfermedad y la muerte

El Profeta ﷺ visitaba a los enfermos no musulmanes, como ilustra el caso del joven judío que le servía. Durante su visita, le invitó al Islam con gentileza, y el joven, con la aprobación de su padre, aceptó la fe.⁽³⁾

El respeto por la dignidad humana trascendía las diferencias religiosas, como demuestra el incidente narrado por Sahl ibn Hunayf y Qays ibn Sa'd en Al-Qadisiya. Cuando se pusieron de pie ante un cortejo fúnebre no musulmán, citaron las palabras del Profeta ﷺ quien, ante una situación similar, había preguntado: **“¿Acaso no es el alma de un ser humano?”**.⁽⁴⁾

El Islam reconoce y respeta los vínculos emocionales naturales con no musulmanes, sean estos por parentesco, amistad o gratitud. Esta realidad se refleja en el versículo:

(1) La biografía del Profeta por Ibn Hisham (645/1).

(2) Sahih Al-Bujari (2620) y Sahih Muslim (1003).

(3) Sahih Al-Bujari (1356).

(4) Sahih Al-Bujari (1312) y Sahih Muslim (961).

“Tú no puedes guiar a quien amas” [28:56], reconociendo la existencia del amor natural hacia quienes no comparten la fe.

La permisibilidad del matrimonio con mujeres de la Gente del Libro, establecida en el Corán [5:5], presupone la existencia de afecto y compasión en tales uniones, como indica el versículo: **“Entre Sus signos está haber creado cónyuges de entre ustedes para que encuentren sosiego, y dispuso entre ustedes amor y misericordia”** [30:21].

El respeto hacia los padres no musulmanes se mantiene como obligación, incluso cuando intentan influir en las creencias de sus hijos: **“Pero si se esfuerzan por hacer que asocies conmigo algo de lo que no tienes conocimiento, no les obedezcas, pero trátalos con respeto en esta vida”** [31:15]. Este mandato equilibra el respeto filial con la integridad de la fe.

Segundo: Preservar sus derechos

La protección de los derechos de quienes diferían con el Mensajero de Allah ﷺ, tanto judíos como politeístas, era fundamental en su gobierno. Un ejemplo notable es que, al momento de su fallecimiento, su armadura estaba empeñada con un judío por treinta medidas de cebada⁽¹⁾. Es significativo que el Profeta, incluso en el apogeo de su autoridad sobre la península arábiga, respetara los términos comerciales establecidos por el prestamista judío, quien requirió una garantía. La deuda permaneció pendiente hasta su fallecimiento, siendo posteriormente saldada por Ali ibn Abi Talib.

Durante su emigración de La Meca, el Profeta ﷺ demostró su integridad al dejar a Ali para devolver los depósitos confiados a

(1) Sahih Al-Bujari (2916) y Sahih Muslim (1603).



él por los politeístas, quienes, a pesar de su oposición religiosa, reconocían su honestidad y le confiaban sus bienes valiosos.⁽¹⁾

La protección de la vida era un derecho inviolable, como evidencia su severa advertencia: **“Quien mate a un mu’ahad [persona no musulmana que vive en una sociedad islámica] no olerá la fragancia del Paraíso, a pesar de que su fragancia se percibe desde una distancia de cuarenta años”**⁽²⁾. Esta protección se extendía a todos aquellos bajo pacto o dhimma en territorios musulmanes.

La preocupación del Profeta ﷺ por la guía espiritual de quienes diferían con él era profunda y sincera, comparable al anhelo paternal. Su compasión era tal que Allah lo consoló: **“Puede que te consumas de pesar porque no creen en este mensaje”** [18:6] y **“No te consumas de pesar por ellos”** [35:8].

El caso del joven sirviente judío ilustra esta preocupación por la salvación. Cuando el joven aceptó el Islam en su lecho de muerte, el Profeta ﷺ expresó su alegría diciendo: **“Alabado sea Allah que lo salvó del Fuego por medio de mí”**⁽³⁾. Esta alegría por la conversión de alguien que no tendría oportunidad de realizar obras piadosas demuestra su sincero deseo de guía para todos.

La convivencia pacífica que el Profeta ﷺ estableció creó un ambiente propicio para la difusión del Islam. El período de paz posterior al tratado de Hudaibiia facilitó la expansión del Islam entre las tribus árabes y más allá de la península. Posteriormente, el trato justo de los conquistadores musulmanes hacia otros

(1) La biografía del Profeta por Ibn Hisham (99/2).

(2) Sahih Al-Bujari (3166).

(3) Sahih Al-Bujari (1356).

pueblos contribuyó significativamente a la aceptación del Islam y la lealtad al estado islámico.

Esta guía profética en el trato con los que discrepaban con él revela una grandeza moral extraordinaria. Si tal era su comportamiento con quienes se oponían a su mensaje, podemos imaginar la excelencia de su trato hacia los creyentes que lo amaban y seguían sus enseñanzas.⁽¹⁾

(1) La vida profética del autor (233/1).



El Mensajero ﷺ con sus enemigos



Todo portador de un mensaje o una invitación inevitablemente enfrenta oposición y enemistad que, aunque pueden mitigarse, no pueden eliminarse por completo, como dice el Altísimo y Majestuoso: **“Así hemos asignado a cada profeta enemigos de entre los criminales. Y tú Señor es suficiente como guía y auxiliador”** [25:31]. El Profeta ﷺ enfrentó múltiples formas de enemistad durante su misión, y al analizar su situación con sus adversarios, observamos tres aspectos fundamentales:

Primero: Desde el inicio de su invitación, el Profeta ﷺ se enfrentó a enemigos de gran talento, capacidad y poder. Sin embargo, ellos defendían la falsedad contra la verdad, y siendo Allah quien prevalece en Sus asuntos, sus complots fracasaron y sus esfuerzos resultaron en pérdida.

Segundo: El Profeta ﷺ enfrentó la forma más severa y dolorosa de enemistad: la de sus propios parientes. Sus principales opositores en La Meca eran miembros de su clan y familia, lo que hacía la adversidad aún más amarga.

Tercero: A pesar de esta enemistad y el daño que le causaban, el Profeta ﷺ priorizaba su guía por encima de la venganza. Cuando At-Tufayl ibn ‘Amr Ad-Dawsi informó que su tribu Daws había rechazado el mensaje y sugirió suplicar

contra ellos, el Profeta ﷺ elevó sus manos y, en lugar de maldecirlos, suplicó: **“Oh Allah, guía a Daws y tráelos”**⁽¹⁾.

Abu Hurairah narró: “Se dijo: ‘Oh Mensajero de Allah, suplica contra los politeístas.’ Él respondió: **‘No fui enviado para maldecir, sino que fui enviado como misericordia’**”⁽²⁾.

El Profeta ﷺ se esforzaba por erradicar la enemistad y el odio de los corazones de sus adversarios mediante la generosidad y el honor, transformando el descontento en satisfacción y la enemistad en amor. Otorgó a Abu Sufián cien camellos, y a sus hijos Yazid y Mu’awiyah cien a cada uno, a pesar de que Abu Sufián había liderado ejércitos contra él en Uhud y Al-Jandaq. Su deseo de guiarlos superaba cualquier anhelo de venganza.

Esta actitud generosa tuvo tal impacto que Safwan ibn Umayyah, quien había sido uno de sus más feroces enemigos, llegó a decir: “El Mensajero de Allah ﷺ me dio cuando él era la persona más odiada para mí, y continuó dándome hasta que se convirtió en la criatura más amada para mí”⁽³⁾.

Cuarto: El Profeta ﷺ logró un éxito extraordinario al transformar intensas enemistades en profundo amor. Numerosos compañeros le expresaron sentimientos similares a los de Zumamah ibn Uzal de Nayd⁽⁴⁾, ‘Amr ibn Al-’As de La Mec⁽⁵⁾, Safwan ibn Umaiah ibn Jalaf, y Hind bint ‘Utbah ibn Rabi’ah⁽⁶⁾, quienes declararon: “No había rostro más odiado para mí que tu rostro, y hoy tu rostro es el más amado para

(1) Sahih Al-Bujari (2937) y Sahih Muslim (2524).

(2) Sahih Muslim (2599).

(3) Sunan Al-Tirmidhi (666).

(4) Sahih Al-Bujari (4372) y Sahih Muslim (1764).

(5) Sahih Muslim (121).

(6) Sahih Al-Bujari (3825) y Sahih Muslim (1714).



mí, y no había religión más odiada para mí que tu religión, y tu religión es ahora la religión más amada para mí”. Esta era su extraordinaria capacidad para transformar la hostilidad en afecto.

Quinto: Las enemistades alrededor del Profeta ﷺ tendían a reducirse en lugar de expandirse, y él se aseguraba de limitarlas al mínimo posible, evitando que se transmitieran de generación en generación. Nunca mencionaba a los hijos las enemistades de sus padres, sin importar cuán intensas hubieran sido. Cuando ‘Ikrimah ibn Abi Yahl, hijo de uno de sus acérrimos enemigos, huyó hacia el mar tras la conquista de La Meca, el Profeta ﷺ le envió garantía de seguridad. Para preparar su recepción, advirtió a sus compañeros: **“No insulten a los muertos, pues eso hierne a los vivos y no daña a los muertos”**⁽¹⁾. Al llegar ‘Ikrimah, lo recibió personalmente diciendo: **“Bienvenido sea el jinete emigrante”**⁽²⁾, sin mencionar jamás la enemistad de su padre.

Esta actitud permitió que muchos hijos de sus antiguos enemigos se convirtieran al Islam y encontraran bajo su cuidado protección, amor y contención. Entre ellos estaban Umm Kulzum bint ‘Uqbah ibn Abi Mu’ait, ‘Abdullah ibn ‘Abdullah ibn Ubayy ibn Salul, ‘Ikrimah ibn Abi Yahl, Al-Walid y Jalid (hijos de Al-Walid ibn Al-Mughirah), Abu Hudhaifah ibn ‘Utbah ibn Rabi’ah, Safwan ibn Umaiah ibn Jalaf, y Durrah bint Abi Lahab. Todos ellos, a pesar de que sus padres murieron en enemistad con el Profeta ﷺ, algunos incluso combatiéndolo, se convirtieron en sus devotos compañeros, creyentes y defensores de su religión.

(1) Yami’ Al-Tirmidhi (1982).

(2) Yami’ Al-Tirmidhi (2735).

Sexto: Apesar de la multitud y severidad de las enemistades, el Profeta ﷺ siempre mantuvo un comportamiento digno de su noble posición. No se le conoce palabra obscena ni comportamiento reprobable, de modo que su biografía, aun relatando los diversos tipos de enemistad y provocación que enfrentó, no contiene nada que ofenda el pudor o denigre la dignidad.⁽¹⁾

(1) La vida profética del autor (257/1).



El Mensajero ﷺ y la guerra



El camino del Profeta ﷺ en la difusión de su mensaje estuvo marcado por considerables desafíos y oposición. Como señala el Corán: **“Así hemos asignado a cada profeta enemigos de entre los pecadores”** [25:31].

Esta realidad refleja una constante histórica: ningún portador de un mensaje transformador, independientemente de sus intenciones pacíficas, puede evitar la resistencia de quienes se oponen a su mensaje. Los profetas y mensajeros de Allah, a pesar de su dawah ejemplar, enfrentaron invariablemente hostilidad y agresión.

Los conflictos con oponentes injustos caracterizan la mayoría de los movimientos reformadores, especialmente cuando la hostilidad es iniciada por sus adversarios. Este patrón se evidencia en las experiencias de los profetas anteriores: Moisés enfrentó la tiranía de Faraón, mientras que Jesús confrontó la oposición de rabinos y romanos. Las estrategias para manejar tal antagonismo varían según las circunstancias del predicador y sus opositores, ocasionalmente culminando en confrontaciones armadas cuando estas representan la única vía para contrarrestar la agresión.

La batalla de Badr marca el primer enfrentamiento militar significativo del Profeta ﷺ. Los musulmanes, que sumaban aproximadamente 300 soldados, interceptaron una caravana comercial de Quraish como respuesta a la confiscación previa de bienes de los emigrantes musulmanes en La Meca y su persistente hostilidad. A pesar de enfrentarse a 900 soldados adversarios, los musulmanes prevalecieron, resultando en 70 bajas entre los líderes politeístas y 70 capturas. Esta victoria transformó la percepción regional del estado de Medina, elevando su prestigio y debilitando la hegemonía de Quraish.

Un año después, Quraish, buscando venganza, movilizó un ejército de tres mil efectivos contra los setecientos musulmanes en Uhud, cerca de Medina. Inicialmente, los musulmanes dominaron la batalla, eliminando a más de veinte combatientes enemigos. Sin embargo, una maniobra de la caballería politeísta alteró el curso de la batalla, resultando en setenta mártires musulmanes, incluyendo a Hamza ibn Abdul-Muttalib, tío del Profeta ﷺ. Los cuerpos de los mártires fueron mutilados en un acto de venganza. El Profeta ﷺ y sus seguidores se retiraron estratégicamente a posiciones elevadas, mientras que los politeístas, satisfechos con su victoria parcial, se retiraron precipitadamente para preservar su ventaja.

Los musulmanes enfrentaron esta adversidad con resiliencia ejemplar, enterrando a sus muertos y retomando sus vidas con renovada determinación. En este momento crítico, cuando el dolor por sus pérdidas y la indignación por la mutilación de los cuerpos alcanzaba su punto máximo, descendió una revelación dirigida al Profeta ﷺ y sus seguidores: **“No te corresponde nada de esto, ya sea que Él acepte su arrepentimiento o los castigue, pues ciertamente son injustos. Y a Allah pertenece cuanto hay en los cielos y en la tierra. Perdona a quien**



quiere y castiga a quien quiere, y Allah es Perdonador, Misericordioso” [3:128-129].

Esta revelación, que llegó en el momento de máxima aflicción, transmitía un mensaje fundamental: el destino de los agresores estaba en manos de Allah, no de los musulmanes, y Su misericordia podría incluso alcanzar a quienes ahora eran enemigos. La naturaleza trascendental de este mensaje, que superaba las emociones humanas naturales de venganza y retribución, constituye una evidencia significativa de la autenticidad de la profecía. El tiempo validaría esta predicción cuando muchos de estos adversarios, incluidos líderes prominentes como Abu Sufián, Ikrima ibn Abi Yahl y Jalid ibn Al-Walid, abrazarían el Islam y se convertirían en sus defensores.

En el quinto año de la Hégira, Quraish organizó una coalición más ambiciosa con otras tribus politeístas, impulsada principalmente por Huyayy ibn Ahtab, líder judío de Banu Nadir y posteriormente de Jaybar. Su objetivo era más radical: la eliminación total del Profeta ﷺ y sus seguidores mediante una invasión directa a Medina. Ante esta amenaza sin precedentes, el Profeta consultó con sus compañeros sobre estrategias defensivas. Salman Al-Farsi propuso una solución innovadora: la construcción de una trinchera en el sector norte de Medina, el único punto vulnerable de aproximadamente 2 kilómetros de extensión, ya que el resto de la ciudad estaba naturalmente protegida por formaciones rocosas.

El Profeta ﷺ adoptó esta sugerencia estratégica, y junto con sus compañeros, emprendió la ardua tarea de excavar la trinchera antes de la llegada de las fuerzas enemigas. Cuando los ejércitos aliados arribaron, se encontraron con un obstáculo

formidable: una profunda trinchera precedida por un elevado terraplén formado con la tierra extraída durante la excavación.

Abu Sufian encabezaba esta coalición y, al encontrarse impotente ante el foso, expresó con amargura: “Esta es una estrategia que los árabes nunca antes habían empleado”. Los ejércitos sitiaron Medina durante aproximadamente un mes, intentando penetrar los extremos del foso, pero fueron constantemente repelidos por los combatientes musulmanes. El sufrimiento de los musulmanes se agravó significativamente por la traición de los judíos de Banu Quraidha en el sur de Medina. En lugar de cumplir con el acuerdo de defensa mutua establecido con el Profeta ﷺ, rompieron el pacto y se aliaron con el ejército atacante. Esta adversidad alcanzó tal magnitud que Allah la describió así: **“Cuando vinieron contra ustedes por arriba y por abajo, cuando los ojos se desviaron de terror y los corazones llegaron a la garganta, y tuvieron diversos pensamientos sobre Allah. Allí los creyentes fueron probados y sacudidos con una fuerte sacudida” [33:10-11]**. Los musulmanes se encontraron atrapados entre dos amenazas: los politeístas al frente y los judíos traidores a sus espaldas.

El invierno intensificaba las dificultades con su frío penetrante y vientos tempestuosos que arrancaban las tiendas del ejército, apagaban sus fuegos y volcaban sus ollas. Sin embargo, el ejército sitiador sufría más que los musulmanes sitiados. Con el tiempo, sus provisiones se agotaron, llevando a Abu Sufián a anunciar la retirada, reconociendo la futilidad de continuar el asedio ante la firme resistencia musulmana y el agotamiento de sus propias fuerzas.

Al amanecer, los musulmanes encontraron el campo vacío y los ejércitos dispersos, marcando el fin de su más severa



prueba. Allah describió este desenlace en el Corán: **“Y Allah hizo retroceder a los que se negaron a creer con su furia sin haber conseguido ningún bien. Allah evitó a los creyentes el combate. Allah es Fuerte, Poderoso” [33:25].**

Esta derrota destruyó las esperanzas de Quraish de renovar el enfrentamiento, pues resultaría imposible reunir nuevamente una congregación tan numerosa.

Un año después de este enfrentamiento, se estableció el tratado de Hudaibiya y la declaración de tregua con Quraish. Sin embargo, cuando Quraish violó este acuerdo, el Profeta ﷺ marchó con un ejército de diez mil combatientes -igual al número del ejército de los aliados- y conquistó La Meca, cumpliéndose así la promesa de Allah: **“Cuando llegue el auxilio de Allah y la victoria y veas a la gente entrar en la religión de Allah en multitudes” [110:1-2].**

En cuanto a las tribus judías en Medina, a pesar de que el Profeta ﷺ había establecido con ellas, a su llegada, un documento equivalente a un acuerdo de ciudadanía plena y defensa mutua, estas no respetaron el pacto y aguardaron el momento oportuno para romperlo y provocar el enfrentamiento. Los judíos de Banu Qainuqa, enfurecidos por la victoria del Profeta ﷺ en la batalla de Badr y percibiendo el surgimiento de un poder creciente, desafiaron abiertamente al Profeta ﷺ diciendo: “No te engañes por haber matado a gente de Quraish que eran inexpertos y no conocían el combate. Si nos combatieras, sabrías que nosotros somos la gente [de guerra] y que no has encontrado a nadie como nosotros”⁽¹⁾. Esta declaración abierta de hostilidades llevó al Profeta ﷺ a actuar con rapidez, sitiándolos hasta que se rindieron bajo la

(1) La biografía del Profeta por Ibn Hisham (552/1).

condición de abandonar Medina, pues no era seguro mantener cerca de la ciudad a este grupo hostil y conspirador que había manifestado su enemistad, especialmente siendo los judíos más próximos a los barrios de Medina.

En cuanto a los judíos de Banu Nadir y Banu Quraidha, no se apresuraron al enfrentamiento, sino que esperaron lo que consideraron la oportunidad adecuada, hasta que cuando vieron la desgracia de los musulmanes en Uhud y la cantidad de sus muertos, consideraron que esta era la oportunidad propicia para romper el pacto. Todos acordaron traicionar, romper el pacto y declarar el enfrentamiento, por lo que el Profeta ﷺ se movilizó rápidamente con su ejército hacia el lado más débil, que eran los Banu Quraidha. Cuando vieron la fuerza del Profeta ﷺ y la rapidez del movimiento de su ejército, retrocedieron y pidieron el perdón del Profeta ﷺ, quien los perdonó.

Luego se dirigió a los Banu Nadir y los sitió. Eran más numerosos y estaban mejor fortificados, y pensaron que sus fortalezas los protegerían de Allah. Fueron engañados por algunos de sus aliados en Medina cuya fe no era sincera, quienes les pidieron que se mantuvieran firmes y resistentes, prometiéndoles la victoria. Continuaron en el enfrentamiento, pero luego su moral se derrumbó y el terror entró en sus corazones, por lo que se rindieron con la condición de abandonar Medina, llevándose consigo sus pertenencias y bienes. Partieron hacia Jaibar⁽¹⁾.

En cuanto a Banu Quraidha, después del perdón del Profeta ﷺ por aquella traición, permanecieron seguros en sus viviendas y granjas. Cuando ocurrió la batalla de los aliados y vieron la cantidad de gente que había venido a combatir al

(1) La biografía del Profeta por Ibn Hisham (191/2).

Mensajero, pensaron que esta era su oportunidad propicia, por lo que anunciaron la ruptura del pacto y la traición al Profeta ﷺ, y se unieron al ejército de los aliados politeístas contra los musulmanes. Esto fue una de las causas que intensificó la angustia de los creyentes, porque Banu Quraidha estaba en la parte alta de Medina al sur, y el ejército enemigo de los aliados en la parte baja de Medina al norte. Sin embargo, el Profeta y los creyentes con él fueron pacientes y permanecieron firmes. Cuando los ejércitos de los aliados se retiraron, el Profeta ﷺ y los creyentes marcharon hacia Banu Quraidha y los sitiaron hasta que se rindieron. Sus líderes y combatientes fueron ejecutados, pues no eran merecedores de que se repitiera el perdón habiendo repetido la traición. Habían agotado su crédito del perdón y la benevolencia del Profeta ﷺ, y se hicieron merecedores del castigo que recibieron como retribución por sus crímenes. Este es el final de quienes se habitúan a la traición y repiten la deslealtad.⁽¹⁾

Permanecieron en Medina los judíos individuales pacíficos que mantuvieron sus alianzas con las tribus de los Ansar, viviendo seguros, integrados en la sociedad civil y participando en ella.

La ética del Profeta ﷺ en la guerra:

En el análisis de las fases de la guerra y los conflictos armados, se evidencia que el Profeta ﷺ mantenía los mismos principios éticos y valores morales que caracterizaban sus tiempos de paz. Su aproximación al conflicto armado seguía directrices específicas y principios fundamentales.

Primero: La naturaleza del combate. El Profeta ﷺ estableció claramente que el combate no constituía un fin en sí

(1) La biografía del Profeta por Ibn Hisham (241-240/2).

mismo ni una empresa de horizonte indefinido, sino un medio que se empleaba únicamente cuando resultaba necesario. Esta filosofía se refleja en su instrucción: **“No deseen el encuentro con el enemigo y pidan a Allah el bienestar, pero cuando los tengan que enfrentar, sean estoicos”**.⁽¹⁾

El análisis histórico revela que las causas del combate durante la vida del Profeta ﷺ se limitaban a dos circunstancias específicas:

1. La defensa contra agresiones actuales o inminentes, como establece el Corán: **“Y combatan por la causa de Allah a quienes los agredan, pero no se excedan, porque Allah no ama a los agresores”** [2:190]. Este versículo definitivo circunscribe el combate exclusivamente a quienes inician las hostilidades, considerando cualquier exceso como transgresión. El Profeta ﷺ únicamente enfrentó a quienes lo atacaron o manifestaron intenciones hostiles concretas.

2. La protección de la libertad religiosa contra quienes obstaculizaban el derecho de las personas a seguir sus convicciones religiosas o perseguían a los creyentes. El Corán aborda esta situación: **“Combátanlos hasta que cese la opresión y puedan adorar tranquilamente a Allah [sin temer persecución]; pero si ellos cesan de combatir, que no haya más hostilidades, excepto contra los agresores”** [2:193]. También señala: **“¿Qué les impide combatir por la causa de Allah, siendo que hay hombres, mujeres y niños oprimidos que imploran: ‘¡Señor nuestro! Sácanos de esta ciudad de opresores. Concédenos, por Tu gracia, quién nos proteja y socorra’”** [4:75].

(1) Sahih Al-Bujari (2965) y Sahih Muslim (1742).



Quienes se abstenían de agredir y no interferían con la libertad religiosa no eran objeto de hostilidades. Cualquier acción contra ellos se consideraba una transgresión de la advertencia divina: **“pero no se excedan, porque Allah no ama a los agresores” [2:190].**

De esta manera, el Profeta ﷺ estableció objetivos nobles y específicos para el combate, alejándose de motivaciones materiales como el botín o la dominación territorial. El propósito fundamental era detener la agresión y proteger a los oprimidos. Cualquier combate motivado por la codicia, la ambición de poder o usurpación de derechos ajenos constituía una transgresión inaceptable.

El enfoque del Profeta ﷺ hacia el combate representa un importante avance ético en la historia militar. Sus principios fundamentales incluían consideraciones humanitarias sin precedentes y establecían estándares morales que trascendían las normas de su época.

¡Cuántas guerras y batallas han segado millones de vidas y destruido países y ciudades por los deseos agresivos de un individuo tirano! ¡Cuántas vidas se perdieron en las guerras de Alejandro Magno! ¿Y cuál fue su propósito? ¡Y en las guerras de Gengis Khan, Hulagu y Tamerlán! ¡Y en la Primera y Segunda Guerra Mundial! ¿Y cuáles fueron sus propósitos? Y lo que perpetraron los invasores ocupantes en genocidios en África, las Américas y Australia cuando fueron descubiertas, todo para saquear riquezas, ocupar países y esclavizar y explotar a los nativos.

Segundo: Las guerras históricamente se basaban en la venganza, el exterminio y matar indiscriminadamente, con brutalidad en el asesinato, mutilación de los muertos y tortura

de los prisioneros. No existían regulaciones para el combate ni ética en las guerras.

Cuando llegó el Profeta, estableció para las guerras valores, regulaciones y una ética que él mismo cumplió y exigió a los musulmanes cumplir, incluyendo la prohibición de matar a mujeres, niños, civiles, monjes y religiosos en sus iglesias y monasterios, y a quienes no son combatientes.

El Profeta ﷺ, durante su marcha hacia la conquista de La Meca, al encontrar una mujer muerta lo reprobó diciendo: **“Ella no era combatiente”**. Posteriormente, envió instrucciones a la vanguardia del ejército prohibiendo matar a mujeres y niños, y declaró: **“No maten niños ni trabajadores”⁽¹⁾**, refiriéndose a los civiles asalariados, estableciendo así el principio fundamental de que en las guerras solo se debe combatir a los combatientes.

Cuando designaba a un comandante de ejército, le instruía diciendo: **“Combatan y no traicionen, no sean desleales, no mutilen y no maten a ningún niño”⁽²⁾**. Abu Bakr sintetizó estas instrucciones cuando dijo: “No maten a ningún niño, ni mujer, ni anciano mayor, ni enfermo, ni monje, y no corten ningún árbol frutal, ni destruyan lo próspero, ni sacrifiquen camello ni vaca excepto para comer, y no ahoguen ni quemen palmeras”⁽³⁾.

También se transmitió que el Profeta ﷺ dijo: **“Partan en el nombre de Allah y con Allah y sobre la religión del Mensajero de Allah, y no maten a ningún anciano, ni a ningún niño ni menor, ni a ninguna mujer, y mejoren y**

(1) Sunan Ibn Mayah (2842).

(2) Musnad Ahmad (18097).

(3) Al-Muwatta (918).



hagan el bien, ciertamente Allah ama a los correctos”⁽¹⁾. Estas directrices fueron seguidas fielmente por los musulmanes en sus conquistas.

El Profeta ﷺ estableció estas enseñanzas en una época en que el mundo entero las desconocía y no las practicaba, y, aun así, exigió a los musulmanes su cumplimiento, independientemente de que el resto del mundo las ignorara.

El Profeta ﷺ se distinguió por su compromiso inquebrantable con los pactos establecidos con sus enemigos. Un ejemplo notable es la historia de Hudhaifa bin Al-Yaman, que Allah esté complacido con ambos, quien relató: “Lo único que me impidió participar en Badr fue que salí con mi padre, y los incrédulos de Quraish nos capturaron y dijeron: ‘Ustedes quieren ir con Muhámmad’. Les dijimos: ‘No lo queremos a él, solo queremos ir a Medina’. Entonces nos hicieron jurar por Allah y nos hicieron prometer que iríamos a Medina y no combatiríamos junto a Muhámmad ﷺ. Cuando los dejamos atrás, fuimos al Mensajero de Allah ﷺ y le mencionamos lo que ellos dijeron y lo que nosotros les dijimos, y preguntamos: ‘¿Qué opinas?’ ¡Oh, Mensajero de Allah! Dijo: **‘Pediremos la ayuda de Allah contra ellos y cumpliremos con su pacto’**”.⁽²⁾

Así, ordenó a Hudhaifa y a su padre mantener el pacto con los politeístas, a pesar de la escasez de musulmanes en Badr y su necesidad de apoyo. El cumplimiento de los pactos y la prohibición de la traición eran principios inviolables para el Profeta ﷺ.

Abu Rafi’ narró: “Quraish me envió al Mensajero de Allah ﷺ. Cuando vi al Mensajero de Allah ﷺ, el Islam fue puesto en

(1) Sunan Abu Dawud (2614).

(2) Al-Mustadrak (4908).

mi corazón y dije: ‘¡Oh, Mensajero de Allah! ¡Por Allah que nunca volveré con ellos!’ El Mensajero de Allah ﷺ dijo: **‘Yo no traiciono los pactos ni detengo a los mensajeros, pero regresa, y si lo que sientes en tu corazón ahora permanece, entonces vuelve’**”.⁽¹⁾

Al establecer estas leyes de combate, el Profeta ﷺ no respondía a presiones de opinión pública mundial ni a convenios internacionales, sino que proclamaba y aplicaba una ley divina orientadora para devolver a la humanidad a su rectitud.

Tercero: Como líder militar, combinaba cualidades éticas excepcionales con talentos estratégicos sobresalientes. Su ejército le profesaba un amor sincero y una fe inquebrantable. Involucraba a sus tropas en las decisiones, consultaba con los más aptos, y luego actuaba con determinación, tomando precauciones, enviando espías, anticipándose a los planes enemigos y sorprendiéndolos con estrategias inesperadas, demostrando así las habilidades propias de un líder excepcional ﷺ.

Cuarto: En sus batallas, el Profeta ﷺ ejemplificaba la valentía, firmeza y serenidad, especialmente en los momentos más intensos y severos del combate.

Durante la batalla de Hunain, cuando sus compañeros huyeron, el Profeta ﷺ demostró una valentía extraordinaria al avanzar solo en su mula, proclamando: **“Yo soy el Profeta, sin mentira, yo soy el hijo de Abdul-Muttalib. ¡Oh, Allah, haz descender Tu victoria!”**. Su firmeza inspiró a sus compañeros, quienes finalmente regresaron a su lado⁽²⁾.

(1) Sunan Abu Dawud (2758).

(2) Sahih Al-Bujari (2864) y Sahih Muslim (1776).

Esta valentía quedó registrada en el testimonio de Al-Bara', quien, al ser interrogado "¿Huyeron ustedes el día de Hunain?", respondió categóricamente: "En cuanto al Mensajero de Allah ﷺ, él no huyó"⁽¹⁾. De hecho, se decía que el más valiente de los compañeros en el combate era siempre quien se mantenía más cerca del Profeta ﷺ.⁽²⁾

Quinto: Es notable que, a pesar de la intensidad de las enemistades y el número de expediciones, el Profeta ﷺ participó personalmente en solo ocho batallas. Las bajas totales en todos sus enfrentamientos, sumando tanto musulmanes como adversarios, no llegaron a mil personas.

Esta estadística revela que el Profeta ﷺ no buscaba el derramamiento de sangre ni encontraba satisfacción en la muerte. Su aproximación al combate era precisa y mesurada, como la de un cirujano con su bisturí, recurriendo a la lucha únicamente cuando se habían agotado todas las alternativas pacíficas y la situación lo ameritaba. Esta actitud se reflejó en su tendencia al perdón: la mayoría de aquellos a quienes venció no solo fueron perdonados, sino que posteriormente se convirtieron en sus aliados y lucharon a su lado.

Sexto: Un aspecto fundamental de sus campañas militares fue que jamás utilizó la coerción para forzar la conversión al Islam, pues esta es una religión que rechaza la imposición forzosa de la fe. Como establece Allah, el Altísimo: **"No hay coacción en la religión. La guía se ha diferenciado claramente del desvío" [2:256]**. Y reafirma en otra aleya: **"Si tu Señor hubiera querido, todos los habitantes de la tierra**

(1) Sahih Al-Bujari (2930) y Sahih Muslim (1776).

(2) Véase: capítulo El Mensajero ﷺ y el valor del libro "La vida profética" del autor.

habrían creído. ¿Acaso tú [Oh, Muhámmad] vas a forzar a los hombres a que sean creyentes?” [10:99]. Este principio es inquebrantable: ni la fe ni la incredulidad pueden surgir de la coerción.

Un ejemplo ilustrativo de estos principios ocurrió cuando el Profeta ﷺ, al enterarse de que la tribu de Ghatafan planeaba atacar Medina, marchó rápidamente hacia ellos con su ejército. La sorpresiva llegada de las fuerzas musulmanas provocó su retirada sin que hubiera enfrentamiento, cumpliendo así el Profeta ﷺ su objetivo de disuasión. Sin embargo, uno de sus guerreros más aguerridos, Ghawraz bin Al-Hariz, insatisfecho con el desenlace, decidió seguir al ejército musulmán en busca de una oportunidad para asesinar al Profeta ﷺ.

Ghawraz observó que su mejor oportunidad llegaría durante el descanso del mediodía, cuando el intenso calor dispersara al ejército bajo la sombra de los árboles. Tal como había previsto, encontró al Mensajero de Allah ﷺ descansando solo bajo un árbol, con su espada colgada en una rama. Sigilosamente, se acercó, tomó la espada y, amenazante, preguntó: “¿Quién te protegerá de mí, oh, Muhámmad?” Con serenidad inquebrantable, el Profeta ﷺ respondió: **“Allah”**. La firmeza de su mirada y respuesta fue tal que Ghawraz, sobrecogido, dejó caer la espada de sus manos temblorosas.

El Profeta ﷺ, recogiendo el arma, le devolvió la pregunta: **“¿Quién te protegerá de mí?”** Ghawraz, reconociendo la nobleza de su adversario, respondió: “Oh Muhámmad, sé el mejor captor”. Cuando el Profeta ﷺ le invitó a abrazar el Islam, Ghawraz declinó, pero prometió: “No te combatiré ni me aliaré con quienes te combatan”. El Profeta ﷺ, aceptando su palabra, lo dejó marchar libremente. Al regresar con su



gente, Ghawraz declaró: “He venido a ustedes luego de estar con la mejor persona”.⁽¹⁾

Este episodio ejemplifica cómo la adhesión al Islam siempre fue resultado de una elección personal, libre de cualquier forma de intimidación o coerción.⁽²⁾

(1) Las evidencias de la profecía de Al-Baihaqi (375/3).

(2) La vida profética, del autor (112/2).

El Tratado de Hudaibiia

En el sexto año de la Hégira, el Profeta ﷺ emprendió un viaje hacia La Meca, acompañado por 1,400 seguidores entre emigrantes y auxiliares. Su objetivo era realizar la Umrah, motivado por una visión divina que le mostró a él y sus compañeros completando los rituales en la Mezquita Sagrada. Aunque la expedición tenía fines puramente religiosos, los musulmanes portaban armas como medida preventiva ante posibles hostilidades de Quraish.

Al enterarse de su aproximación, Quraish estableció un campamento en Baldah para bloquear el acceso a La Meca. En respuesta, el Profeta ﷺ detuvo su avance en Hudaibiia, desde donde inició esfuerzos diplomáticos para comunicar sus intenciones pacíficas. Su declaración fundamental establecía: **“Por Aquel en cuya mano está mi alma, no me pedirán un plan que honre los lugares sagrados de Allah sin que se los conceda”⁽¹⁾**. Esta postura reflejaba su compromiso con una resolución pacífica y su respeto por los lugares sagrados.

Quraish, tras verificar estas intenciones pacíficas, envió una serie de emisarios para evaluar la fuerza y determinación

(1) Sahih Al-Bujari (2731).



de los musulmanes, buscando simultáneamente una solución diplomática que impidiera el acceso inmediato a la Kaaba. La llegada de Suhail ibn Amr como negociador principal fue interpretada positivamente por el Profeta ﷺ, quien comentó: **“Se les ha facilitado su asunto”⁽¹⁾ y “Ellos quieren la paz, porque han enviado a este hombre”⁽²⁾.**

Las instrucciones de Quraish a Suhail eran claras: negociar la paz con la condición de que los musulmanes pospusieran su entrada a La Meca hasta el año siguiente, preservando así la percepción de que Quraish mantenía el control de la ciudad. Durante la redacción del tratado, surgió un punto de negociación crucial cuando el Profeta ﷺ propuso incluir una cláusula sobre el acceso inmediato a la Casa Sagrada para realizar el tawaf. Suhail objetó esta propuesta, insistiendo en que tal acceso debería posponerse hasta el año siguiente, limitándolo entonces a tres días. El Profeta ﷺ, priorizando el establecimiento de la paz, aceptó esta modificación.

Esta negociación ilustra la disposición del Profeta ﷺ para hacer concesiones significativas en aras de alcanzar un acuerdo pacífico, demostrando su visión estratégica y su compromiso con la resolución no violenta de conflictos.

La negociación del tratado alcanzó un punto crítico cuando Suhail impuso una condición controversial: la devolución de cualquier persona que abandonara Quraish para unirse a los musulmanes, incluso si se había convertido al Islam. Esta cláusula generó inmediata consternación entre los musulmanes, quienes cuestionaron la moralidad de devolver creyentes a los politeístas.

(1) Sahih Al-Bujari (2731).

(2) Musnad Ahmad (18910).

La complejidad de esta situación se manifestó dramáticamente cuando Abu Yandal, el hijo de Suhail, apareció en el campamento musulmán arrastrando sus cadenas, habiendo escapado del encarcelamiento en La Meca. Suhail inmediatamente exigió su devolución como primera prueba del cumplimiento del tratado. A pesar de los intentos del Profeta ﷺ por negociar una excepción, Suhail se mantuvo inflexible, amenazando con abandonar las negociaciones.⁽¹⁾

Los términos finales del acuerdo incluyeron:

- Un cese de hostilidades por diez años
- Libertad para que las tribus se aliaran con cualquiera de las partes
- Postergación de la entrada de los musulmanes a La Meca hasta el año siguiente

Las tribus respondieron rápidamente: Juza'a se alió con el Profeta ﷺ, mientras que Banu Bakr se alineó con Quraish.

Los compañeros del Profeta ﷺ experimentaron profunda angustia por estas condiciones, particularmente por tener que abandonar su anhelada Umrah y por la obligación de devolver a los musulmanes que buscaban refugio. Cuando cuestionaron estas disposiciones, el Profeta ﷺ respondió con visión profética: **“Sí, porque quien de nosotros vaya a ellos, que Allah lo aleje, y quien venga a nosotros de ellos, Allah le proporcionará un alivio y una salida”**.⁽²⁾

La revelación subsecuente fue extraordinaria: **“Es posible que Allah haga surgir afecto mutuo entre ustedes y los que ahora son sus enemigos”** [60:7]. Esta predicción, impensable

(1) Musnad Ahmad (18910) y Sahih Al-Bujari (2731).

(2) Musnad Ahmad (13827) y Sahih Muslim (1784).



en el momento de intensa animosidad, se materializó sorprendentemente pronto con la conversión masiva de muchos mecenos al Islam y el establecimiento de fuertes vínculos de hermandad. Este cumplimiento validó la promesa divina: **“Promesa de Allah. Allah no falta a Su promesa, pero la mayoría de la gente no sabe”** [30:6].

Esta transformación extraordinaria de enemistad en afecto demuestra la sabiduría divina que trascendía las limitaciones de la percepción humana del momento, confirmando la naturaleza profética de la visión del Mensajero ﷺ.

El Tratado de Hudaibiia marcó una transformación fundamental en las relaciones entre musulmanes y politeístas, sustituyendo el conflicto por la coexistencia pacífica. Este nuevo ambiente de seguridad facilitó interacciones significativas entre ambos grupos, permitiendo que los mecenos obtuvieran una comprensión directa y auténtica del Islam y su Profeta ﷺ, libre de las distorsiones previas.

La eficacia de esta exposición directa se manifestó en la conversión de figuras prominentes de Quraish, incluyendo a su comandante militar Jálid ibn Al-Walid y su líder político Amr ibn Al-As. La reflexión posterior de Amr ibn Al-As sobre su tardía conversión resulta particularmente reveladora. Cuando se le cuestionó sobre este retraso, considerando su reconocida capacidad intelectual, explicó que la influencia de los líderes tribales mayores había nublado inicialmente su juicio. Solo cuando pudo examinar el mensaje del Profeta ﷺ de manera independiente, reconoció su claridad y verdad.⁽¹⁾

(1) Genealogía de Quraysh de Mus'ab Al-Zubayri (410) y Historia de Damasco de Ibn 'Asakir (128/46).



El impacto transformador del tratado se evidencia en el testimonio de Al-Zuhri, quien lo describe como la conquista más significativa en la historia temprana del Islam. La suspensión de las hostilidades creó un ambiente propicio para el diálogo constructivo, resultando en una expansión sin precedentes de la comunidad musulmana. Durante los dos años siguientes a la firma del tratado, el número de conversiones igualó o superó el total acumulado en todos los años anteriores. ⁽¹⁾

Este período demuestra cómo la paz y el diálogo abierto resultaron más efectivos para la propagación del Islam que el conflicto armado. La capacidad de las personas para evaluar el mensaje islámico sin la presión del antagonismo condujo a conversiones basadas en la convicción genuina y la comprensión clara de sus principios.

(1) La biografía del Profeta por Ibn Hisham (322/2).



Correspondencia con los Reyes



El Tratado de Hudaibiia abrió nuevos horizontes para la difusión del mensaje islámico, permitiendo su expansión tanto dentro como fuera de la Península Arábiga. Esta expansión reflejaba la naturaleza universal del Islam, como lo evidencian las revelaciones coránicas: **“No te he enviado [¡oh, Muhámmad!] sino como anunciador de buenas noticias y advertidor para toda la humanidad”** [34:28], **“Diles [¡oh, Muhámmad!]: ‘¡Oh, gente! Soy el Mensajero de Allah para todos ustedes’”** [7:158], y **“No te he enviado [¡oh, Muhámmad!] sino como misericordia para todos los mundos”** [21:107].

Tras su retorno de Hudaibiia, el Profeta ﷺ inició una campaña diplomática significativa, despachando simultáneamente seis emisarios en el mes de Muharram del séptimo año. Estos mensajeros llevaban cartas que explicaban el mensaje y la misión profética a diversos gobernantes, incluyendo a Cosroes de Persia, el Muqawqis de Egipto y el emperador bizantino Heraclio.

La recepción de la carta por Heraclio resultó particularmente significativa. Al recibirla, el emperador solicitó la presencia de personas que conocieran personalmente al Profeta

ﷺ, preferentemente de su propia tribu. La presencia de comerciantes mecenos, encabezados por Abu Sufián, entonces adversario del Profeta ﷺ, proporcionó esta oportunidad.

El interrogatorio que siguió fue notable por su metodología. Heraclio dispuso cuidadosamente la escena, colocando a Abu Sufián al frente y a sus compañeros detrás, instruyéndoles que corrigieran cualquier falsedad en su testimonio. Abu Sufián, aunque adversario del Profeta ﷺ, admitió posteriormente que esta disposición lo compelió a mantener la veracidad: “Si no hubiera sido por la vergüenza de ser señalado como mentiroso por mis compañeros, habría mentido sobre él.”

La primera pregunta de Heraclio se centró en el linaje del Profeta ﷺ, a lo que Abu Sufián respondió confirmando su noble ascendencia. Esta respuesta inicial establecería el tono para un interrogatorio que resultaría crucial en la evaluación del mensaje islámico por parte de uno de los más poderosos gobernantes de la época.

El interrogatorio de Heraclio continuó con preguntas estratégicamente diseñadas para evaluar la autenticidad del mensaje profético. Las respuestas de Abu Sufián, aunque provenían de un adversario, proporcionaron un testimonio involuntariamente favorable:

El intercambio reveló que nadie había realizado proclamaciones similares anteriormente, que el Profeta ﷺ nunca había sido acusado de falsedad antes de su misión, y que no provenía de linaje real. Sus seguidores eran principalmente personas humildes, aumentaban constantemente en número, y ninguno había abandonado la fe por insatisfacción. Además, el Profeta ﷺ era conocido por su absoluta fidelidad a sus compromisos.



La evaluación de Heraclio demostró un profundo entendimiento de los signos proféticos. Analizó cada respuesta metódicamente: la ausencia de ambición dinástica, el apoyo de los humildes (característico de los mensajeros divinos), el crecimiento sostenido de seguidores, la permanencia de los conversos, y la integridad personal del Profeta ﷺ. Las enseñanzas fundamentales - el monoteísmo puro, la oración, la veracidad, la castidad, y la fidelidad a los compromisos - confirmaron aún más su evaluación.

La carta profética ejemplificaba la diplomacia islámica temprana:

“En el nombre de Allah, el Clemente, el Misericordioso. De Muhámmad, siervo de Allah y Su Mensajero, a Heraclio, líder de los bizantinos. La paz sea con quien sigue la guía. Te invito al Islam. Acepta el Islam y estarás a salvo. Acepta el Islam y Allah te dará doble recompensa. Si rechazas, cargarás con el pecado de tus súbditos. Y: ¡Oh, Gente del Libro! Convengamos en una creencia común: No adoraremos sino a Allah, no Le asociaremos nada y no tomaremos a nadie de entre nosotros como divinidad fuera de Allah’. Y si rechazan digan: ‘Sean testigos de que nosotros somos musulmanes’” [3:64].⁽¹⁾

Este intercambio diplomático demuestra la naturaleza universal del Islam y el compromiso del Profeta ﷺ con la difusión global de su mensaje, utilizando los canales diplomáticos disponibles en su época. La metodología empleada - correspondencia formal con líderes mundiales - estableció un precedente significativo en las relaciones internacionales islámicas.

(1) Sahih Al-Bujari (2940).

La respuesta de los gobernantes al mensaje islámico revela una dinámica fundamental: su rechazo no surgía de dudas sobre la autenticidad del mensaje, sino de su apego al poder y su resistencia a abandonar posiciones de privilegio⁽¹⁾. Esta realidad contrasta significativamente con el enfoque del Profeta ﷺ hacia aquellos líderes que aceptaron el Islam, a quienes permitió conservar sus posiciones de autoridad y sus posesiones. Esta política reflejaba el objetivo fundamental de su misión: no la acumulación de poder político, sino la difusión de la guía divina y la liberación de la humanidad de la ignorancia y la idolatría.

La grandeza del carácter profético se manifestaba en su capacidad para mantener dos roles aparentemente contrastantes. Por un lado, se dirigía con autoridad y claridad a los monarcas más poderosos de su tiempo, exhortándolos a abandonar la arrogancia y la opresión para abrazar la adoración exclusiva de Allah. Por otro lado, demostraba una humildad y accesibilidad extraordinarias en su trato con las personas comunes, como evidencia su respuesta al beduino de apariencia modesta que solicitó permiso para interrogarlo severamente. La respuesta del Profeta ﷺ fue **“Pregunta lo que quieras”**⁽²⁾, ejemplifica la accesibilidad y paciencia que caracterizaban su interacción con todos los niveles de la sociedad.

Esta dualidad en su comportamiento - autoritativo ante los poderosos y accesible para los humildes - ilustra la naturaleza universal de su mensaje y su capacidad para adaptar su aproximación según las necesidades de diferentes audiencias, manteniendo siempre la integridad de su misión profética.

(1) La biografía profética de Muhámmad Mahdi Rizqullah (524).

(2) La humanidad de Muhámmad de Jalid Muhámmad Jalid.

La Conquista de La Meca

La violación del Tratado de Hudaibiya se originó en las dinámicas tribales existentes. El acuerdo permitía a las tribus elegir sus alianzas: Juza'a se alineó con el Profeta ﷺ, mientras que Banu Bakr se alió con Quraish. Las antiguas rivalidades entre estas tribus culminaron en un ataque nocturno de Banu Bakr contra Juza'a, cerca de La Meca, aproximadamente dieciocho meses después del tratado.

Quraish, subestimando las consecuencias, proporcionó apoyo material y militar a Banu Bakr, violando directamente los términos del tratado. Prominentes líderes quraishíes, incluyendo a Safwan ibn Umaiah, Shaibah ibn Uzman y Suhail ibn Amr, participaron en esta transgresión.

La respuesta de Juzaa fue inmediata. Amr ibn Salim al-Juzai viajó a Medina para solicitar la intervención del Profeta ﷺ, quien respondió con firmeza: **“Serás auxiliado, oh Amr ibn Salim”⁽¹⁾**. Esta violación del tratado precipitó una movilización militar significativa: el Profeta ﷺ reunió un ejército de diez mil combatientes, incluyendo emigrados, auxiliares y tribus aliadas de los alrededores de Medina.

(1) Al-Sunan Al-Kubra de Al-Baihaqi (18859).

Durante la marcha hacia La Meca, Al-Abbas ibn Abdul-Muttalib, tío del Profeta ﷺ, se unió al ejército musulmán. Mientras tanto, Quraish, anticipando represalias por su transgresión, envió una delegación encabezada por Abu Sufián, Hakim ibn Hizam y Budail ibn Warqa para evaluar la situación.

Al-Abbas, montando la mula del Profeta ﷺ, interceptó a la delegación. Su intención era facilitar una reconciliación entre Quraish y el Profeta ﷺ antes de que el ejército alcanzara La Meca. El encuentro resultó en una prolongada conversación nocturna entre el Profeta ﷺ y Abu Sufián, durante la cual se discutió la posibilidad de la conversión al Islam. Ante la indecisión de Abu Sufián, el Profeta ﷺ instruyó a Al-Abbas para que lo alojara y lo trajera de vuelta al día siguiente, demostrando paciencia y disposición al diálogo incluso en circunstancias de clara violación del tratado.

La conversión de Abu Sufián al Islam marcó un momento decisivo en la historia de La Meca. Reconociendo su influencia y amor por el prestigio, Al-Abbas solicitó al Profeta ﷺ que le concediera una distinción especial. El Profeta ﷺ, demostrando su sabiduría diplomática, declaró: “Quien entre en la casa de Abu Sufián estará a salvo”. Esta concesión a quien anteriormente había liderado ejércitos contra los musulmanes en las batallas de Uhud y Al-Ahzab ejemplifica la priorización profética de la guía sobre la venganza.

Abu Sufián, impresionado por la magnitud del ejército musulmán, advirtió a los mecenos sobre la futilidad de la resistencia y transmitió las garantías de seguridad ofrecidas por el Profeta ﷺ: protección para quienes se refugiaron en la casa de Abu Sufián, en sus propios hogares o en la mezquita.

La entrada del Profeta ﷺ a La Meca como conquistador se caracterizó por una humildad extraordinaria. Recitando la sura Al-Fath **“Te hemos concedido una clara victoria”** [48:1], procedió a la purificación de la Kaaba. Mientras derribaba los trescientos sesenta ídolos, proclamaba versículos que anunciaban el triunfo de la verdad sobre la falsedad: **“Ha llegado la Verdad y lo falso no puede originar ni resucitar nada”** [34:49] y **“Ha llegado la Verdad y se ha disipado lo falso. Lo falso está destinado a desaparecer”** [17:81].

El momento culminante llegó cuando el Profeta ﷺ, desde la puerta de la Kaaba, se dirigió a los mecenos reunidos: **“¿Qué creen que haré con ustedes?”**. Su respuesta, “Esperamos el bien, eres un hermano generoso e hijo de un hermano generoso”, fue correspondida con una amnistía general: **“No habrá reproches contra ustedes hoy. Que Allah los perdone. Pueden irse, son libres”**.⁽¹⁾

Esta magnanimidad extraordinaria puso fin a dos décadas de enemistad. Los mecenos, testigos de la destrucción de sus ídolos y del creciente poder del Islam, reconocieron la verdad que habían resistido. La conversión masiva que siguió, con multitudes jurando lealtad al Islam, marcó la transformación definitiva de La Meca en el centro espiritual de la nueva fe.

Los Ansar, observando la cálida acogida de la gente de La Meca hacia el Profeta ﷺ, comenzaron a preocuparse. En sus conversaciones, surgió el temor de que la compasión por su pueblo y el amor por su ciudad pudieran influir en su decisión de regresar con ellos. Temían que el momento de separarse del Mensajero de Allah ﷺ hubiera llegado, pues él había emigrado de La Meca cuando su gente era incrédula, y ahora que todos

(1) Al-Sunan Al-Kubra de Al-Baihaqi (18276-18275).

habían abrazado el Islam, existía el recelo de que pudiera ser convencido de quedarse.

La revelación descendió sobre el Profeta ﷺ, informándole de sus preocupaciones. Los convocó y les preguntó directamente sobre lo que habían dicho. Tras escuchar sus preocupaciones, les respondió con firmeza: **“¡De ninguna manera! Soy el siervo de Allah y Su Mensajero. Emigré hacia Allah y hacia ustedes. Mi vida es su vida y mi muerte será su muerte”**. Conmovidos, comenzaron a llorar y declararon: “Por Allah, solo dijimos lo que dijimos por amor a Allah y a Su Mensajero”. Él les tranquilizó: **“Ciertamente, Allah y Su Mensajero les creen y los disculpan”**⁽¹⁾. Regresaron reconfortados, experimentando una inmensa alegría y paz por la gracia de Allah y la incondicional lealtad de Su Mensajero.

Entre los resultados más significativos de esta conquista destacó la rápida adhesión de las tribus árabes al Islam. Habían estado expectantes, aguardando el desenlace del conflicto entre el Profeta y su tribu Quraish. Como manifestó Amr ibn Salamah Al-Jarmi: “Los árabes esperaban la conquista para aceptar el Islam, diciendo: ‘Déjenlo con su gente, si triunfa sobre ellos, es un profeta verdadero’. Cuando ocurrió la conquista, cada pueblo se apresuró a abrazar el Islam”⁽²⁾. Esta perspectiva sobre los Quraish se fundamentaba en su condición de líderes, protectores de la Casa Sagrada y principales opositores al Mensajero ﷺ.

Cuando La Meca fue conquistada y los Quraish se sometieron al Mensajero de Allah ﷺ, los árabes comprendieron la futilidad de combatirlo o mostrarle enemistad. En consecuencia,

(1) Sahih Muslim (1780).

(2) Sahih Al-Bujari (4302).



ingresaron en la religión de Allah en multitudes, tal como lo atestigua la revelación divina: **“Cuando llegue el auxilio de Allah y la victoria y veas a la gente entrar en la religión de Allah en multitudes glorifica a tu Señor con Su alabanza y pide Su perdón. Él es el Indulgente” [110:1-3].**

A pesar de que la mayoría de los habitantes de La Meca y sus ancianos habían sido enemigos del Profeta ﷺ, habiéndole hecho la guerra y causado daño, con tan solo perdonarlos el Profeta ﷺ dejó todo eso atrás. No le recordó a ninguno de ellos sus acciones pasadas ni las mencionó. En cambio, se esforzó por extraer la enemistad y el odio de sus corazones a través de la generosidad y los regalos. Otorgó a sus líderes cientos de camellos para ganar sus corazones y purificar sus intenciones, lo que incrementó su fe y su amor por él.

La fe se arraigó profundamente en sus corazones y se convirtieron en soldados y predicadores de esta religión, defendiendo su causa.⁽¹⁾

(1) Véase: La biografía del Profeta por Ibn Hisham (399/1), Explicación de los significados de las tradiciones de Al-Tahawi (5450), La biografía de Al-Halabi de Ibn Burhan Al-Din Al-Halabi (151-102/3) y La biografía profética a la luz de las fuentes originales de Muhámmad Mahdi Rizqullah (537).

El Año de las Delegaciones

Tras la conquista de La Meca y la conversión de los Quraish al Islam, comenzaron a llegar delegaciones árabes desde todos los puntos cardinales para jurar lealtad a la nueva fe. La afluencia fue tan significativa que el año noveno se conoció como el Año de las Delegaciones. Cada grupo tenía su propia narrativa y recibió un trato de hospitalidad y generosidad por parte del Profeta ﷺ.

Entre las historias más notables destaca la delegación de Bani Sa'd ibn Bakr, quienes enviaron a Dimam ibn Za'laba, uno de sus hombres más influyentes. Al llegar a Medina, ató su camello a la entrada de la mezquita y se dirigió al interior. Rodeado de Compañeros, con el Mensajero de Allah ﷺ entre ellos, Dimam no pudo identificarlo inicialmente. Tras preguntar, solo pudieron señalarlo por su luminosidad y dignidad, describiéndolo como "aquel de tez clara que está sentado".

Con un acercamiento directo y algo tosco, Dimam interpelló: "¡Oh, hijo de Abdul-Muttalib!". El Profeta ﷺ respondió con paciencia: **"Te he respondido, soy el hijo de Abdul-Muttalib"**. Cuando preguntó por su nombre y recibió confirmación, anunció su intención de interrogarlo



con severidad. El Mensajero respondió con una magnificencia que lo caracterizaba: **“No me molestaré, pregunta lo que quieras”**. Su actitud revelaba la transparencia y claridad de su doctrina, sin espacios para la duda o el misterio.

Las preguntas de Dimam demostraban una mente metódica y reflexiva. Comenzó con una serie de interrogantes sobre la creación: “¿Quién creó el cielo?”, a lo que el Profeta ﷺ respondió: **“Allah”**. Continuó preguntando sobre la tierra, las montañas y su composición, recibiendo invariablemente la misma respuesta.

Finalmente, formuló una pregunta trascendental: “Te pregunto por Quien creó el cielo, creó la tierra, erigió las montañas y puso en ellas lo que puso, tu dios y el dios de quienes te precedieron y de quienes vendrán después: ¿Te ha enviado Allah a toda la humanidad?”. El Profeta ﷺ respondió con convicción: **“¡Por Allah que sí!”**.

Preguntó: “Te pregunto por Quien te envió: ¿Te ha ordenado Allah que lo adoremos solo a Él y que abandonemos estos ídolos que nuestros padres adoraban junto a Él?”. Dijo: **“¡Por Allah que sí!”**. Preguntó: “Te pregunto por Quien te envió: ¿Te ha ordenado Allah que realicemos estas cinco oraciones en nuestro día y noche?”. Dijo: **“¡Por Allah que sí!”**. Preguntó: “Te pregunto por Quien te envió: ¿Te ha ordenado Allah que tomes este zakat de nuestros ricos y lo distribuyas entre nuestros pobres?”. Dijo: **“¡Por Allah que sí!”**. Preguntó: “Te pregunto por Quien te envió: ¿Te ha ordenado Allah que ayunemos el mes de Ramadán en nuestro año?”. Dijo: **“¡Por Allah que sí!”**. Preguntó: “Te pregunto por Quien te envió: ¿Te ha ordenado Allah que realicemos la peregrinación a la Casa quienes puedan hacerlo?”. Dijo: **“¡Por Allah que sí!”**.

Entonces declaró: “Atestiguo que no hay divinidad excepto Allah y que Muhámmad es el Mensajero de Allah. Por Quien te ha enviado con la verdad, no añadiré ni quitaré nada a esto. Soy Dimam ibn Za’laba, hermano de Bani Sa’d ibn Bakr. En cuanto a los actos inmorales, por Allah que nos manteníamos alejados de ellos incluso en la época de la ignorancia -es decir, evitábamos muchos actos inmorales en la yahiliia- y en el Islam nos mantendremos aún más alejados de ellos”.

Luego se dirigió a su camello, desató su cuerda, lo montó y regresó a su gente, sin tener más asuntos que atender en Medina.

Cuando Dimam se marchó, el Profeta ﷺ comentó: **“Este hombre ha comprendido. Si es sincero, ciertamente entrará al Paraíso”**⁽¹⁾. Los sabios entre los Compañeros se asombraron de la comprensión de este beduino, tanto que Omar dijo: “Nunca he visto a nadie hacer mejores preguntas ni ser más conciso que Dimam”.⁽²⁾

Al llegar a su gente, se reunieron a su alrededor, y lo primero que hizo fue destruir la supuesta grandeza de sus ídolos, proclamando: “¡Qué despreciables son Al-Lat y Al-Uzza!”. Su gente se sorprendió de tal osadía contra los ídolos que adoraban. Le advirtieron de lo que ellos mismos temían sobre el daño y la ira de los dioses, diciendo: “¡Tranquilo, Dimam! Teme la lepra, teme la enfermedad”.

Pero Dimam había superado ya estas creencias y había corregido su perspectiva y convicción. Les respondió: “¡Ay de ustedes! Por Allah, estos ídolos no pueden dañar ni beneficiar.

(1) Musnad Ahmad (2380), Sahih Al-Bujari (63), Sunan Abu Dawud (486) y otros.

(2) Fath Al-Bari de Ibn Hayar (321/1).



Allah ha enviado un Mensajero y le ha revelado un Libro para salvarlos de su situación actual. Atestiguo que no hay divinidad excepto Allah, Único sin asociados, y que Muhámmad es Su siervo y Mensajero. He venido a ustedes de su parte con lo que les ordena y lo que les prohíbe”.

Continuó dialogando y convenciéndolos hasta que, al final de ese día, no quedó en su comunidad hombre o mujer que no se hubiera convertido al Islam. Cuando los Compañeros se enteraron de esto, Ibn Abbas رضي الله عنه comentó: “Nunca hemos oído de un divulgador mejor que Dimam ibn Za’laba”.⁽¹⁾

Su historia de conversión demuestra la extensión de las enseñanzas del Islam entre las tribus árabes, pues Dimam no vino a preguntar sobre ellas, sino a verificarlas, enumerándolas una por una, lo que indica que las conocía antes de venir al Mensajero ﷺ.

Entre las historias de estas delegaciones está la de Malik ibn Al-Huwayriz, quien narró: “Llegamos al Profeta ﷺ siendo jóvenes de edades similares. Nos quedamos con él veinte noches, y era compasivo y amable. Cuando percibió que extrañábamos a nuestras familias, nos preguntó por quienes habíamos dejado atrás y le informamos. Entonces dijo: **“Regresen con sus familias, permanezcan entre ellos, enséñenles y ordénenles [el bien], y oren como me han visto orar”**.”⁽²⁾

Aquí se observa cómo sintieron la misericordia del Profeta ﷺ y su amabilidad hacia ellos, su sensibilidad hacia sus deseos, pues eran jóvenes que extrañaban a sus esposas. Consideró todo esto, les preguntó por sus familias y por quienes habían dejado de su gente, mostrando así mayor cercanía e interés

(1) Véase: Sahih Al-Bujari (63), Sahih Muslim (12) y Fath Al-Bari (324/1).

(2) Sahih Al-Bujari (631) y Sahih Muslim (674).

por ellos. Luego les ordenó regresar con sus familias, dándoles la responsabilidad de enseñar lo que habían aprendido de él, enfatizando lo más importante: la oración.

Era costumbre del Profeta ﷺ con estas delegaciones darles un regalo con el que regresaran, una compensación monetaria por lo que habían gastado en su viaje, que servía como presente para llevar a sus familias. Por eso, recomendó antes de su muerte que continuaran con esta práctica, diciendo: **“Den a las delegaciones similar a lo que yo solía darles”**.⁽¹⁾

Estas tribus venían a él desde diversas regiones de las tierras árabes, algunos cercanos y otros lejanos, citadinos y beduinos, del norte, sur, este y oeste de Medina. Cada tribu tenía su naturaleza y particularidades, pero él los acogía a todos, los abarcaba con su generosidad y buen carácter, haciendo de cada encuentro un recuerdo imborrable en sus almas, como permaneció con toda su intensidad emocional en el alma de Malik ibn Al-Huwayriz y los jóvenes que lo acompañaban.

Es parte de la buena política y la ética del Islam respetar y honrar a los representantes de los pueblos y tribus, como lo demostraba el Mensajero ﷺ con las delegaciones a través de su hospitalidad, excelente recibimiento y generosos regalos.

Las historias de las delegaciones que visitaron al Mensajero ﷺ proporcionan una clara evidencia de la expansión del Islam en la Península Arábiga durante su vida, y de la unificación de la región bajo una sola bandera: la del Islam y el liderazgo del estado islámico en Medina. ¡Por Allah! ¡Qué breves fueron esos diez años en el curso de la historia! Hace una década, este Profeta buscaba a las tribus en sus reuniones, presentándoles el mensaje de Allah e invitándoles a Su religión, siendo recibido

(1) Sahih Al-Bujari (3053) y Sahih Muslim (1637).



con rechazo y negación. Hoy, las tribus vienen a él en su ciudad para declarar su fe y seguir el mensaje que él transmitió.

La afluencia de estas delegaciones a Medina fue el cumplimiento de la promesa de Allah, quien reveló en el Corán una sura que describía este evento antes de que ocurriera: **“Cuando llegue el auxilio de Allah y la victoria y veas a la gente entrar en la religión de Allah en multitudes glorifica a tu Señor con Su alabanza y pide Su perdón. Él es el Indulgente”** [110:1-3]. La conquista de La Meca fue el cumplimiento de Su promesa en **“Cuando llegue el auxilio de Allah y la victoria”**, y el año de las delegaciones fue el cumplimiento de Su promesa en “y veas a la gente entrar en la religión de Allah en multitudes”, pues vinieron al Profeta ﷺ en Medina y entraron en su religión en masas, tal como Allah había prometido y anunciado.

Reflexionando sobre las palabras de Allah: **“Cuando llegue el auxilio de Allah y la victoria”**, es evidente que el auxilio proviene de Allah y la victoria es Suya. Él fue quien dio la victoria a Su Mensajero y conquistó para él, inclinando los corazones de la gente para que entraran en la religión de Allah en grupos después de que lo hacían individualmente, y comenzaran a venir a él después de que él los buscaba.

Así, Muhámmad ﷺ cumplió su misión, transmitió el mensaje y la religión alcanzó a la humanidad. ¿Qué debía hacer después de este triunfo, este éxito y este logro? ¿Organizar una celebración estruendosa? ¿Realizar un desfile militar? ¿Celebrar su victoria como lo hacen los líderes? No, nada de eso. La guía divina en esta sura le ordenó aumentar la glorificación de Allah, Su exaltación y la búsqueda de Su perdón, pues fue Él quien lo honró y lo ayudó, quien le concedió todos sus logros, quien le dio la victoria y quien inclinó los corazones de la gente

para que entraran en la religión de Allah en multitudes. Así se completó su misión, y debía prepararse para el encuentro con su Señor mediante abundante glorificación y búsqueda de perdón.

Muhámmad no vivió después de la victoria para disfrutarla, ni para acumular bienes mundanos, ni para buscar grandeza en la tierra. Vivió después de la conquista como vivió antes de ella, hasta el punto de que al final de su vida pidió comida fiada a un comerciante judío, quien se negó a dársela sin una garantía, a pesar de que el Profeta ﷺ estaba en la cúspide del poder y el triunfo, con toda la Península Arábiga bajo su mando. Sin embargo, no usó su autoridad en sus asuntos personales, sino que entregó su armadura al judío como garantía por el valor de la comida, y falleció con su armadura aún empeñada. ¿Qué obtuvo Muhámmad de este mundo?

El Profeta ﷺ comprendió de esta sura y el cumplimiento de su promesa que su misión en la tierra había concluido y que debía prepararse para el encuentro con Allah, pues su partida de este mundo se acercaba. Debía prepararse para ello mediante la abundante glorificación y magnificación de Allah, la sumisión a su Señor y la búsqueda de Su perdón.

Aisha رَضِيَ اللَّهُ عَنْهَا narró: “El Mensajero de Allah ﷺ solía repetir frecuentemente antes de su muerte: ‘Gloria y alabanza a Ti, busco Tu perdón y me arrepiento ante Ti’. Le pregunté: ‘¡Oh, Mensajero de Allah! ¿Qué son estas palabras nuevas que te veo decir?’ Respondió: **‘Se me ha dado una señal concerniente a mi comunidad, cuando la viera debería decir estas palabras, y ya la he visto’** ‘Cuando llegue el auxilio de Allah y la victoria...’ hasta el final de la sura”.⁽¹⁾

(1) Musnad Ahmad (24065) y Sahih Muslim (484).



Muhámmad ﷺ cumplió su misión y transmitió su mensaje. Solo quedaba volver a su Señor para que le recompensara por su larga y ardua lucha, en la que se esforzó como nadie lo había hecho antes. Su noble recompensa está con Allah, y lo que está junto a Allah es mejor y más duradero.

La Peregrinación de Despedida⁽¹⁾

La peregrinación a la Casa Sagrada de Allah en La Meca es el quinto pilar del Islam, obligatorio una vez en la vida para quien tenga la capacidad de realizarla, como dice Allah: **“Es una obligación para los hombres peregrinar a esta Casa si se encuentran en condiciones de hacerlo [físicas y económicas]. Y quien niegue lo que Allah ha prescrito, sepa que Allah prescinde de todas las criaturas”** [3:97].

El Profeta ﷺ solo realizó una peregrinación después de la Hégira: la Peregrinación de Despedida. En el año décimo, anunció a la gente que peregrinaría ese año. Mucha gente llegó a Medina queriendo peregrinar con el Mensajero de Allah ﷺ. Más personas se le unieron en el camino y delegaciones llegaron directamente a La Meca, reuniéndose así una multitud sin precedentes que superó las cien mil personas.

Los Compañeros preservaron para la comunidad los detalles de su peregrinación, documentándolos y transmitiéndolos minuciosamente, hasta el punto de que quien recopila sus narraciones puede visualizar la escena completa como si hubiera peregrinado con él.

(1) Resumen del libro: Descripción de la peregrinación del Profeta ﷺ, como si estuvieras con él del autor.



No narraremos en este capítulo todos los detalles de su peregrinación, pero nos detendremos en algunas escenas para reflexionar sobre sus significados, implicaciones y la grandeza de sus momentos:

Primero: La grandeza de su devoción a Allah, su veneración hacia Él y su humildad ante Él. Siendo la persona que mejor conocía a Allah y quien más Le temía, entró en estado de Ihram montado en su montura con una silla desgastada y una tela que no valía ni cuatro dírham, diciendo: **“Aquí estoy [Oh Allah] para una peregrinación sin ostentación ni búsqueda de fama”**.⁽¹⁾

Repetía constantemente la Talbiyah y ordenaba a sus compañeros elevar sus voces con ella: **“Labbaik Allahumma Labbaik, Labbaik la sharika laka Labbaik, Innal hamda wan-ni’mata laka wal-mulk, la sharika lak”** (Aquí estoy, Oh Allah, aquí estoy. Aquí estoy, no tienes asociado, aquí estoy. Ciertamente toda la alabanza, la gracia y el reino te pertenecen. No tienes asociado).⁽²⁾

En Arafat, el Profeta ﷺ permaneció sobre su montura en un estado de total súplica y humildad ante Allah. Levantó sus manos hasta su pecho, extendiendo sus palmas como un necesitado pidiendo alimento, completamente quebrantado ante su Señor, el Todopoderoso y Majestuoso. Su actitud era de absoluta sumisión e inmersión en la súplica, aprovechando cada instante para la remembranza y la invocación. Incluso cuando su montura se inquietó y se le cayó la rienda, la tomó con una mano mientras mantenía la otra extendida en súplica.

(1) Sunan Ibn Mayah (2890).

(2) Sahih Al-Bujari (1549) y Sahih Muslim (1184).

Persistía en alabanza a Allah con Tahlil, Tahmid y Talbiiah: **“No hay divinidad sino Allah, Único sin asociados. Suyo es el reino y Suya es la alabanza, y Él tiene poder sobre todas las cosas. Aquí estoy, Oh Allah, aquí estoy. Aquí estoy, no tienes asociado, aquí estoy. Ciertamente toda la alabanza, la gracia y el reino son Tuyos. No tienes asociado. Aquí estoy, Allah de la Verdad, aquí estoy”**⁽¹⁾. Como si presintiera la cercanía de su partida, se le escuchó añadir esa tarde a su Talbiiah: **“Aquí estoy. No hay vida verdadera sino la del Más Allá”**.⁽²⁾

Cuando se contemplan las escenas de su peregrinación, se revelan manifestaciones de devoción a Allah, sumisión y súplica, realizadas por quien mejor conocía a Allah, con total inmersión en la adoración.

Segundo: Durante su viaje, actuó como maestro y guía, enseñando a la gente los ritos, clarificando los asuntos de la peregrinación y respondiendo a sus preguntas. Era completamente accesible; cualquiera podía acercarse y preguntarle, y él atendía a cada persona como si estuviera dedicado exclusivamente a ella.

En el camino, mientras estaba sobre su montura, un beduino se le acercó. La gente le dijo: “Apártate del camino”, pero el Profeta ﷺ respondió: **“Déjenlo, pues tiene una necesidad”**. El beduino se acercó hasta que los cuellos de sus monturas se cruzaron, y tomando las riendas del camello del Profeta ﷺ, preguntó: “Oh Mensajero de Allah, indícame una acción que me haga entrar al Paraíso y me salve del Fuego”. El Profeta preguntó: **“¿Es esta la necesidad que te impulsó?”**. “Sí”, respondió.

(1) Sahih Muslim (1218) y Sunan Ibn Mayah (2920).

(2) Musnad Ahmad (13258).



Entonces, el Profeta ﷺ ofreció una respuesta profunda y concisa: **“Aunque has sido breve en tus palabras, has preguntado algo trascendental. Escucha entonces: Adora a Allah sin asociarle nada, establece la oración, paga el zakat, peregrina a la Casa, ayuna Ramadán, y trata a la gente como te gustaría que te traten a ti, y detesta para ellos lo que detestas para ti”**.⁽¹⁾

El Profeta ﷺ pronunció discursos los días noveno, décimo y undécimo, reiterando que la vida, los bienes y el honor son sagrados, y pidiendo a la gente que atestiguara la transmisión del mensaje. Abu Bakra narró que el Profeta ﷺ dijo en su discurso del décimo día: **“Ciertamente, la sangre, los bienes y el honor son sagrados como la sacralidad de este día, en este mes, en esta ciudad. Que el presente transmita al ausente, pues quizás quien reciba el mensaje lo comprenda mejor que quien lo escuchó”**.⁽²⁾

Enfaticizó la igualdad entre las personas y advirtió contra toda forma de discriminación racial, declarando en su sermón: **“¡Oh gente! Ciertamente vuestro Señor es uno y vuestro padre es uno. Todos son de Adán, y Adán fue creado de tierra. No hay superioridad de un árabe sobre un no árabe, ni de un no árabe sobre un árabe, ni de un negro sobre un blanco, ni de un blanco sobre un negro, excepto por la piedad. Allah dice: ‘¡Oh, gente! Los hemos creado a partir de un hombre y una mujer, y los hemos distribuido en pueblos y tribus para que se conozcan unos a otros. El más noble de ustedes ante Allah es el más piadoso’”** [49:13].

(1) Véase: Musnad Ahmad (23164 ,15883).

(2) Sahih Al-Bujari (67) y Sahih Muslim (1679).

Se despidió de la gente haciéndoles sentir la proximidad de su partida y les confió la responsabilidad de transmitir su religión y predicarla, diciendo: **“¡Oh gente! Por Allah, no sé si después de este día nos encontraremos de nuevo en este lugar. Que Allah tenga misericordia de quien escuche mis palabras hoy, las comprenda y las transmita. ¡Oh gente! Que el presente transmita al ausente, pues quizás quien reciba el mensaje lo comprenda mejor que quien lo escuchó”**.⁽¹⁾

En ese discurso de despedida se percibe un dolor en su adiós y una urgencia en su mensaje, como si estuviera entregando su alma en cada frase.

Tercero: Su humildad ﷺ se manifestó plenamente, pues caminó entre la gente rodeado por sus corazones, observado por sus ojos y querido por sus almas, siendo uno más entre ellos. No se le prepararon monturas especiales, ni desfiles, ni se despejaron los caminos para él, ni se erigieron tiendas. Caminaba entre la gente sin distinción alguna, excepto por el resplandor de la profecía y la majestuosidad del mensaje, moviéndose entre ellos y a su lado. Anas رضي الله عنه dio testimonio de esta cercanía, diciendo: “Yo iba montado detrás de Abu Talha en su montura, y mi rodilla casi tocaba la rodilla del Mensajero de Allah ﷺ”.

La gente rodeaba al Profeta ﷺ como el halo rodea a la luna. Yabir رضي الله عنه dijo: “Miré hasta donde alcanzaba mi vista delante del Mensajero de Allah ﷺ y había jinetes y caminantes, y lo mismo a su derecha, a su izquierda y detrás de él”.⁽²⁾

(1) Véase: Musnad Ahmad (23489 ,13350), Sahih Al-Bujari (1741), Musnad Al-Darimi (233) y Al-Mu'jam Al-Kabir de Al-Tabarani (16).

(2) Sahih Muslim (1218).



Era cercano a la gente y la gente cercana a él. Cualquiera podía aproximarse y él los acogía con el noble carácter que su Señor le había otorgado. Abu Yuhaifa رضي الله عنه narró una escena memorable cuando el Profeta ﷺ estaba en Al-Abtah en La Meca. Siendo un niño de unos diez años, relató: “El Mensajero de Allah ﷺ salió al mediodía vistiendo una túnica roja remangada. Aún puedo ver el brillo de sus pantorrillas. Dirigió a la gente en una oración de dos unidades. Cuando terminó, la gente se acercó a él y comenzaron a tomar sus manos y pasarlas por sus rostros. Tomé su mano y la puse sobre mi rostro, y era más fría que la nieve y más fragante que el almizcle”.⁽¹⁾

¡Por Allah! ¡Qué alma tan complaciente, que permitía que todos se le acercaran, incluso un niño de diez años que tomó su mano y la puso sobre su rostro, sintiendo su frescura y percibiendo su fragancia!

Caminaba entre la multitud, sin camino especial ni cortejo particular, estaba con la gente siendo su líder. No se apartaba a nadie delante de él ni se impedía a nadie acercarse desde atrás. Levantaba su bendita mano derecha, con la palma extendida hacia el cielo, indicándoles: “**¡Oh gente! Mantengan la calma y la dignidad, pues la piedad no está en apresurar a los caballos y camellos**”. Cuando escuchaba el tumulto de la gente detrás de él y su empuje, y veía que golpeaban a los camellos a derecha e izquierda, se volvía hacia ellos y señalaba con su bastón diciendo: “**Despacio, oh gente, mantengan la calma, pues la piedad no está en la prisa**”.⁽²⁾

(1) Musnad Ahmad (18767).

(2) Sunan Abu Dawud (1920).

Rafi' ibn Amr Al-Muzani رضي الله عنه narró otra escena conmovedora de su cercanía: “Vine con mi padre, siendo yo un niño, durante la Peregrinación de Despedida. El Mensajero de Allah ﷺ estaba dando un sermón sobre una mula gris, y Ali ibn Abi Talib interpretaba por él. La gente estaba sentada y de pie. Mi padre se sentó y yo me escabullí entre las monturas hasta llegar a la mula. Tomé su estribo y puse mi mano sobre su rodilla, acaricié su pierna hasta llegar al pie, luego metí mi mano entre la sandalia y el pie. Hasta ahora me parece sentir la frescura de su pie en mi palma”.⁽¹⁾

Si Rafi' ibn Amr se maravilló de la frescura del pie del Profeta ﷺ, nosotros nos maravillamos de la frescura de su carácter y la bondad de su alma. Es el alma complaciente y el carácter grandioso que le permitía continuar con su sermón mientras dejaba que el niño acariciara su pie y metiera su mano bajo su sandalia, enseñando tanto con sus acciones como con sus palabras.

Cuarto: Su despedida a la gente estuvo marcada por la preparación para unirse al Altísimo, tras recibir señales de la cercanía de su momento con la revelación de la sura An-Nasr. Su discurso fue claramente un adiós, manifestado cuando dijo: **“¡Oh gente! Tomen de mí sus ritos, pues no sé si volveré a peregrinar después de este año”**.⁽²⁾

Yubair ibn Mut'im narró un momento significativo en Al-Jayf de Mina, donde el Mensajero de Allah ﷺ destacó la importancia de transmitir y comprender el conocimiento: **“Que Allah ilumine a quien escuche mis palabras, las comprenda y las transmita, pues quizás quien porta un conocimiento**

(1) Sahih Al-Bujari (1671).

(2) Al-Mu'yam Al-Kabir de Al-Tabarani (4458).



no lo comprende completamente, y quizás quien porta un conocimiento lo transmite a alguien que lo comprende mejor que él”.⁽¹⁾

Posteriormente, levantó su cabeza hacia el cielo, preguntando tres veces: **“¡Oh Allah! ¿He transmitido?”**. Cuando la multitud respondió afirmativamente, elevó sus manos suplicando: **“¡Oh Allah, sé testigo! ¡Oh Allah, sé testigo! ¡Oh Allah, sé testigo!”**⁽²⁾

Su urgencia por comunicar era tan intensa que se esforzaba por hacerse oír, elevando su voz y preguntando: **“¿Acaso no escuchan?”** y **“¡Oh mi comunidad! ¿Les he transmitido?”**⁽³⁾. El Profeta se despidió así de la gente, y por eso fue llamada la peregrinación de despedida.

Ante la pregunta de un hombre sobre su consejo final, respondió con claridad: **“Adoren a su Señor, realicen sus cinco oraciones, ayunen su mes, paguen el zakat de sus bienes y obedezcan a quien tenga autoridad sobre ustedes, así entrarán en el Paraíso de su Señor”**.⁽⁴⁾

Estos momentos formaron parte de una cuidadosa preparación para la comunidad, anticipando su próximo fallecimiento tres meses después, asegurando que estuvieran listos para asumir la responsabilidad de continuar el mensaje que él había transmitido.⁽⁵⁾

(1) Al-Sunan Al-Kubra de Al-Nasa'i (3062).

(2) Sunan Abu Dawud (3660), Yami' Al-Tirmidhi (2847) y Sunan Ibn Mayah (230).

(3) Al-Mu'yam Al-Kabir de Al-Tabarani (538).

(4) Sahih Muslim (1218).

(5) Descripción de la peregrinación del Profeta ﷺ como si estuvieras con él del autor (60).

Hacia la Compañía más Elevada

El encuentro del Profeta ﷺ con la muerte fue precedido por una preparación divina meticulosa. Los versículos coránicos fueron revelados con el propósito específico de preparar a la comunidad para este acontecimiento trascendental y guiar al Profeta ﷺ en su elevación hacia el Compañero Más Alto.

Después de la batalla de Uhud, Allah reveló un versículo que normalizaba la mortalidad del Mensajero: **“Muhámmad no es sino un Mensajero a quien precedieron otros mensajeros. ¿Acaso si muere o lo matan, volverán [algunos de] ustedes sobre sus pasos [renegando]? Quien se vuelva atrás no perjudicará a Allah en nada, y Allah recompensará a los agradecidos”** [3:144]. Este pasaje tenía como objetivo preparar a los compañeros para la eventual muerte del Profeta.

Posteriormente, la revelación de la sura An-Nasr proporcionó otra señal significativa. Ibn Abbas explicó que este pasaje marcaba el plazo del Mensajero de Allah ﷺ: **“Cuando llegue el auxilio de Allah y la victoria y veas a la gente entrar en la religión de Allah en multitudes glorifica a tu Señor con Su alabanza y pide Su perdón. Él es el Indulgente”** [110:1-3].⁽¹⁾

(1) Sahih Al-Bujari (4294).

Durante la Peregrinación de Despedida, el Profeta ﷺ se despidió de la gente con un presagio velado, diciendo: **“Quizás no me encuentre con ustedes después de este año”**⁽¹⁾. Su enfermedad duró trece días, periodo durante el cual continuó dirigiendo los asuntos de la comunidad con extraordinaria dedicación.

Inicialmente, siguió dirigiendo las oraciones hasta que su condición se agravó, momento en el que encomendó a Abu Bakr As-Siddiq رضي الله عنه liderar las oraciones. En uno de sus últimos momentos públicos, salió gravemente enfermo, apoyándose en Al-Fadl ibn Al-Abbas y Ali ibn Abi Talib رضي الله عنه, con la cabeza vendada y envuelto en una tela negra.

Subió por última vez al púlpito, donde se sentó rodeado de sus compañeros. Alabó a Allah y pronunció: **“Ciertamente, a un siervo Allah le dio a elegir entre los placeres de este mundo o lo que está junto a Él, y eligió lo que está junto a Él”**. Abu Bakr, comprendiendo el profundo significado, lloró, mientras los demás compañeros inicialmente no captaron la trascendencia de sus palabras.

Abu Sa'id aclaró la reacción de Abu Bakr, indicando que él era quien mejor comprendía la verdadera dimensión de aquellas palabras⁽²⁾. Posteriormente, el Profeta descendió del púlpito, siendo esta la última vez que los compañeros lo verían en ese lugar.

Esta escena marcó el inicio del proceso de transición, preparando sutilmente a la comunidad para el inminente fallecimiento del Mensajero de Allah ﷺ.

(1) Sahih Al-Bujari para Al-Nasa'i (3062).

(2) Sahih Al-Bujari (3904) y Sahih Muslim (2382).

La última vez que los Compañeros vieron al Mensajero de Allah ﷺ fue un lunes, un momento que marcaría profundamente su memoria colectiva. Tras días de ausencia que habían sumido a los creyentes en una profunda tristeza, su noble rostro se asomó al mihrab. Abu Bakr As-Siddiq رضي الله عنه dirigía la oración del alba, su recitación entrecortada por el llanto, cuando de repente se levantó la cortina de la habitación del Profeta.

El Mensajero de Allah ﷺ apareció en la puerta, sonriente, observando a los fieles de pie en la posición que les había enseñado. Su rostro irradiaba una luminosidad tal que parecía una página del mushaf. Los Compañeros quedaron tan impresionados que casi se perturbaron en su oración, imaginando que saldría a dirigirla.

Sin embargo, con un gesto sutil, les indicó que completaran la oración. Luego bajó la cortina, siendo esta la última mirada que les dirigiría⁽¹⁾. Cuando avanzó el día, el Profeta ﷺ se despedía del mundo terrenal, preparándose para unirse al Compañero Más Alto.

‘Aisha رضي الله عنها narró los momentos finales, describiendo cómo el Profeta tomaba agua y se pasaba las manos por el rostro, pronunciando: **“No hay divinidad excepto Allah, ciertamente la muerte tiene su agonía. Oh Allah, ayúdame con la agonía de la muerte”** ⁽²⁾. Su hija Fátima, afligida, exclamó: “¡Qué angustia, padre mío!”. Él la consoló diciendo: **“No habrá más angustia para tu padre después de hoy”**.

A pesar de la severidad de la muerte, el Mensajero mantuvo su preocupación por la comunidad. En sus últimos momentos, repetía incansablemente: **“La oración, la oración,**

(1) Sahih Al-Bujari (680) y Sahih Muslim (419).

(2) Sunan Ibn Mayah (1623).



y **[cuiden de] los que poseen sus diestras**”⁽¹⁾. Incluso cuando su lengua apenas podía pronunciar palabras, su pensamiento seguía centrado en el bienestar de los más vulnerables.

Sus últimas recomendaciones, condensadas en el cuidado de la oración y el trato a los esclavos y sirvientes, reflejaban la esencia de su mensaje: la devoción a Allah y la compasión hacia los seres humanos. Así se despedía el Profeta ﷺ, dejando un legado de misericordia y guía que trascendería su paso terrenal.

La escena final del Profeta ﷺ ofrece una evidencia convincente de su veracidad profética. En los momentos críticos de la agonía, sus preocupaciones revelaron la esencia de su misión: un llamado a establecer la oración y preservar los derechos de los más vulnerables. Esta instancia representa un momento de absoluta transparencia, donde las verdaderas prioridades de un ser humano emergen sin artificio.

En medio de la angustia de la muerte, el Mensajero de Allah ﷺ pronunció sus últimas palabras: **“Oh Allah, perdóname y úneme con la compañía más elevada”**. ‘Aisha رضي الله عنها relató que en ese instante falleció⁽²⁾, descansando en sus brazos, entre su pecho y cuello. Ella añadió que nunca había percibido una fragancia más agradable que la de aquel momento.⁽³⁾

Su fallecimiento representó más que la partida de un individuo; fue la culminación de una misión divina. El Profeta abandonó el mundo terrenal como había llegado: sin riquezas, sin posesiones, dejando únicamente un legado de guía, fe y

(1) Sahih Al-Bujari (3453) y Sahih Muslim (529).

(2) Sahih Muslim (2191).

(3) Musnad Ahmad (24905), Sahih Al-Bujari (1389) y Sahih Muslim (2443).

una legislación universal⁽¹⁾. Su muerte ocurrió en un momento de plenitud, conservando su fortaleza física y mental, evitando la etapa de extrema debilidad que tanto temía.⁽²⁾

Con su partida, cesó la revelación celestial y Medina se sumió en la oscuridad. Fue, como él mismo predijo, la mayor calamidad para la comunidad. Sin embargo, su mensaje trascendió su existencia física. Como él mismo manifestó: **“Ninguno de mi comunidad será afligido por una calamidad después de mi muerte más severa que la calamidad de mi pérdida”**.⁽³⁾

El Mensajero se fue, pero su mensaje permaneció. Fue un predicador cuya prédica continuó más allá de su vida terrenal. Su mensaje, descrito como “una luz de la luz de Allah”, no conocía límites temporales ni espaciales. Era el llamado del Creador que resonaba en los horizontes de la eternidad, guía para todo extraviado y despertar para todo desatento.⁽⁴⁾

Su fallecimiento significaba el Islam se había completado, como atestigua el versículo coránico: **“Hoy he perfeccionado su religión, he completado Mi gracia sobre ustedes y he dispuesto que el Islam sea su religión”** [5:3].

En esencia, Muhámmad ﷺ partió habiendo cumplido su misión sublime: transmitir un mensaje de misericordia, unidad y guía que transformaría para siempre el curso de la humanidad.

(1) Resumen de La biografía profética auténtica a la luz del Corán y la Sunna (594/2) del Dr. Muhámmad Abu Shahba, que Allah tenga misericordia de él.

(2) Sahih Al-Bujari (6390).

(3) Sunan Ibn Mayah (1599).

(4) Revelación del mensaje de Ahmad Hasan Al-Zayyat.

El fallecimiento del Profeta Muhámmad ﷺ marca un momento histórico de profunda trascendencia. Partió habiendo cumplido plenamente su misión de transmitir el mensaje divino, dejando a su comunidad en un camino de claridad y rectitud.

Aspectos destacados de su fallecimiento:

Cumplimiento de la Misión

- Transmitió integralmente el mensaje de Allah
- Dejó a la comunidad musulmana sobre un camino claro y definido
- Estableció una comunidad equilibrada, tal como lo proclama el Corán

Detalles del Fallecimiento

- Fecha: Lunes 13 de Rabi' Al-Awwal, año 11 de la Hégira
- Fecha gregoriana: 9 de junio del 632 d.C.
- Lugar: Su modesta casa en Medina, en la misma cama que utilizó desde su llegada

Legado Espiritual y Material

- No dejó riquezas materiales a sus herederos
- Declaró: **“Nosotros, los profetas, no dejamos herencia. Lo que dejamos es caridad”.**⁽¹⁾
- Ni su hija ni sus esposas recibieron herencia
- No asignó cargos o privilegios especiales a sus familiares
- Vivió como un ciudadano más, sin distinciones

(1) Sahih Al-Bujari (6727) y Sahih Muslim (1758).



Principios Fundamentales

- No solicitó remuneración por su misión profética.
- Su recompensa la esperaba de Allah
- Priorizó el mensaje divino sobre los beneficios mundanos
- Dice en el Corán: **“No les pido remuneración alguna a cambio, este es un Mensaje para todo el universo”**. [6:90]

Su fallecimiento representó el cierre de un ciclo profético, dejando un legado de guía espiritual que trasciende lo temporal.⁽¹⁾

(1) La vida profética del autor (372/2).



Cómo se expresaba el Mensajero ﷺ



El Profeta ﷺ vivió entre sus compañeros desempeñándose como maestro, predicador y educador. Sus seguidores lo escuchaban con profundo amor, recibiendo sus órdenes y prohibiciones con una mezcla de veneración y celebración. Gracias a esta devoción, preservaron meticulosamente sus mandatos, prohibiciones, enseñanzas y consejos, transmitiéndonos sus dichos y acciones con tal precisión que pareciera que nosotros mismos hubiéramos estado presentes, escuchando lo que ellos escucharon y contemplando lo que ellos vieron.

La comunidad musulmana recopiló aproximadamente cuatro mil hadices auténticos del Profeta ﷺ, los cuales abarcan las enseñanzas religiosas, su biografía y la manera en que aplicaba la ley de Allah y cumplía sus obligaciones. Estos hadices fueron meticulosamente documentados y depurados. Sus compañeros memorizaron personalmente lo que escucharon, sus seguidores aprendieron y memorizaron de ellos, y posteriormente nos transmitieron fielmente lo recibido.

La comunidad dedicó un esfuerzo extraordinario a recopilar los dichos del Profeta ﷺ, preservándolos y verificándolos con rigor. Establecieron normas estrictas para su transmisión

que garantizaran su pureza y autenticidad. Ningún hadiz se aceptaba sin conocer detalladamente la cadena de narradores, desde su origen hasta su documentación final. Únicamente fueron recopilados en libros autenticados por eruditos que observaron los más altos estándares de verificación.

Los eruditos musulmanes desarrollaron criterios científicos para determinar la autenticidad de los hadices, evaluando meticulosamente la confiabilidad del narrador y la precisión de su memoria. Nadie puede atribuir un hadiz al Profeta sin citar una fuente confiable reconocida por los especialistas en la materia.

En los hadices del Profeta ﷺ podemos observar características generales sobresalientes:

Primero: Su confirmación del legado de las profecías anteriores y su coherencia con las enseñanzas de los profetas precedentes. Como ejemplifica en sus dichos: **“Entre lo que ha llegado a la gente de las palabras de la profecía está: ‘Si no tienes vergüenza, haz lo que quieras’”**⁽¹⁾. Igualmente, su célebre frase: **“Ninguno de ustedes creará verdaderamente hasta que ame para su hermano lo que ama para sí mismo”**⁽²⁾, que representa la regla de oro enfatizada por las profecías.

Segundo: La extraordinaria brevedad de sus hadices. Al examinar su conjunto, la mayoría oscila entre dos o tres líneas, extendiendo su longitud solo cuando incluye una historia ilustrativa. Esta concisión facilitaba enormemente su memorización y transmisión.

(1) Sahih Al-Bujari (3484).

(2) Sahih Al-Bujari (13) y Sahih Muslim (45).



Tercero: A pesar de su brevedad, las expresiones del Profeta  reúnen múltiples significados en pocas palabras, tal como él mismo describió: **“Me han sido dados los significados concisos de las palabras y se me ha resumido el discurso”⁽¹⁾**. Son principios integrales que destilan una sabiduría refinada y profunda.

Cuarto: La extraordinaria elocuencia de su habla, caracterizada por una retórica sublime y una expresión magnífica. Sus hadices destacan por combinar solidez conceptual, facilidad de comprensión, atractivo comunicativo y una claridad meridiana, todo ello sin caer en la vulgaridad ni en la afectación artificiosa.

Quinto: Una característica fundamental del hadiz profético es su universalidad, abarcando todos los aspectos de la existencia humana. Sus enseñanzas y consejos no se limitan al ámbito espiritual o ético, sino que se extienden de manera integral a la vida espiritual, las relaciones sociales, las interacciones familiares y personales, ofreciendo un plan coherente para una vida digna y virtuosa.

Sexto: A pesar de la amplitud de su discurso, que acompañó las acciones e interacciones humanas en toda su complejidad, sus palabras jamás rozaron lo obsceno o inapropiado. Sus expresiones estaban revestidas de una modestia y castidad admirables, utilizando un lenguaje elegante y educado. Cuando la necesidad requería mencionar temas delicados, lo hacía con términos castos y hermosos, como en su conocido dicho: **“Si alguno de ustedes cuando se acerca a su esposa dice: En el**

(1) Sahih Muslim (523), Shu'ab Al-Iman (1367) y Los hadices seleccionados de Al-Maqdisi (115).

nombre de Allah...”⁽¹⁾, refiriéndose a las relaciones íntimas conyugales.

Sus frases más célebres:

1. “La virtud es el buen carácter, y el pecado es lo que inquieta el alma y detestas que la gente lo sepa”.⁽²⁾

2. “No menosprecies ningún acto de bondad, aunque sea recibir a tu hermano con una sonrisa”.⁽³⁾

3. “No se odien, no se envidien, no se den la espalda, y sean, siervos de Allah, hermanos”.⁽⁴⁾

4. “Digan siempre la verdad, porque la verdad lleva a la virtud, y la virtud lleva al Paraíso”.⁽⁵⁾

5. “Lo que más hace entrar a la gente al Paraíso es el temor de Allah y el buen carácter”.⁽⁶⁾

6. “Parte del buen Islam de una persona es que abandone lo que no le concierne”.⁽⁷⁾

7. “Allah es Benévolo y ama la benevolencia, y concede por la benevolencia lo que no concede por la dureza”.⁽⁸⁾

(1) Sahih Al-Bujari (141) y Sahih Muslim (1434).

(2) Sahih Muslim (2553).

(3) Sahih Muslim (2626).

(4) Sahih Al-Bujari (6064) y Sahih Muslim (2563).

(5) Sahih Al-Bujari (6094) y Sahih Muslim (2607).

(6) Musnad Ahmad (9694), Al-Adab Al-Mufrad (289) y Sunan Al-Tirmidhi (2004).

(7) Yami' Al-Tirmidhi (2317).

(8) Sahih Muslim (2593).



8. “El ejemplo de los creyentes en su amor mutuo, compasión y misericordia es como un cuerpo: si una parte se queja, todo el cuerpo responde con insomnio y fiebre”.⁽¹⁾

9. “¡Oh gente! Ciertamente su Señor es uno y su padre es uno. No hay superioridad de un árabe sobre un no árabe, ni de un no árabe sobre un árabe, ni de un negro sobre un rojo, ni de un rojo sobre un negro, excepto por la piedad”.⁽²⁾

10. “El mejor de ustedes es el mejor con su familia, y yo soy el mejor con mi familia”.⁽³⁾

11. “Quien cree en Allah y en el Último Día, que diga el bien o que guarde silencio”.⁽⁴⁾

12. “La palabra bondadosa es caridad”.⁽⁵⁾

13. “Di: ‘Creo en Allah’, luego mantente firme”.⁽⁶⁾

14. “Tu sonrisa ante tu hermano es caridad”.⁽⁷⁾

15. Cuando un hombre le pidió consejo, respondió: “No te enojos”.⁽⁸⁾

16. “Allah ha prescrito la excelencia en todo”.⁽⁹⁾

(1) Sahih Al-Bujari (6011) y Sahih Muslim (2586).

(2) Musnad Ahmad (23489).

(3) Sunan Ibn Mayah (1977) y Sunan Al-Tirmidhi (3895).

(4) Sahih Al-Bujari (6018) y Sahih Muslim (47).

(5) Sunan Al-Tirmidhi (1956).

(6) Sunan Ibn Mayah (3972).

(7) Sunan Al-Tirmidhi (1956).

(8) Sahih Al-Bujari (6116).

(9) Sahih Muslim (1955).



17. “Teme a Allah dondequiera que estés, si has hecho una mala acción haz inmediatamente una buena que la borre, y trata a la gente con buen carácter”. ⁽¹⁾

18. “Los misericordiosos recibirán la misericordia del Misericordioso. Sean misericordiosos con quienes están en la tierra y recibirán la misericordia de Quien está en el cielo”. ⁽²⁾

19. Finalmente, su sublime mensaje: “Allah, Poderoso y Majestuoso, ama que cuando alguno de ustedes realiza una acción, la realice con perfección”. ⁽³⁾

(1) Musnad Ahmad (21354) y Sunan Al-Tirmidhi (1987).

(2) Sunan Abu Dawud (4941) y Sunan Al-Tirmidhi (1924).

(3) Al-Mu'yam Al-Awsat de Al-Tabarani (897).



Una Mirada General a la Vida del Profeta



La vida profética, en su vasta dimensión, nos revela aspectos fundamentales que merecen especial atención⁽¹⁾:

1. El primer aspecto notable es el equilibrio perfecto en el cumplimiento de los deberes y la gestión de las actividades cotidianas. Sus prácticas devocionales, la difusión de su mensaje, la atención a su familia, las relaciones con sus compañeros y el cuidado de sus obligaciones personales fluían de manera armoniosa y paralela. No se observaba negligencia en ninguna responsabilidad ni incumplimiento de deber alguno. Por el contrario, manifestaba una comprensión equilibrada entre sus obligaciones privadas y públicas, ejemplificando en su vida la esencia de su enseñanza: **“Tu cuerpo tiene derechos sobre ti, tus ojos tienen derechos sobre ti, tu esposa tiene derechos sobre ti, tu visita tiene derechos sobre ti, tu hijo tiene derechos sobre ti, y tu amigo tiene derechos sobre ti”**⁽²⁾. Así honraba cada uno de estos derechos con precisión.

(1) Resumen del libro El día profético del autor (91).

(2) Sahih Al-Bujari (1975 ,1968) y Sahih Muslim (1159).

Esta sabiduría se ilustra en el episodio de los tres jóvenes que, acudiendo a su morada y considerando insuficiente su propia devoción, se preguntaron: “¿Cómo podríamos compararnos con el Profeta ﷺ, cuyos pecados pasados y futuros han sido perdonados?” Uno proclamó su intención de orar durante todas las noches sin descanso; otro juró ayunar todos los días sin excepción; y el tercero declaró su abstención perpetua del matrimonio. Al enterarse, el Mensajero de Allah ﷺ, tras alabar a Allah, respondió: **“¿Qué les sucede a quienes hacen tales declaraciones? Por Allah, soy quien más piadoso y el más devoto entre ustedes, sin embargo, alterno el ayuno con días sin ayuno, combino la oración con el descanso, y contraigo matrimonio. Quien rechace mi ejemplo no pertenece a mi comunidad”⁽¹⁾.**

2. El segundo aspecto destacable es que su vida, aunque repleta de actividades, transcurría sin tensiones ni confusiones. A pesar de sus múltiples responsabilidades, mantenía un espíritu sereno y sosegado, libre de agitación. Al observarlo en cualquier circunstancia, uno podría pensar que esa era su única ocupación. Su comportamiento en el hogar no revelaba las cargas que lo aguardaban fuera, y sus reuniones con los compañeros no mostraban señal alguna de preocupación por tareas pendientes. Se entregaba plenamente a cada momento, relacionándose con todos desde la tranquilidad de su noble carácter, como si cada encuentro fuese su única responsabilidad. Esta capacidad refleja un equilibrio psicológico excepcional que le permitía gestionar sus obligaciones sin estrés ni desorden.

(1) Sahih Al-Bujari (5063), Sahih Muslim (1401) y Sunan Al-Nasa'i (3217).



3. Su vida se caracterizaba por un orden dinámico, alejado de la monotonía. La organización de sus días se complementaba con una flexibilidad natural que se adaptaba a las circunstancias. No existía el caos ni la confusión, pero tampoco la rigidez inflexible. Los momentos de oración establecían un marco temporal estructurado, mientras que sus reuniones se desarrollaban con la elasticidad necesaria según cada situación. De esta manera, su vida encarnaba los beneficios de la organización sin caer en los aspectos negativos de la rutina invariable.

4. La naturalidad y simplicidad eran rasgos distintivos de su existencia ﷺ. Lejos de la solemnidad artificial o la severidad excesiva, se mostraba espontáneo y accesible, compartiendo genuinamente la alegría de los demás. Su calidez humana se manifestaba en gestos cotidianos: dejaba caer su manto al recibir con entusiasmo a un ser querido después de una larga ausencia⁽¹⁾, se detenía para enseñar a un joven la técnica correcta para desollar una oveja⁽²⁾, o se acercaba a alguien que cocinaba para preguntar con familiaridad: **“¿Está buena tu olla?”**, probando un bocado y alegrando así el corazón de quien cocinaba⁽³⁾.

Esta naturalidad en el trato eliminó toda barrera jerárquica. Su corazón estaba abierto para todos, y todos le abrían el suyo, sintiéndose en su presencia ﷺ como hijos ante un padre amoroso.

(1) Al-Muwatta (2003), Musannaf ‘Abd Al-Razzaq (12646), Musannaf Ibn Abi Shayba (36643 ,33682 ,32206) y Yami’ Al-Tirmidhi (2732).

(2) Sunan Abu Dawud (185).

(3) Sunan Abu Dawud (193).

5. La jovialidad y el buen humor permeaban todos los aspectos de su vida: en su hogar era risueño y sonriente; en sus reuniones había espacio para el humor apropiado y las bromas amables. Este espíritu se evidenció cuando observaba a los abisinios jugando en la mezquita, disfrutando del espectáculo e invitando a su esposa a compartir ese momento, estableciendo un principio fundamental al decir: **“Jueguen, hijos de Arfidah, para que sepan los judíos y cristianos que en nuestra religión hay amplitud. He sido enviado con una religión natural y tolerante”**⁽¹⁾. Su fe y su vida cotidiana acogían la alegría y la cordialidad.

6. El vínculo emocional con sus esposas se manifestaba en las pequeñas acciones diarias: compartir un vaso de agua, disfrutar juntos de los alimentos, mantener conversaciones íntimas durante la noche, realizar visitas cotidianas, participar en las tareas domésticas y cultivar la intimidad conyugal.

7. Su profunda comprensión de la naturaleza humana se reflejaba incluso en los actos de adoración. Aunque en su devoción personal prolongaba sus oraciones, al dirigir a la comunidad las hacía breves. Si durante la oración escuchaba el llanto de un niño, la acortaba, consciente de la preocupación materna.⁽²⁾

8. Todos estos aspectos evidencian que su vida  transcurría en un estado de plenitud y felicidad genuina, en armonía con los principios que predicaba.

En cuanto a su felicidad espiritual, alcanzó cimas que ningún otro ser humano había conquistado. Su conocimiento de

(1) Sahih Al-Bujari (986), Sahih Muslim (949) y Al-Sunan Al-Kubra de Al-Nasa'i (8902).

(2) Sahih Al-Bujari (868) y Sahih Muslim (470).



Allah era insuperable, su fe incomparable, su certeza absoluta, y su gozo en la adoración era único. En ella encontraba su esencia y sosiego, tanto así que declaraba que la oración era el consuelo de sus ojos, y llamaba a su muecín diciendo: **“Oh Bilal, consuélanos con la oración”**.⁽¹⁾

El placer que experimentaba en la adoración y la dulzura de su fe trascendían cualquier deleite terrenal, estableciendo un nivel de conexión espiritual sin precedentes.

Su felicidad también se manifestaba en el plano mundano, permeando cada aspecto de su existencia. Era consciente de esta dicha y expresaba profunda gratitud a su Señor por ella. Allah lo protegió de aflicciones y pesares, preservándolo de dolencias graves, permitiéndole gozar de bienestar físico, psicológico y familiar, en un estado constante de perdón, salud y prosperidad.

Disfrutaba de la compañía de su radiante esposa, en una relación de amor mutuo donde florecían los más nobles sentimientos de afecto.

Sus hijos eran las flores de su vida terrenal: sus hijas y sus dos pequeños, sobre quienes derramaba el más tierno amor paternal.

Contaba con amigos leales: Abu Bakr y Omar, compañeros en las vicisitudes de la vida, como lo evidenciaban sus frecuentes palabras: **“Entré junto con Abu Bakr y Omar, salí junto con Abu Bakr y Omar, y fui junto con Abu Bakr y Omar”**.⁽²⁾

(1) Musnad Ahmad (23088) y Sunan Abu Dawud (4986).

(2) Sahih Al-Bujari (3685) y Sahih Muslim (2389).

Tenía en Abu Al-Hasan Ali ibn Abi Talib un yerno y pariente cercano a quien amaba profundamente, sabiendo que Allah en Su corte suprema también lo amaba.

Sus otros yernos, Uzman ibn Affan y Abu Al-As ibn Al-Rabi', eran hombres virtuosos y fieles, sinceros en su palabra y firmes en sus promesas.

Sus compañeros eran de tal nobleza que merecieron la revelación divina sobre sus corazones: **“Él conoció lo que había en sus corazones e hizo descender sobre ellos el sosiego”** [48:18].

La felicidad que encontraba en quienes lo rodeaban se complementaba con una vida colmada de logros significativos. Y no hay mayor dicha que alcanzar los objetivos propuestos, especialmente el más elevado: transmitir el mensaje de Allah y presenciar cómo la gente abrazaba Su religión en multitudes.

Es difícil dimensionar la alegría que debió inundar el corazón del Mensajero ﷺ al contemplar cómo su mezquita se llenaba de fieles, cómo el territorio del Islam se expandía y cómo las personas, en grupos, ingresaban a la fe de Allah.

Es indescriptible la emoción que surge al imaginar sus sentimientos ﷺ durante la Peregrinación de Despedida, cuando las multitudes provenientes de toda la península arábiga proclamaban al unísono: “Atestiguamos que has transmitido, aconsejado y cumplido con tu deber”.

Todo esto formaba parte de la generosa concesión de Allah, como lo expresó en Su palabra: **“Y tu Señor te concederá tanto que quedarás complacido”** [93:5].

9. Su vida ﷺ estaba marcada por una profunda capacidad para disfrutar las bendiciones terrenales, apreciar la belleza



que lo rodeaba y deleitarse con los sabores que probaba, todo ello acompañado de una inmensa gratitud hacia Allah. Cada bebida y cada bocado los saboreaba con profundo agradecimiento: **“Alabado sea Allah, abundante, buena y bendita alabanza, sin ser suficiente, ni despedida, ni prescindible, nuestro Señor. Alabado sea Allah quien alimenta y no es alimentado, quien nos ha favorecido, guiado, alimentado y dado de beber, y nos ha concedido toda buena prueba. Alabado sea Allah sin despedida, sin compensación, sin ingratitud y sin prescindir de Él. Alabado sea Allah quien ha alimentado con comida, dado de beber, vestido al desnudo, guiado del extravío, dado vista al ciego, y favorecido sobre muchas de sus criaturas con gran favor. Alabado sea Allah, Señor de los mundos”**.⁽¹⁾

Al despertar, reconocía la bendición del sueño reparador que tantos insomnes anhelarían, y la dicha de despertar con vigor, recordando al Benefactor: **“Alabado sea Allah quien nos ha dado vida después de habernos dado muerte, y hacia Él será la resurrección”**.⁽²⁾

Si así valoraba los dones cotidianos como la comida y el sueño, cuya rutina suele opacar su valor, ¿cuánto más apreciaría las bendiciones extraordinarias y los favores sucesivos? En cada bendición se detenía, la saboreaba plenamente y reconocía en ella el favor divino, como si lo escucháramos invocar: **“Alabado sea Allah quien me ha favorecido y ha sido generoso, alabado sea Allah quien me ha dado en abundancia, alabado sea Allah en toda situación”**.⁽³⁾

(1) Al-Sunan Al-Kubra de Al-Nasa'i (10060).

(2) Sahih Al-Bujari (6312) y Sahih Muslim (2711).

(3) Musnad Ahmad (5983) y Sunan Abu Dawud (5058).

El Profeta ﷺ nos enseñaba a valorar lo que por familiar pasamos por alto: la seguridad al dormir, el sustento diario y la salud, diciendo: **“Quien amanece seguro en su hogar, sano en su cuerpo, con el alimento de su día, es como si se le hubiera concedido el mundo entero”**.⁽¹⁾

¡Cuán profunda sería entonces su propia apreciación de estas y otras bendiciones!

La consciencia de las bendiciones, su disfrute y su magnificación en el alma amplían el espacio de la felicidad, embellecen la vida y elevan el espíritu a un estado de serenidad, satisfacción y gratitud hacia el Señor Generoso que otorga estos dones. Así, cada bendición multiplica las bendiciones, y la vida se expande, se renueva y resplandece, como nos recuerda el mandato divino: **“Y pregona la gracia de tu Señor”** [93:11].

10. Al contemplar esta rica vida profética y su vital interacción con la existencia, es fundamental recordar las numerosas adversidades y tristezas que el Profeta ﷺ enfrentó y superó. Su vida comenzó con la orfandad repetida en la infancia, seguida por intensas pruebas tras la profecía: la pérdida de su amada esposa Jadiya, el fallecimiento de sus hijos e hijas en vida, el exilio de su ciudad más querida, el dolor por sus parientes y compañeros en Uhud, la aflicción del incidente de la calumnia, y otras numerosas pruebas.

Sin embargo, poseía una extraordinaria capacidad para trascender los sentimientos negativos y una admirable disposición para reanudar la vida, interactuando positivamente con cada momento. Al observar la intensidad con que vivía cada día, uno podría pensar que se trata de alguien que jamás experimentó adversidad alguna.

(1) Yami' Al-Tirmidhi (2346).



Pero no era así. Superaba los momentos difíciles sin arrastrar sus pesares. Cada instante de su vida contenía un propósito, un logro y una alegría. Esta es la vida en su fluir constante y renovado, así es como debe ser la vida.

11. El recorrido junto al Profeta ﷺ a través de sus diversos estados incrementa su amor en nuestros corazones. Por ello, los Compañeros del Mensajero de Allah ﷺ lo amaban y veneraban con tal intensidad: cada aspecto de su vida que presenciaban colmaba sus corazones de amor y respeto. Su vida ﷺ, en cada detalle, era cautivadora, y aunque no tuvimos el privilegio de presenciar lo que ellos vieron, no estamos privados de conocerlo y aprender de él, nutriéndonos del legado que los Compañeros presenciaron.

Las narraciones sobre el Mensajero de Allah ﷺ y sus enseñanzas continúan llenando nuestros corazones con el mismo amor que colmó los suyos. Acompañar al Profeta ﷺ a través de los detalles de su vida nutre el amor profético en nuestros corazones; cuanto más lo conoces, más lo amas, y cuanto más te familiarizas con su historia, más anhelas su presencia.

¡Cómo han trascendido para mí los velos del tiempo estas narraciones que contemplo, hasta sentir como si las viera con mis propios ojos! Siento su cercanía, casi me envuelvo en su luz, percibo la fragancia de su aliento, y anhelo acercarme para besar sus manos y sentir la frescura de sus palmas, exclamando con todo mi corazón: ¡Por Allah, oh Mensajero de Allah, eres más amado para mí que mi propia alma!⁽¹⁾

(1) El día profético del autor (205).

Signos de la Profecía en su Biografía⁽¹⁾

Entre las evidencias más elocuentes de su profecía destacaba su propia biografía ﷺ, que en cada aspecto revelaba ser la de un auténtico profeta. Esta verdad resplandecía ante los Compañeros que lo conocieron, quienes comprendieron que una persona de tal naturaleza no podía ser un impostor ni alguien que inventara recibir inspiración de su Señor. El testimonio del entonces rabino Abdullah ibn Salam رضي الله عنه lo ilustra perfectamente: “Cuando el Profeta ﷺ llegó, la gente se apresuró hacia él, y yo estaba entre la muchedumbre. Cuando vi claramente su rostro, supe que su rostro no era el rostro de un mentiroso”⁽²⁾. Sus rasgos emanaban verdad, sin sombra de duda ni señal de ser un impostor.

La Transformación de Zumama

El caso de Zumama ibn Uzal resulta igualmente revelador. Desde su tierra en Yamama, solía amenazar al Profeta ﷺ. Tras ser capturado, el Profeta ﷺ ordenó que lo ataran a una

(1) Véase: libro Las pruebas racionales sobre la profecía del mejor de la humanidad del Dr. ‘Abd Al-Muhsin ibn Zayn Al-Mutairi, Las pruebas racionales sobre la profecía Muhámmadí del Sheikh Ahmad Al-Asadi, y Las pruebas de la profecía del Dr. Samer Al-’Amiri.

(2) Musnad Ahmad (23784).

columna en la mezquita durante tres días, sin que sufriera daño ni maltrato alguno. Durante este tiempo, Zumama observó al Profeta ﷺ en su cotidianidad: sus oraciones, su recitación, sus interacciones con los compañeros y sus reuniones. El Profeta ﷺ no le impuso el Islam ni lo presionó, sino que le permitió ser testigo de su práctica diaria. Tras ser liberado y gozar de plena libertad de decisión, Zumama regresó declarando su conversión al Islam, testimoniando: “¡Por Allah! No había en la tierra un rostro más odiado para mí que tu rostro, y ahora tu rostro se ha vuelto el más amado para mí. ¡Por Allah! No había una religión más odiada para mí que tu religión, y ahora tu religión se ha vuelto la más amada para mí”⁽¹⁾. Esta transformación profunda fue el resultado de tan solo tres días observando la conducta del Profeta ﷺ.

La Humildad del Profeta

El relato de Adi ibn Hatim añade otra dimensión a estos testimonios. Cuando acompañaba al Profeta ﷺ hacia su casa, una mujer con un niño lo detuvo para exponerle una necesidad. El Profeta ﷺ se detuvo a escucharla, mientras Adi observaba la escena. “Hasta sentí compasión por él por lo largo que estuvo de pie”, relató Adi, “y dije: Por Allah, este no es un rey”⁽²⁾, y en ese momento el amor por él se arraigó en su corazón.

La Verdad Manifiesta

Al examinar esta noble biografía en profundidad, resulta inevitable llegar a la conclusión de que solo puede ser la historia de un verdadero profeta, un mensajero auténtico de Allah. Cada detalle, cada interacción, cada gesto refleja la verdad de su misión profética.

(1) Sahih Al-Bujari (4372) y Sahih Muslim (1764).

(2) Los hadices extensos de Al-Tabarani (1).

El Poder de la Verdad

La verdad posee una fuerza inherente que trasciende cualquier velo, se revela entre líneas y resuena en el tono del discurso. Por más que alguien intente fingir o adular, inevitablemente se manifiesta su verdadera naturaleza en momentos de enojo o incomodidad, de alegría o triunfo, o en la intimidad de la confianza.

¡Cuánto más elocuente resulta entonces esta vida profética! Cada uno de sus episodios refleja como un espejo cristalino el alma de su protagonista, revelando su interior a través de su exterior, manifestando la verdad y la sinceridad en cada palabra y acción.

La Fe Inmediata

Por esta razón, muchos de aquellos a quienes Allah abrió sus corazones al Islam no necesitaron pedir al Mensajero prueba alguna de sus palabras. Entre ellos se encontraban tanto los cercanos, que lo conocían por la grandeza de su conducta, como los extraños, que reconocían los signos de la verdad en su rostro⁽¹⁾.

Señales de Veracidad

Al examinar su biografía ﷺ, encontramos pruebas inequívocas de la autenticidad de su profecía en cada etapa de su vida, destacando:

Primero: Los Cuarenta Años de Testimonio

El Profeta ﷺ vivió entre las personas de Quraish durante cuarenta años antes de recibir la profecía, en una sociedad tribal cerrada donde nada permanecía oculto. Cuando proclamó ser

(1) La gran noticia (64).



profeta y los Quraish manifestaron su hostilidad, no pudieron encontrar un solo incidente en su pasado que pudieran usar en su contra. Entre sus numerosas virtudes⁽¹⁾, los Quraish lo conocían principalmente como “El Veraz” y “El Confiable” - cualidades fundamentales que atestiguaban la autenticidad de su profecía. Por ello, cuando Heraclio preguntó: “¿Lo acusaban de mentir antes de que dijera lo que dijo?”, respondieron: “No”. A lo que Heraclio reflexionó: “Es obvio para mí que, si no le mentía a la gente, no iba a mentir sobre Dios”.

La Grandeza de la Integridad

¿Has meditado sobre la magnitud de mantener un compromiso inquebrantable con la verdad y la honestidad durante cuarenta años? Sin faltar a la verdad en transacción alguna, sin traicionar pactos ni romper promesas, dotado de mente sana, noble linaje, elevada posición social, valentía en sus posturas, generosidad, ascetismo, piedad y solidaridad. ¿Cómo concebir que una persona de tales virtudes abandonara todo esto después de los cuarenta años para perpetrar una de las mayores falsedades imaginables, algo propio solo de los más viles, alegando falsamente ser un mensajero de Allah que recibe revelación? Tal posibilidad desafía toda lógica y razón.

La Evidencia Coránica

El Corán enfatizó este significado interpelando a los incrédulos de Quraish: “**¿O es que no reconocen a su Mensajero y por eso lo niegan?**” [23:69]. Todos ellos, desde el más humilde hasta el más poderoso, conocían perfectamente su noble carácter, tanto que lo llamaban “El Confiable” antes de la profecía. ¿Por qué entonces rechazaron la verdad manifiesta que les trajo? Así, su conducta anterior a la profecía se convirtió

(1) Sahih Al-Bujari (2) y Sahih Muslim (160).

en uno de los testimonios más claros de la veracidad de su misión.⁽¹⁾

Segundo: No sabía leer ni escribir

Que el Profeta ﷺ no supiera leer ni escribir constituye otra evidencia extraordinaria: transmitió un conocimiento tan vasto que los sabios no logran abarcar en su totalidad. Esto demostraba claramente que la fuente de su sabiduría no provenía de escritos anteriores, sino de la revelación divina. Como señaló Ibn Taimiiah: “El hecho de que Muhámmad fuera un profeta iletrado es parte de la perfección de que lo que trajo fuera milagroso y sobrenatural, y parte de la evidencia de que su enseñanza es superior a toda enseñanza”. Como afirma el Altísimo: **“No leías ningún libro antes de este ni lo escribías con tu diestra; de haber sido así, habrían dudado los que siguen lo falso”** [29:48]. Mientras otros aprendían de escritos ajenos, él enseñaba lo que otros escribirían, con el conocimiento que Allah le reveló.⁽²⁾

Tercero: Certeza Ante la Adversidad

Las pruebas y tribulaciones que enfrentó habrían sido suficientes para quebrar la determinación más firme y extinguir toda esperanza. Sin embargo, él manifestaba una certeza y firmeza inquebrantables en los momentos más difíciles. Jabbab ibn Al-Arat relató: “Nos quejamos al Mensajero de Allah ﷺ mientras descansaba sobre su manto a la sombra de la Kaaba, habiendo sufrido la dureza de los politeístas, y le dijimos: ‘¿No pedirás victoria para nosotros? ¿No suplicarás a Allah por nosotros?’ Se sentó y dijo: **‘Por Allah, este asunto se completará hasta que un jinete pueda viajar de Sana’a**

(1) La gran noticia del Dr. Muhámmad Abdullah Draz (38).

(2) Colección de Fatawa de Ibn Taimiiah (266/16).

a Hadramaut sin temer más que a Allah o al lobo sobre su rebaño, pero ustedes tienen prisa”⁽¹⁾. Incluso en los momentos más oscuros en La Meca, proclamaba con certeza la futura seguridad entre Sana’a y Hadramaut.

La Certeza Inquebrantable

En la cueva, rodeado por los Quraish que habían puesto precio a su cabeza, tranquilizó a su compañero diciendo: **“No te entristezcas, Allah está con nosotros”** [9:40]. Durante el día de los Aliados, en medio del intenso temor, anunciaba con certeza la conquista de los palacios de Persia, Siria y Yemen.⁽²⁾

En tiempos de hambruna, cuando los Compañeros expresaban su aflicción, les decía: **“¿Cómo estarán cuando uno de ustedes vista una túnica por la mañana y otra por la tarde, y se le sirva un plato tras otro, y cubran sus casas como se cubre la Kaaba?”**. Cuando le preguntaron: “Oh Mensajero de Allah, ¿seremos mejores ese día que hoy, dedicándonos a la adoración sin preocupaciones?”, respondió: **“Ustedes hoy son mejores que ese día”**⁽³⁾. Tal certeza en momentos de adversidad solo podía emanar de la revelación divina.

Cuarta: La Devoción Íntima

Los relatos de sus actos de adoración en la privacidad revelan la profundidad de su fe. Ibn Abbas narró su experiencia cuando pernoctó en casa de su tía Maimuna: A medianoche, el Profeta ﷺ despertó, la miró y preguntó: **“¿Se durmió el jovencito?”**. Luego, frotándose el sueño del rostro, recitó los últimos diez versículos de Sura Al-Imran, realizó una ablución ligera y comenzó a rezar. Ibn Abbas lo imitó, y el Profeta ﷺ

(1) Sahih Al-Bujari (3612).

(2) Musnad Ahmad (18694).

(3) Yami' Al-Tirmidhi (2476).

lo colocó a su derecha, continuando la oración hasta completar trece unidades⁽¹⁾. Esta devoción nocturna, realizada cuando todos dormían, solo podía brotar de la más profunda certeza.

Momentos de Intimidad Divina

Mutarraf ibn Abdullah ibn Al-Shijjir relató que su padre, al encontrar al Profeta ﷺ en oración, escuchó su pecho emitir sonidos similares a una olla hirviendo por el llanto⁽²⁾. Este encuentro casual reveló un momento de intensa emoción espiritual.

Aisha رضي الله عنها compartió dos conmovedores testimonios: En una ocasión, al buscarlo, lo encontró en profunda adoración diciendo: **“Gloria y alabanza a Ti, no hay divinidad sino Tú”**. Ella comentó: “¡Que mi padre y madre sean tu rescate! Yo estoy en un asunto y tú estás en otro”⁽³⁾. Otra noche, al no encontrarlo en el lecho, lo descubrió en la mezquita, suplicando: **“Oh Allah, me refugio en Tu complacencia de Tu ira, y en Tu perdón de Tu castigo, y me refugio en Ti de Ti. No puedo enumerar Tus favores ni alabarte lo suficiente. Tú eres como Te has alabado a Ti mismo”**⁽⁴⁾.

La Verdad en lo Oculto

Estas adoraciones privadas no podían ser obra de un impostor que fingiera ante la gente, sino que evidenciaban ser propias de quien poseía la más profunda certeza en aquello a lo que invitaba.

(1) Sahih Al-Bujari (138) y Sahih Muslim (763).

(2) Sunan Abu Dawud (904).

(3) Sahih Muslim (485).

(4) Sahih Muslim (486).

Quinto: La Prueba del Eclipse

La muerte de su hijo Ibrahim proporcionó otro testimonio de su veracidad. Cuando la gente, siguiendo creencias paganas, atribuyó el eclipse solar a la muerte de su pequeño hijo Ibrahim, el Profeta ﷺ, aun en medio de su dolor, se alzó para corregir este error: **“El sol y la luna no se eclipsan por la muerte de nadie, sino que son dos signos de los signos de Allah. Cuando vean un eclipse, levántense y recen”**⁽¹⁾. Un impostor habría aprovechado esta coincidencia para reforzar su pretensión, pero él, fiel a la verdad, refutó tal superstición.

Como señaló Emil Dermenghem: “Muhámmad tuvo un hijo, Ibrahim, que murió siendo niño. Lo lloró mucho y lo enterró con sus propias manos. Su muerte coincidió con un eclipse solar, y los musulmanes dijeron que se había eclipsado por la muerte de Ibrahim, pero Muhámmad tenía tal nobleza de alma que lo rechazó diciendo: **‘El sol y la luna no se eclipsan por la muerte ni la vida de nadie...’**. Palabras como estas no provienen de un impostor”⁽²⁾.

Sexto: El Equilibrio Perfecto

El equilibrio en su vida ﷺ constituye uno de los milagros de su biografía. Es extraordinario encontrar a alguien que sobresalga en un aspecto sin que esto sea en detrimento de otros. Comúnmente, la excelencia en el conocimiento puede mermar las relaciones sociales, o el liderazgo puede afectar otros aspectos de la vida. Sin embargo, el Profeta ﷺ manifestaba perfección en cada faceta de su existencia, como si se hubiera dedicado exclusivamente a cada una. Ya fuera

(1) Sahih Al-Bujari (1041) y Sahih Muslim (904).

(2) Las pruebas racionales sobre la profecía del mejor de la humanidad de Abd Al-Muhsin ibn Zabn Al-Mutairi (82).

como mensajero, predicador, maestro, esposo, padre, líder, compañero, guerrero o pacificador, cada rol lo desempeñaba con absoluta excelencia.

El Modelo Supremo

Muhámmad ﷺ representaba el ejemplo supremo del ser humano perfecto, una creación equilibrada que ilustraba la moral con el ejemplo, enseñaba la religión con la práctica y organizaba la vida con su modelo. La convergencia en él de todas las virtudes de la humanidad, los atributos de la nobleza y las excelencias morales, habitualmente dispersas entre las personas, solo podía ser resultado del sustento divino.⁽¹⁾

Séptimo: El Desapego Material

Su desapego de los bienes mundanos fue otra prueba de su autenticidad. Llegó a Medina en la escasez y construyó una morada modesta: paredes de barro, escaso mobiliario y espacios reducidos - una habitación y un pequeño patio para cada esposa. Cuando Allah le concedió la victoria y aumentaron las riquezas, mantuvo su vida austera, distribuyendo los bienes generosamente sin alterar su modesto hogar. Vivió y murió en aquella primera casa que construyó al llegar, con sus anhelos puestos en el cielo, sin acumular riquezas ni buscar opulencia terrenal.

El Legado de la Austeridad

Al morir no dejó riquezas a sus herederos ni cargos a sus parientes. Cumplió su misión de transmitir el mensaje de Allah viviendo con lo esencial, sin aprovecharse de los bienes mundanos, dejándolos para que otros los obtuvieran después de él. Atravesó esta vida sin acumular, declarando a la gente:

(1) Revelación del mensaje de Ahmad Hasan Al-Zayyat.



“No les he pedido remuneración alguna, mi recompensa ha de dármela Allah; Él es Testigo de todas las cosas” [34:47].

¿Qué buscaría un falso profeta sino la gloria mundana y el disfrute de los placeres? Él estaba muy por encima de tales ambiciones, pues era verdaderamente un mensajero de Allah. Un impostor que utilizara la religión como medio para sus propósitos no podría mantener tal austeridad en vida, muerte y legado familiar.

Octavo: El Testimonio de las Esposas

Su relación con sus esposas constituye otra prueba irrefutable. Al fallecer ﷺ dejó nueve esposas. Si bien un impostor podría mantener las apariencias en público, esto sería imposible en la intimidad del hogar, donde la cotidianidad revela la verdadera naturaleza de una persona. La esposa conoce mejor que nadie el estado y los asuntos privados de su marido.

A pesar de tener numerosas esposas de diferentes tribus y edades, algunas hijas de sus adversarios, ninguna transmitió de su vida privada sino testimonios de perfección humana. Resulta imposible que todas hubieran conspirado para ocultar cualquier contradicción a su condición profética, pues tal confabulación sería altamente improbable.

La Prueba de la Elección

Vivían modestamente, no como esposas de reyes, hasta que expresaron su inquietud y descendió el versículo de la elección: **“¡Oh, Profeta! Di a tus esposas: Si desean la vida mundanal y sus adornos, vengan, les daré una compensación y las dejaré en buenos términos. Pero si desean a Allah y a Su Mensajero y la morada del Más Allá, sepan que Allah ha preparado para las que hagan el bien entre ustedes una recompensa grandiosa” [33:28-29].**

Todas lo eligieron a él, y si alguna hubiera albergado dudas sobre su profecía, esta habría sido su oportunidad para elegir otra vida. Sin embargo, todas prefirieron la otra vida sobre los placeres mundanos, permaneciendo pacientes en esa condición y manteniéndose fieles a su memoria después de su partida, anhelando reunirse con él en la más noble promesa.

Noveno: La Humildad Auténtica

Él rechazaba enfáticamente la alabanza excesiva, diciendo: **“No me alaben como los cristianos alabaron al hijo de María, pues solo soy Su siervo. Digan sobre mí: Siervo de Allah y Su Mensajero”**⁽¹⁾. Prohibía que se levantaran en su honor, afirmando: **“No se levanten ante mí como se levantan los extranjeros (Romanos y Persas), venerándose unos a otros”**⁽²⁾.

Al-Rubaii’ bint Mu’awwidh narró cómo el Profeta ﷺ, al escuchar a una niña cantar: “Y entre nosotros hay un profeta que sabe lo que habrá mañana”, la corrigió diciendo: **“No digas eso, di lo que estabas diciendo antes”**.⁽³⁾

La Honestidad Absoluta Cuando Umm Al-’Ala’ elogió al fallecido Uzman ibn Maz’un رضي الله عنه diciendo: “La misericordia de Allah sea contigo, Abu As-Sa’ib. Testifico que Allah te ha honrado (con el Paraíso)”, el Mensajero ﷺ la cuestionó: **“¿Y cómo sabes que Allah lo ha honrado?”**. Ante su pregunta sobre a quién honra Allah entonces, respondió: **“En cuanto a él, le ha llegado la muerte. Por Allah, espero el bien para él, pero por Allah, no sé, siendo yo el Mensajero de Allah, cuál será mi destino”**.⁽⁴⁾

(1) Sahih Al-Bujari (3445).

(2) Sunan Abu Dawud (5230).

(3) Sahih Al-Bujari (4001).

(4) Sahih Al-Bujari (1243).

¿Qué podría impedir a alguien hacer afirmaciones sobre el destino de los fallecidos, sin testigos que pudieran refutarlo, sino la más absoluta veracidad como mensajero de Allah?⁽¹⁾

Décimo: El Sello de la Profecía

El Profeta declaró ser el último de los mensajeros y profetas, negando la posibilidad de profecía o legislación posterior a la suya, algo sin precedentes en la historia profética. Allah lo confirmó: **“Muhámmad no es el padre de ninguno de sus hombres, sino que es el Mensajero de Allah y el sello de los profetas. Y Allah es Conocedor de todas las cosas”** [33:40]. El Mensajero de Allah ﷺ lo reafirmó: **“No habrá profeta después de mí”**.⁽²⁾

Esta predicción audaz sobre el futuro se ha cumplido tal como anunció. Después de catorce siglos desde el surgimiento del Islam, no encontramos vestigio alguno de nueva profecía ni legislación divina.

Nos encontramos ante cuatro hechos fundamentales:

1. Moisés anticipó y confirmó la llegada de un profeta después de él, predicción que se cumplió con la venida del Mesías.

2. El Mesías, a su vez, anunció y confirmó la llegada de un profeta posterior, profecía que se materializó con la venida de Muhámmad.

3. El Mesías no solo anunció al “Consolador” venidero, sino que señaló su carácter definitivo, indicando que su mensaje permanecería “para siempre” con la humanidad, según registra

(1) Las pruebas racionales sobre la profecía del mejor de la humanidad (68).

(2) Sahih Al-Bujari (3455) y Sahih Muslim (1842).

el Evangelio de Juan: “Y pediré al Padre que les dé otro Consolador que permanezca con ustedes para siempre” [Juan 14:16].

4. Muhámmad se distingue entre todos los profetas por ser el único que no anunció a ningún profeta posterior. Por el contrario, tanto él como su libro sagrado afirmaron categóricamente que él es el “sello de los profetas” y que no habría profeta después de él.

Esta declaración ha permanecido inquebrantable a través del tiempo, resistiendo el paso de un período sin precedentes en la historia de las profecías.

Transcurridos más de tres milenios desde Moisés y dos milenios desde el Mesías, surgen preguntas fundamentales:

1. Para los seguidores de Moisés: ¿No es momento de plantearse la pregunta esencial? ¿Debemos esperar otros tres mil años para la llegada de ese profeta prometido por Moisés: “un profeta de entre ustedes”?

2. Para los seguidores del Mesías: ¿No es tiempo de cuestionarse? ¿Debemos aguardar otros dos mil años para la llegada de ese “Consolador” anunciado por el Mesías?⁽¹⁾

Al examinar la biografía de este noble Profeta y contemplar los diversos estados de su vida, surge una certeza inquebrantable de que su condición es la de un auténtico profeta, no la de un impostor o mentiroso. Cada circunstancia de su vida constituye un testimonio de su veracidad y una evidencia de su profecía ﷺ.⁽²⁾

(1) Las preguntas del destino del Dr. Bassam Sa’i.

(2) La vida profética del autor (395/2).



El Profeta Muhámmad y sus hermanos los Profetas



El Profeta ﷺ se desarrolló en una sociedad analfabeta y politeísta, aislada de los profetas de los Hijos de Israel. Su único vínculo con la profecía provenía de las antiguas historias de Abraham e Ismael, que la paz sea con ellos, cuyos signos se habían difuminado con el tiempo, transformándose de un Islam monoteísta a un politeísmo propio de la ignorancia. Sin embargo, este Profeta iletrado, a través del Corán que le fue revelado y la sabiduría que le fue inspirada, hablaba con precisión sobre la bendita caravana de profetas y mensajeros de Allah: Noé, Hud, Salih, Abraham, Ismael, Isaac, Jacob, José, Moisés, Jonás, Job, Zacarías, Juan, Jesús y otros, detallando sus mensajes, sus experiencias con sus pueblos, sus características y sus vivencias.

¿De dónde emanaba este conocimiento? En una sociedad ignorante e iletrada, carente de seguidores de otras religiones, sin acceso a libros ni a narraciones sobre estos profetas, la única explicación posible es que fuera una revelación de su Señor, quien los envió a ellos y luego lo envió a él como el último de esta noble línea. Por tanto, su conocimiento detallado de las historias proféticas constituye una de las evidencias más

sólidas de su propia profecía, pues no existe otra fuente posible para tal conocimiento excepto la revelación divina.

Más aún, sus referencias a los profetas anteriores están impregnadas de amor, respeto y veneración por sus mensajes y misiones, recordándolos siempre con sus más nobles atributos y sus más hermosas cualidades. Sus nombres aparecen en el Corán con una frecuencia notablemente mayor que el del propio Muhámmad: Abraham es mencionado cuarenta y ocho veces, Moisés ciento treinta y seis veces, y Jesús treinta y seis veces, mientras que el nombre de Muhámmad aparece solo cinco veces en todo el Corán.

Este hecho constituye en sí mismo una prueba tanto científica como moral de la autenticidad de la profecía de Muhámmad ﷺ, pues solo un verdadero profeta, dedicado enteramente a la verdad, alcanzaría tales niveles de justicia y desprendimiento, prefiriendo exaltar a sus predecesores con tal frecuencia de mención y abundancia de elogios.⁽¹⁾

¡Qué contraste tan marcado existe entre la noble narrativa del Corán y los hadices sobre los profetas, y aquella imagen distorsionada que presentan los libros alterados, que los denigran con defectos y los calumnian con indecencias!

La relación de nuestro Profeta Muhámmad ﷺ con sus hermanos profetas y mensajeros de Allah que lo precedieron trasciende las distancias temporales y geográficas, manifestándose como un vínculo de hermandad, ejemplo y continuidad espiritual. Como él mismo expresó: **“Los profetas son hermanos por parte de padre, sus madres son diferentes pero su religión es una”**⁽²⁾. Esta hermandad

(1) Relaciones de los Grandes, de Zain Al-Abidin Al-Rikabi (9-8).

(2) Sahih Al-Bujari (3443).



se evidenció durante el viaje nocturno, cuando lo recibieron con palabras fraternas: “Bienvenido sea el profeta virtuoso y el hermano virtuoso”, reconociendo así su hermandad tanto en el Islam como en la profecía.

Allah ha explicitado el mensaje común que unificó a todos estos nobles mensajeros: **“Por cierto que enviamos a cada comunidad un mensajero [para que les exhortase a] adorar a Allah y a evitar al Tagut” [16:36]**. Este principio fundamental —la adoración exclusiva a Allah sin asociarle copartícipes de Su creación— constituía el núcleo del mensaje de cada profeta, pues nadie merece adoración excepto Él, Poderoso y Majestuoso. Por ello, cada profeta proclamaba a su pueblo la misma verdad esencial: **“¡Adoren a Allah! No tienen otra divinidad excepto Él” [7:65]**.

A lo largo de la historia de este planeta, numerosos profetas benditos han caminado sobre él, recibiendo la revelación divina a través de los ángeles. Su mensaje compartido se centraba en el conocimiento de Allah, Su amor y obediencia, la vida en Su complacencia, y la noble preparación para el encuentro con Él en la otra vida. Esta continuidad en el mensaje profético se confirma en el Corán, que establece que el mensaje de Muhámmad ﷺ es una extensión de los mensajes anteriores⁽¹⁾: **“Les ha legislado en materia de religión lo que Le encomendó a Noé, lo que te hemos revelado [¡oh, Muhámmad!] y lo que Le encomendamos a Abraham, a Moisés y a Jesús, [y les dijimos:] ‘Establezcan la religión y no se dividan en ella’” [42:13]**.

El Sagrado Corán narra frecuentemente las sucesivas generaciones de profetas, relatando sus mensajes y experiencias

(1) De un artículo de Zain Al-Abidin Al-Rikabi.



con sus pueblos. Entre estas historias destaca la del profeta Noé, su incansable llamado a su pueblo y su extraordinaria paciencia, hasta que finalmente suplicó a su Señor: **“Dijo: ‘¡Señor mío! He llamado a mi pueblo noche y día, pero mi llamado solo ha servido para que se alejen aún más. Y cada vez que los llamaba para que Tú los perdones, se tapaban los oídos con sus dedos, se cubrían con sus ropas, se obstinaban y se comportaban con gran soberbia. Luego los he llamado abiertamente, y les he hablado en público y en privado’”** [71:5-9]. El Corán describe vívidamente el castigo divino que sobrevino a este pueblo mediante el diluvio, cuando su incredulidad y crímenes alcanzaron su límite, presentando la escena con tal detalle que parece desarrollarse ante nuestros propios ojos.

También se relata la historia del profeta Abraham y su confrontación con su pueblo, como dice el Altísimo: **“Y relátales la historia de Abraham, cuando dijo a su padre y a su pueblo: ‘¿Qué es lo que adoran?’ Respondieron: ‘Adoramos ídolos y les estamos consagrados’. Dijo: ‘¿Acaso pueden oír sus súplicas? ¿Pueden beneficiarlos o perjudicarlos?’ Dijeron: ‘No, pero así encontramos que hacían nuestros padres’. Dijo: ‘¿Han reflexionado en lo que han estado adorando ustedes y sus ancestros? Son todos ellos mis enemigos, excepto el Señor del universo, Quien me creó y me guía, Quien me da de comer y de beber, Quien cuando enfermo me cura, Quien me dará la muerte y luego me resucitará, y de Quien anhelo me perdone mis faltas el Día del Juicio’”** [26:69-82]. El Corán narra detalladamente cómo destruyó los ídolos, su milagrosa salvación cuando intentaron quemarlo, su posterior emigración a Palestina, y la construcción de la Ka’bah junto a su hijo Ismael en La Meca, presentando cada etapa de su vida con minucioso detalle.



El Corán también relata la conmovedora historia del profeta José: su abandono en el pozo por sus hermanos, su traslado y venta en Egipto, su encarcelamiento y posterior liberación, su ascenso al ministerio, el reencuentro con sus hermanos, y cómo mantuvo su nobleza y benevolencia en cada etapa de su vida, hasta el emotivo momento en que sus padres y toda su familia se reunieron con él, culminando así su historia de paciencia y virtud.

Esta narración se desarrolla en el Corán con imágenes tan vívidas y una profundidad emocional y psicológica tan intensa que el lector se siente transportado a los acontecimientos mismos, experimentando cada sensación y sentimiento.

La historia de Moisés ocupa un lugar especial en el Corán, siendo relatada tanto en detalle como en resumen debido a sus numerosas enseñanzas. El texto sagrado nos transporta desde su dramática infancia, cuando su madre, temerosa, lo confió al río, hasta su inesperada crianza en los palacios del Faraón. Continúa con su profecía y los intensos diálogos con el Faraón, seguidos por el épico éxodo con los Hijos de Israel, la persecución, el milagroso cruce del mar partido y el consecuente ahogamiento del Faraón y su ejército. La narración culmina con sus experiencias en el desierto, donde su extraordinaria paciencia y perseverancia ante las constantes pruebas con los Hijos de Israel se convierten en un ejemplo perdurable de liderazgo y fortaleza espiritual.



El Profeta Muhámmad y su hermano el Mesías



La mención de Jesús, hijo de María, viene detallada en el Corán, siguiendo las etapas de su vida desde que la esposa de Imran quedó embarazada de su madre, María, luego el embarazo de María con él por el soplo del ángel, su nacimiento, cuando ella lo llevó ante su pueblo, su asombro cuando ella lo señaló y él habló desde la cuna diciendo: **“Por cierto que soy siervo de Allah. Él me revelará el Libro y hará de mí un Profeta Me hará bendito dondequiera que me encuentre, y me ordenará hacer la oración y pagar el zakat mientras viva Me hará benevolente con mi madre, y no un soberbio rebelde La paz fue conmigo el día que nací, será conmigo el día que muera y el día que sea resucitado”** [19:30-33]. El hecho de que hablara en la cuna fue un milagro y evidencia de su profecía, y una señal de la inocencia de su madre virgen.

Allah menciona su profecía y su llamado a los Hijos de Israel diciendo: **“E hicimos que Jesús, hijo de María, siguiera sus pasos [de los Profetas anteriores], en confirmación de la Torá. Le revelamos el Evangelio en el que hay guía y luz, como corroboración de la Torá, y como guía y exhortación para los piadosos”** [5:46]. Y menciona en el Corán sus



palabras a los Hijos de Israel: **“Vine a confirmar la Torá que había antes de mí y a permitirles algunas de las cosas que se les habían prohibido. Y les he traído un signo de su Señor ¡Teman a Allah y obedézcanme! Allah es mi Señor y el suyo, ¡Adórenlo! Este es el sendero recto”** [3:50-51].

Menciona los milagros que Allah realizó a través de él, como revivir a los muertos y curar a los enfermos: **“Les he traído un signo de su Señor: moldearé para ustedes un pájaro de barro. Soplaré en él y, con el permiso de Allah, tendrá vida. Con el permiso de Allah, curaré al ciego de nacimiento y al leproso, y resucitaré a los muertos”** [3:49].

Luego menciona el intento de los incrédulos de matarlo y crucificarlo, pero que Allah lo salvó y lo elevó hacia Él: **“Cuando dijo Allah: ‘¡Oh, Jesús! Te tomaré y te elevaré hacia Mí. Te purificaré de los que no creyeron, y hasta el Día de la Resurrección haré prevalecer a los que te siguieron por encima de los que no creyeron. Luego volverán a Mí y juzgaré entre ustedes sobre lo que discrepaban’”** [3:55].

Allah elogió a su madre María - ninguna otra mujer es mencionada por su nombre en el Corán excepto María, y hay una extensa sura llamada Mariam que contiene su historia y la de su hijo Jesús. Allah menciona como los ángeles la elogiaron: **“Y cuando los ángeles dijeron: ‘¡Oh, María! Allah te ha elegido y purificado. Te ha elegido entre todas las mujeres del mundo ¡Oh, María! Dedícate a tu Señor, prostérnate e inclínate con los que se inclinan’”** [3:42-43]. Y dice: **“Y a María, hija de Imran, que preservó su castidad; infundimos en ella Nuestro espíritu. Ella creyó en las palabras de su Señor y en Sus Libros, y fue de las devotas”** [66:12].

Allah elogió a Jesús diciendo: **“Concedimos a Jesús, hijo de María, las pruebas evidentes y lo fortalecimos con el**

Espíritu Santo” [2:87]. Y el Profeta ﷺ dijo: “Yo soy el más cercano de la gente al hijo de María, no hay profeta entre él y yo”.⁽¹⁾

Allah elogió en el Corán a los discípulos que creyeron en Jesús y lo siguieron: **“¡Oh, creyentes! Sean auxiliadores [de la causa] de Allah como cuando Jesús, hijo de María, les dijo a sus discípulos: ‘¿Quiénes me auxiliarán en la causa de Allah?’ Dijeron los discípulos: ‘Nosotros seremos los auxiliadores de Allah’” [61:14].** Y describió a sus seguidores con compasión y misericordia: **“E hicimos que les sucediera Jesús hijo de María, a quien le revelamos el Evangelio, e infundimos en los corazones de quienes lo siguieron la compasión y la misericordia” [57:27].** Y los describió como los más cercanos en afecto a los creyentes: **“Encontrarás que los más cercanos en afecto a los creyentes son quienes dicen: ‘Somos cristianos’. Esto es porque entre ellos hay sacerdotes y monjes, y no son soberbios Y cuando oyen lo que le ha sido revelado al Mensajero ves que sus ojos se inundan de lágrimas por reconocer la verdad. Dicen: ‘¡Señor nuestro! Creemos, inscribenos junto con los que dan testimonio’” [5:82-83].**

Los cristianos y los musulmanes coinciden en la santidad del Mesías, comparten un profundo amor y respeto por Jesús, y creen plenamente en sus numerosos milagros, en su nacimiento milagroso y también en la realidad de su muerte milagrosa, e incluso en la certeza de su retorno a la tierra, para guiar a la humanidad y establecer la seguridad, el amor y la paz al final de los tiempos.

(1) Sahih Al-Bujari (3442).



Así como el Corán elogia a Jesús y su madre, también afirma que es un mensajero enviado por Allah, no un dios ni hijo de Dios: **“El Mesías hijo de María no es sino un mensajero, antes de él hubo otros mensajeros. Su madre fue una mujer veraz. Ambos comían alimentos. Mira cómo les aclaramos las evidencias, y mira cómo [a pesar de esto] se desvían”** [5:75]. **“Por cierto que el ejemplo de Jesús ante Allah es como el de Adán, a quien creó del polvo y luego le dijo: ‘¡Sé!’, y fue”** [3:59]. El Corán rechazó la afirmación de quienes dijeron que Allah tiene un hijo: **“Originador de los cielos y la tierra. ¿Cómo podría tener un hijo si no tiene compañera y Él creó todo? Él tiene conocimiento de todas las cosas”** [6:101]. Y dice: **“Ese es Jesús, hijo de María, la palabra de la Verdad sobre la que dudan No es propio de Allah tener un hijo. ¡Glorificado sea! Cuando decreta un asunto, le dice: ‘¡Sé!’, y es”** [19:34-35]. Así, Jesús es siervo de Allah y Su mensajero, creado por Allah sin padre, tal como creó a Adán sin padre, y Allah, Poderoso y Majestuoso, es el Uno, el Absoluto, que no engendró ni fue engendrado, y no hay nada ni nadie que se asemeje a Él.

Todos los profetas son honrados en el Corán. Allah dice sobre Abraham: **“Y menciona en el Libro a Abraham. Él fue un hombre veraz y profeta”** [19:41]. Y dice sobre Moisés: **“Y menciona en el Libro a Moisés. Él fue un elegido y fue un mensajero y profeta”** [19:51].

Crear en todos los mensajeros es un requisito de la fe en la profecía de Muhámmad ﷺ. Allah dice: **“El Mensajero cree en lo que le ha sido revelado por su Señor, y también los creyentes. Todos creen en Allah, en Sus ángeles, en Sus libros y en Sus mensajeros. No hacemos distinción entre ninguno de Sus mensajeros”** [2:285]. Y dice: **“Digan:**

‘Creemos en Allah y en lo que nos fue revelado, en lo que fue revelado a Abraham, a Ismael, a Isaac, a Jacob y a las tribus, y lo que fue concedido a Moisés y a Jesús, y lo que fue dado a los profetas por su Señor. No hacemos distinción entre ninguno de ellos y a Él nos sometemos’ [2:136]. No está permitido hacer distinciones en la fe en sus profecías, pues todos son profetas y mensajeros de Allah, y negar la profecía de uno de ellos es como negar la profecía de todos.

Las biografías de los profetas de Allah y su mensaje son ejemplo a seguir para todos los creyentes. Allah mencionó las historias de los profetas y luego dijo a Su Profeta ﷺ: **“Ellos son a quienes Allah guió, sigue pues su guía”** [6:90]. Y dijo: **“Por cierto que hay un buen ejemplo en Abraham y los que estaban con él”** [60:4]. Ellos son el ejemplo para toda la humanidad, y por eso el Profeta ﷺ los tomaba como ejemplo. Cuando le llegaba noticia de algún daño de quienes estaban con él, contenía su ira y decía: **“Que Allah tenga misericordia de mi hermano Moisés. Fue dañado con más que esto y fue paciente”**.⁽¹⁾

Al ser mencionados, mostraba humildad y celebraba sus virtudes. Cuando le preguntaron quién era la mejor persona, dijo: **‘El noble, hijo del noble, hijo del noble, hijo del noble: José hijo de Jacob hijo de Isaac hijo de Abraham, la paz sea con ellos’**.⁽²⁾

Prohibía establecer preferencias entre los profetas diciendo: **“No establezcan preferencias entre los profetas de Allah”**⁽³⁾. Y dijo: **“Que ninguno de ustedes diga que soy mejor que**

(1) Sahih Al-Bujari (6336) y Sahih Muslim (1062).

(2) Sahih Al-Bujari (3390).

(3) Sahih Al-Bujari (3414) y Sahih Muslim (2373).



Jonás hijo de Matta” ⁽¹⁾. Y dijo: **“No me prefieran sobre Moisés”** ⁽²⁾. Esto por su humildad y para preservar la posición de sus hermanos profetas, ya que la comparación implica menosprecio del que es considerado inferior.

El Profeta ﷺ describió las apariencias y características físicas de los profetas como si los hubiera conocido y vivido con ellos. La descripción detallada de la apariencia física es señal de amor y cercanía, por eso los describió con sus características perfectas. Los profetas y mensajeros de Allah tenían hermosas apariencias, ninguno tenía defectos físicos o de creación, sino que eran perfectos tanto en su creación como en su carácter.

Describió a Moisés como un hombre fuerte de cuerpo alto, cabello suelto, de tez morena.

Describió a Jesús como de estatura media, con cabello suelto brillante, de tez blanca rojiza, como si acabara de lavarse la cabellera, indicando pureza, luminosidad y resplandor.

Describió a Abraham diciendo: **“Yo soy el más parecido de los hijos de Abraham a él”** ⁽³⁾. Sus hermosos rasgos y figura proporcionada eran como los rasgos y figura de su padre Abraham.

Esta bella descripción de los profetas muestra el amor del Profeta ﷺ por ellos, pues los mencionó con sus más bellas características.

(1) Sahih Al-Bujari (4360) y Sahih Muslim (2376).

(2) Sahih Al-Bujari (2411).

(3) Sahih Al-Bujari (3394) y Sahih Muslim (168).

Conclusión

Después de este viaje a través de las etapas de la vida del Profeta ﷺ, los eventos de su vida, los rasgos de su personalidad y las evidencias de su profecía, hay aspectos importantes que debemos tener presentes y recordar cada vez que leemos su biografía, entre los más importantes:

Primero: La claridad de la biografía del Profeta ﷺ

Su vida ﷺ es clara y luminosa. A través de lo que nos ha sido transmitido, podemos conocer a nuestro Profeta ﷺ como si hubiéramos vivido con él, y conocemos más detalles de su vida que de nuestros propios padres. Conocemos sus rasgos, su adoración, su carácter, su forma de tratar con los demás, sabemos cómo comía, cómo se sentaba, cómo dormía, y conocemos su vida en la mezquita, en el camino, en sus reuniones con sus compañeros y en su casa con su familia, como si viviera en una casa de cristal transparente.

Conocemos los nombres de sus esposas, hijas y compañeros, incluso los nombres de sus animales: su burro, su caballo y su camella, y el número de canas en su barba.

No hay eslabones perdidos en su biografía ni áreas oscuras. Es una vida clara y brillante, como dijo Ernest Renan: “Es una biografía que creció bajo el sol”.

Si comparamos esto con lo narrado en la biografía de Moisés en el Antiguo Testamento, encontramos la historia de Moisés como líder dentro de eventos históricos, sin elementos que puedan tomarse como ejemplo de su condición profética.

En cuanto a lo que existe en los cuatro Evangelios sobre la vida y palabras de Jesús, es muy poco. Si se reúne todo lo mencionado sobre la vida de Jesús, apenas cubre cerca de tres semanas. El crítico Dennis Nineham escribió en la introducción a su comentario del Evangelio de Marcos: “Es una verdad que nos impacta que los escritores de los Evangelios no nos dijeron nada sobre la apariencia de Jesús, su estructura física y su salud, ni sobre su personalidad, ni si era feliz, alegre y sereno o todo lo contrario”.

“Ni siquiera pensaron en decirnos de alguna manera si se había casado o no, tampoco nos dieron información específica sobre la duración de su predicación o su edad cuando murió, y no hay la menor nota sobre la influencia de su entorno temprano o sobre cualquier desarrollo en su perspectiva y creencias”.⁽¹⁾

Segundo: La documentación de su biografía ﷺ:

La biografía profética tiene múltiples fuentes, siendo la más importante el Sagrado Corán, que fue escrito completamente durante la vida del Profeta ﷺ y bajo su supervisión. Los hadices de la Sunna profética, algunos fueron escritos durante la vida del Profeta ﷺ y el resto fue memorizado y escrito después con precisión y documentación rigurosa. No hay hadiz narrado del

(1) D.E. Nineham Saint Mark Harmondsworth: Penguin 1963 p.35.

Profeta ﷺ sin que conozcamos quién lo vio, quién lo narró y quién lo transmitió después, así como la condición de estos narradores.

Quienes narraron la biografía del Profeta ﷺ son quienes la vieron o la escucharon directamente del Profeta ﷺ. La historia de la revelación fue narrada por Aisha, esposa del Profeta ﷺ; la historia de la emigración fue narrada por Abu Bakr, su compañero en el camino de la emigración; la historia de su peregrinación a La Meca fue narrada por Yabir, quien lo acompañó en la Peregrinación de Despedida, y así. Los narradores de la biografía son sus testigos, y son conocidos por sus vidas y condiciones.

Entre las primeras obras escritas sobre la biografía están las expediciones militares de Urwa ibn Al-Zubayr, cuyo padre era compañero y discípulo del Mensajero de Allah ﷺ, y su tía Aisha era esposa del Mensajero de Allah ﷺ. Luego se sucedieron los libros de hadices del Profeta ﷺ y la biografía de su vida, donde no se menciona ninguna noticia sin mencionar quién la presenció, informó de ella y quién la narró. Por eso los musulmanes narran la vida del Profeta ﷺ como si la vieran, por su fuerte autenticidad y documentación.

Negar la preservación de la biografía profética implicaría no creer en ninguna noticia histórica, pues no existe en la historia nada que haya alcanzado lo equivalente o cercano a lo que existe en el legado islámico en términos de estándares de recopilación, crítica y documentación.

Si comparamos esto con la biografía de los dos grandes profetas Moisés y Jesús encontramos grandes problemas en su registro, narración y la fiabilidad de estas narraciones.



La biografía de Moisés, quien vivió más de trece siglos antes de Jesús, permaneció durante un largo período como narraciones orales y cantos religiosos.

La Torá no fue escrita hasta que los judíos regresaron a su patria del cautiverio babilónico y los libros sagrados se habían perdido por completo. Entonces Esdras la reescribió nuevamente, considerando que esto fue por inspiración divina, más de setecientos años después de la muerte de Moisés.

Sin embargo, contiene contradicciones y errores porque reunió documentos con claras diferencias, intentando reconciliarlos, resultando en un texto con discrepancias y alteraciones. Por ende, surgieron desacuerdos en la aceptación de partes del Antiguo Testamento entre los propios judíos y también entre las denominaciones cristianas.

En cuanto a la vida de Jesús a través de la Biblia, el material histórico no se basa en una cadena de transmisión confiable. Tanto es así que entre los estudiosos de La Biblia es común distinguir entre el Jesús del imaginario religioso cristiano y el Jesús histórico que vivió en la tierra.

La primera crisis que enfrentamos es que todos estos evangelios fueron escritos después de la muerte de Cristo, el más cercano aproximadamente treinta años después. Los autores de los evangelios no fueron testigos presenciales y son de identidad desconocida.

Hoy existen miles de manuscritos de la Biblia, pero nos sorprende saber que no hay una sola frase en la que todos los manuscritos concuerden. Bart Ehrman llegó a decir que el número de diferencias entre los manuscritos del Nuevo Testamento es mayor que el número de palabras del Nuevo Testamento. ⁽¹⁾

(1) Las pruebas de la profecía del Dr. Samer Al-'Amiri (94) y ¿Es el Antiguo Testamento la palabra de Allah? del Dr. Munqidh Al-Saqqar (213), Bart Ehrman *The Orthodox Corruption of Scripture: The Effect of Early Christological Controversies on the Text of the New Testament* (Oxford: Oxford University Press 1996) p.27.

Tercero: Es primero que nada la biografía de un profeta:

La leemos como la biografía de un profeta enviado por Allah, un profeta que recibe la revelación de Allah y la transmite a la gente. No leemos la biografía como la de un líder, comandante o reformador social, como si presentáramos la biografía de Abraham Lincoln o el Che Guevara, ni se presenta el Islam como una revolución social contra la desigualdad de clases. Sí, Muhámmad ﷺ fue un reformador, pero antes que eso fue un profeta que recibía la revelación de Allah.

Todo profeta es un reformador, pero no todo reformador es un profeta sin importar el alcance de sus reformas, porque la esencia de la profecía no es la reforma ni la construcción, sino esta conexión con Allah y Su misterio oculto.

El profeta está sentado a la mesa divina recibiendo de su Señor la palabra, la legislación y los deberes, y está protegido del error, no habla por capricho. El reformador social, en cambio, es un individuo que hace su mejor esfuerzo, su suerte es como la nuestra, acierta y se equivoca, no está protegido del error ni sale del ámbito de lo tangible. ¡Qué diferencia tan inmensa entre estas categorías! ¡Qué degradación de la profecía si la despojamos de esta conexión divina! ¡Qué queda de la religión si la despojamos del misterio! ⁽¹⁾

La batalla del Islam no fue el cambio de clases, sino la transición de las mentes de la idea del politeísmo a la doctrina de la unicidad, de la adoración idólatra a servir únicamente a Allah, Poderoso y Majestuoso.

Muhámmad ﷺ es humano como nosotros en su humanidad, pero no somos como él en su profecía, porque a él se le revela

(1) Muhámmad ﷺ del Dr. Mustafa Mahmud (8-10).



y a nosotros no se nos revela nada. Esta sutil diferencia es el secreto de la profecía. El Profeta está en presencia de la corte suprema y el reino celestial, se encuentra con el Espíritu Santo Gabriel y escucha lo que le transmite.

Muhámmad es el ser humano perfecto, el último Mensajero, el humano que recibe revelación, el erudito protegido del error, en cuya biografía la tierra se conectó con el cielo. Él es un espíritu en un cuerpo, como todos los humanos, come alimentos y camina en los mercados, pero su espíritu está extendido desde la Majestad Divina de una manera que ningún alma humana puede alcanzar. Es el líder de los mensajeros dotados de determinación, a quienes Allah distinguió con una naturaleza pura y elevó sus espíritus a una perfección que los hace dignos de iluminarse con las luces de Su conocimiento y ser depositarios de Sus secretos ocultos, que si se revelaran a otros, sus almas se desbordarían o sus mentes se perderían por su majestuosidad y grandeza. Observan lo oculto con Su permiso y conocen lo que será de la gente, y están en sus rangos elevados en una proporción entre los dos mundos, entre el final de lo visible y el comienzo de lo invisible. Están en este mundo como si no fueran de él, y son la delegación del más allá en el atuendo de quienes no son sus habitantes.⁽¹⁾

Aquí estamos con la biografía de un profeta elegido por Allah, enviado como testigo, anunciador y advertidor, invitando a Allah con Su permiso y como un candil brillante. Vino al mundo para sacar a los siervos de la adoración de las personas a la adoración del Señor de los siervos, de la estrechez del mundo a la amplitud de este mundo y el más allá,

(1) Resumen de la introducción del Dr. Muhámmad ‘Amara al libro La luz eterna (9).

del laberinto del extravío a la visión de la guía, de la ansiedad de la confusión a la tranquilidad de la fe.

Con las luces del Mensajero, todo buscador sincero de la verdad la ve y supera las peligrosas preguntas de la existencia “¿Quién soy?”, “¿De dónde vengo?” y “¿A dónde voy?”, para que el espíritu encuentre su serenidad, conozca su camino y vea su final, y viva en la tierra conectado con el cielo, y viva en este mundo anhelando el más allá.

Con la biografía del Profeta conoces al Mensajero y su mensaje, pues su vida es la primera y más perfecta aplicación del mensaje con el que Allah lo envió para ser el método de vida y la religión que Allah eligió para nosotros como causa de felicidad en este mundo y éxito en el más allá: **“Ciertamente la religión ante Allah es el Islam”** [3:19]. Conoce a este Profeta, pues cuando lo conozcas, conocerás al mejor ser humano, y conocerás tu lugar en este universo y tu camino en esta vida.



Contenido



Introducción	5
Un valle sin vegetación	8
Las tinieblas del paganismo	11
El nacimiento del huérfano	15
El Profeta ﷺ y su madre	17
El Profeta ﷺ y su tío	20
El Profeta ﷺ y el pastoreo de ovejas.....	22
El matrimonio con Jadiya	24
El Profeta ﷺ construye la Kaaba	26
Cuarenta años.....	28
Los preludios de la profecía.....	33
La cueva de Hira	39
¡Levántate y advierte!	48
Muhámmad, el Mensajero	50
Los fundamentos de la divulgación en La Meca	53
Las razones por las que Quraish rechazó el mensaje.....	62
Las pruebas del Corán.....	66

El origen del Corán	72
La promesa de Allah se cumple	77
La situación de los creyentes en La Meca	82
El camino de la dawah	87
La propagación del mensaje.....	90
La Emigración a Abisinia.....	93
El Asedio	97
Las Aflicciones del Profeta ﷺ.....	101
El Viaje a Taif.....	103
El Viaje Nocturno y la Ascensión a los Cielos.....	106
La Primera Alianza de Aqaba	111
La Emigración a Medina.....	116
La Emigración del Profeta ﷺ.....	118
Con el Profeta ﷺ en La Meca	124
La Etapa de Medina.....	129
El Mensajero de Allah ﷺ y Medina.....	131
La llegada a Medina.....	137
En Quba'	140
La Mezquita de Quba'.....	143
Hacia Medina	145
La Constitución de Medina.....	148
La Mezquita del Profeta.....	151
La Hermandad entre los Muhayirin y los Ansar	155



La Gente del Refugio	157
El Mercado	161
La Casa del Profeta	166
El Profeta ﷺ como esposo	172
El Profeta ﷺ y la Mujer	179
El Noble Carácter	187
El Mensajero ﷺ con los que cometían errores.....	194
El Mensajero ﷺ y los que diferían con él	199
El Mensajero ﷺ con sus enemigos	208
El Mensajero ﷺ y la guerra	212
El Tratado de Hudaibiia	227
Correspondencia con los Reyes	232
La Conquista de La Meca	236
El Año de las Delegaciones.....	241
La Peregrinación de Despedida	249
Hacia la Compañía más Elevada.....	257
Cómo se expresaba el Mensajero ﷺ	264
Una Mirada General a la Vida del Profeta	270
Signos de la Profecía en su Biografía	279
El Profeta Muhámmad y sus hermanos los Profetas.....	292
El Profeta Muhámmad y su hermano el Mesías	297
Conclusión	303



Abre las páginas de esta biografía y deja que su luz te acompañe: quien lo conoce, lo ama, y quien lo ama ya no vuelve a ser el mismo. Pues la biografía del Profeta (que la paz y las bendiciones de Allah sean con él) no son líneas para leer y luego cerrar, sino una vida para vivir y de la cual inspirarse. Ábrela con tu corazón antes que con tus ojos, y deja que su amor recorra tu ser, para que tu fe se llene de luz y tus pasos se acerquen cada vez más a su guía.